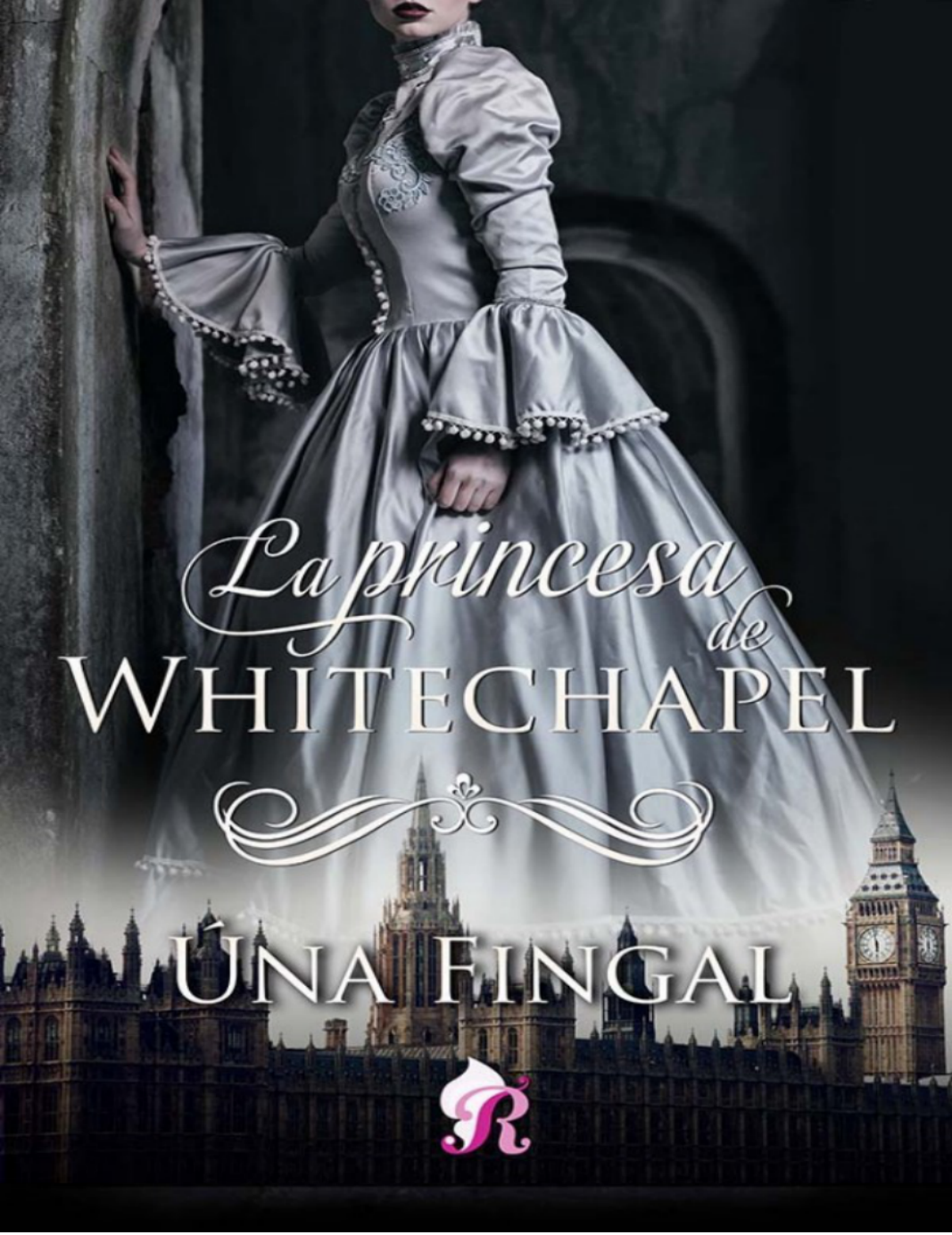
La princesa de
WHITECHAPEL
ÚNA FINGAL

La princesa de Whitechapel

Úna Fingal

Primera edición en papel: Noviembre 2021
Título Original: La princesa de Whitechapel.
©Úna Fingal, 2021
©Editorial Romantic Ediciones, 2021
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Olalla Pons - Oindiedesign
ISBN: 978-84-18616-69-3

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright,
en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

Introducción
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Capítulo XVII
Capítulo XVIII
Capítulo XIX
Capítulo XX
Capítulo XXI
Epílogo

A Joel, mi faro en la tormenta,
mi amor siempre.

A Ainhoa y a Patri, porque juntas surcamos los siete mares
y se nos quedan pequeños.

Introducción

Había llegado el fin para Jane Red. Ella lo sabía sin poder creerlo. Inexpresiva por el *shock* y con su orgullo intacto, avanzaba con las manos atadas por delante y la cabeza estirada como si la llevasen atada desde el mismo cielo. La mirada de tigresa puesta en un punto indeterminado del horizonte, donde no veía gente, sino una masa informe. Tampoco escuchaba los abucheos, simplemente se trataba de un zumbido extraño. Ignorado por su sempiterna terquedad, el temor se había instalado en sus rodillas que se plegaban levemente cada tres pasos. Y los pies, dentro de sus botas de hombre, poco podían hacer por sostenerla. Algo que bajo sus faldones de sarga apenas si se notaba. El público congregado alrededor del cadalso arreciaba en su implacable tormenta de insultos, como anuncio de una sentencia que se cumpliría irremediablemente, ya no habría más amaneceres para la joven de rutilantes cabellos rojizos, ni más dulces besos de los carnosos labios de Dylan, el muy hijo de Satanás… ¿Dónde estaba? ¿Por qué no aparecía ni siquiera para despedirse? Al fin y al cabo, se encontraba en esta situación gracias a su torpeza y también a la de Scott. Estaba con ellos cuando decidieron atracar el puesto de un pastelero frente a la Torre de Londres, aquella fatídica mañana de primavera de 1888. Querían obsequiarla con unos panecillos rellenos de frambuesa, ella ni siquiera lo planeó, todo fue un impulso de los muchachos para demostrar su gran destreza ante ella, un juego. Pero alguien avisó a los guardias y cuando se vieron sorprendidos y rodeados, Scott dijo que Dylan y Dylan dijo que Scott, uno, o ambos, le clavaron una navaja de punta a uno de los policías, que cayó muerto en el acto. Los demás corrieron tras ellos y solo atraparon a Jane, porque tropezó. Apresada, sin posibilidad de escapatoria y con un gran sentimiento de frustración e impotencia, la chica los vio escapar sin volver la vista atrás, aunque Dylan sí se volvió lo justo para que ella pudiera ver la desolación en sus ojos. Ahora sabía lo ingenua que había sido al esperar que acudirían a masacrar guardias y reventar muros y barrotes de la cárcel para rescatarla. Por desgracia, ahora era demasiado tarde hasta para las lamentaciones.

La soga brillaba bañada por el sol a la espera de estrangular su blanco cuello de cisne y nada evitaría que las terribles manos del verdugo se posaran sobre él, como temibles garras de ave rapaz sobre su indefensa presa. Casi pudo sentirlas sobre su erizada piel y

un tremendo escalofrío la sacudió de arriba abajo. Debía estar pálida como un cadáver porque algunas almas caritativas lo murmuraban a su paso. Era extraño, pero solo sentía un vacío oscuro y eterno, como si fuese una observadora más. Sin darse cuenta había subido los pocos peldaños y ya se hallaba sobre la tarima. Allí volvió en sí, abrió los ojos y contempló aquel tumulto expectante, poco a poco los sentidos retornaron a ella y pudo oír los groseros y crueles comentarios de los más osados. Se sintió como una actriz en un mal día de función, ¡maldita sea! Y la sangre volvió a sus mejillas y aceleró su corazón, y la furia hizo que toda ella se rebelara. Aunque de poco le sirvió porque el verdugo, que, por cierto, olía a muerte y miseria humana, ya la había atenazado por los hombros con una mano y con la otra le ponía la soga al cuello. Jane, ni corta ni perezosa, pronunció un conjuro:

—¿Qué murmuras, mala mujer? —la increpó el alguacil ejecutor de la condena.

A continuación, con toda la pompa requerida en tal circunstancia, procedió a dar lectura de la sentencia. Tras lo cual, a plena luz del día y con un cielo despejado por completo sonó un trueno cuya procedencia nadie fue capaz de identificar e hizo temblar a más de uno y de dos, incluso provocó una pequeña estampida.

—Justo es ajusticiarte por asesina, pero si no lo fueres, justo sería hacerlo por bruja. Así que encomiéndate a Dios o al Diablo —rugió el verdugo mientras aseguraba la soga que ya estaba de lo más bien puesta alrededor de aquel bello cuello.

Acto seguido le vendó los ojos y agarró la palanca para colgar a la rea. Pero el hombre no llegó a accionarla porque cayó a un lado como si le hubiese partido un rayo. Tras la detonación, Jane solo pudo escuchar cascos de caballo y los gritos de unas voces conocidas. Al punto que una sonrisa se dibujaba en sus labios, le era arrebatada a la muerte en volandas. Unas manos cálidas y protectoras desataban las suyas, mientras el estrépito de los cascos de los caballos al galope los alejaba sin dejar tras de sí más que una polvareda. Y aunque los muchachos de la banda se habían montado una pelea para entretener y dispersar, algunos efectivos militares los perseguían de cerca. No era cuestión de fiarse.

Cuando por fin pudo arrancar la venda de sus ojos vio lo que ya sentía a ciencia cierta: corría a lomos del caballo protegida por el cuerpo de Dylan. Junto a ellos, Scott, siempre leal a su amigo Dylan desde tiempos inmemoriales. Se volvió para darle un beso fugaz.

—Creía que me habías abandonado —le reprochó mohína.

—¿Abandonar yo a mi princesa? En que estás pensando, jamás. Ni la muerte podría apartarme de ti.

Jane se volvió de nuevo para decirle algo, pero él, con un gesto firme y cariñoso a la vez volvió a colocar su cabeza con la mirada al frente.

—No te desconcentres, ni me desconcentres, que nos matamos. Venga…

Y espoleó al caballo que relinchó embravecido. Atrás dejaban el polvo del camino, arboledas, campiña, pero no los recuerdos. Jane jamás conoció a su familia. Fue una niña expósita recogida y criada en el hospicio de Foundling. Como era rebelde y altanera, cuando cumplió ocho años la llevaron de aprendiz a una fábrica de betún junto al Támesis, cerca de Charing Cross, de donde huyó al poco tiempo porque aquella sustancia le provocaba tos y encima el encargado la molía a palos si el acceso le duraba demasiado. Tan solo era una niña y desde entonces oficialmente merodeó por Whitechapel como una mendiga más. Dentro y fuera de la zona y hasta donde su atrevimiento la llevaba junto a sus pies alados, acostumbraba a dar ciertos e inocentes paseos para afanar tantas billeteras y joyas como podía para la señora Smith, quien a cambio le daba un mal techo, mala ropa, mala cama, y mala comida. Fue allí donde conoció a Dylan Morrison, un chico de doce años que había escapado de casa y las palizas de su padre alcohólico, su madre era una mujer de la vida a quien jamás le importó su hijo. Conoció a Dylan y a su inseparable Scott, de la misma edad, así como al resto de la panda, un abanico de caracteres y edades, entre chicos y chicas. Dylan era bien parecido desde siempre. Alto, moreno, de brillantes ojos garzos y un hoyuelo en el mentón. El día que la bruja Smith se llevó a las niñas a un prostíbulo de Dorset Street solo pudieron salvar a Jane porque la dejó tirada en el patio bajo la lluvia, enferma con mucha tos y fiebre alta. Los muchachos decidieron huir y se la llevaron con ellos. Formaron su propia banda y los jefes, como no podía ser de otra manera, eran Dylan Morrison y Scott Thomson. Huyeron de la casa de Smith junto a los otros muchachos, y formaron la banda de Dylan. Al principio, vivían en una apartada y vieja iglesia derruida, donde escondían los tesoros conseguidos para asegurarse la supervivencia, tanto podía tratarse de joyas como objetos que vendían a los peristas o buhoneros y trashumantes. Un día, a Jane le entró un ataque de coquetería, y se enfundó galas que le venían enormes, perlas más largas que ella, un tocado torcido y zapatos donde su pie se perdía… Apareció de esa guisa, pero muy digna ante los muchachos, que se troncharon al

verla. Dylan, la miró satisfecho:

—Miradla, caballeros. Ahí está la mismísima y única, princesa de Whitechapel.

Y así la llamaron desde entonces hasta ahora, cuando se había transformado en una hermosa y salvaje mujer de dieciocho años, de largo y ensortijado cabello rojo, ojos felinos, de una extraña mezcla entre el verde del páramo y el azul del cielo, que tomaban la luminosidad del día y reflejaban todas sus emociones sin filtros. Arrogante y orgullosa, fogosa, emocional, decidida y algo fantasiosa. Dotada de una alta capacidad de observación y análisis y una inteligencia superior a cuantos la rodeaban. Algo que usaba sin exponer, cuando su mirada se oscurecía significaba que estaba racionalizando. Era rápida, su mente lógica e intuitiva la conducía a la solución en un chispazo, el mismo que se encendía en su cerebro y le daba la respuesta certera. Pero poseía otro don aún más secreto, a veces pensaba que una maldición, era un poco bruja tenía sueños y premoniciones que solían cumplirse, veía la vida de los demás a través de los ojos y las manos, y si se enfadaba mucho podían pasar cosas… Había aprendido a desoír todo ello porque prefería vivir tranquila, pero el instinto es el que es…

La preocupación la devolvió al tiempo presente.

—Por ahí, corre. Aprovecha ese paso —señaló un frondoso matorral.

—Qué paso, nos vamos a comer el ramaje…, ¿qué dices?

—Hazme caso y tira, solo así los despistaremos…

Tomó las riendas y guio al caballo ante las inútiles protestas del hombre. Y el caballo, obediente, entró y desapareció por el seto. Scott, sorprendido, no reaccionó a tiempo y siguió unos metros más allá, entonces ordenó al caballo dar la vuelta y desandar el camino hasta alcanzar el punto, grave error que permitió a la milicia ver por dónde se metía y por allí mismo los siguieron.

—Frena y quieto.

Parapetados, pudieron escuchar perfectamente cómo sus perseguidores pasaban junto al desvío. Ellos, al otro lado y en guardia, escuchaban atentos, se hallaban en una umbría zona boscosa y solo escuchaban pájaros.

—Qué raro… —susurró Jane.

—Calla, princesa. Ya nos has metido en suficientes líos por hoy —reprochó Dylan en otro susurro.

—Pues no creo haber sido yo sola —se revolvió ella mirando a Scott.

Este se encogió de hombros con toda su cara dura. Pero Jane

escuchaba algo que no le gustaba nada, demasiado silencio y entonces una ramita alejada se partió sola… ¡Sola no!

—¡Larguémonos! —gritó espoleando al caballo.

Acción imitada por Dylan a las riendas y una fracción de segundo más tarde, como siempre, por Scott. A pesar de la velocidad de los caballos no fue suficiente para despistar a las cabalgaduras que los perseguían. Llevaban las cabezas enganchadas a sus grupas y cuanto más corrían ellos, más se acercaban los otros. Entonces los diestros y disciplinados jinetes de la Ley, ¿de dónde demonios habían salido tantos? Se abrieron en uve y los rodearon por los flancos. Les dieron el alto a voces. A pesar de seguir adelante desoyendo la orden, la orden volvió a escucharse gritada a pleno pulmón, mucho más cerca y clara: «¡Alto! ¡Deténganse!». De nuevo la ignoraron en el empeño de ganar unos metros más, aunque de modo inútil. Entonces empezaron las detonaciones y una lluvia de disparos. Scott y Dylan sacaron sus pistolas y apretaron los gatillos para repeler el fuego. En un instante, Dylan dejó de disparar y su cabeza se ladeó, Jane tomó las riendas y azuzó al caballo, la lluvia de balas seguía.

—¿Te han dado? —le gritó a Dylan.

Le pareció que respondía que sí con un movimiento de la cabeza, pero cuando vio sus faldones salpicados de sangre coceó al caballo hasta enloquecerlo. De reojo vio a Scott rodeado y sin posibilidad de escapatoria.

—¡Corred! —gritó él—. ¡Yo los entretengo!

No supo cuánto tiempo había transcurrido hasta que la noche se desplomó sobre ellos, de pronto y sin avisar. A lo lejos divisó una granja y hacia allí se dirigió. Tenía la certeza de que hacía horas que los habían dejado atrás. Sin duda, el hecho de atravesar un riachuelo, y bordear dos lagunas con sus lodazales había ayudado a que perdiesen la pista, además de haberse mezclado oportunamente con un rebaño de ovejas, con las que subió un tramo de ladera. El caradura de Dylan se había pasado la mayor parte del trayecto dormido, se iba a enterar, ya lo espabilaría, ya. Descabalgó para serenar al caballo y entrar con sigilo a la zona del granero. Miró hacia el lugar ocupado por la casa, algo alejado, y comprobó cómo apagaban las luces. Eso era bueno, se iban a dormir. Significaba que ellos podrían pasar buena parte de la noche allí y reprender la marcha al amanecer. Una vez dentro del refugio pudo aprovechar la luz de la luna en potente plenilunio, entraba a raudales por el ventanuco y la puerta semiabierta. Descendió a Dylan murmurando toda clase de protestas por no despertarse del desmayo aún, y por lo

mucho que pesaba, lo acomodó sobre un lecho de heno y apartó un buen montón para el caballo. El equino, fatigado, tras olfatearlo se tumbó sobre él. Pensó en darle agua y recordó la alberca repleta de fuera, salió con un cubo, lo llenó, regresó y lo dejó junto al animal. Volvió a salir en busca de comida, y justo detrás encontró el gallinero, vio unos huevos gordos y lustrosos, metió la mano con el sigilo de una anguila y robó dos sin que las gallinas, dormidas, se enterasen. Merodeó un poco más y encontró una pila de manzanas sobre un tonel desconchado, también cogió dos. Siguió husmeando y se topó con los cerdos, esos no dormían ni de noche, les robó algunas algarrobas. Se encogió de hombros y volvió al granero, menos era nada. Entró charloteando contenta:

—Dylan, mira la sabrosa cena que he preparado.

Se sentó junto a él y observó su rostro dormido. Estaba tan pálido… Le tocó la herida del flanco, había dejado de sangrar, parecía seca, eso sería bueno, ¿no?

—¿Te duele? —le sacudió un poco.

Él insistía en no moverse, aún peor, parecía rígido como un tronco seco.

—Pero ¿quieres despertarte de una vez? Tienes que comer algo, tienes que…

Acercó el rostro a su nariz para comprobar si respiraba, no se lo pareció. Entonces levantó sus párpados, la vida parecía haberlos abandonado, se los cerró de nuevo. Le sacudió nerviosa, casi loca.

—Tienes que decirme que estás bien, ¿me oyes? Tienes que…

Emitió un grito ahogado mientras se rompía en un llanto tan ahogado como el grito, refugiada entre sus rodillas.

—Dime que estás bien, hijo de puta. Tienes que decírmelo —sollozó.

El silencio de la noche fue la respuesta más esperanzadora que obtuvo. Y de pronto dejó de llorar, se comió la cena con la mirada cristalizada puesta en un punto impreciso y luego se volvió a Dylan, acarició su cara, peinó su cabello con los dedos, rompió un pedazo de su manga, la humedeció en la alberca y regresó junto al muchacho para lavarle el rostro con tanta dulzura como fue capaz, colocó bien su ropa y se arrancó el vestido para taparlo dignamente, así, como si estuviese dormido. Entonces lo besó en los labios y lo acunó con una cancioncilla infantil, se echó y se durmió junto a él.

Soñó que todo estaba bien. Corrían y se perseguían por un páramo soleado. Las abejas zumbaban y el brezo desprendía generoso el fragor de sus entrañas. Se tumbaban y rodaban juntos y Dylan aprovechaba para hacer lo de siempre, bajarle la ropa y dejar

su hombro al descubierto y luego el torso… Y besarle la caprichosa mancha de su omoplato. La *fresa* era una pequeña mancha de nacimiento en el hombro izquierdo, roja incendiada como su cabello, con una caprichosa forma de fruto silvestre o pequeño corazón.

—Es un corazón de princesa, burro.

Se burlaba ella entre risas sin fin.

—Es una fresa salvaje como tú, y es mía —rugía él con la boca hambrienta y abierta como una fiera.

Y devoraba la fresa con ansia y luego el resto de ella. Acababan haciendo el amor, ocultos entre la hierba como animales de la pradera. De alguna manera eran felices, estaban bien juntos, y se tenían el uno al otro. Quizás no supiesen hablar de amor, pero sabían preocuparse y cuidar del otro. Tal vez porque no habían conocido otra cosa más que el rechazo desde niños, en su mente no cabía otra cosa. Su vida era esa, y no conocían otra, ni imaginaban que pudieran conocerla.

De pronto las nubes taparon al sol, el cielo se oscureció y una terrible tormenta estalló sobre ellos, el viento rugía indomable y los separó. Ella, desesperada, trató de aferrarse a Dylan, pero el viento huracanado y feroz, lo alejaba cada vez más, y más, y más… Hasta que lo perdió de vista sin remedio. Sintió un frío atroz, helar el tuétano de sus huesos y traspasarlos hasta helar su alma y su corazón. «No puedes hacerme esto», le gritaba al páramo helado y desierto.

—No puedes hacerme esto —murmuraba Jane dormida.

De pronto abrió los ojos, completamente despierta y aterida de frío. Tan solo llevaba encima una ínfima ropa interior y sus botas, bastante rotas. Echó un vistazo fuera y calculó que faltaba muy poco para el amanecer. Tendría que buscar una manta, o algo para cubrirse, ya se las ingeniaría, y largarse cuanto antes.

Merodeó con cuidado y sorprendió la colada tendida entre unos arbustos, a eso le llamaba ella suerte. Se internó en ella y se hizo con un vestido de seda azul salpicado de interminables florecillas blancas y una capa azul, como la que usaban las señoras en Londres. Aquella gente serían poderosos terratenientes, mejor no darles el gusto de encontrarla. Volvió al granero, se vistió… Ya clareaba y sintió un pellizco en el estómago al recordar que había llegado el momento de la despedida definitiva. Se arrodilló junto a Dylan, cogió su mano inerte y la llevó a su mejilla por un momento hasta devolverla a su lugar bajo los ropajes. Exhaló un aire compungido, a medio camino entre el suspiro y el sollozo, y luego

fue a coger el caballo. El animal la miró con sus ojos oscuros, parecían suplicarle que lo dejase allí tranquilo, que él custodiaría el sueño eterno de Dylan Morrison, y que aquel se convertiría en su nuevo hogar. Sería un buen hogar. ¿A quién se lo habría robado Dylan? El caballo resopló, y acercó los belfos a la cara de Jane. Unas lágrimas resbalaron por sus mejillas sin pretenderlo, lo acarició con la mano y se fue.

Atrás dejaba las luces del alba adueñándose del lugar.

Capítulo I

Un coche de dos caballos pasaba al trote por el camino de Telbury, cuando sus ocupantes divisaron al margen una figura maltrecha y tambaleante. Las pasajeras, dos damas, se preocuparon en seguida.

—Detenga el coche —ordenó la mayor con un golpe del bastón en el techo.

—¿Cree que es prudente detenerse, *lady* Danford? —preguntó temerosa su acompañante, una dama joven.

La baronesa Danford acabó con sus temores mediante un brusco resoplido:

—¿Dónde está su caridad cristiana, señorita Mackenzie Burton? —La miraba ceñuda y furibunda desde sus ojos azules.

La joven dama bajó la mirada avergonzada a la vez que el cochero frenaba a los caballos.

La briosa y enjuta baronesa, saltó al camino con sus faldones de terciopelo azul noche recogidos con una mano y el bastón que no necesitaba, en la otra. Finalmente, lo lanzó al interior del coche maldiciendo. Con rápidos y cortos pasos, se dirigió hacia la figura tambaleante.

—Señorita, ¿se encuentra bien? —la interpeló.

La joven pareció ignorarla, tal vez ni siquiera la escuchaba, tan solo trataba de seguir adelante sin lograrlo. Winifred Danford apretó los labios en señal de determinación y se plantó ante ella para impedirle el paso. ¿Y qué vio ante sí? Una muchacha alta y desgarbada, de finos rasgos demacrados en su lindo y perfilado rostro, con unos enormes ojos atigrados, refulgentes como la pradera en primavera. Sus cabellos rojos como un atardecer incendiado se veían despeinados por mechones indomables, desordenados y sucios. En cuanto a su atuendo de refinadas telas, iba hecho jirones y enlodado. «Pobrecilla», pensaba la dama sin atreverse a preguntar.

—Oiga. —La cogió de la manga y la sacudió con suavidad.

La desconocida la miró tal vez sin verla, antes de desplomarse sobre ella. El cochero acudió en su ayuda de inmediato y desmayada la portó en brazos hasta el coche tras la petición de *lady* Danford.

—Gracias, seguiremos hasta la primera posada y allí veremos qué podemos hacer por esta desdichada criatura.

Ya en el interior del carruaje, Mackenzie Burton abandonó el

asiento donde habían acomodado a la desfallecida desconocida y saltó a sentarse junto a *lady* Winifred Danford. Esta le lanzó una mirada reprobatoria pero no dijo nada.

—Me pregunto quién será —fue el único comentario de la joven y timorata dama.

—No lleva ni bolso, ni credenciales, ni dinero. Me temo que haya sido víctima de un asalto, pobre dama.

—¿Cómo puede estar tan segura de que es una dama, *lady* Danford? Yo no veo más que una vagabunda. —Y arrugó la nariz para poner de manifiesto la gran repugnancia que sentía.

Winifred le respondió impaciente:

—Solo tiene que mirar su anular para ver el anillo de zafiros.

La joven respondió con otro mohín desdeñoso:

—No tiene sentido, si hubiese sido víctima de un asalto se lo habrían robado.

«Estúpida», pensó la baronesa. Sin embargo, objetó el argumento de su pupila con tanta amabilidad como le permitía su paciencia en ese momento, que no era mucha:

—Podríamos pensar que no han podido sacarlo o que se ha librado porque los asaltantes han huido, ¿cómo voy a saberlo?

—Pero le hubieran cortado el dedo, ¿por qué no lo piensa?

Winifred la miró a través de sus ojos claros de garza, cual institutriz dispuesta a soltar la reprimenda, y en verdad que su tono sonó igual:

—Jovencita, creo que ha leído demasiadas novelas románticas.

La joven señorita Mackenzie Burton se encogió de hombros, sacó un impoluto pañuelo de encaje de alguna parte de su satinada manga burdeos y dio rienda suelta a una irritante serie ilimitada de estornudos pequeños y medio contenidos y desde luego sin ningún sentido.

Y fue entonces cuando el carácter irlandés de Winifred se manifestó a través de sus astutos ojos y por su boca sin represión ni recato:

—*Miss* Burton, si no es capaz de mostrar la más mínima compasión ante nada, me temo que no podré ayudarla en su matrimonio con mi hermano.

—¿Qué insinúa?

—Querida, no insinúo nada. Lo afirmo. Cuídese de no… Contrariarlo.

—No comprendo…

—Ya lo hará —respondió la baronesa pensando que aquella damisela era tonta de remate e iba a decepcionar terriblemente a su

inminente esposo—. Esperemos que no sea en modo violento —farfulló en un murmullo.

—¿Qué? —preguntó la señorita Burton, que no la había entendido.

Sin embargo, la baronesa Danford ni le respondió ni la escuchó porque trataba de despertar a la desconocida con unas sales extraídas de su bolso. La muchacha musitaba alguna cosa ininteligible y agitada, ladeaba la cabeza. Hasta que la insistencia de la baronesa dio sus frutos y la joven abrió aquellos inmensos ojos. Los fijó en los de la baronesa y la sorprendió al agarrarla por la pechera hasta zarandearla, a pesar de sus escasas fuerzas. *Lady* Winifred Danford se desprendió con gesto firme.

—Tranquila, querida. Solo queremos ayudarla. Pararemos en la próxima posada, comeremos, beberemos y usted se recuperará. ¿Cuántos días hace que no toma una comida en condiciones?

—No lo sé —murmuró Jane.

—Apenas puedo entenderla con ese hilo de voz, pero no se preocupe, cuando se reanime podrá contarnos su desventura.

La señorita Burton estornudó tres veces seguidas con la cabeza vuelta hacia el ventanuco. Un peculiar momento en el que si las miradas matasen hubiese caído fulminada ante la que *lady* Danford le dedicó, tan solo un breve instante. Enseguida volvió a interesarse por la desventurada muchacha desfallecida sobre el asiento.

—Vamos a ver, tome un poquito de agua, le hará bien. —La baronesa sostuvo su cabeza mientras le ponía una cantimplora en los labios.

Jane bebió con la ansiedad propia del deshidratado, bebió hasta atragantarse y entonces ladeó la cabeza y vació con estertor y violencia todo el contenido de su estómago, que no era más que bilis. La señorita Burton se tapó con el pañuelo su nariz arrugada, y *lady* Danfort no logró apartarse a tiempo.

—Qué desastre, Dios mío. —Sacudía los brazos en un gesto inútil ante su falda salpicada—. Mi pobre traje de viaje favorito.

—*Usté pe'done, no m'encuentro mu bien.*

—¿Qué ha dicho? —preguntó la señorita Burton sin mirar y sin retirar el pañuelo de su arrugada nariz.

—Yo tampoco la he entendido —respondió la baronesa y se dirigió a la joven—. ¿Cómo dice, querida?

Jane la miró con ganas de darle un par de recados de sus manos en cada mejilla, pero se sentía demasiado débil para imaginarlo siquiera, solo podía pensar en cómo escapar de aquellas entrometidas, pero en aquel momento parecía una idea muy lejana

y sintió pereza hasta de pestañear. Hizo un ademán con la mano para que la olvidaran y volvió la cabeza al otro lado.

—Es el desfallecimiento, seguro —afirmó convencida la baronesa.

—O el habla *cockney* de los barrios bajos de Londres, lo cual significaría que estoy en lo cierto y usted no, querida *lady* Danford —le rebatió altiva la joven dama empeñada en seguir mirando por su lado del ventanuco.

En un gesto muy suyo, *lady* Winifred Danford se arremangó los faldones con los puños en las caderas y frunció ceño y labios. Así mismo miró a la señorita Burton. Se dirigió a la ventana y corrió la cortina con furia, le dedicó otra mirada, y volvió junto a Jane.

—*Cockney* —farfulló escéptica.

Mackenzie Burton ya no se atrevió a abrir más su boquita de piñón. Sin embargo, Jane estaba atenta y se determinó a no descuidarse de nuevo, en lo sucesivo tendría cuidado de no dejarse llevar por el particular acento de su *principado*. Aunque en el hospicio se lo quitaban a escobazos, el instinto obraba de otra manera y si no quería dejar pistas sobre su procedencia sería mejor no bajar la guardia.

El cochero se desvió hacia la izquierda para tomar un camino secundario. Un sendero angosto por el que era preciso transitar despacio, debido al azote constante del ramaje a ambos lados y lo empinado de la cuesta. Además, pedruscos desprendidos de la ladera, sembraban el piso y resultaba bastante peligroso.

—Por qué se habrá metido por aquí —protestaba la señorita Burton.

—Imagino que no tardaremos en llegar a algún lugar en el que refrescarnos y llenar la panza bien llena. Estoy tan hambrienta que podría comerme cualquier cosa, aunque no sea apetitosa.

La señorita Burton la miró escandalizada:

—¡*Lady* Danford!

—Pronto seremos cuñadas y espero que podamos apearnos del enojoso tratamiento.

—¡*Lady* Danford!

—¿Qué, niña? Puede preguntarlo.

—¿El qué?

—Que si todos los irlandeses somos igual de asilvestrados. Pues sí, probablemente en mayor o menor medida. Está en nuestras raíces, así que… Más le valdrá acostumbrarse.

Los ojos de la joven señorita Burton se redondearon como enormes fuentes con pavo, ¿qué más le quedaba por descubrir?

Entonces notaron que el coche se detenía, al mirar se vieron ante El roble centenario.

—¡Qué bien, ya era hora! —exclamó feliz la baronesa con un ágil salto al exterior—. Parece un refugio muy agradable.

—Lo es.

Oyó que afirmaba una voz a su espalda. Al acercarse vio al posadero, un hombre de mediana edad, mediana estatura y medio calvo, que se acercaba frotándose las manos, para ayudar.

—Sí, lleven adentro ese baúl y ese otro también —indicó la baronesa.

—Entren, entren y atemperen el cuerpo junto al fuego. Mi mujer les dará las mejores habitaciones.

—Gracias, buen hombre. —Sonrió la baronesa—. Nos quedaremos solo una noche, pero… Vamos a necesitarlas, ya lo creo que sí.

—¿Y la joven? —señaló a Jane—. Parece enferma.

—Nada, un mareo. —La baronesa redobló su sonrisa—. Se le pasa en cuanto meta la cuchara y la cabeza dentro de una buena olla.

—De eso también tenemos en abundancia.

El local resultaba acogedor, limpio y confortable. Y la posadera, una voluminosa, rubia y enorme mujer a quien no se atrevía uno a llevarle la contraria cuando se fijaba en sus extraordinarios bíceps, les atendió con una luminosa sonrisa aún más enorme que ella misma.

—Comeremos primero, si puede ser, mmm…

La baronesa se interrumpió para mirarla de modo sugerente.

—Maggy, para servirla, señora —se presentó con una pequeña reverencia.

—Excelente, Maggy. Yo soy la baronesa Danford. Viajo con… Bueno, viajamos por… Bueno, qué más da. Tenemos hambre y sed. Sírvanos, y no sea tacaña.

La sonrisa de Maggy se ensanchó, dejando al descubierto una hilera de dientes estropeados. Señaló con los brazos, un rincón con una mesa junto al hogar, y las invitó a tomar asiento. Entonces empezó a recitar los suculentos manjares disponibles acompañándose de los dedos:

—Tengo asado de cordero, con verduritas y un poco de puré; *pudding* de Yorkshire… También tengo salchichas acompañadas de alubias fritas en tomate… Mmmm, pollo, empanada de carne, pastel de riñón, filete Wellington y… Bacon con patatas…

—De acuerdo, tráigalo todo —se decidió la baronesa.

—¿Todo? ¿Para él también? —señaló al cochero que se había sentado en una pequeña mesa junto a la entrada.

—Sí, también. También él es una criatura de Dios con estómago.

El hombre sonrió agradecido ante la simpatía y la cercanía de aquella dama. Maggy sonrió y se reclinó.

—De acuerdo, *milady*. ¿Para beber, clarete?

—Olvídese del clarete, unas buenas pintas negras y una jarra de agua.

Sentadas junto al calor del hogar, la señorita Burton y la baronesa Danford observaban estupefactas la capacidad devoradora de la desconocida, que no tenía suficientes manos para tantas viandas y tragos de cerveza como cabían, todos a la vez, en sus fauces insaciables. El color había vuelto a sus mejillas y el brillo a sus ojos. De pronto se abanicó la cara con las manos, recostó la espalda contra el respaldo, llevó las manos a la barriga y soltó un sonoro eructo. Mientras la señorita Burton se cubría parte del rostro con su sempiterno pañuelo de encaje, la baronesa se rio a carcajadas.

—¿Per… Dón? —las miró de hito en hito Jane—. Es que…, *mae* mía, en mi vida había *tragao* a pierna suelta con… —De nuevo volvió a mirarlas en alternancia. Tragó saliva, mojó sus labios y empezó de nuevo—: Quiero decir, que hacía tiempo que no comía tan bien. Muchas gracias por recogerme, señoras. Estaba en las últimas. Llevaba días sin…

La baronesa le sonrió comprensiva.

—Se dice «tragar como un saco sin fondo», o «dormir a pierna suelta». Aunque, una dama jamás debe pronunciar frases tan vulgares. De una dama se espera que se refiera a su sueño o apetito, en otros términos, tales como: «Estaba exquisito», o «He gozado de un sueño reparador».

Jane la miró como ensimismada.

—Ahhhh —respondió en un tono de incomprensión.

—Ahora que se ha recuperado, tendría que contarnos su historia —y la señorita Burton se dirigió a la baronesa—. ¿No es cierto?

Lady Danford dulcificó el interrogatorio con su sonrisa y un tono comprensivo y amistoso:

—¿Cómo se llama, querida?

—Jane Red.

—Jane Red —repitió la baronesa con los ojos entornados. Trataba de rescatar algún Red conocido desde el fondo de sus

archivos memorísticos.

—¿Y de dónde es, Jane Red? —intervino la señorita Burton con la malicia asomada a sus ojos.

—De Whitechapel. —Se encogió de hombros Jane, porque deberían saberlo, ¿cómo no lo sabían? Menudas damas bobas. Todo el mundo sabía cómo eran en el East End.

La señorita Burton, orgullosa ante la evidencia de su victoria se infló como un pavo real, ahuecó sus plumas y se arrellanó en el asiento. *Lady* Danford la ignoró:

—¿De qué parte de Whitechapel, querida? —le preguntó.

Como si ello fuese a cambiar mucho las cosas, pensaba la joven e inquisitiva Burton hastiada. Jane volvió a encogerse de hombros:

—De aquí y de allá —respondió sin más.

La baronesa empezaba a ser consciente de que aquella muchacha no era como ella había supuesto. Sin embargo, todavía se resistía a creerlo. La contempló con su aire escrutador.

—Está bien, querida. ¿Puede contarnos qué calamidad le ha ocurrido? ¿Un asalto? ¿Un accidente? Si lo desea, naturalmente.

Jane pensó con rapidez:

—Escapé de casa… Demasiadas bocas que alimentar, ya me entiende.

A la baronesa se le puso cara de: «no, no lo entiendo». Sin embargo, de sus labios salió otra cosa:

—Y su coche ha sufrido un accidente durante el trayecto. Pobrecilla, vagando completamente sola por esos mundos de Dios sin nadie para socorrerla, no me extraña en absoluto que la hayamos encontrado famélica como un perro abandonado. Suerte que el buen Señor nos puso en su camino. ¿A dónde se dirigía, criatura?

Los ojos de Jane no podían dar más de sí de lo que se agrandaron. Por su parte, a la señorita Burton lo que no podía agrandársele más, era la boca. Estupefactas, ambas trataron de sacarla de aquella conclusión a la que nadie la había llevado.

—Creo, *lady* Danford, que nuestra… invitada —empezó la joven dama con sumo tiento—, trata de contarnos otra cosa.

—Yo no trato nada de nada. Yo solo digo que me dirigía a… casa de mi prima. Eso es. Mi prima Dolly. Y me perdí. Exacto. Me perdí y no encontré a nadie a quien acudir hasta que…

—¡Exacto! —la interrumpió *lady* Danford con energía—. Perderse por estas latitudes es un mal negocio. Por suerte podremos llevarla a casa de su prima, ¿no es cierto? Puede que esté muy preocupada. Exacto, mañana es lo primero que haremos. Llevarla a

casa de su prima, y luego proseguiremos nuestro viaje a Liverpool.

—No será necesario, podré apañármelas. Gracias.

La baronesa la contempló desde sus cejas alzadas.

—Tonterías, la acercaremos y no se hable más. Una dama no debe andar sola y menos por estos caminos —afirmó con rotundidad y sin dar derecho a réplica.

La señorita Burton hizo un gesto de incredulidad y miró para otro lado. Jane intentó añadir algo más, pero *lady* Danford se lo impidió al levantarse y dar por terminada la cena.

—Señoras, es hora de pedir un baño caliente y darle la oportunidad a un reparador y buen descanso. —Y le guiñó un ojo a Jane—. Es decir, dormir a pierna suelta, ¿no es así? Olvidarse de todo y soñar. Eso lo arreglará todo, sí señor.

Capítulo II

En El roble centenario habían entrado dos damas y una muchacha desaliñada, el día anterior. Pero aquella mañana fría y gris, de su interior, surgieron tres damas hermosas y elegantes.

La baronesa Danford, con sumo placer, justo es señalarlo, se había encargado de acicalar a Jane, a quien había parecido tomar bajo su protección. La vistió con sus propias ropas y complementos y le recogió el cabello con tal gracia que su gran belleza afloró sin discusión. Era una joven muy hermosa, sin duda. Una vez lista, sorprendió a su benefactora, cuando ante el espejo se contempló con una sonrisa de agrado y afirmó ser la princesa de Whitechapel.

—Este traje de tafetán púrpura y encaje negro le sienta mejor que a mí —observó orgullosa de su obra la baronesa, y le encasquetó un sombrero de gasa negra.

Ahora estaba perfecta. Sí.

—Claro, porque yo soy la princesa de Whitechapel —dijo y se estiró ante el espejo con el orgullo y la altivez que la acompañaban desde la infancia.

Ahora que abandonaban la posada para proseguir viaje, ella parecía dueña de la situación y desde luego de su destino. La última en subir al coche fue *lady* Danford a quien Maggy entretuvo con una advertencia:

—Mi marido ha hablado con su cochero y yo lo haré con usted. No debería ir solo, debería llevar un ayudante y armado, a poder ser. No se aparten de la ruta principal. La tentación es hacerlo por el inmenso rodeo que hay que dar, y los atajos son atractivos, pero están infestados de asaltantes. No se aparten de la ruta principal, aunque se topen con agujeros enormes en mitad de la calzada, suelen ser trampas perpetradas por los malhechores para atraer a sus víctimas, más vale seguir con cuidado, aunque sea preciso bajarse, desenganchar y acompañar a los caballos uno a uno y en fila india, antes que desviarse por uno de esos malditos senderos. —Y abrió mucho los ojos—. Primero es la vida.

—Naturalmente. De hecho, buena parte del viaje nos acompañó un mozo, un poco atolondrado, todo hay que decirlo, que al final se cayó del pescante y se dislocó el omoplato. Así que, otro coche se lo llevó de vuelta a su pueblo y…

—Sigan mi consejo al pie de la letra.

Antes de partir el cochero tranquilizó a la baronesa asegurándole que conocía tales advertencias como todos los de su oficio, y que todos hacían lo que él, cuidarse mucho de utilizar trayectos inseguros. Además, era sabido que tales ataques solo se producían al caer la noche y ellos viajaban de día. Por tanto, no había nada que temer. Tras estas palabras, *lady* Winifred Danford respiró tranquila y volvió a entusiasmarse ante la perspectiva del viaje.

El sol seguía oculto por un manto de nubes grises de panzas repletas de agua que iba a caer de un momento a otro. También había refrescado.

—¿Tiene frío, querida? —se preocupó la baronesa por Jane.

—No, estoy bien. Gracias —respondió la aludida.

Entonces la baronesa se fijó en la taciturna señorita Burton, parecía ausente, como perdida en una maraña de pensamientos.

—Mackenzie, querida. ¿Está bien? ¿Qué ocurre?

—Estoy bien. No debe preocuparse, *lady* Danford, es solo que…

—¿Qué? —la animó la baronesa.

La joven echó una furtiva mirada a Jane.

—Está bien —exclamó veloz ella siempre alerta—, si quiere me bajo para que pueda contarle lo que sea.

—Se bajará en Anfield, en casa de su prima como hemos acordado, y punto. Y *miss* Burton, ignore mis sermones. Mi hermano es un hombre bueno debajo de una capa arisca. Si es noble de título aún lo es más de corazón. Lord Gleastard es muy apreciado por todo el mundo, desde arrendatarios al resto de aristócratas y caballeros. Y un disputado casadero… Tiene suerte de que la haya elegido a usted. Serán absolutamente felices una vez casados. Eso, lo sé bien.

La señorita Burton miró a la baronesa con aire de «de sobra sabe usted que me ha elegido por mi fortuna». Sin embargo, sus labios no se despegaron. Jane, no parecía demasiado interesada, aunque su oído sí estaba bien atento.

De pronto Mackenzie Burton la interpeló:

—¿Cuántos años tiene, Jane?

Esta volvió el rostro hacia ella con expresión sorprendida, pensó un momento antes de responder:

—Dieciocho —dijo al fin—. Creo —añadió en un susurro.

—¿Cree? —continuó la señorita Burton—. Bueno, da lo mismo. Yo sí lo creo. Pues yo también tengo su misma edad, y mientras usted va a vivir libre y dueña de sí misma, yo me veré encadenada a un desconocido y huraño conde irlandés, encerrada en su mansión en una tierra lejana. ¿Sabe? Salgo de un colegio para ir directa a

casa de un marido que no conozco y que no he elegido, por disposición de mi tío y tutor, que tras disponerlo se murió. ¿Qué le parece?

Jane bajó los ojos al suelo mientras por su cabeza desfilaban las ideas de «a mí qué me importa» y «cuándo podré librarme de estas pesadas».

—Suele ser lo habitual, querida —replicó la baronesa tratando de calmarla—. Además —añadió—, *sir* Charles Burton era un hombre justo, bueno, y tío amantísimo. Estoy segura de que tan solo deseaba lo mejor para su única sobrina y descendiente. Fue un buen arreglo. Pronto lo entenderá. No debería inquietarle un futuro tan favorable y prometedor. El sueño de cualquier dama de buena familia es convertirse en esposa lo antes posible.

—¿Cómo? —preguntaron las dos jóvenes a la par, y se miraron.

—¿Acaso existe mejor destino para una mujer? —insistió la baronesa mirándolas sorprendidísima.

—Acaso, ¿qué? —volvieron a exclamar ambas muchachas a la vez.

La baronesa cruzó los brazos bajo el pecho y frunció labios y ceño:

—Señoritas, me temo que no voy a empeñarme en discutir un asunto indiscutible. Las cosas son como son. Punto final. No entiendo a esta juventud.

—*Lady* Danford, ¡lord Gleastard me lleva veinte años! ¡Voy a casarme con un viejo!

Lady Winifred Danford rio con ganas y condescendencia.

—Cómo se nota que no sabe nada de la vida, criatura —sentenció—. Aún no ha cumplido los cuarenta. A esa edad es cuando los hombres son más hombres y más interesantes. Además, lord Gleastard es muy agraciado.

—Pero muy viejo —intervino de pronto, Jane seca—. Y un velo de tristeza empañó sus luminosos y espabilados ojos.

Se acordó de Dylan y oprimió sus músculos y garganta para impedir que brotaran las lágrimas que pugnaban por hacerlo. Ella no lloraba. Llorar era de tontas, débiles e inferiores.

La señorita Burton le dedicó una mirada de simpatía por primera vez, por haberla lo que ella creía, defendido. Y la baronesa adoptó un histriónico aire enojado.

—Ahora resulta que ustedes dos se ponen en mi contra. Me parece muy bonito, señoritas.

Transcurrieron unos momentos en absoluto silencio en el que los pensamientos de cada una eran acompañados tan solo por el sonido

del galopar de los caballos y el traqueteo de enganches y carrocería. Fue la baronesa quien lo interrumpió al tomar de nuevo la palabra:

—No puedo creer que llamen viejo a mi hermano. Resulta simplemente estúpido, porque como se puede ver yo no soy ninguna anciana, y soy mayor que él, y no os importa cuánto. Soy mayor que él y ya veis mi figura, y todavía tengo pretendientes. Y los tenía en vida de mi pobre Horace. Me llevaba veinte años también, y a pesar de eso nuestro matrimonio fue muy feliz. ¿Y qué os pensáis? Yo tenía dieciséis años cuando me casé. Más joven que vosotras, y todo fue bien. Todo fue bien, excepto porque no llegamos a tener hijos. Pero jamás me reprochó nada y siempre me adoró. Nos quisimos mucho. En cambio, a vosotras casi se os pasa el arroz, no querréis ser unas venerables solteronas, ¿verdad?

La señorita Burton evitó el contacto visual, no así Jane, que no apartaba aquellos ojos que lo llenaban todo, de la baronesa. Tal vez empatizara de alguna manera con ella, porque le preguntó:

—Entonces, su matrimonio fue por amor… ¿Qué tenía para que se fijara en él? O ¿cómo la conquistó?

—Nada de eso, aprendimos a amarnos con el tiempo… Yo tampoco le conocía cuando me entregaron en su casa. Y también fui a mi boda con un completo desconocido, con muchos miedos. Pese a ello, pronto comprendí, que nunca debí tenerlos.

Jane pareció desilusionada.

—A mí, Dylan me atrapó con un pastel de membrillo y un ramo de flores arrancadas por ahí…

—¿Dylan? —se sorprendió la baronesa.

—¿Quién es Dylan? —se interesó vivamente la señorita Burton.

—Nadie. Está muerto.

Las damas se tragaron su propio murmullo de estupor, y tras unos segundos de indecisión, la baronesa recondujo la conversación:

—Cuando dice «me atrapó con un pastel de membrillo y un ramo de flores…», en realidad quiere decir que ese muchacho se le declaró, ¿verdad? ¿O se trataba de un acto de seducción? Es preciso tener el máximo cuidado con los seductores, porque si no, luego suceden tragedias.

Jane la miró confusa.

—Yo qué sé. Fue para llevarme al catre.

La señorita Burton enrojeció como si se hubiese tragado un campo de amapolas entero, en cuanto a la baronesa, quedó presa de un súbito ataque de algo parecido a una tosferina salvaje. La mujer, sacó del bolso un pequeño frasco labrado con motivos florales, cuyo

contenido era un líquido ocre. Bebió sin reparo tras lo cual les ofreció a las jóvenes. Mackenzie Burton rehusó, pero Jane cogió el frasquito y se dispensó, lo que ella definió, como un buen lingotazo. Soltó unas risas de colocada y devolvió el frasco a su anfitriona desafiándola desde lo más profundo de su felina mirada. Y añadió:

—Follábamos como conejos. Qué gusto…

Las damas se miraron perplejas y horrorizadas.

—Así que es una perdida, acerté —murmuró la señorita Burton.

—Criatura —fue capaz de decir al fin la baronesa tras un suspiro —, ¿nadie le enseñó a guardar sus secretos de alcoba?

Jane se encogió de hombros y soltó una pedorreta. La baronesa la contempló desde un principio de decepción, mientras pensaba que tal vez no iba a servirle ni como criada.

—¡Exacto! —exclamó con energía la señorita Burton—. ¡Y es más! ¡Las alcobas ni siquiera deberían existir!

—¿Con qué me sale ahora, *miss* Burton? ¿Qué clase de proclama absurda es esa? —se enfadó la baronesa.

La aludida, bajó la mirada avergonzada y no dijo nada.

—Pues que no quiere follar la chica, ya ves tú qué misterio.

—¡Señorita Red! En lo sucesivo, absténgase de pronunciarse en tal modo ante mí. Guárdese sus obscenidades para las tabernas. Por Dios, creí que era usted decente.

¿Y por qué no iba a ser ella decente? ¿Quién se había creído aquella bruja que era? Jane se sintió vivamente insultada y en un ataque de furia abrió la portezuela, sacó medio cuerpo y le pidió al cochero que parase. La baronesa, asustada, tiró de ella hacia dentro. El cochero voceó para saber qué debía hacer. *Lady* Danford consiguió sentar a la joven, pero ella reaccionó con rapidez y la agarró por la pechera.

—Ordene al cochero que pare, yo me bajo, ustedes siguen su camino y santas pascuas… ¡Hágalo o la tiro!

—Pero si no hemos llegado a Anfield —titubeó la dama.

—Y quién quiere ir a Anfield, nadie me espera allí. No tengo ninguna prima. Se empeñó usted solita. Pare el coche, déjeme bajar y olvídeme.

Lady Danford dio la orden al cochero a voz en grito. Al poco, el coche se detuvo y solo entonces Jane soltó a la mujer, dejándola como un guiñapo sobre el asiento.

—Yo soy la princesa de Whitechapel, no necesito su puta caridad ni la de nadie. —Y abandonó el coche con la nariz apuntando más allá del cielo, como una auténtica y arrogante gran dama.

«Continúe».

Dentro del coche, las señoras escucharon su voz dando la orden al cochero, y sintieron las voces del cochero a los caballos, y los cascos de los animales al arrancar, y el chirriar de las ruedas… Mientras, veían a aquella desagradecida princesa cada vez más lejana y difusa en el fondo borroso del camino.

Recorridas escasas millas al trote, la baronesa observó que se desviaban del camino principal y tras bordear una pendiente se internaban en una zona boscosa y umbría. Inquieta, sacó la cabeza por la ventanilla y le gritó al cochero:

—¿Es este el camino habitual?

—¿Cuál sería, si no? —respondió el hombre con fastidio.

La señorita Burton comprobó de soslayo cómo su compañera de viaje volvía a entrar la mitad del cuerpo con gesto contrariado, se arrellanaba en el asiento, tiraba de faldones y mangas para deshacer arrugas inexistentes, se atusaba el peinado y al fin, tras un suspiro, posaba su vista en ella y observaba sin recato ni apuro cómo trataba de leer su viejo breviario, algo en lo que le resultaba imposible concentrarse.

—Los dichos de los santos son buen refugio para las almas piadosas.

Comentó la baronesa por comentar algo. La joven guardó el librito definitivamente, suspiró y se encaró con su futura cuñada:

—*Lady* Danford, vivo abrumada por infinitas dudas. Usted sabe cómo le imploré a mi tío que rompiera este compromiso hasta en su lecho de muerte, cómo le supliqué que me liberara de él. Sin resultado. —Ladeó la cabeza acongojada.

La baronesa asentía débilmente.

—Lo lamento tanto, querida —le dijo.

—Era y es tanta mi desesperación que incluso escribí una carta a lord Gleastard, exponiéndole mis motivos y rogando de su compasión que tuviese a bien ser él quien rompiera, pero…

—Lo sé, pequeña…

La señorita Burton alzó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas:

—Jamás respondió. Yo…

—Lord Gleastard puede parecer un poco obtuso en ocasiones…

—… Yo —prosiguió la joven desde donde lo había dejado, solo pendiente de sus propios pensamientos—, había prometido consagrar mi vida al Señor, tomar los votos y dedicar mi vida a la oración y el servicio a mis semejantes. Solo quería ser sierva y esposa de Dios.

La baronesa la contemplaba afligida, no sabía qué podía decirle, ni era capaz de encontrar ninguna palabra adecuada. Suspiró, y la tomó de las manos con el ánimo de reconfortarla. Entonces sintieron un violento traqueteo que las separó y las contusionó contra las paredes del vehículo. Escucharon los relinchos asustados de los caballos y una sacudida como si los hubieran desenganchado, el coche se había detenido y parecía que los caballos se alejaban. No podía ser. La baronesa pensó en sacar de nuevo la cabeza para preguntar al cochero, pero no pudo ya que este colgaba boca abajo sobre la misma ventanilla, lo habían degollado y su sangre goteaba por el cristal como si de lluvia roja se tratase. La dama, con el cuerpo paralizado, se quedó allí mismo, sin mover un músculo, como muerta. Y acaso fuese eso mismo lo que la salvara, porque la portezuela se abrió de un empellón, la golpeó y ella cayó hacia atrás inconsciente. Entró un hombre con la cara destrozada por infinitas cicatrices, la sacudió, le arrancó los pendientes y un medallón y la soltó como si fuese un trapo. Entonces se fijó en la joven temblorosa que rezaba con un hilo de voz y se tiraba del pelo, soltó una carcajada terrible, la agarró por las axilas y la sacó del coche en volandas. Fuera, otros dos hombres se afanaban en revolver los baúles en busca de objetos de valor, lanzaban ropa y pertenencias por detrás de sus hombros sin más, con el único objetivo de llenar sus bolsillos y sacas con joyas y monedas, y ¡vaya si lo hicieron! Al poco, los baúles yacían sobre los márgenes panza abajo, desballestados, y las ropas y otras pertenencias esparcidas por doquier como anuncio del desastre. El jefe de los bandidos mantenía bien sujeta a la muchacha, que apenas si respiraba presa del pánico. La manoseó un poco antes de hablarle:

—Me gusta tu carita de muñeca de porcelana —le dijo y le pasó el ordinario y sucio pulgar por los labios en modo lujurioso.

Mordisqueó sus lóbulos para arrancarle los pendientes entre carcajadas asquerosas.

—Déjala, y vayámonos ya —se impacientaron sus compañeros.

Cuando volvió la cabeza para responderles, la muchacha le dio una patada y trató de deshacerse del abrazo, casi lo logró, pero el asaltante reaccionó y de una bofetada la lanzó al suelo, ella se levantó y trató de huir a la carrera, pero el hombre logró atraparla por la cintura. De nuevo entre los brazos de la bestia, la joven forcejeó. Esto enfureció al forajido que con toda su fuerza bruta le propinó un nuevo golpe. Desequilibrada, cayó hacia atrás y su cabeza se golpeó con estrépito sobre una piedra grande, que no tardó en teñirse de rojo. El hombre no vio el camafeo que pendía de

su cuello, solo pensó en huir lo más rápido posible de allí, junto a sus compañeros que no perdieron ni un segundo.

Jane había seguido el mismo camino que el cochero, sin saberlo. Caminaba tras la vaga idea de encontrar refugio en algún granero, pero hacía horas que solo veía campiña hasta que el camino se acababa y no quedaba más remedio que adentrarse en un bosque, pronto caería la noche y si pudiese encontrar aunque fuese una cabaña abandonada o una gruta… Con esta idea siguió adelante hasta alcanzar un claro y de allí una abertura por donde se ensanchaba el camino y la vegetación se abría de nuevo a los prados. Lo distinguió perfectamente, pero también vio algo que la alertó, ropa por el suelo, aquí y allá, alguna prenda enganchada entre ramas y zarzas, un zapato… ¿Qué demonios? Al avanzar, reconoció el coche con estupor. «No», musitó. Entonces se fijó en el cuerpo tendido sobre el suelo, reconoció la ropa de la antipática *miss* Burton y corrió hacia ella, no le hizo falta más que verla para comprender que estaba muerta. Aun así, acercó la oreja al pecho y a los labios de la joven dama, nada. Pobrecilla. Compadecida, se quitó la capa y la cubrió con ella.

Miró hacia las luces rojizas del horizonte y sintió una pena profunda y conocida, la del abandono y la no pertenencia. No era de nadie, no tenía nada y nada ni nadie la esperaban. Cerró los ojos, se levantó y prosiguió con la inspección del triste escenario. El cochero inerte, derrumbado entre el techo y la portezuela, ni rastro de los caballos… Rodeó el vehículo para mirar dentro desde la otra puerta, nada, ni rastro de la baronesa, desdichada, se la habrían llevado secuestrada. Tal vez podría quedarse a pasar la noche dentro del carro, echaría una cabezadita con un ojo cerrado y el otro abierto. Se disponía a ello cuando una voz conocida la llamó:

—Socorro, socorro —repetía una y otra vez.

Jane salió a su encuentro:

—Cálmese, baronesa.

La mujer se abalanzó sobre ella, la abrazó y se derrumbó en llanto, una brecha con sangre reseca surcaba su frente.

—Doy gracias a Dios por haberte puesto de nuevo en mi camino. Mira que la dueña de la posada lo advirtió, lo advirtió, pero tú me ayudarás. He ido en busca de auxilio, pero no pasa nadie por la carretera. Yo… Tú… *Miss* Burton…

De nuevo el llanto ahogó sus palabras y la dura y curtida Jane, sin saber demasiado bien qué hacer para ofrecerle consuelo, la abrazó y le pasó la mano por el cabello. De pronto, la baronesa dejó

de llorar.

—Gleastard —dijo sin apartar su rostro del refugio en el regazo de Jane—. ¿Cómo se lo explico? ¿Qué le digo?

—¿Qué tiene de malo la verdad? —respondió Jane sin comprender.

La baronesa deshizo el abrazo, pero tomó el rostro de la joven entre sus manos y la miró con la complacencia que solo una madre podría sentir.

—No —deslizó las palabras con la suavidad de la brisa que mece la cebada—. No puede saberlo. Jamás.

Entonces tomó sus manos entre las suyas y las apretó con fuerza:

—Jamás. Prométemelo.

Capítulo III

Jane, fascinada, no acababa de entender por qué se sentía parte del paisaje por el que transitaban. Le parecía como si siempre hubiese pertenecido a aquellas montañas, laderas, caminos, bosques y desfiladeros irlandeses. Las propiedades se extendían entre poblaciones muy alejadas unas de otras, algunas tan pequeñas que tan solo poseían una calle principal. Y cuantos más parajes atravesaban, más sentía cómo se alejaban los de su infancia, sin que el más mínimo pesar la acongojase. Y aunque los recuerdos estaban ahí, duraban lo justo. Jane había aprendido a vivir el presente para sacarle el máximo partido a la vida, y la vida sucedía ahora, de nada servían pues, lamentaciones por un pasado al que no podría volver, ni las angustias por un porvenir que estaba por verse si ocurriría. Debido a ello sus reflejos eran agudos y sus decisiones tan rápidas como certeras, porque era una superviviente. Eso era lo que le había tocado en aquella perversa lotería que era la vida, y ya que la habían obligado a jugar iba a por todas.

Atrás había quedado Inglaterra, al otro lado del mar, tan cerca y tan lejos, y con ella, también Jane Red, con la cabeza partida sobre una piedra, pero no así la princesa de Whitechapel más viva que nunca. Bajo la nueva identidad de la señorita Mackenzie Burton, viajaba rumbo a su nuevo hogar, Wildwood Towers. En palabras de *lady* Danford, había que ser muy robusto y muy irlandés para soportar el azote de los vientos en Wildwood Towers. Una casa arrogante y omnipresente alzada sobre los promontorios de la costa oeste, en plenos acantilados, plantando cara a los vientos del Atlántico, allí donde desatan su furia aliados con los espíritus de los antepasados propios y ajenos, para asediar edificios, y peñascos, y tumbar cuerpo y orgullo de bestias y hombres.

Ahora Jane ya no era Jane y por eso era la señorita Mackenzie Burton. Vestida de elegante terciopelo tostado como la arena del desierto bajo una fina muselina de encaje marfil, unos delicados lazos de seda ribeteaban su silueta hasta alcanzar el polisón. Graciosos bucles recogían su cabello y un sombrerito floral coronaba el tocado. Pensaba que, por capricho de esa caprichosa vida, ahora era más princesa que nunca. Dos perlas en forma de lágrima colgaban de sus orejas y un relicario de plata de su fino y blanco cuello de cisne. Ningún anillo rodeaba ninguno de sus dedos ya. En cuanto a su sonriente acompañante, *lady* Danford, un vestido de tafetán verde listado de blanco en los costados iluminaba su

agraciado rostro y su negro cabello recogido bajo un sombrerito de pequeña copa y muchas flores, le daba el toque perfecto a la gran dama que era.

Embelesada por el aura melancólica de cada arbusto, cada riachuelo y cada nube, su mente corrió de modo inevitable en pos de una cancioncilla que nunca entendió del todo, tarareada a cambio de una pinta por el pianista irlandés de la taberna de Baker Street en la que solían reunirse. Era exactamente así y eso, el paisaje era canción…

«Desearía estar en Carrickfergus, solo por las noches en Ballygrand, nadaría sobre el océano más profundo, para encontrar a mi amor, pero tampoco tengo alas para volar. Si pudiera encontrarme un guapo barquero, para junto a mi amor dejarnos por él llevar…». Decía la canción, o algo así, más o menos.

—¿Conoces una canción de mi tierra? —se animó la baronesa.

La princesa de Whitechapel le lanzó una mirada atravesada de ceja levantada:

—En los tugurios de Whitechapel no es difícil encontrar un borracho irlandés que te la enseñe.

—Madre mía —se indignó la mujer—, ¿quién te ha enseñado a tener tantos prejuicios? ¿Qué te ha ocurrido en la vida, criatura, para que así sea?

—Sabe que digo la verdad, hablo de lo que conozco.

—No es necesario ser irlandés para ser un borracho. Ya lo aprenderás.

La ahora, señorita Mackenzie, miró hacia otro lado mientras que *lady* Danford no retiraba la suya ceñuda de ella. Es más, ni pestañeaba siquiera. Aún iba a añadir algo, pero viendo el desinterés de la joven acabó por farfullar como si masticara sus propias palabras:

—Ya aprenderás, niña, aprenderás todo lo que yo te enseñe. Voy a domesticarte, aunque sea lo último que haga. Ya lo creo.

El coche traqueteaba con la placidez del trote de los caballos y la baronesa se arrellanó y alzó la voz, esta vez para que la chica la oyera con claridad:

—Recuerda permanecer callada hasta lo inevitable. Yo hablaré por ti cuando se requiera y me sea posible. Lord Gleastard suele ausentarse con frecuencia. Aprovecharemos tales periodos para convertirte en una auténtica dama.

La aludida le echó una mirada soberbia para volver inmediatamente a la ventana, se levantó la falda y metió la mano entre las piernas, tal vez se rascaba los muslos o el interior de las

calzas, la horrorizada baronesa no podía ni quería saberlo.

—Unas por tanto y otras por tan poco… Pero, lo conseguiremos —se reafirmó con el puño sobre su regazo y los labios fruncidos.

El coche avanzaba con su plácido y monótono zarandeo mientras los ojos de Mackenzie veían aparecer para volver a quedar atrás, toda clase de montes y terraplenes, alguna casa, algún bosque, el sol en lo alto, el sol en lo bajo… A pesar de ello, su mente veía otra cosa. Su mente recordaba las escenas ocurridas tras encontrar el accidente. Todo sucedió tan rápido que aún ahora no comprendía cómo había podido verse arrastrada por aquella situación, y por qué no había salido corriendo en dirección contraria. ¿Sería que le había apetecido la estrambótica y desesperada propuesta de la baronesa? Eso debía ser, porque ahora iba a poder ver la vida desde el otro lado de la ventana, donde siempre crepitaba el fuego en el hogar, no faltaba comida en la mesa ni abrigo para tapar los hombros y los pies.

La baronesa había estallado en un llanto desconsolado y nervioso al verla. Con la caída de la noche corrieron campo a través en pos de refugio hasta dar con una parroquia. La princesa de Whitechapel, experta en tales lides, tomó la iniciativa y la mano de la apurada dama, y corrió por donde la llevaba su instinto. Pronto una luz le dio la razón y alcanzaron las primeras tumbas que rodeaban la pequeña iglesia. Anexa a ella, la casa de la cual emanaba la luz que había sido su faro. La princesa decidió entrar en el templo.

—¿No pedimos ayuda en la casa? —objetó la baronesa.

La joven dudó un breve instante.

—No —respondió al fin—. Mañana, al alba.

Dispuestas a entrar en el recinto sagrado, empujaron la noble puerta de madera para topar con el corpulento hombre que surgía de su interior.

—Buenas noches. Bienvenidas a la casa del Señor, ¿puedo ayudarlas en algo?

—Venimos a rezar —saltó la princesa.

Parecía una burla, pero no lo era, así que el hombre abrió la boca, desconcertado. Ahora fue la baronesa quien se hizo cargo de la situación:

—Deduzco que es usted el párroco, me presentaré. Soy la baronesa viuda de Danford, y mi acompañante es la señorita Mackenzie Burton, mi futura cuñada, porque en efecto, va a casarse con mi hermano, lord Gleastard, que nos espera en Irlanda impaciente, a donde nos dirigíamos. De hecho, nos dirigíamos a

Liverpool para embarcarnos en el *ferry*, pero fuimos salvajemente asaltadas en el cruce de, bueno salvajemente asaltadas y robadas, mataron al cochero y a la sirvienta y hemos llegado aquí, al ver la luz, en busca de su auxilio.

Solo entonces respiró para tragar saliva y tomar aire, mientras su joven acompañante la observaba con la boca abierta por completo y los ojos redondos como enormes platos. ¡Vaya con la baronesa que había soltado aquella parrafada de corrido y con voz tan alta que chirriaban los oídos! Ella guardó un silencio cómplice porque estaba alucinada y era incapaz de pensar nada a raíz del barullo mental provocado por la gran dama.

—Por supuesto, señoras mías —reaccionó el hombre de Dios—. Sírvanse disponer de mi casa como gusten. Mi esposa y yo estaremos encantados de cobijarlas y cubrir todas sus necesidades tanto tiempo como sea necesario. Pasen, pasen a calentarse junto al hogar. Tomarán un buen tazón de sopa, deben estar hambrientas. Yo soy el reverendo Thomas, Rudger Thomas. Y están a salvo en mi modesta parroquia de St James Bridge.

Sus palabras se perdieron en el interior de la casita, tras la puerta cerrada con un golpe firme y suave. Y la noche quedó fuera, sola, profunda, interminable.

La señora Thomas acomodó a sus inesperadas invitadas en una linda habitación de la buhardilla. Las reconfortó una vez más tomando sus manos entre las suyas e insistió en que la llamaran si necesitaban cualquier cosa, lo que fuere. Cerró la puerta de modo suave y celestial al salir, y dejó tras ella una inmensa estela de bondad. A la princesa le pareció que había estado en manos de los mismísimos ángeles.

—Qué buena alma —observó para sorpresa de la baronesa, que jamás hubiera esperado una apreciación de tamaña compasión proveniente de aquella feroz muchacha.

—Ciertamente, la Providencia en su infinita bondad nos ha provisto de buena fortuna.

La joven puso morros y los ojos en blanco, un gesto muy característico de cuando le aburría soberanamente lo que le decían. Pero a la baronesa le daban igual sus caras, ella tenía un objetivo y un plan y era preciso aleccionar a la damita en ciernes.

—Ahora descansaremos y repondremos fuerzas. Debemos dejar atrás el disgusto, solo tenemos una vida que vivir, de nada sirven las lamentaciones cuando nos queda todo el camino por delante, ¿entiendes?

La princesa estaba bastante de acuerdo:

—Yo no me lamento —dijo tan tranquila.

—Exacto, eso es lo que me gusta de ti. Eres práctica, como yo. Es natural que me duela haber perdido a *miss* Burton, pero ya no podemos hacer nada por ella, y en cambio sí por nosotros. Que somos los que estamos aquí. Ella ya pasó a mejor vida, ya descansa en la paz del Señor, pero nosotros… Nosotros no tenemos por qué vivir un infierno si puede evitarse…

—¡Alto! —la detuvo su interlocutora que no soportaba aquel nivel de verborrea—. Ahora me dará las explicaciones debidas. Y me debe unas cuantas, soy toda oídos.

Y con los brazos en jarras y su altiva chulería se dispuso a escuchar cuanto aquella señorial baronesilla quisiese relatar.

—Bueno, verás, yo… —empezó la dama, ahora entrecortada—. Debería comenzar aclarando el porqué de esta boda y…

La princesa perdió la paciencia y la apremió:

—¡Al lío! Que tengo sueño, vamos.

—De acuerdo —dijo la baronesa.

Como aquella ígnea mirada atemorizaba a cualquiera, la mujer resumió la situación cuanto pudo.

—Está bien. —Estiró sus faldas con las manos en un gesto seco y preciso. Era su tic. Inspiró hondo y exhaló aire. Se sentó en el borde de una de las camas y miró a su interlocutora. Estaba preparada para hablar—. Mi hermano, Hogan Coverdale, es el 5.º conde de Gleastard. Él es más joven, y de alguna manera siempre he sido como su madre, porque la nuestra murió al nacer nuestro hermano menor, Cecil. Cecil murió tan joven que apenas le recuerdo, su amada esposa y él se fueron uno detrás de otro a causa de la tisis, la fatídica muerte romántica. Dejaron un chico pequeño… A saber qué habrá sido de él. Para ser sincera, jamás mantuve relación con ese hermano, nunca fue de mi agrado.

»En cambio Hogan, sí. Hogan siempre ha sido la niña de mis ojos, mi debilidad. Somos cómplices antes que hermanos y nos llevamos a las mil maravillas. Al fallecimiento de nuestro padre, heredó un condado devastado desde la Gran Hambruna, semi abandonado, arruinado y comido por las deudas. De entre las diversas propuestas para sanear la economía de las arcas de Gleastard, una en especial resultaba de lo más conveniente, unir fortunas y títulos mediante un matrimonio ventajoso. Acudí a un casamentero de mi máxima confianza, lord Basildon, banquero que maneja la mitad de las grandes fortunas de Inglaterra, Irlanda, India, y América. Enseguida dio con las candidatas perfectas, y de

entre todas ellas, *miss* Mackenzie Burton fue la escogida: joven, con educación exquisita, inglesa de orígenes irlandeses, no demasiado fea, internada en un colegio del que solo saldría para casarse. Su tío, *sir* Charles Burton, había amasado una fortuna con el ferrocarril, al llevarlo a América, fue uno de los impulsores… Ni se casó ni tuvo descendencia, con lo que le dejaba todo a su única pariente, su sobrina.

»Así las cosas, *sir* Charles, y yo, en representación de mi hermano, mantuvimos una interesante reunión donde se acordó el matrimonio. No creas que lord Gleastard estaba demasiado entusiasmado, ni entonces ni ahora. Pero el anciano *sir* Charles sí, y mucho, de alguna manera su descendencia emparentaba con la nobleza. Me pidió colgar un retrato en la galería de los antepasados de Wildwood Towers… Me resultó tan enternecedor… Quizás algún día podríamos intentarlo…

»Llegado el momento de conocer a la novia, me trasladé al internado y tomé el té con ella en presencia de una de las religiosas. Fue muy cortés y educada, se guardó de mostrar sus sentimientos, y no hizo ninguna manifestación inconveniente. Parecía un gran acierto, pero hubo algo en ella que no me gustó. Fue su fría mirada, sentí que no era sincera, y eso me inquietó. Sentía que me había equivocado, porque jamás nos daría ni una gota de afecto. Y a Hogan hay que quererlo, con que sea un poco menos de cuanto yo quise a mi Horace me conformo. Pero… bueno, ya era demasiado tarde. Todo había sido convenido, incluida la fecha. Así que cerré los ojos y confié en no acertar en mis impresiones.

»Hice dos visitas más a *sir* Charles, y ya no lo volví a ver. El caballero murió poco después, de manera que fui a buscar a *miss* Burton antes de lo previsto. Todo está dispuesto para que la boda se celebre en cuanto lleguemos.

»Lord Gleastard solo la conoce por un pequeño grabado, lo mismo que tú a él…

—¿Yo? —saltó la princesa.

La baronesa prosiguió como si no la hubiese escuchado:

—Ha habido intercambio de cartas entre vosotros… Naturalmente, tampoco sabrás escribir…

La joven se arremangó como una macarra, no iba a pegarla ni mucho menos, pero se arremangó.

—También habrá que arreglar eso, claro está —siguió *lady* Danford a lo suyo.

—No entiendo a dónde quiere ir a parar con semejante folletín ni qué tiene que ver conmigo.

Lady Danford se levantó con aire grave y se acercó a la joven, se situó frente a ella y la cogió por los hombros, y aunque la princesa se desprendió de aquellas manos con gesto desafiante, la dama proclamó su veredicto y decisión respecto de su destino, de modo ineludible:

—Me acompañarás a Irlanda. Contraerás matrimonio con mi hermano, lord Gleastard, y seremos cuñadas, porque tú eres *miss* Mackenzie Burton, sobrina de *sir* Charles Burton, a quien el malogrado amó como a su propia hija. Eres *miss* Mackenzie Burton porque yo misma fui a recogerte a tu internado tras mi viaje por Grecia y Europa, porque eres pelirroja, tienes los ojos de un tigre de Bengala y la piel blanca de la luna. Eres Mackenzie Burton porque Jane Red yace muerta sobre una piedra tras el salvaje asalto de los criminales del bosque.

La muchacha estaba pasmada. Abrió la boca y la volvió a cerrar. Su gesto desafiante desapareció, realmente se sentía confundida ante su propia confusión… ¿Qué significaba todo aquello? ¿Qué demonios significaba todo aquello?

—¿Qué demonios…? —estalló.

—No puedo presentarme ante el conde sin ti… —afirmó de modo implorante *lady* Danford—. Mackenzie. —Y se reafirmó con rotundidad—. Sencillamente, no puedo, *miss* Burton. Y usted debe comprenderlo.

La decretada Mackenzie contempló sus manos y brazos repletos de arañazos y alguna cicatriz con la boca abierta, luego a *lady* Danford que de nuevo tomaba asiento sobre el borde de la cama, y luego el anillo de su meñique, el que le regalara Dylan, qué lejana parecía aquella vida… También ella se sentó en el borde de la otra cama, aturdida. Trataba de asimilar lo escuchado y su propia e inesperada reacción ante ello, ser Mackenzie Burton no parecía tan malo, pero ¿era lo que quería? ¿Cómo saberlo? La baronesa se fijó en el anillo:

—Mañana, con los primeros rayos del alba acudiremos al lugar del accidente y devolveremos el anillo a quien pertenece, al dedo de la desdichada doncella que lo portaba. Y de paso, recuperaremos tu medallón y lo devolveremos a tu cuello, donde debe estar. Eso haremos, porque así debe ser.

Entonces observó una mancha en el omoplato izquierdo de la joven.

—¿Y eso? ¿Qué es? ¿De nacimiento?

—Un corazón, dicen. Otros, una fresa... Yo quiero que sea un corazón.

—Un corazón, sí. Es pequeño, pero no podemos permitir que nadie lo vea. Bueno, lo taparemos con afeites, si es preciso.

En ese momento, unos golpecitos desviaron sus miradas hacia la puerta:

—Adelante —invitó la baronesa.

Se abrió una rendija y apareció el reverendo.

—Lo he dispuesto todo para que mañana la doncella y el cochero reciban cristiana sepultura. Sus cuerpos serán dignamente recuperados por los hombres de la granja, preparados por las señoras, y a continuación oficiaré el sepelio. ¿Les parece adecuado, *miladies*?

La baronesa asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Le estaré eternamente agradecida por su piadoso gesto, reverendo Thomas. Y no dude en que sabré recompensárselo convenientemente.

El hombre sonrió.

—Las dejo descansar, buenas noches.

Y la rendija desapareció como él. La baronesa miró a la joven sentada en el borde de la cama con la boca abierta, con ambas cejas alzadas y los ojos brillantes.

—No has dicho nada… —observó.

La princesa pareció calcular algo.

—Es usted diabólica —respondió al fin en modo quedo, como en una especie de exclamación privada y muy personal.

El hilo de pensamientos de la nueva señorita Mackenzie Burton se vio interrumpido por la poderosa voz de la baronesa. Se la veía contenta y satisfecha:

—Ya falta poco para llegar a Wildwood Towers, ardo en deseos de que la conozcas. Estoy segura de que pronto te familiarizarás con todo. Procura ser feliz, yo velaré por vosotros.

La joven, ajena a los planes de la dama no se tomó la molestia ni de contestar, seguía ensimismada en la contemplación del abrupto fin de todos los caminos del mundo, donde más allá solo quedaba mar. Recorrían la línea de los acantilados allí donde el verde y el azul se mezclan como resultado del fin de la tierra y el principio del océano. Pero la charla incesante de su futura cuñada la molestaba. O no le remordía la conciencia o no tenía, y no es que a ella le importase, porque lo primero que pensaba hacer en cuanto tuviese al conde delante, sería contárselo todo y largarse. Ya lo tenía decidido y nadie le haría cambiar de opinión. Los desplumaría tanto como fuese posible y se embarcaría rumbo al Nuevo Mundo, allí

podría empezar una nueva y mejor vida. Eso haría. Y con esta idea su mente regresó a la madrugada que desde la casa del reverendo volvieron a hurtadillas hasta los restos del accidente. Envueltas en negros trajes y velos, lutos proporcionados oportunamente por la señora Thomas para poder asistir a los funerales con la dignidad intacta. Parecían dos espectros a medio evaporar con vocación carroñera.

Lo primero que hizo la dama fue levantar uno de los asientos mientras su *cómplice* se preguntaba por qué demonios trataba de destrozar el vehículo. A simple vista no era posible adivinarlo, pero aquel asiento de perfectos acabados y remaches en cobre podía levantarse y eso hizo la baronesa, levantarlo.

—¡Oh! ¡Aquí está! —Y extrajo un maletín Vuitton.

De un vistazo comprobó que estaba todo bien.

—Está todo —se lo contaba a la joven en tono triunfal y aliviado—. El dinero, dos vestidos, dos pañuelos de seda… Lo demás lo compraremos en Liverpool.

Tras esto, se dirigió a la roca sobre la que yacía el cuerpo de la desdichada chica, apartó la capa y retiró el colgante con el medallón escapulario del cuello sin ningún escrúpulo y se plantó frente a la princesa. Con un gesto ostensible de la palma de la mano la invitó a darle el anillo, cosa que la joven rehusó con otro gesto explícito de rechazo. Entonces, la baronesa le puso el colgante alrededor del cuello y cuando ella encerró la joya dentro del puño, la dama le atrapó las manos entre las suyas, y sin rehuir la mirada de aquellos ojos enormes, con dulzura y firmeza retiró el anillo del dedo de modo inexorable.

—Buena chica —murmuró—. Verás cómo es mejor así para todos.

La mujer miró un instante la J y la R grabadas sobre hojas de parra y rematadas con dos diminutos zafiros, antes de colocarlo en el dedo anular de la difunta.

—Descansa en paz, Jane Red. Que todas las criaturas celestiales te guíen y te protejan.

Parecía sincera y apesadumbrada, y cuando la cubrió de nuevo con la capa, lloró.

—Esto es absurdo —dijo—. Pero es lo que debemos hacer. Y así se hará.

La joven veía hacer a la dama sin mover un solo músculo, como si de un espectador de piedra ante la representación de una tragedia de corral se tratara, todo era ajeno a ella y, sin embargo, estaba allí. Sintió que su pasado junto a ella misma quedaba sepultado bajo

aquella capa y que, realmente, alguien nuevo nacía desde sus entrañas, se apoderaba de ella y tomaba el control de su vida, Mackenzie Burton, una nueva versión mejorada de la princesa de Whitechapel. Aun así, necesitó rebelarse una vez más:

—Baronesa, no quiso escucharme cuando hablábamos en el coche durante nuestro trayecto juntas, pero me escuchará ahora.

—¿Sí, querida? ¿Por qué no hablamos mientras desayunamos?

La baronesa la cogió por el brazo como si fueran a dar un plácido paseo.

—No quiero hacerlo, no está bien.

Entonces la mano de la baronesa se contrajo como una garra sobre la muñeca de su acompañante, y su voz sonó helada mientras sus ojos no dejaban de sonreír.

—Lo harás muy bien, querida. Sé que lo harás muy bien. Porque ya no podemos resucitar a la pobre Jane Red, me temo. De hacerlo solo serviría para devolverla a la justicia de donde escapó. ¿No leíste su caso en los periódicos? Tremendo.

Tras escucharla, la sangre de la joven se heló, toda ella se heló. Respondió con una sonrisilla de circunstancias y encaminó sus pasos hacia delante con la mirada puesta en el horizonte donde el sol naciente hacía de guía.

Capítulo IV

Cuando la joven distinguió la mansión a lo lejos, creyó que se trataba de un viejo castillo junto al que pasarían de largo. Sin embargo, a medida que se acercaban a los altos muros, cubiertos a su antojo por vegetación variopinta y muchas veces asilvestrada se convenció de que, si entraban, sería para… No sabía para qué, pero desde luego no para quedarse. Mackenzie pensaba…

—Piensa, Mackenzie, ¿sí? —la interrumpió la voz de *lady* Danford—. Porque, ¿eres *miss* Mackenzie Burton? ¿Cierto? ¿Eh? ¿Lo eres?

La baronesa la había vuelto a sacar de su ensimismamiento.

—Sí —respondió ella—, Mackenzie. —Y fue definitivo.

—Mira —señaló la baronesa distendida y feliz.

Señalaba un bosquecillo a la derecha del camino por el que transitaban, más bien un sendero flanqueado por elevados márgenes de piedra. Al fondo, el imponente edificio… Aquel conjunto de piedras antiguas, del que sobresalían dos torres, de tamaño desigual, amuralladas por un fortín empedrado, con un simple portón como entrada… No podía ser Wildwood Towers…

—No podemos estar en Wildwood Towers —comentó la joven dama.

—¡Ah! —saltó la baronesa a la defensiva— ¿Y qué esperabas encontrar?

La joven se encogió de hombros:

—No sé, una mansión como las de Picadilly, tal vez.

—No conoces el mundo, niña —se ofendió la dama.

—Creía que los condes eran… —murmuró la muchacha.

—Eran, ¿qué? ¿No te parece suficiente un conde de quinta generación, jovencita?

Como no obtuvo respuesta de la aludida, *lady* Danford volvió a la carga con la arboleda:

—Ese es el jardín francés —explicó orgullosa—. Yo misma lo diseñé y el paisajista se atuvo a todos mis deseos y sugerencias. A tal efecto, hicimos traer especímenes de España, Francia e Italia, sobre todo manzanos, castaños e higueras. —Exhaló aire con satisfacción—. Es mi lugar favorito para meditar y leer, incluso tenemos un pequeño estanque natural en el que…

—*Extasiante* —observó sin el menor interés, Mackenzie.

Lady Danford siguió parloteando sobre todo lo referente a la propiedad, hasta que el coche atravesó el portón del muro y se

detuvo ante la entrada principal. Allí aguardaban los miembros del servicio, perfectamente dispuestos en dos uniformes hileras. El sol no aparecía aquella mañana, engullido por una niebla espesa que ascendía por ambos lados, desde el fondo del acantilado.

—Se sigue ese muro —*Lady* Danford señalaba a la derecha—, hasta la otra fachada, recorres un caminillo entre la maleza y luego unos escalones, esculpidos en la propia roca, te bajan hasta la playa. Tendrás mucho tiempo para explorar aquí, no te preocupes.

Mackenzie observó al servicio, repartido a lado y lado de la entrada, a la que se accedía tras salvar unos cuatro peldaños. «Así que Wildwood Towers», pensó.

—¡Wildwood Towers, aquí estamos al fin! —celebró *lady* Danford, expandiendo los brazos al saltar del coche ayudada por el mayordomo.

A continuación, el hombre se ocupó de Mackenzie.

—Gracias, señor Byrne —cumplimentó la baronesa.

—Bienvenidas, señoras —respondió él.

—Presentemos a la futura condesa, este es un día grande. ¿Dónde está el conde?

El señor Byrne, un veterano del servicio, que peinaba un copioso cabello blanco, alto y de aspecto distinguido, trató de disimular un gesto de disgusto, sin conseguirlo. La baronesa se alarmó al instante:

—¿Qué ocurre, señor Byrne?

—Entren, señoras. Desearán descansar, imagino.

La baronesa profirió toda clase de preguntas y exclamaciones de desconcierto, pero el señor Byrne apenas si respondía con alguna inclinación de cabeza mientras seguía avanzando por el enorme corredor de inalcanzable techo. Mackenzie, simplemente los seguía sin entender nada de nada. El mayordomo les abrió las puertas del rústico salón de piedra, y asientos de terciopelo grana, candelabros, una armadura, espadas cruzadas sobre la pared, un gran tapiz y una gran chimenea. A Mackenzie le llamó la atención un estandarte que colgaba de la pared, con fondo verde y un ciervo en oro sobre espadas cruzadas del mismo color.

—Esperen aquí, señoras, si tienen la bondad.

—Esperar, ¿a quién? ¿A quién debo esperar en mi propia casa, señor Byrne? —estalló la baronesa, incrédula.

Pero sus palabras dieron de lleno contra la madera de la puerta cuando el mayordomo la cerró al salir. Aquello empezó a divertir a Mackenzie, ¿qué sería lo siguiente? Desde que había conocido a la baronesa no se había aburrido ni un minuto, para que luego dijeran

que los nobles eran tediosos.

—Ahora a este le ha dado por ponerse todo misterioso, de pronto me trata como si fuese una invitada en mi propia casa y resulta que tengo que esperar audiencia. Hasta aquí podríamos llegar, espero una buena explicación, porque si no, aquí rodarán cabezas.

Mackenzie la miró un momento con la cabeza ladeada y acabó por darle la espalda. Se dirigió a la pared de las espadas y descolgó una. Pasó el dedo por el filo, «pues mira tú, sí estaba afilada», pensó mientras se pasaba el dedo por la boca para limpiar la pequeña gota de sangre. Así las sorprendió *sir* George Kelly, abogado y administrador de la mansión, tierras y arrendatarios del conde de Gleastard. Tenía unos cincuenta años y una ancha espalda, disfrutaba de abundante y ensortijado cabello y lucía una generosa barba bicolor entre el negro y el cano, con su ampuloso bigote. Portaba unos lentes sujetos a la prominente nariz, y vestía de negro. Saludó a las damas con un estricto beso en la mano e inclinación de cabeza, y permaneció de pie.

—Le ruego, sir George, que me ilustre de inmediato. ¿A qué se debe tanta intriga?

El hombre retiró las lentes, sacó un pañuelo de alguna parte de su atuendo, frotó los cristales, los elevó y miró a través desde la distancia. De nuevo, los devolvió a su lugar original. Solo entonces habló:

—Me temo que… Mi querida *lady* Danford. —Entonces su expresión circunspecta pasó a apenada—. Ha estado usted tanto tiempo fuera…

—Me siento mal, qué ocurre *sir* George, por favor…

El hombre miró por encima de los lentes y dijo:

—Lord Gleastard cayó del caballo y el golpe fue… No hubo solución, Dios lo tenga en su gloria. Sufrió una agonía de pocos días, por fortuna, y no fue consciente de nada. Lo lamento profundamente, *lady* Danford.

Tras estas lúgubres palabras inclinó la cabeza y aguardó a la reacción, pero la reacción no llegaba y devolvió su cabeza a la posición normal. Vio a la baronesa perpleja, estupefacta, congelada como el hielo, pálida como un cadáver. Su acompañante la observaba atenta, a la espera de si iba a desmayarse o no, para cogerla.

—Hubo que enterrarlo… Ocurrió pocos días después de su partida, *lady* Danford. Grecia y media Europa, y a la vuelta parada en Francia para recoger a *miss* Burton… Hágase cargo, no siempre

las cartas o los cables llegan a tiempo… Lo lamento tanto, querida. Reposa en el panteón de San Kilian…

San Kilian era el antiquísimo templo parroquial que habían visto muy cerca, antes de llegar. Y sí, ahora sí se desmayó la pobre *lady* Winifred Danford. *Sir* George Kelly se acercó a ella y palmeó su rostro con suavidad. Su joven acompañante la sostenía.

—*Lady* Danford, Winifred, Winifred… —Miró a la joven dama —. Sales. ¿Tiene? ¿Me hace el favor? Rápido.

—¿Sales? —se extrañó Mackenzie.

El caballero no perdió el tiempo, cogió una botella de *whisky*, sacó el tapón y se la puso bajo la nariz, fue suficiente, la baronesa Danford regresó a este mundo de repente. Vio la cara del administrador, recordó y sollozó:

—Mande llamar a mi doncella, no me siento demasiado bien. Acompáñeme a mi habitación, por favor.

—Por supuesto, *milady*.

Ya habían alcanzado la puerta cuando escucharon el grito de la señorita Mackenzie Burton.

—¡Eh! Y yo, ¿qué? ¿Qué pasa ahora?

—Encárguese de que se ocupen de ella —le pidió la baronesa a *sir* George—. Yo no quiero ni verla.

Y Mackenzie se quedó allí plantada, en mitad de la sala, incrédula ante lo que acababa de escuchar y ver, y de nuevo con un montón de incógnitas ante sí, y de nuevo valorando la única solución que tenía a mano, largarse de allí con viento fresco. Eran todos una pandilla de dementes e intrigantes. Y ese, no era su problema.

Aprovisionada con el contenido del bolso de su *benefactora*, quien lo había dejado olvidado en la silla, abandonó el viejo salón y salió de la casa sin que nadie la detuviera. Atravesó la muralla feliz al sentirse libre de nuevo como un pajarillo. Era Mackenzie Burton y ya nadie la buscaba, y los moradores de aquella fortaleza olvidada del mundo tampoco la buscarían. Descendió la colina sin abandonar el margen del camino hasta que el margen desapareció, más o menos. A un lado el acantilado, al otro una obertura del follaje que adentraba en terreno boscoso, si seguía adelante volvía a la carretera y sabía que no había nada habitado en bastantes millas a la redonda. Se decidió por la entrada al bosque, unos dientes de león enredados entre campanillas azules parecieron animarla, incluso le pareció distinguir un ciervo al saltar entre matorrales. Trató de seguirlo y de pronto se encontró en un claro a través del

cual se distinguía la orilla de un lago. Era aquella tierra de marismas. Se acercó y lo contempló, era hermoso, de aguas entre el azul del cielo y el verde boscoso. El sol de mediodía había logrado desvanecer la niebla y el calor hizo que no se lo pensara dos veces, se desnudó sin recato ni pudor y se lanzó al agua tal como vino al mundo. Nadó, se zambulló, salió de nuevo, incluso gritó como un animal contento. Al darse la vuelta hacia la orilla vio unas botas interminables que antes no estaban. Dentro, unas larguísimas piernas. Sorprendida, continuó su recorrido por el cuerpo musculado de anchos hombros y elevada estatura, cubierto con una casaca negra. Al final, su mirada se topó con un agradable rostro de facciones afiladas, mentón con hoyuelo, gruesos labios y unos enormes ojos verde miel de brillo burlón. Cabello negro como el azabache, largo como el de un dandi, recogido en la nuca. Sin embargo, parecía un caballero. ¿Qué hacía allí perturbando su paz? Se lo iba a merendar.

—Vete —le gritó—. Voy a salir.

—Me gustará verlo. —Se rio él.

—¿Quién eres? —le gritó otra vez.

—¿Te importa mucho? —de nuevo la voz de él sonó burlona.

—Me importa una mierda.

Él fingió escandalizarse:

—¿Qué lenguaje es ese para una dama?

—¿Quién te ha dicho que sea una dama?

—Un trajinero, ¿entonces?

—Deja de burlarte y date la vuelta que voy a salir…

—¿Y si no me la doy?

—Olvídate de juegos estúpidos, porque voy a salir de todos modos.

—Entonces no me lo pierdo.

Y se sentó sobre una piedra grande como quien se sienta en la silla de un teatro dispuesto a ver la función. La princesa de Whitechapel se mordió el labio inferior y frunció el ceño como un toro lanudo a punto de embestir.

—Te lo advierto por última vez, voy a salir.

Él, divertido, se arrellanó en su asiento dispuesto a presenciar el mejor espectáculo del mundo y muy seguro de que al final no lo vería. Entonces asistió a un auténtico prodigio de la naturaleza, la joven del lago se sumergió durante un instante para emerger con la fuerza de un géiser como una auténtica ninfa, primero su cabeza con el rojizo cabello húmedo y pegado a su espalda, los hombros y parte del torso, el busto y los redondos y turgentes senos de pezones

rosados, mojados y erectos por los que resbalaban interminables gotas de agua, promesa de la única dulzura capaz de saciar el insaciable apetito de un hombre joven. Su ombligo, su… ¡Dios! Se obligó a apartar la mirada de la tentadora cumbre del glorioso pecado. Pero su mirada se negó a obedecer y siguió deslizándose serpentina alrededor de sus blancos muslos. Sus torneadas pantorrillas avanzaban hacia la orilla y hacia él, inexorablemente. Era la mismísima Venus ante su mirada pasmada y la revolución implacable e inevitable que sentía su cuerpo en aquel preciso instante. Avergonzado ante la reacción de su libido, giró la cabeza con los ojos cerrados cuando ella se plantó ante él, poderosa y desafiante como una diosa. Sintió cómo las gotas del lago lo empapaban a él mismo, ¿acaso iba a echársele encima? Se desprendió de la casaca y se la ofreció sin mirar.

—¡Cúbrete, por Dios! —ahora era él quien soltaba alaridos.

Mackenzie cogió la casaca de un tirón y le dio la espalda. Él volvió a mirar y vio cómo apartaba el cabello de sus omoplatos, vio el caprichoso corazón que adornaba el izquierdo. De buena gana lo hubiera besado. Ella sacudió el cabello y mil gotas se desprendieron trazando un arcoíris. Solo entonces se cubrió con la casaca y se volvió, le quedaba enorme y se rio de él, pero él ya estaba hipnotizado. Ella le vio girar la cabeza para tratar de disimular lo indisimulable.

—Ahora ya puedes mirar, buen hombre.

Presto, la miró a los ojos. Su mirada era tan intensa que la joven lo sintió dentro de su alma, incluso sintió un cosquilleo que no sabía de dónde había salido ni a dónde se había ido.

—¿Quién eres? —preguntó él.

—Primero tú —lo provocó.

—Está bien, señorita. Soy el guardabosques.

—¿Dónde está mi ropa?

—Donde tú debiste dejarla, tras esos helechos.

—Ah, sí.

La joven se acercó y parapetada tras la vegetación se desprendió de la casaca y la lanzó tal cual, en dirección al caballero, completamente empapada. Empezó a vestirse.

—Me dirás ahora quién eres…

—Una… Voy de paso. Me he perdido. Ahora busco una posada, mañana quiero regresar a Inglaterra, a Plymouth, porque me voy a América, ¿sabe?

El guardabosques alzó una ceja, incrédulo.

—¿No vendrá de Wildwood Towers?

La joven se detuvo a pensar un instante.

—Lo intenté, pero no había nadie…

—Vaya, esta sí que es buena. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—Andando…

—Conque andando, ¿y se marcha andando, naturalmente?

—Naturalmente.

Salió de detrás de los matorrales completamente vestida.

—Bueno, adiós —le dijo.

—Buena suerte, señorita desconocida —le gritó él con una sonrisa socarrona dibujada de oreja a oreja.

Mackenzie llevaba un buen rato andando y acometida por los enojosos síntomas del hambre y la fatiga, cuando oyó el trote de unos cascos a su espalda. Se hizo a un lado para que el jinete la adelantara, pero lejos de ver cómo lo hacía, pudo sentir el vaho de los belfos del caballo sobre sus omoplatos. Incómoda, apretó el paso, algo inútil teniendo en cuenta que el caballo podía seguir pegado a su espalda al antojo del jinete. Cuando se hartó se giró hacia él sin previo aviso, obligándolo a parar de repente. Entonces vio al hombre del lago, que no reprimía las risas. Sus ojos atigrados se agrandaron, su pupila se estrechó como una media luna, el guardabosques estaba seguro de que, si hubiese tenido cola, se hubiese movido de lado a lado a un ritmo lento y constante. Parecía que de un momento a otro saltaría sobre él y le clavaría cada una de las uñas de sus cuatro garras.

—Calma, Micifú. Imaginé que seguirías perdida y he venido para llevarte a un lugar donde te den comida y cama. ¿Qué clase de cristiano sería yo si te dejase perdida a sabiendas? Venga, sube.

Tendió la mano para auparla.

—¿Y qué querrás a cambio? —preguntó ella desconfiada.

Él cambió de expresión, se puso serio:

—Perderte de vista. —La cogió con ambos brazos y la sentó delante.

Olía bien, pensó ella. ¿A qué olía? A brezo y cebada, al perfume de las praderas de Irlanda, a mar, a la espuma de la ola cuando golpea la roca con furia. Sujetaba las riendas con firmeza y la fuerza de sus brazos la amparaba, casi podía sentir el suave latido de su corazón, cerró los ojos para llenarse de todo ello, le gustaba.

Llegaron a un pueblo y enfilaron su calle principal. De la pared de una de las casas del fondo, pendía un cartel negro y amarillo con un hombre danzarín que sostenía una pinta en la mano: Tobby pub, podía leerse. Él la ayudó a bajar y entonces ordenó a su caballo dar

la media vuelta.

—¿Te vas? —Se escuchó a sí misma preguntar.

Él, sin detenerse, volvió la cabeza y llevó los dedos a la frente a modo de saludo.

—Hasta la vista, señorita despistada. Buena suerte.

Se volvió y se alejó tan campante. Mackenzie sintió una mezcla rara de emociones y algo de frustración. Taconeó el suelo, emitió un gruñido y entró.

Capítulo V

La baronesa se levantó temprano y recibió al doctor Stone mientras desayunaba. Tras examinarla, el galeno le prescribió una fórmula magistral para aliviar lo que él definió como histeria y le recomendó dos paseos diarios por la playa para aspirar las sales marinas. Se excusó por no quedarse a almorzar y se despidió de manera afable.

Sir George Kelly seguía pendiente de *lady* Danford.

—*Lady* Danford, ¿desea conocer los términos testamentarios y las nuevas disposiciones de la heredad? —le preguntó con sumo tacto mientras tomaba un sorbo de su té.

—Para qué. Sea como sea, sé que tendré que abandonar Wildwood Towers, no sé qué va a ser de mí, pero no creo que eso le importe demasiado al nuevo propietario.

—Tenga esperanza y aguarde a su regreso. Debe hablar con él antes de formarse una idea.

—¿Ha venido a tomar posesión? ¿O todavía no se ha dignado a aparecer?

—En efecto, compareció y todo fue formalizado. Fue convenientemente informado de la situación administrativa de la heredad y del contrato… O compromiso matrimonial del conde anterior con *miss* Burton. Algunos asuntos requerían de su presencia en Dublín, de manera que hubo de ausentarse. Pero me advirtió que fuesen bienvenidas y especialmente atendidas hasta su regreso y que entonces las recibirá.

—¿Y deberé agradecérselo eternamente? ¿Ser recibida por el pomposo 6.º conde de Gleastard? ¿En mi propia casa? —escupió las palabras con el sarcasmo y la acidez del resentimiento.

—Mi querida *lady* Danford, procure verlo de otra manera, es su sobrino —la animó conciliador *sir* George.

—¿Mi sobrino? ¿Ese petimetre adolescente?

—Es un hombre de veinticuatro años, *milady* —señaló con delicadeza *sir* George.

—Un perfecto desconocido a quien no he visto en mi vida, un perfecto desconocido que se lleva los títulos de propiedad de mi casa sin haberla trabajado jamás, ni pisado siquiera.

—*Lady* Danford, se hace más preciso que nunca hablar con él y apelar a su bondad y compasión. Tal vez le permita permanecer junto a él…

La baronesa le lanzó una mirada atravesada.

—No sé qué podría esperar de alguien como él, si es que cabe esperar algo. Según mis informes no ha dado más que dolores de cabeza a sus tutores. No me despierta demasiado interés, créame.

—Excúseme, *lady* Danford, pero me cuesta trabajo creer que hablamos de la misma persona. Es capitán de la Marina Real, condecorado por su valentía y éxito en diferentes misiones. Afortunadamente, dimos con él en la Isla Hayling, con su buque fondeado. Tomó un permiso para hacerse cargo de la situación. Nada más llegar se interesó por usted. Es un noble caballero.

Lady Danford le miró de modo enigmático, lo que pensara solo ella lo sabía.

—Ya debería estar aquí de nuevo —insistió *sir* George—. Estoy seguro de que no pasará de mañana, a más tardar.

La baronesa cambió de tema:

—¿Dónde está *miss* Burton?

El administrador frunció los labios.

—Me temo que…, no está.

—¿Cómo que no está?

—Se ha ido.

—Pero su equipaje sigue en la entrada de su habitación.

—Exacto, se ha ido y ha dejado aquí su equipaje.

—Oh, vaya contratiempo —lamentó la baronesa con evidente disgusto.

—Ha pasado la noche en el Tobby pub, así lo ha confirmado en la cocina la señora Barrows, cuya hermana sirve en el local.

—Ah, ¿sí? —La baronesa no parecía sentir demasiado interés. De pronto, tomó una inesperada decisión—. ¿Sabe qué, *sir* George? Me apetece visitar San Kilian, ¿sería tan amable de mandar preparar el coche?

El administrador se levantó y con una leve inclinación de cabeza a modo de asentimiento, salió del comedor.

Pasada la media mañana, el joven guardabosques se plantó ante la entrada de Willdwood Towers montado a lomos de su caballo. Un mozo tomó el animal por las riendas, un arábigo canela de tobillos y cara blanca, mientras el señor Byrne le abría la puerta y se ocupaba de su arrugada y estropeada casaca.

—¿Tendrá remedio? —le preguntó señalándola.

—Señor conde, su sastre le visitará el próximo jueves.

—¿Mi sastre? —El hombre joven giró la cabeza con la ceja levantada mientras se abotonaba el puño de la camisa.

—En efecto, milord, ha vestido al señor desde… —de pronto se

detuvo y carraspeó—. Lo siento, milord.

—Buen trabajo, señor Byrne. Por cierto, ¿llegó ya mi tía?

—Ayer, en efecto, milord.

—¿Puede decirle que la recibiré en el salón…? Y… a propósito, ¿en qué salón debería recibirla, señor Byrne?

—En su despacho, señor, por supuesto.

—¡Ah!, pero ¿tengo despacho?

El mayordomo le miró con circunspecta curiosidad, tras lo cual añadió:

—Cuando *lady* Danford regrese, naturalmente. Hoy pasará el día fuera, me temo.

—Bien. ¿Y la otra dama?

—Es muy posible que regresen juntas a Wildwood Towers, milord.

—De acuerdo, entonces. Avíseme cuando lleguen. Puede retirarse, señor Byrne. Gracias.

Cuando el joven se quedó solo dio una vuelta por el enorme y pétreo vestíbulo, se acercó a una de las ventanas de vidrio emplomado y habló a las paredes:

—Habría que recubriros con madera, sí. Eso es, roble. Sí.

Tras palmear uno de los bloques de piedra, se perdió por la interminable galería silbando desenfadado.

Mackenzie se despertó sobresaltada de un profundo y reparador sueño. Fue a causa de los insistentes golpes en la puerta. Tras tomar una opípara cena en la que no le faltó de nada, descansaba sobre la cama de su habitación del Tobby pub sin importarle nada más. Con la mente fresca ya pensaría más y mejor al día siguiente, o al otro, o lo que durara el sueño. Pero aquellos impertinentes golpes la arrancaron de los brazos de Morfeo de mala manera. De un salto abandonó la cama y se parapetó tras la puerta con una lámpara agarrada a mano alzada. Abrió un resquicio y por él entró muy decidida, *lady* Danford.

—Aparta eso, querida. No te hace ninguna falta.

Le quitó la lámpara con total impunidad y la devolvió a su lugar sobre la mesita.

—¿A dónde crees que vas? Teníamos un trato —le espetó.

La joven se revolvió:

—Usted dijo que no quería saber nada de mí. Aclárese de una vez.

—En absoluto, querida. Solo estaba… En fin, muy mal, como puedes suponer… ¿O es que no tienes sentimientos?

—A mí también se me murió mi hombre, en mis brazos, ¿sabe? Me lo mataron. Qué me habla de sentimientos…

Lady Danford agachó la cabeza avergonzada:

—Lo siento. Me dejé llevar por la rabia, supongo… Pero no pienses que soy una insensible… ¿Lo amabas?

La joven la miró de modo inexpresivo, como si su alma estuviese vacía.

—¿Se refiere al amor de los amantes idiotas de las comedias? No. Estaba con él porque estaba con él desde siempre… Una vez quise ir con otro chico y él le dio una paliza cuando se enteró. No me dejaba. Decía que era suya. Y yo, pues… —Se encogió de hombros.

La expresión de la baronesa era de absoluta compasión.

—Criatura —murmuró.

Dio una vuelta por la habitación mientras pensaba que tal vez el destino las había unido por algo. Aquella joven desdichada desconocía su enorme potencial y desde luego en sus manos, brillaría en todo su esplendor para cegar a todo Dublín en la temporada, ¡y más allá! A todo Londres porque podían encadenar una temporada con otra… Y a la mismísima reina si se cruzaba en su camino. De pronto se detuvo ante ella y la miró con ojos de experta, cogió algunos de sus mechones ondulados y los dispuso hacia el otro lado.

—Habrá que hacer un gran trabajo contigo, pero lo lograremos. Daremos forma y brillo a esta mata greñuda, afeites, manicuras, baños con leche de burra, ropa a medida, libros sobre la cabeza…

—Deje de soñar despierta, *milady*… Esto se ha acabado, ¿es que no lo ve?

La baronesa hizo un mohín antes de responder:

—Yo también lo creía —dijo—, pero *sir* George Kelly me ha hecho comprender que no es así o no debe ser así.

Entonces la princesa se abrió paso a través de la joven y estalló:

—¡No la entiendo! ¡Ni en mil años que viviera lograría entenderla! No sé si es usted la persona más malvada sobre la capa de la tierra o una tonta de remate. No tenemos nada que ver con el nuevo conde, ¿por qué iba a querer mantener un trato que…?

—Él no suscribió —terminó la frase *lady* Danford.

Se sentó a su lado en el borde de la cama y la miró a los ojos con carga de profundidad.

—Querida —suspiró—. Ni en mil años, por utilizar tus mismas palabras, podrías entender lo que significa luchar por el patrimonio de tus ancestros. Se hace lo que sea necesario, ¿comprendes? Y si

hay que ser malo o tonto, se es. Si no puedes entenderlo, al menos, deja que yo me ocupe. Él aceptará seguir con el trato porque va a necesitar la fortuna Burton.

—Otra vez con eso, pero ¿qué gano yo? No me importan sus problemas y no quiero ser quien no soy. No me salga con el cuento de que va a delatarme a las autoridades porque ya mintió al párroco de St James Bridge y será usted quien acabe entre rejas… Busque a otra, y déjeme ir.

—No digas tonterías, ya no hay marcha atrás y lo sabes. ¿Qué iba a haber mejor para ti que una vida holgada y sin preocupaciones? ¿La calle otra vez?

—América —respondió con rotundidad la joven.

—¿Quién es la tonta ahora? ¿Crees que en América no hay calles llenas de lodo esperándote?

Mackenzie abandonó la cama y miró la calle a través de la cortina.

—Supongo que sí —concedió.

Entonces soltó la cortina y se volvió hacia ella:

—¿Haría un trato conmigo, *lady* Danford?

La baronesa, sorprendida, alzó las cejas.

—¿Un trato?

Mackenzie, muy decidida, disparó a bocajarro:

—Solo aceptaré si me promete que en un año podré ser libre.

—¿Cómo? —se pasmó la baronesa.

—Tengo un plan…

—¿Y qué plan es ese?

—Me caso con su conde. Ustedes se apoderan de la fortuna Burton. Aguanto un mes y luego me fugo, con un poquito de esa fortuna para sobrevivir, naturalmente. A cambio, ustedes se quedan con todo, prácticamente.

La baronesa se pasó la mano por la barbilla.

—Mmmm, no me gusta —reflexionó—. Demasiado complicado.

Mackenzie se agarró al medallón, se lo quitó, lo abrió y golpeó con el índice la fotografía de su interior con la inscripción:

—Aquí pone el nombre, mi nombre… ¿Y la mujer de la fotografía…? No nos parecemos en nada. Un mes o se la enseño al nuevo conde.

Lady Danford calculó cada posibilidad a la velocidad del rayo.

—Mujer, un mes no es suficiente. Un año.

—Seis meses —siguió obstinada, Mackenzie.

—Querida, es inaceptable. Al menos tienen que verte en la temporada irlandesa y acabar tu presentación en la de Londres. El

conde y tú, deberéis dejaros ver en Ascot… El nuevo conde de Gleastard debe conseguir un escaño en la Cámara Alta y… —Movió la cabeza en sentido negativo—. Necesitamos un año, no menos.

—¿Firmará papeles?

—Firmaré lo que sea.

—Está bien, siéntese ahí —le indicó el buró—, coja el recado de escribir y ponga en letra clara: «*Miss* Mackenzie Burton es libre de ir a donde quiera». Féchelo de hoy en un año, y firme. Escríbalo bien porque lo voy a comprobar.

Lady Danford le lanzó una mirada escéptica mientras escribía.

—Me enseñaron a leer y juntar letras en el hospicio, ¿qué se creía? —le reprochó la joven.

Cuando se hubo secado la tinta, Mackenzie le arrebató el pliego, lo husmeó, lo dobló en cuatro y se lo guardó en el escote. Entonces escupió en su palma y tendió la mano.

—Escupa, vamos —ordenó.

Lady Danford, obedeció algo aturdida y encajaron las manos con fuerza.

—Es un trato, y mataré por él —advirtió Mackenzie.

Capítulo VI

—Señoras, por fin han llegado, tengan la bondad. —Byrne las condujo hasta el salón—. Las esperan.

La baronesa y la joven dama Burton acababan de llegar a Willwood Towers cuando el solícito mayordomo las condujo hasta el salón donde las aguardaba el conde, sin permitirles respirar siquiera. Cuando la puerta se abrió ante ellas, Mackenzie recibió una fuerte impresión y necesitó contener la respiración. Un hombre mayor, sin apenas cabello y nada atractivo aguardaba sentado en un sillón, mientras saboreaba una copa de coñac y hojeaba una gaceta. *Lady* Danford por su parte, parecía desconcertada. El caballero, al verlas se levantó y las saludó cortés:

—Buenas tardes, señoras. Por ventura, ¿tengo el gusto de saludar a *Lady* Danford y a *miss* Burton?

—¿Este es el conde? —murmuró espantada Mackenzie.

Le costó un pescozón bajo el codo de su mentora, que le hizo cerrar la boca en el acto. La baronesa respondió al caballero:

—Podría ser. Y ¿a quién tengo el honor de saludar yo?

—Permítame distinguida señora, mi nombre es Jefferson M. Crawford. Hace algún tiempo venía manteniendo contactos… Mercantiles, con lord Hogan Gleastard.

«Este fulano no es de por aquí», pensó Mackenzie. Tenía un acento raro, grosero, como sus ademanes.

Lady Danford alzó una ceja.

—¿Qué clase de contactos… Mercantiles? —preguntó desconfiada.

—Inversiones, y cosas de ese tipo.

—Entiendo —respondió la baronesa—. ¿Americano?

—Americano, *lady* Danford, como dicen ustedes. Yo prefiero admitir que soy un caballero del sur, de Virginia. Trabajo algodón, tabaco y cacahuetes en mis plantaciones. El rancho Crawford, habrán oído hablar de él, da nombre a mis productos, tengo fábricas y exporto a prácticamente todo el mundo.

Las damas se miraron sorprendidas.

—Caramba —admitió *lady* Danford—. Una enorme fortuna virginiana, entonces.

El virginiano rio complacido.

—Olvide la fortuna, baronesa. Soy lo que se dice todo un partido. —Y volvió a reírse él solo.

—¿Y a qué debemos el honor de su visita en Wildwood Towers?

—*Lady* Danford trataba de mostrarse lo más cortés que la educación y la impaciencia le permitían.

—Señora, yo tenía un trato con su difunto hermano. Me encuentro en Europa para satisfacerlo, entre otros asuntos. Ah, la vieja Europa con toda esa historia sobre sus ancianos muros. —Inclinó la cabeza en señal de respeto—. Permítame que le transmita mis más sentidas condolencias, de paso.

—Los tratos que pudiera tener con el difunto Hogan Coverdale, el 5.º conde Gleastard, se han extinguido con él, me temo.

La baronesa sonó tan cáustica que incluso se sorprendió a sí misma, el virginiano alzó ambas cejas y con una sonrisa de dientes apretados, se dispuso a marchar.

—Distinguida señora, vine para mantener una reunión con el nuevo lord Gleastard. Reunión frustrada por ahora ante su ausencia…

La baronesa también alzó sus cejas para mantenerse con expresión circunspecta y no mostrar su extrañeza, el señor Crawford proseguía:

—Pero podré verle sin duda en la fiesta que voy a dar en mi casa de Galway, a donde le he invitado y a la que espero que ustedes tendrán la gentileza de asistir.

El señor Jefferson M Crawford besó las manos de las damas y se despidió cortésmente.

—¿Qué te parece? No está nada mal, el virginiano.

—Pero si es un anciano… —se asqueó Mackenzie.

—A ti todo el mundo que tenga más de veinte años te parece anciano. Tiene unos ojos celeste preciosos.

—Más preciosos deben ser sus billetes, para usted. Parece estar podrido de dinero.

—¡Basta! Te prohíbo tanta vulgaridad. Me importa poco lo que pienses. Me hablarás solo cuando yo te lo pida, y me responderás con un «sí, *lady* Danford», o «no, *lady* Danford».

—¿A pesar de que va a ser mi tía?

—Dios mío, cuánto tengo que enseñarte y qué poco tiempo me queda, y encima el americano husmeando como un buitre…

Mackenzie iba a decirle que también le olían mal sus intenciones, pero recordó la agria advertencia de no mostrarle sus opiniones, de modo que cerró la boca antes de abrirla y se limitó a permanecer como un mueble.

—¿Y ahora dónde se habrá metido este muchacho? ¿Por qué nunca está en casa? Bueno, puedes ir a tu habitación y entretenerte como prefieras. La cena es a las seis, recuerda bajar vestida de

etiqueta. En Wildwood Towers siempre se ha guardado etiqueta para la cena. Igual estamos de suerte y el conde se digna honrarnos con su presencia.

En la intimidad de su habitación y después de haberlo registrado todo a conciencia, morirse de aburrimiento sobre el sillón, saltar sobre la cama en ropa interior, mirar el inicio de la puesta de sol en el balcón y regresar al sillón para compadecerse de su incesante aburrimiento, se fijó en un tablón del suelo, entre la mesita de noche y la cama. Parecía astillado y le llamó la atención. Allí que fue, y a pocos intentos ya lo tenía entre las manos, el hueco era perfecto para guardar o encontrar cosas. Tras pasar la mano de modo experto por el interior, volvió a sacarla sin nada. Cogió una cajita labrada en plata del tocador y en ella metió el colgante y la nota firmada por la baronesa, luego lo introdujo bajo la tarima a través de la oquedad y volvió a encajar el listón en su sitio, movió la mesita unos centímetros para que no se notara nada, y muy satisfecha, contempló su obra con los brazos en jarras. Asintió con un gesto seco de la cabeza y se volvió al espejo: «Y ahora… vamos a divertirnos», se dijo y desvió la mirada hacia el enorme ropero abierto de par en par, de él colgaban innumerables vestidos y complementos, pero ninguno resultaba de su agrado, eran ropas de Winifred Danford, y ni siquiera a ella podían gustarle. «Es para salir del paso, hasta que venga tu modista», le había dicho. Saldría del paso…

Un gong resonó a lo largo y ancho de Wildwood Towers de la mano del señor Byrne, al tiempo que el reloj de pared del salón daba las seis. *Lady* Danford, vestida de raso grana y puntualísima, tomó asiento en una de las sillas que le retiró a tal efecto, el mayordomo.

—¿Vendrá para la cena, el señor? —le preguntó.

—Las instrucciones de lord Gleastard al respecto son imprecisas. Me ordenó que empezaran sin él si se retrasaba, *milady*.

—Veo cuatro cubiertos, ¿a quién más esperamos? —La baronesa sentía auténtica curiosidad.

—Tal vez a *sir* George, señora. Es muy probable que vengan juntos.

—En efecto —irrumpió sir George Kelly—, pero me temo que lord Gleastard llegará un poco más tarde, si le permiten salir de allí.

—¿De allí? Ohhh, bienvenido, tome asiento *sir* George.

—Hemos estado reunidos con Cullen, el de la granja de caballos. Le va a organizar una yeguada aquí. Lord Gleastard quiere dedicarse a la cría y a las carreras.

Lady Danford contrajo todas sus facciones hacia dentro visiblemente contrariada. *Sir* George pensó que cualquier iniciativa procedente de su sobrino la contrariaría. Entonces la vio palidecer, alguien entraba en el salón, volvió la cabeza para ver de quién se trataba, y atónito la giró de nuevo.

Mackenzie apareció ataviada de modo extravagante, pintoresco, o desquiciado, según se prefiriese. Había recortado unas enaguas de viscosa que dejaban al descubierto unas botas acordonadas de caña alta, y algo de pantorrilla. Por encima una camisa blanca de dormir de algodón, recortada en el escote para darle forma *balconett*… ¡Pero! Por si esto fuera poco se había enfundado un *bustier* escarlata, bien apretado, que realzaba su busto hasta el punto de la explosión. Y había más, en los labios llevaba ese carmín espantoso de las meretrices y se había recogido el cabello de modo desmadejado, y se había dado un montón de vueltas alrededor del cuello con un interminable collar de perlas. Así se presentó ante ellos y así se sentó cuando el mayordomo la acomodó, como si no viera ni oyera nada.

—Pero… Querida… ¿Cómo es posible? —*Lady* Danford se llevó una mano al pecho.

Sir George Kelly, sonrojado, trataba de contener su turbación sin conseguirlo en absoluto.

—¿Sirvo, *lady* Danford? —preguntó el mayordomo.

—Por favor, señor Byrne —indicó la baronesa.

El señor Byrne dio la orden a los dos lacayos que esperaban y escanció vino negro.

—Agua —pidió Mackenzie.

El mayordomo asintió con una inclinación de cabeza, se retiró y al poco regresó con una jarra sobre una bandeja de plata, la dejó frente a la dama. Los lacayos les sirvieron pastel de carne con verduras aderezadas y pequeñas patatas horneadas al vino. Mackenzie empezó a devorar con enorme apetito y sin esperar a nadie, de pronto se detuvo en seco ante un carraspeo de sir George y la cara de estupor de la baronesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó con la boca llena.

La cara de *lady* Danford era de un clarísimo «ya hablaremos luego tú y yo». Tras un nuevo carraspeo, *sir* George comentó:

—Parece que los métodos pedagógicos del internado de *miss* Burton han dado sus frutos, son algo así como novedosos y

liberales.

—Lo que se ha dado es un terrible golpe en la cabeza cuando nos asaltaron —la justificó *lady* Danford, no exenta de acritud—. Tendrá que verla el doctor Stone, esto está yendo demasiado lejos.

—A veces los golpes en la cabeza no son tan malos como parece —bromeó *sir* George.

—¿Qué no es tan malo como parece? —pronunció una voz aterciopelada y optimista a su espalda.

La cara de enorme sorpresa de Mackenzie al ver aparecer al guardabosques en Wildwood Towers espoleó el agudo humor del hombre que también la reconoció. Había aparecido con la camisa sucia, y algunas briznas de heno, las botas cubiertas de barro, y mechones sueltos y despeinados de su cabello recogido por detrás. Mackenzie no se lo podía creer, la baronesa lo supo.

—¡Buenas noches! Y dispensen que me presente así. Continúen con la cena, luego tomaré una copa con ustedes. Solo pasaba a saludar. Voy a adecentarme y… —miró a Mackenzie con intención —, me pondré una casaca que no esté demasiado húmeda.

Dicho lo cual se marchó alegremente. Esta vez *lady* Danford se llevó ambas manos al pecho, y Mackenzie, desoyendo sus advertencias, saltó:

—¿Cómo puede gozar de tantos privilegios el guardabosques?

La baronesa era incapaz de probar bocado.

—¿Guardabosques? —casi chirrió.

—¿Guardabosques? —se extrañó también *sir* George—. Es lord Gleastard, Trevor.

—El conde —admitió la baronesa.

A Mackenzie se le cayó la comida del tenedor, y la barbilla se le desencajó de tanto como abrió la boca, luego el tenedor sonó contra el plato, también se le había caído. Tragó saliva y agua, se frotó la frente para tratar de entender que lo increíble era verdad, aunque siguiese siendo increíble.

—El conde —murmuró pasmada.

Un destello se desprendió de la mirada de la baronesa que por primera vez albergó esperanzas de que todo el complot pudiese triunfar. Vio un corazón alborozado en el interior de su pupila, lo intuyó mucho antes de que ella misma fuese consciente. Y el motivo de tal alborozo solo era uno, su sobrino. Quizás aún hubiese posibilidades también para ella… Debía estar más alerta que nunca. Se volvió hacia *sir* George Kelly.

—Debo admitir que es un hombre apuesto, a pesar de haber aparecido desaliñado como un leñador.

Sir George sonrió y con un discreto gesto señaló a la joven. La baronesa puso cara de «tal para cual, ¿no?». Sin embargo, dijo:

—A propósito de visitas inesperadas, *sir* George. Ha estado aquí un caballero americano, Jefferson M. Crawford. Estaba empeñado en hablar con el conde.

—Ese arrogante vendedor de cacahuetes… —saltó el caballero.

—*Sir* George, no le reconozco.

Mackenzie no les quitaba ojo, harta de la comida terminó y echó el plato hacia delante a la vez que la silla hacia atrás, todo con estrépito. Pero sus acompañantes no parecieron notarlo, inmersos en la conversación como estaban.

—¿Qué quiere de lord Gleastard, ese buen hombre? —prosiguió la baronesa.

—Wildwood Towers —respondió con sequedad *sir* George Kelly —. Quiere comprar toda la propiedad, terrenos, arrendatarios, ¡incluso el acantilado! Qué digo, pretende incluir el mismísimo océano.

La impresión y la inquietud de *lady* Danford pudieron observarse en su rostro y en cómo empezó a removerse en la silla, y aunque a Mackenzie nada de eso le importaba tampoco le gustó demasiado la noticia.

Momentos después pasaron a un salón de estar donde las paredes eran azules, las cortinas blancas, cubiertas por terciopelos azules y dorados, a juego con tresillos, sillones y otomana, tapices y pinturas de paisajes y animales, y un hogar con un reconfortante fuego. El señor Byrne sirvió un *whisky* para *sir* George, y licor de cereza para *lady* Danford, *miss* Burton rehusó, no le apetecía nada de eso. Cogió un libro que no acababa de entender porque su nivel de lectura no era demasiado elevado y se sentó en un sillón junto al fuego, mientras los otros dos proseguían con la conversación en torno al virginiano.

De pronto y de nuevo, la envolvente voz de lord Gleastard atrajo su atención por completo, parecía ser lo único que quería y sabía hacer, llamar la atención, el muy cretino, pensaba Mackenzie al verle traspasar la puerta con los brazos extendidos, vestido de negro y repeinado como un lord. Claro, lo era, pero ¿por qué no lo parecía? Y no era una cuestión de modales, los tenía y no lo podía negar. Eran sus ojos de aventura y mar *océana*, era su espíritu no encorsetado… Era… Buf.

—Buenas noches, familia —saludó desinhibido—, mis disculpas por no haber estado en la cena, pero Cullan me arrastró a su cocina,

y fue imposible resistirse a los manjares de la señora Cullan…

Acto seguido se situó frente a su tía, y con un saludo casi de corte militar, inclinó la cabeza y besó su mano, tras lo cual procedió de modo insólito:

—Mi querida tía, cuántas ganas tenía de conocerla. —Y la estrechó en sus brazos y le plantó un sonoro beso en la mejilla, como haría un niño.

A *lady* Danford casi se le salta una lágrima, su corazón marchito hasta entonces, se llenó al punto de compasión y amor por aquel muchacho, que, a decir verdad, estaba tan solo en la vida como ella misma. En aquel preciso instante se prometió protegerlo de todo mal, más que de tía ejercería de madre. De madre leona. Eso haría.

—Y yo, mi querido lord Gleastard. Muchas ganas —respondió ella con auténtico afecto.

Sir George sonreía complacido.

—Por favor, tía mía… Llámeme, Trevor, se lo ruego.

—Por supuesto, querido. —Sonrió ella, la vida había vuelto a sus ojos.

—¿Y la sílfide del lago que nos honra con su presencia ausente en la chimenea? —Se acercó a ella sin titubeos—. *Miss* Burton, supongo. —Besó su mano sin dejar de mirarla penetrantemente a los ojos.

Las miradas se cruzaron, se clavaron, penetraron la una en la otra. El vínculo generado en el lago se reafirmó y la serpiente del deseo recorrió y azotó el interior de ambos.

—El conde, mira tú —respondió ella en tono desdeñoso y soberbio.

—Presente y todo suyo.

Mackenzie, tras dedicarle una mirada que lo incendió la devolvió al libro. Entonces él se lo arrebató y leyó en voz alta:

—Wordsworth… Oda a la inmortalidad… Casi nada…

En un acto reflejo, Mackenzie trató de recuperar el libro, pero él se zafó alzándolo por encima de su cabeza. La joven desistió y regresó al sillón.

—¿Y a qué se debe tal indumentaria, *miss* Burton? ¿Pensaba deleitarnos con un recital de alguna heroína desdichada?

Ella le respondió con un ademán impreciso cuyo significado era que la dejara en paz.

—Sí, eso es exactamente —aprovechó *lady* Danford—. Sin embargo, prefiere dejarlo para otro día, y estudiar mejor el texto, ¿verdad, querida?

—Sí, claro —respondió desganada la aludida.

—De modo que le gusta la actuación —se entusiasmó lord Gleastard—. Yo adoro el teatro. Una buena amiga mía, vicetiple del Odeón de París, me permitió ver sus funciones desde dentro y…

—Lord Gleastard —sonrió *sir* George de modo significativo—, las damas…

Trevor Coverdale, 6.º conde de Gleastard devolvió el libro a Mackenzie, poniendo sumo cuidado en no apartar el dedo de la página que ella leía cuando se lo quitó. Cuando ella cogió el volumen fue inevitable que sus manos se rozaran y sus ojos, se miraran de nuevo… El joven conde se giró en redondo para toparse con el señor Byrne hierático a la espera con un vaso de *whisky* sobre una bandeja de plata, a que él se decidiera a tomarlo.

—¿Para mí? —dijo—. Gracias.

Lo cogió, se lo bebió de un solo trago, devolvió el vaso vacío a la bandeja que aún sostenía el mayordomo, que ni siquiera había tenido tiempo de retirarse, le dedicó una sonrisa encantadora y se sentó en el tresillo frente a la baronesa. *Sir* George permanecía de pie junto a ella, saboreando su *whisky*. Mackenzie fingía hallarse inmersa en el libro, pero su oído parecía la trompetilla de un fonógrafo.

—Hubiera preferido una buena jarra de cerveza, pero no ha estado nada mal el trago. —Adoptó un rictus serio y miró a su tía con aquella intensidad—. Quisiera tratar con usted un asunto delicado.

Lady Danford inclinó la cabeza en señal de asentimiento a la par que pegaba la espalda al respaldo del butacón con un ligero e imperceptible movimiento y se ajustaba unas lentes sobre la nariz. *Sir* George no quería ser un estorbo ante aquella sensible situación.

—Creo que iré a la biblioteca a fumarme un habano, si no le molesta, lord Gleastard.

—Puede fumar aquí, si lo desea, *sir* George, estamos en familia, ¿verdad? —respondió *lady* Danford.

El hombre inclinó la cabeza.

—Naturalmente —la respaldó Trevor—. Verá, tía… El caso es que, me temo que yo… No sé por dónde empezar… Y no me diga que, por el principio, se lo ruego.

De repente se calló y puso el puño bajo su barbilla, se notaba que le resultaba difícil abordar el tema.

—No te lo diré —habló la baronesa a la defensiva— pero, estoy deseando escuchar lo que tengas que decirme.

Trevor Coverdale le lanzó una mirada compungida, como un adolescente pillado en falta. Tras un leve carraspeo tomó la palabra

de nuevo:

—En fin, debo admitir que todo esto me sobrepasa. Más de la mitad de mi vida ha transcurrido en el mar, y no me sostengo bien sobre tierra firme… En cuanto lo tenga todo arreglado por aquí, regresaré al Phantom, no tardarán en llegar mis órdenes y deberé partir… Yo… querida tía, ¿sería un abuso por mi parte pedirle que me ayude en todo lo relativo a Wildwood Towers? Las cuestiones domésticas, y todo eso. Ya me entiende.

A la baronesa se le abrió la boca y se le cayeron las lentes. *Sir* George, el administrador, simuló una tos para llevar la mano al rostro y ocultar una sonrisa de satisfacción.

—¿Trata? Tratas, ¿tratas de pedirme que me quede en Wildwood Towers?

—No se lo pido, se lo imploro.

El orgullo y el afecto inflaron el pecho de la baronesa como a una paloma enamorada, y casi le provocan el estallido del corazón. Sin embargo, no podía demostrarlo.

—Pero eso le corresponde a *miss* Burton. ¿Qué pasa con ella?

Trevor tragó saliva, se sonrojó y se puso en pie. Azorado, dedicó una furtiva mirada a Mackenzie, justo para ver que se le caía el libro, y su expresión atribulada.

—Bueno, tenemos varios asuntos que tratar. Es tarde, estoy cansado y necesito retirarme. ¿Mañana en mi despacho tras el desayuno? Buenas noches.

El hombre jovial cuya alegría había inundado la sala y los corazones de los presentes parecía haberse esfumado para dar paso a un ser taciturno y pesaroso.

Capítulo VII

La baronesa despidió al administrador con su antiguo espíritu optimista, de pronto era como si hubiese recobrado las ganas de vivir, y eso al hombre le complacía.

—¿Lo ve, *lady* Danford? ¿Cómo todo se ha arreglado de modo satisfactorio? Ya le dije que debía confiar en ese muchacho, es un hombre de bien y un buen irlandés.

—Sí, pero parece que no tiene intención de casarse —replicó en tono desenfadado.

—Bueno, no se preocupe demasiado, *lady* Danford, lograremos que cambie de opinión, ¿no es cierto?

Sir George se tocó el sombrero y besó la mano de la dama.

—Tenga cuidado, el camino es muy oscuro.

—Descuide, *milady*, ¿qué podría pasarme en lo que tardo de dar la vuelta a la esquina? Hasta mañana.

Sir George Kelly vivía solo en un caserón de la ciudad. Cuando se hubo marchado, *lady* Danford se apresuró para alcanzar a Mackenzie a quien había oído en las escaleras. Y le dio alcance en el segundo peldaño, la agarró por el brazo y la giró hacia ella:

—Oye, ¿tú qué te has creído? Presentarte de esta facha a la cena y dejarme en ridículo cuando sabes que es vital mantener las apariencias. ¡Me falta imaginación para inventarme excusas! ¿Qué pretendes? ¿Echarlo todo a perder? ¿Es eso?

Mackenzie sacó la lengua por toda disculpa, se encogió de hombros y respondió:

—No se esfuerce, baronesa. El conde no está por la labor, me parece a mí.

—¿Podrías esforzarte un poco, al menos?

—Está bien, me vestiré como quiere, pero no olvide que la princesa de Whitechapel sigue viva, más que nunca.

—Pues yo me encargaré de —la baronesa se pasó el dedo índice por el cuello— eliminarla, ¿comprendes? Si hace falta.

Mackenzie soltó una carcajada seca y agarró a la baronesa por la pechera de improviso, la encaró a ella de un tirón:

—O ella a usted, ni cante victoria ni lo olvide.

Y la soltó de pronto con solo abrir su mano, la dama trastabilló sobre el escalón, pero no perdió el equilibrio. Entonces la orgullosa princesa de Whitechapel ascendió las escaleras con la barbilla alzada y sin mirar atrás, tiesa como si se hubiese tragado un palo.

Alcanzó su habitación con una carrera por el ancho,

interminable y lúgubre pasillo. Le parecía como si las fantasmales manos de todos los malditos antepasados Gleastard surgiesen de las paredes donde permanecían atrapados desde el principio de los tiempos. Los aullidos del viento, se le hacían los mismísimos lamentos de aquellos desdichados seres, y le parecía que si se acercaba demasiado a las paredes la agarrarían y la arrastrarían hasta llevarla al otro mundo con ellos. Abrió, entró y dio la vuelta a la llave. Pero cuando más a salvo se sentía vislumbró el movimiento de una sombra tras el ventanal de la balconada. Previsora, se había llevado consigo escondido en la manga, un cuchillo del servicio de cena. Lo agarró del modo en que lo agarran los callejeros moradores de la noche, medio oculto en el puño para asestar un golpe preciso y definitivo con la hoja. Ahora se produjo otro movimiento de la sombra y ella lo vio claramente. Aguardó agazapada a un lado, de pronto las hojas del ventanal se abrieron dando paso a la irrupción de un individuo, ella salió de las sombras como un silencioso felino dispuesto a clavar su garra en el cuello del asaltante, pero este la repelió con la agilidad propia de un avezado luchador.

—Quieta fiera —sonó la voz de Trevor. Y el conde tiró de ella hacia la luz de los candelabros—. ¿Por qué quieres matarme? —le preguntó arrebatándole el cuchillo y acercando su boca a la de Mackenzie de modo aturdidor.

Lord Gleastard dejó el cuchillo sobre la mesa, y se sentó en la butaca como si estuviese en su casa. De hecho, estaba en su casa.

—Solo venía a hablar contigo pacíficamente.

—¿Y no podías llamar a la puerta? Como todo el mundo civilizado…

—Pensé que a ti no te va mucho lo civilizado… —Y soltó su risa aterciopelada.

—Cuidado, yo soy principesca… Pero qué sabrás tú de mí. Bah. Vete, quiero dormir.

—Perdonad mi osadía, oh alteza serenísima. Concededme cinco minutos para hablar a solas, y me iré por donde he venido.

Mackenzie quería reír, pero no podía mostrar tal flaqueza.

—Dices lo que tengas que decir y te largas.

—¿Sigues metida en tu papel de heroína desdichada, eh, sílfide del lago? Por cierto, qué no daría por volverte a ver como entonces…

—Ve olvidándote porque esa suerte no la volverás a tener… Y ahora, habla o vete.

—Mira tú, no estés tan segura, niña…

Mackenzie le miró a través de su poderosa felinidad, causándole

esa desazón del animal a punto de ser depredado.

—Para ti princesa, únicamente. No lo olvides.

—De acuerdo, princesa… ¿Qué?

—¿Qué?

—Cómo he de llamarte, mi señora, por tu nombre de pila, alteza real…

—Llámame Mack.

—¿Mack? —se sorprendió el conde mientras se llevaba la mano al rostro—. Pero ¿de dónde has salido tú, criatura? ¿Qué os daban de comer en ese internado?

—¿De verdad quieres saberlo? El mejor de los días algún trofeo rescatado de las montañas de inmundicias de las pocilgas.

—¿Robabas la comida a los cerdos?

El conde trataba de anticiparse a la joven dama, pero no sabía por dónde cogerla, su sentido del humor era muy particular.

—¿Y yo cómo debo llamarte? —cambió el sentido de la conversación ella.

—Teniendo en cuenta que me has descargado del tedioso tratamiento a la primera ocasión, yo diría que Trevor estará bien.

Mackenzie reflexionó un breve instante.

—Como guste, lord Gleastard —saltó con retintín.

—Oh, por favor, te ruego que no me tortures, princesa.

—Muy bien. Oye, escucha… No es necesario que me llames princesa todo el tiempo.

—Y sigue con la tortura…

—Bueno, oye, no tengo ganas de palique, en serio… Aligera…

—¿Palique? ¿Aligera? Estoy empezando a asustarme… Abandona por un momento el papel de chica de la calle y escúchame…

Mackenzie sacudió la cabeza en modo afirmativo, cruzó los brazos sobre el pecho y se dispuso a escuchar.

—Seré directo, ¿de acuerdo? Yo no quiero casarme. Antes de saber lo que me esperaba miré todas las posibilidades de romper el compromiso. Teniendo en cuenta que yo no lo había contraído, la ley me asiste. Pensaba gratificarte y despedirte. Mi vida es el mar y me temo que sobre la tierra soy peor que un pato sin cabeza. Me siento más seguro sobre la cubierta de mi fragata sorteando una tempestad, que sobre el césped del jardín en una mañana soleada. Detesto las reuniones sociales, tengo la misma habilidad en ellas que ese pato sin cabeza del que te hablaba antes. Pero la lealtad a mi familia y la responsabilidad ante mi linaje y lo que significa…

De pronto se levantó y se encaminó hacia el ventanal, miró al

cielo como si quisiese escapar y siguió hablando de espaldas a Mackenzie:

—… Han puesto mi vida patas arriba… Me temo.

Su tono aparentemente normal, cubría notas de aflicción enterradas en el fondo. Para Mackenzie no pasaron desapercibidas.

—No quiero casarme, Mack. —Se volvió a mirarla desde la distancia del ventanal—. ¿De verdad quieres que te llame Mack?

Ella asintió con una leve inclinación de cabeza. Él prosiguió:

—Mack, no quiero casarme, pero te prometo que no es por ti. Cuando te conocí en el lago sin saber quién eras, te prometo que pensé, que yo solo desposaría felizmente convencido a una mujer gato como tú. Y esa razón me convenció más aún para rechazar a *miss* Burton. Un fantasma en mi cabeza, como tú comprenderás.

»Pero cuando te vi ante mí en el salón y te volví a conocer, esta vez como *miss* Burton, te prometo que del estupor pasé al regocijo. Ya que estaba obligado a casarme, por lo menos era contigo.

»Sin embargo, vivo desazonado ante tal idea, y no es por ti, sino por mí. Ni siquiera cuanto *sir* George razona conmigo logra convencerme de lo contrario… Y…

—Vale, conque era eso… Pues perfectamente. Yo tampoco quiero atarme a nadie. He tratado de que la baronesa lo entienda, una y otra vez, y ni por esas. Trevor, ¿Trevor? Trevor, qué diablos. Trevor, no voy a engañarte… No estoy hecha para nadie. No soy buena. Así que tanto mejor.

Él arqueó las cejas, se acercó un poco más y se detuvo a media distancia. Miró a la mujer gato, replegada cómodamente sobre el borde de la cama, tiraba de uno de sus bucles con parsimonia e insistencia, y le miraba con aquellos ojos de tigre más verdes que una esmeralda. La deseó con el fuego imperioso y arrasador de sus entrañas. Sus ojos de verde néctar chispeante se fijaron en aquel rostro pálido, serio y hermoso, y contuvo firmemente cualquier gesto que pudiese delatarle.

—Que no seas buena, me apetece un montón… —respondió él.

Se quedó callado, mirándola fijamente. De nuevo, ella tomó la palabra:

—Que te quedes ahí plantado, con la misma cara de un diablo y mirándome mientras piensas cómo devorarme, no me asusta nada. Que lo sepas.

Él pareció partirse en dos de puras carcajadas.

—Soy sincero cuando te digo que me pones de buen humor, jamás he conocido a nadie parecido a ti. ¿De verdad has estado en ese insigne internado francés?

—Mi padre, era un hombre rural, sencillo, con mucho dinero, pero sencillo, ¿sabes? Yo soy como él.

—¿Tu padre? Pensé que era tu tío…

Durante una milésima de segundo, Mackenzie pensó que había metido la pata, pero lo superó pronto.

—Padre, tío, qué más da cuando estás más sola que la una. Pero sí, mi tío hizo mella en mi espíritu.

—Por supuesto. Está bien, mira, he venido a proponerte algo. Y tras escucharte tengo la certeza de que va a ser conveniente para ambos. Aunque yo no quiera, no puedo eludir el matrimonio… Así que, planteémonos la unión Coverdale-Gleastard Burton, como un negocio. Nos desposamos, fingimos ser unos casados felices, y cada cual hace su vida con completa discreción. Es decir, debes comprometerte a que yo pueda disfrutar de mi libertad.

El tigre enjaulado se fugó a la carrera por los ojos de la joven. Toda ella pareció revivir.

—Siempre y cuando yo pueda disponer de la mía para cualquier asunto —exigió.

Él asintió con una leve oscilación de la cabeza.

—De acuerdo. Siempre y cuando por tu parte, tú te comprometas a apoyar a mi tía en todo lo concerniente a Willwood Towers.

—Entonces… ¿Tú te desentiendes?

—En modo alguno, pero habrá periodos prolongados en los que mi ausencia requerirá de vuestro gobierno. No voy a desposeerte de tu estatus de *lady* Gleastard, pero vas a necesitar de la experiencia de *lady* Danford. Mi consejo es que la dejes creer que manda.

«Por mí podrá mandar toda su vida», pensó Mackenzie. Sin embargo, escupió sobre la palma y alargó el brazo:

—Por mí de acuerdo —dijo.

El rostro de Trevor se llenó de luz por la alegría. Sonriente, escupió su propia palma y encajó con la de Mackenzie. La mirada de la joven se opacó y se mordió el labio inferior.

—Un trato es un trato y no puede deshacerse. Así que ha llegado el momento de que te cuente algo…

Entonces unos nudillos golpearon en la puerta con cierta insistencia, ellos se miraron urgidos por la premura y Trevor, de un salto se plantó en el balcón.

—No seas loco —susurró Mackenzie—. Escóndete en el armario…

Los golpes en la puerta sonaron más fuertes.

—¡Un momento! —gritó la joven.

Y corrió al ventanal para disuadir al conde, pero él ya se había emparrado por el siguiente balcón.

—Descuida —susurró él a su vez—. Saldré airoso por la puerta de esta habitación, no la ocupa nadie.

—Entra por mi puerta la próxima vez, que eres el conde —le recordó ella en un murmullo acelerado.

Con un gesto apresurado, cerró con premura las contraventanas y se dirigió a la puerta que volvía a sonar con insistencia.

—Ya, ya… —gruñó.

Al abrir, ante ella apareció la baronesa con una bata sobre la ropa de dormir, cabello recogido bajo la cofia y un candil delante de la cara.

—Por fin —saltó—. Déjame entrar.

Y la apartó para pasar ella.

—Pero ¿cómo puedes encerrarte como en un sepulcro, criatura?

La baronesa abrió el ventanal de par en par, incluso permitió que entrara un poco el aire, y siguió disponiendo del tiempo y del espacio de Mackenzie a su absoluto antojo.

—Mucho mejor así.

—¿Qué ocurre? —Quiso saber Mackenzie, se la veía cansada, irritada y soñolienta.

La baronesa escrutó su aspecto una vez más.

—Ni siquiera te has cambiado, bueno, pero eso tiene remedio inmediato. Mañana vendrá una muchacha del pueblo que será tu doncella personal, es una de los Bassey, los lecheros. Buena chica.

—¿Y por decirme eso viene a no dejarme pegar el ojo? Habérmelo dicho mañana, hombre…

—«Para». «Para decirme». Se dice «para decirme». Y no —se interrumpió un segundo—. Veremos si logramos encontrar un diamante bajo toda esa terrible, dura e interminable roca que te envuelve.

Mariposeó por la habitación y se detuvo ante el armario.

—Sabes que vendrán las modistas y podremos crear un vestuario acorde con tu espíritu y medidas, en fin… Te pido que seas sensata…

—Qué más, aligere…

—De acuerdo. Venía a decirte que mañana mismo se va a incorporar una instructora personal para ti. *Sir* George y yo hemos pensado que es lo más adecuado. Le hemos hablado de tu *afectación craneal* y está dispuesta a enseñártelo todo desde el principio. Sin embargo, a lord Gleastard le diremos que es tu profesora de danza, piano y francés.

—¿Danza, piano y francés? ¿Acaso no aprendí de eso en el internado?

—Indudablemente, querida. Pero debes seguir mejorando.

—¿Y esto no podía decírmelo también mañana?

La baronesa la miró con el ceño fruncido un instante antes de responder:

—Querida, me temo que nada de lo que hagamos será suficiente para competir.

—¿Competir? —se extrañó Mackenzie.

—Sí, *princesa*. He tenido noticia de que te espera una contrincante. Y se trata de una jugadora aventajada.

Mackenzie se impacientó:

—Hable claro de una vez.

—El terrateniente americano, el que quiere hacerse con Wildwood Towers, el señor Crawford nos invitó a su fiesta, en su casa de Galway…

Se detuvo un instante para ver cómo Mackenzie la escuchaba con suma atención, entonces soltó la bomba:

—Tiene una hija perfecta. Una auténtica belleza sureña, como ellos gustan decir —y abrió mucho los ojos antes de proseguir—, de pedigrí inigualable. Refinada, culta, educada desde su más tierna infancia para el único menester de cazar al mejor partido posible. Y por si todo esto fuera poco, heredera única de una fortuna infinita, por supuesto superior a la tuya. Para colmo, más joven y hermosa que tú y con un padre dispuesto a arrancarle el corazón a quien sea con tal de que su hijita se lleve al conde.

Se detuvo para contemplar a la impasible Mackenzie que parecía contar los minutos que le quedaban hasta verla salir por la puerta. Esto la indignó:

—¿Cómo puede no importarte en absoluto? ¿Cómo…? ¿Cómo, simplemente, puedes estar ahí callada e impaciente porque me marche? ¿Eh? Dime algo…

Parecía que Mackenzie no pensaba replicar, sin embargo, al cabo de un momento sus labios se separaron y su voz sonó:

—Siento que no me importe, baronesa, pero ese es su problema, no el mío.

Lady Danford la miró incrédula:

—Josephine Ellen Crawford. Jo Ellen. Diecisiete años, pelo azabache, grandes ojos violeta, piel blanca y tersa como la porcelana… Tal es la descripción de *sir* George…

Para desesperación de *lady* Danford, la joven seguía empeñada en su obstinado silencio.

—La prueba de fuego será el próximo sábado. Empieza la temporada irlandesa y estamos invitados a su casa de Galway.

Mackenzie hizo un gesto impreciso, entre el hastío y el «que sí, está bien, de acuerdo». *Lady* Danford elevó la mirada al techo y volvió a la carga:

—Mira, princesita, las cosas parecen haberse torcido, pero vamos a presentar batalla y a luchar con todas nuestras fuerzas. Te juro que como me falles, seré yo quien te arranque el corazón a ti.

Capítulo VIII

La señorita Margaret Spooner, mujer de elevada estatura, enjuta, y tiesa como un cuello almidonado, de cabello cobrizo, ojos grises, mejillas huidizas y sin color, se presentó ante la puerta con su negro atavío de cuervo graznador, un pequeño sombrero de paja y una mínima maleta aferrada con su puño crispado. De edad imprecisa y madura, su soltería la mantenía perpetuamente escandalizada ante cualquier asunto, en particular, ajeno.

Transcurrida la primera mañana de enfrentamiento a su mayor desafío personal, pidió mantener una entrevista de delicada naturaleza con *lady* Danford. Se reunieron en un confortable y luminoso saloncito verde, destinado a tomar el té o a las labores de costura.

—¿Y no puede usted obrar un milagro, como me prometió? —dijo *lady* Danford tras escucharla.

La señorita Spooner movió la cabeza en sentido negativo.

—Me temo que no, *lady* Danford. Lamento confesarle que *miss* Burton podría ser mi vergonzante fracaso.

Ambas se centraron en sus propios pensamientos por unos instantes, hasta que la baronesa, tras un suspiro, habló de nuevo:

—Tiene que haber algo que se pueda hacer, *miss* Spooner. No me defraude antes de haber empezado.

—¿Qué opina el doctor de la magulladura de su cerebro?

Afligida, la baronesa suspiró una vez más.

—Aunque esa magulladura sane, puede que jamás recuperemos a la persona que fue.

—Ese mismo es mi temor… *Lady* Danford, usted tiene la palabra, puedo tratar de reformarla por unas semanas sin que usted me exija resultados y entonces valoraremos si merece la pena proseguir con semejante empresa.

La baronesa fingió contener un angustiado llanto.

—Por lo menos que pueda mantener la compostura en su propia boda, no puede perder eso también —imploró.

La señorita Spooner, muy pensativa, respondió:

—*Lady* Danford, será preciso retrasar esa boda tanto como sea posible.

Mackenzie bajó por el escalonado sendero de las rocas hasta la playa en busca del azote del viento marino en su rostro. Le gustaba

tanto sentir cómo atravesaba su piel para penetrar en su alma, que lo buscaba a diario, y siempre encontraba el momento para liberar su espíritu mar adentro. A veces metía los pies y saltaba entre las furiosas olas, y otras veces debía correr cuando era sorprendida por la pleamar a la que no se acostumbraba. Aquella mañana gris y tormentosa, el cielo panzudo parecía ir a desplomarse sobre las aguas, pero a la joven no le molestó y se sentó sobre una roca para contemplar el horizonte sin prisas. Cuando las primeras e ínfimas gotas empezaron a caer sobre ella, no le importó, ofreció su rostro al cielo y se dejó acariciar por ellas. De pronto, sintió una perturbadora presencia a su lado, abrió los ojos y allí le vio, plantado e imponente, contemplándola a sus anchas.

—Pero si es el conde que juega a guardabosques… ¿No tienes nada mejor que hacer?

—¿Por qué insistes en mojarte? Vas a enfermar…

—¿Y a quién le importa?

—A ti… Debería importarte, principalmente.

—A mí nunca me pasa nada.

Él la miró con una mezcla de sentimientos entre la fascinación y el deseo, que no se permitió reconocer, pero que se delataron a través de sus ojos.

—Está bien, mujer gato, que pases un buen día entonces.

Le respondió cuando empezó a alejarse. Mackenzie chilló por encima del rugido del mar para contestarle:

—Mira, guardabosques, no me vuelvas a llamar mujer gato porque saltaré sobre ti y entonces sabrás lo que es un zarpazo de tigre.

Él se volvió desde lo alto de un peñasco con el viento en contra, y los mechones del cabello y los faldones del abrigo danzando a su alrededor.

—Estoy aterrado —se burló.

Ella se volvió hacia el otro lado y lo ignoró.

—Te lo daré —gritó de pronto.

—Eso espero. —Se rio de nuevo.

La joven no le entendió porque el estruendo de las olas al chocar con las rocas iba en aumento y se tragó las palabras del conde, pero sabía que se había burlado de ella una vez más. Con furia e imprudencia, descendió a la siguiente roca tal como iba, vuelta de espaldas. Solo quería perderlo de vista. En ese momento uno de sus pies resbaló y perdió el equilibrio durante una fracción de segundo. Ya se veía a sí misma aplastada contra las rocas y engullida por el mar cuando de pronto unos fuertes brazos tiraron de ella y la

devolvieron a tierra firme. Trevor la mantuvo abrazada mientras la miraba entre enfurecido y aliviado, jadeante por la veloz carrera hasta alcanzarla, el esfuerzo y el susto. Mackenzie, consciente de que había vuelto a nacer tampoco apartaba su mirada. Le parecía que ambos corazones palpitaban al unísono, agitados hasta el punto de salirse del pecho, se embriagó de la fragancia de aquella piel cálida y de modo inconsciente se apretó contra él, necesitaba que jamás acabara aquel abrazo protector. Trevor, también perdió el sentido, se llenó de ella, aquellos ojos atigrados lo embrujaban, aquellas suaves telas empapadas y pegadas a sus voluptuosas formas lo incitaban a llevársela en brazos al primer lecho y poseerla con furia sin desvestirla siquiera, aquella mujer salvaje había despertado en él un fuego perpetuo que jamás se extinguiría. Enamorado, inclinó la cabeza para encontrar su boca y besarla con todo el ardor de su pasión.

Sus labios apenas se habían rozado, cuando un grito a sus espaldas los devolvió a la realidad y los separó de modo abrupto. Era *lady* Danford, que parecía correr hacia ellos perseguida por un incendio.

—¡Trevor! ¡Lord Gleastard! ¡*Sir* George te busca en el bosque! Lord Basildon, el banquero ha venido acompañado por el notario y requieren de tu urgente presencia. No sé si lograré soportar tanta incertidumbre, corre ante ellos, te lo ruego.

—De acuerdo, tía. Voy para allá, serénese por favor, no será nada —le dijo sin acabar de soltar a Mackenzie.

Tuvo una última mirada y palabras para ella antes de dejarla ir definitivamente:

—¿Estarás bien, Mack? Luego hablaremos.

Y se fue, desapareció por donde había venido, dejando a Mackenzie abrazada a sí misma para retener el calor del cuerpo de aquel hombre hipnótico, a quien seguía viendo a pesar de no estar.

—¿Qué ha pasado aquí? —La baronesa distrajo a su pupila del ensimismamiento—. Volvamos a casa, criatura, que te vas a constipar, no sé por qué has bajado con este tiempo tan inclemente. Tomaremos un té y me cuentas todos los detalles.

La baronesa la agarró del brazo y se la llevó de allí.

En el salón verde, la baronesa le enseñó a Mackenzie cómo sostener la taza y el plato de porcelana, dejando libre el meñique, le mostró cómo tomar el té sin que se percibiese el sorbo, cómo sentarse con la espalda erguida y las piernas ladeadas, y cómo comer la tarta a pellizquitos de cucharilla.

—Pues yo sí que tengo fe en ti, aprendes rápido. No sé por qué *miss* Spooner es tan pesimista —la animó.

—Hablan de mí a mis espaldas…

—¿Y qué esperabas, hijita?

—Es una vieja bruja amargada…

—No seas tan dura con ella y dale una oportunidad, al menos ha entendido que tu magulladura en el cerebro es la causante de todo y desea contribuir cuanto pueda para aliviarte.

Mackenzie hizo un mohín.

—Soportarla es una auténtica tortura, se lo prometo, *lady* Danford.

—Aguanta un poco más, y no dejes de pensar que todo sacrificio tiene su recompensa. Y cambiando de tema, ¿no deberías contarme alguna cosita? ¿Qué ha ocurrido en la playa, *miss* Burton? ¿Qué es eso de Mack?

La baronesa miró a los ojos de Mackenzie de modo penetrante y sin darle escapatoria. La joven, por primera vez en su vida sintió la incomodidad del rubor al encender sus mejillas, se las tocó sin pudor y le echó la culpa al té.

—Quema —dijo y dejó la taza sobre la pequeña mesa.

—Está demasiado caliente —la corrigió con paciencia la baronesa y siguió con el adiestramiento—. Debes pensar que siempre existe una manera más elegante de hablar. Debes elegir palabras bellas antes que groseras, cuidar las frases, no repetirte.

—No conozco tantas palabras como usted cree.

—Supone. Nadie cree nada, la gente supone, o presume, pero jamás se da nada por sentado. Es de mal gusto.

Mackenzie soltó un bufido abrumado, pero la baronesa volvió al tema que le interesaba:

—Bueno, querida, por qué no me cuentas qué ha pasado en la playa.

La joven se encogió de hombros.

—Nada.

La baronesa se levantó y sujetó sus hombros por detrás.

—Las damas no mueven el cuerpo, ni gesticulan, ni expresan emociones, porque el cuerpo de una dama es la guarida inexpugnable de la belleza y la virtud que todos desean y nadie puede alcanzar. ¿Comprendes? Esa manera de hacer resulta grotesca y queda para las clases bajas, y para las gentes que no son distinguidas.

—Al final pareceré una estatua de mármol de esas.

—Exactamente, eso debes parecer, altiva, fría y distante.

—¿Todas las damas son así? Entonces… Cuando ellos… Ya me entiende…

—Fría y distante —enfatizó *lady* Danford—. En cualquier situación. Por lo demás ellos ya… Saben lo que tienen que hacer…

—No lo entiendo.

—No tienes que entenderlo, sino respetarlo. Así son las cosas.

—Yo no soy ni fría ni distante.

—Pude comprobarlo en la playa… Venga, cuéntame qué ocurrió.

La baronesa regresó a su silla frente a Mackenzie, ella sacudió la cabeza.

—No sé por qué quiere conocer detalles de algo que está mal.

La baronesa soltó aire levemente, inclinó la cabeza y se pellizcó el nacimiento de las cejas para buscar el modo de hacerse entender. De pronto encontró la frase justa:

—Querida, la mujer del César no solo debe ser casta, sino también parecerlo.

La desconcertada expresión de la joven empujó a la baronesa a una aclaración:

—Obra como desees mientras la sociedad no lo sepa. En sociedad debes observar las normas, aunque no te gusten ni las entiendas.

—Está bien —murmuró Mackenzie.

—Venga, y ahora dime, ¿qué demonios ha ocurrido en la playa? ¿Qué diablos significa eso de Mack?

Mackenzie se levantó nerviosa y temperamental.

—Nada, baronesa —rectificó—. Nada, *lady* Danford. Nada de lo que usted piensa y espera. Tan solo resbalé y pude caer al mar, el conde lo evitó y… Entonces… Apareció usted.

Mackenzie escapó corriendo y a *lady* Danford se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja, *la magulladura del cerebro* de su pupila tenía solución, después de todo… Y había lugar para la esperanza.

En el despacho de lord Gleastard todos hablaban con todos excepto él. Él guardaba un silencio absoluto y su serio semblante no parecía augurar un acuerdo favorable a los intereses del banquero. Se levantó y caminó decidido hacia la ventana con las manos enlazadas a la espalda. Su voz sonó y resonó, potente y contundente, por todas las paredes de la habitación:

—No.

Fue lo que dijo, y no expresó nada más. El rostro de lord Basildon se contrajo contrariado, *sir* George se llevó la mano al

mentón, necesitaba pensar rápido, y el notario sin expresión alguna, se dedicó a ordenar los legajos de su portapliegos una y otra vez.

—Lord Gleastard, por favor, trate de ser razonable y no se cierre a la gran oportunidad que le ofrece este ventajoso matrimonio —insistió lord Basildon en un tono de voz extremadamente conciliador.

El notario soltó los papeles y levantó la cabeza expectante, *sir* George cambió de mano para sujetar su barbilla y la voz de lord Gleastard sobrevoló sus cabezas con la fuerza de un huracán.

—¿Qué ocurre con la palabra dada?

—¿Qué palabra dada? ¿De qué me habla? —se impacientó el banquero.

—Se refiere a *sir* Charles Burton, y el pacto matrimonial con el 5.º conde de Gleastard para contraer nupcias con *lady* Mackenzie Burton —aclaró *sir* George.

—Ah, eso —dijo lord Basildon—. Puede arreglarse sin dificultad, no existe documento alguno, ¿no es cierto, señor Branson?

—No en mi poder —afirmó aséptico el notario.

En ese momento, *sir* George que encendía su pipa, levantó la cabeza y las cejas alarmado.

—Qué diablos… —masculló.

El banquero se encogió de hombros.

—Entonces todo resuelto —sentenció muy satisfecho—. Un pacto de palabra entre dos caballeros finados carece de validez para sus sucesores y, por tanto, no puede ser reclamado ni pleiteado.

—Eso es tan inmoral como execrable. —Se volvió con el rostro enfadado, lord Gleastard.

—No si tenemos en cuenta la mejor opción. —Lord Basildon no parecía dispuesto a rendirse—. Y la señorita Josephine Ellen Crawford es la mejor opción porque a su mayor capital, cuyos beneficios obviaremos repetir, se une el hecho de tener a su poderosa familia todavía en pie, para el fomento de mayores activos… Quiero decir que el terrateniente Crawford continúa y continuará generando pingües beneficios…

Detrás de la puerta, *lady* Danford escuchaba inquieta, disgustada ante lo que acababa de oír. Apartó la oreja y puso la mano sobre el picaporte dispuesta a irrumpir en tan absurda reunión. Pero entonces las dudas la asaltaron y decidió reflexionar un poco antes de hacer nada. Retiró la mano del picaporte y abandonó el lugar con el mayor sigilo. Mandó al señor Byrne avisar a *sir* George que pasara a verla una vez hubiese concluido la reunión. Lo que ocurrió

poco después en el salón verde. El hombre venía fumando su pipa y la baronesa le ofreció una copa de jerez que él aceptó encantado.

Con su jerez en una mano y su pipa en la otra, apoyó el codo en el revestimiento de la chimenea y le expresó sus dudas al respecto del rumbo de la reunión con lord Basildon.

—No me parece oportuna la propuesta de lord Basildon. Se lo digo con total franqueza, *lady* Danford.

—¿Qué opina mi sobrino? —Quiso saber la baronesa.

—Le ha disgustado y la ha rechazado categóricamente, es un hombre de honor, como sabe.

—Sí. —*Lady* Danford dejó la labor en el pequeño cesto junto a la butaca, se quitó los lentes que pendieron sobre su pecho y miró a los ojos de su interlocutor—. *Sir* George, contésteme con sinceridad, ¿no cree usted que tal vez lord Gleastard se exceda en ese ejercicio de su responsabilidad?

—Mi querida *lady* Danford, temo no comprenderla…

—Quizás la señorita Crawford sea mejor partido…

—Oh —se sorprendió *sir* George.

Lady Danford guardó silencio y el administrador tomó de nuevo la palabra:

—Pensé que *miss* Burton era su indiscutible preferencia…

La baronesa cogió de nuevo su labor y se dedicó a ella mientras respondía:

—Es preciso evolucionar, en cualquier caso, cambiar de idea al servicio de una causa mejor no es ningún delito.

—Por descontado, *milady*. Pero permítame, quien parece tener muy clara su preferencia es lord Gleastard. Se siente claramente atraído por *miss* Burton, aunque no esté dispuesto a reconocerlo.

—Lo sé, querido amigo, los sorprendí en la playa…

Sir George soltó una risilla de complicidad.

—¿Qué vamos a hacer, *sir* George? ¿Qué es lo mejor?

—Lo mejor es que no se preocupe usted tanto, mi querida amiga. A quien usted quería salvar era a su hermano, y ya no está. No se queda desamparada, su sobrino ha decidido protegerla… Disfrute de la nueva vida que se le presenta. En cuanto a lord Gleastard, que sea él quien escoja su futuro, ¿no le parece?

Lady Danford permaneció muda unos instantes, reflexionaba a gran velocidad.

—*Sir* George, ¿puedo confiar en usted?

—Absolutamente.

Lady Danford dudaba, hiló varias frases en su mente que no fueron capaces de despegar sus labios, pronto empezó a retorcer sus

manos una contra otra. Era difícil contarle su gran secreto, aun a sabiendas de que no contárselo la dejaría sin la connivencia incondicional de su mayor e imprescindible aliado. Al final, sus labios se abrieron y se volvieron a cerrar.

—Dígame —la animó él—. ¿Cuáles son sus temores?

—¿Y si mi sobrino se equivoca?

—*Lady* Danford, nada tema usted, porque el corazón jamás se equivoca.

—Ese es el proverbio de los pobres, mi querido amigo.

—Mi apreciada dama, pobres o ricos, todos necesitan un corazón para vivir y para decidir.

—¿Y la cabeza, entonces?

—Para enriquecer a los sombrereros…

Ambos rieron.

—Y para pensar cómo ejecutar mejor las órdenes de ese corazón.

—Es usted un romántico, *sir* George. Pensaba que los administradores no tenían corazón.

—Los administradores tenemos más de un corazón, mi querida señora, porque siempre devoramos el de nuestros adversarios, como los banqueros.

Lady Danford se quedó tan sorprendida que tardó unos segundos en soltar sus carcajadas como gorjeos de gorrión. *Sir* George le brindó el último trago de su jerez antes de añadir a lo ya dicho:

—En mi oficio, si no te enteras de todo, estás muerto. Corre un rumor en los círculos más íntimos sobre los Crawford… Sobre la solvencia de su economía, busca propiedades e inversores para sostenerla. Compra a bajo coste a propietarios desesperados, para vender a nuevos ricos americanos por mucho más valor y así sufragar su deuda. Crawford es un especulador. Un buitre que no va a desperdiciar la oportunidad que se le ha presentado.

Lady Danford se reprochó a sí misma haber dudado, frunció los labios, soltó la labor en el cesto con un gesto enérgico, se levantó y resuelta se acercó a *sir* George.

—Por encima de mi cadáver —afirmó airada.

Capítulo IX

Mackenzie se detuvo un momento en el jardín a contemplar el estrellado cielo nocturno. La bóveda resplandecía entre fulgores y destellos y la luna, en su plenilunio, parecía arropar aquel universo con su manto estelado. La joven, hechizada, permaneció estática y perdida en sus pensamientos.

—Pareces una hija de la luna —sonó detrás suyo la voz impertinente de Trevor.

Ella se volvió sobresaltada y casi se le cae el ramillete de flores silvestres que llevaba en la mano:

—Fui a recoger hierbas para dormir, te crecen ahí, entre las rocas del acantilado y el principio del bosque…

—Ah, ¿sí? ¿Y qué clase de hierba es esta? ¿Cómo se llama?

—Hierba. No lo sé, pequeñas margaritas amarillas, yo qué voy a saber…

Trevor se desternilló de la risa y ella se molestó.

—Oye, deja de reírte a mi costa.

—No me río de ti, me haces reír, que es distinto. Eres muy graciosa.

—No estés tan seguro, hay cosas en mí que no son divertidas…

—¿Cómo qué? ¿Que eres una brujita recoge hierbas para hacer hechizos y me vas a hechizar?

—¿A ti? ¿Por qué iba a querer hechizarte?

—Para que me enamore de ti perdidamente.

—Cretino estúpido, sabes que no me interesas.

Trevor señaló el ramillete.

—Hypericum…

—¿Qué?

—Es el nombre de esa hierba.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo estudios.

La princesa de Whitechapel se sintió de nuevo humillada y lanzó el manojo contra el pecho del conde, que lo recogió con la mano sin perder una brizna.

—Engreído, antipático —rugió ella.

Él se rio.

—Para ser graciosa no tienes ningún sentido del humor. —Le devolvió las hierbas—. Toma, no desperdicies tus hierbas de San Juan una vez cortadas, son mágicas.

—Hierba de San Juan, eso es.

—¿Quién te enseñó sobre hierbas?

—La tabernera de…

Mackenzie se detuvo sin acabar la frase ante la expresión sorprendida de Trevor y dio marcha atrás.

—Bueno, una cocinera…

Él la miró con aquellos ojos brillantes que ella no era capaz de sostener sin sentir turbación.

—¿Sabes? —dijo él—, le voy a pedir a mi estrella el deseo de que no se cure jamás la magulladura de tu cerebro, porque no quiero que te conviertas en una más de ese aburrido montón de damas perfectamente lánguidas e insulsas. Me gusta cómo eres y no quiero imaginarte de otra manera.

Mackenzie aturdida ante el elogio no sabía qué responder.

—Pero eso no se hace solo con las fugaces —comentó por salir del paso.

—Cualquier estrella sirve, ya que en ellas habitan espíritus buenos que ya no están en este mundo. Escoge una que sea la tuya, la que primero titile, es su guiño para ti, la señal de que te ha escogido para que compartas con ella tus inquietudes y anhelos, seguro que te escucha.

Y aunque le guiñó un ojo al acabar había hablado desde la profundidad de sus convicciones y esto impresionó a la joven. Ahora estaban tan juntos que sus hombros se tocaban mientras ambos miraban en la misma dirección, el cielo estrellado.

—¿Cómo sabes todo eso? —le preguntó sinceramente interesada.

—No hay lobo de mar sin estrellas. Es la única religión que conocemos y respetamos los marinos.

De modo inconsciente pasó su brazo por el hombro de la joven y la estrechó contra sí. Seguían mirando al cielo y él lo señaló con la mano libre.

—Escoge tu estrella y pídele un deseo, se cumplirá.

—¿Tantas centellas en el cielo puede haber? No sé a dónde mirar…

—Mira hacia allí, eso es. ¿Ves esos puntos tan brillantes? Eso es Orión. Y ahora mueve la cabeza y mira hacia aquí. Así, ¿ves ese punto grande y brillante?

—Sí —respondió Mackenzie embelesada.

—Es la Estrella Polar. En cuanto la veo aparecer siempre sé dónde estoy y hacia dónde debo ir. Mira, justo encima otra constelación, la Osa menor.

—¿Qué significa, que hay otra osa en el cielo?

—Justamente, chica lista. Está a su lado, mírala, la hermana

mayor en todo su esplendor.

—¿Y aquella luz brillante bajo la luna? —La joven señaló en aquella dirección.

—Es Venus —aclaró Trevor.

—¡Ya la tengo, entonces! —exclamó excitada—. ¡Esa es mi estrella!

—Es un planeta.

—Vaya, resulta que Venus es un planeta —se desinfló.

—Parece que te sonríe. Venus es poderosa, la fuerza de la mujer. Venus será tu estrella, Pídele tu deseo, ¡ya!

Mackenzie cerró los ojos y apretó los párpados con firmeza. Sintió la luz de Venus penetrar su cuerpo y bañar su alma, mientras deseaba no dejar de ser nunca Mackenzie Burton y que el hombre que tenía a su lado la besara en aquel mismo instante con todo su corazón. No había hecho trampa, era un solo deseo, porque si aquel hombre la besaba, ella se convertiría en Mackenzie Burton para siempre.

Y ocurrió. Él quería enseñarle otro punto del firmamento y mientras se lo decía tomó su barbilla con los dedos para guiar su mirada, y así fue cuando sus ojos se encontraron, fulgurantes como dos estrellas encendidas. Se vieron uno dentro del otro, sin poder resistirse al magnetismo que los atraía. Trevor dejó de hablar, para inclinar poco a poco su rostro hacia el de Mackenzie, que ni siquiera pestañeó. Se detuvo un breve instante perdido en la profundidad de aquellos ojos atigrados, pero la atracción era tan fuerte que su corazón tiró de él hasta quedar unido al de ella. Sin darse cuenta, sus labios se fundieron en un beso dulce y entregado bajo la luz de la luna, de Venus y de los astros, plácidos testigos del inicio de un amor capaz de trascender los confines de sus propias almas. Aquel beso provocó en sus corazones henchidos un estallido de pasión que recorrió todo su ser.

—Tú eres mi estrella —musitó él lejos de acabar, porque aún la abrazó y besó más fuerte hasta que a ella se le cortó la respiración y se le cayó el ramillete al suelo.

Desde aquella noche estrellada nada fue igual entre Trevor y Mackenzie. Ella no solo rehuía su mirada, sino que huía de su sola presencia. Al principio a él parecía divertirle, pero con el paso de los días esto lo ofendió. Ella no era capaz de entender qué clase de tormenta emocional se había desatado en su interior, ni qué clase de sentimientos la movían, como nunca había conocido un amor así, era incapaz de identificarlo. Por su parte, lord Gleastard sabía

que se había enamorado porque a pesar de haber conocido a muchas y maravillosas mujeres, ninguna había logrado entrar dentro de su corazón y lo que era peor, su cabeza.

—Es que no puedo sacármela de aquí dentro —le confesó al teniente Brandon, su íntimo amigo, señalándose la cabeza.

Owen Brandon y el capitán Coverdale, como se conocía a Trevor antes de convertirse en lord Gleastard, habían servido siempre juntos desde sus inicios como cadetes en su buque escuela de la Real Marina Británica. Muchas habían sido las batallas libradas, y muchas las correrías y pendencias de juventud, de modo que habían vivido más tiempo juntos que separados y su amistad era inquebrantable, eran hermanos en el fragor de la batalla y en el sosiego de una apacible sobremesa. Lo sabían todo el uno del otro, y no había secretos ni dobleces, solo sinceridad. El teniente Brandon provenía de una buena familia de Galway, y era un auténtico irlandés moreno, de cabello, ojos y piel oscura, con un rostro agraciado de efigie griega, y gran altura como su amigo, permanecía soltero y hasta el momento no le preocupaba cambiar de estado. Había llegado a Wildwood Towers con órdenes para el capitán Coverdale, debía regresar con él a la Isla de Hayling, donde embarcarían a bordo de la fragata HMS Phantom, para una nueva misión. Arribarían a Plymouth, y de allí zarparían rumbo a aguas del Pacífico Sur. Con ellos se embarcaba una delegación de funcionarios asesores de la corona, un equipo de cartógrafos y también transportarían mercancías de abastecimiento.

Owen alzó las cejas y con un brillo peculiar en sus ojos negros se señaló el corazón:

—¿Y de aquí? ¿Puedes sacarla de aquí? —le preguntó.

—Pregúntaselo a ella. Ya no tengo corazón, se lo llevó, ¿sabes?

—Maldita sea, Trevor. Esto es gravísimo.

—¿Qué me recetas? —preguntó sintiéndose desvalido.

—Para esa cara de perro apaleado ningún remedio se me ocurre que no sea poner pies en polvorosa.

Trevor se llevó ambas manos a la cara y desde detrás de ellas su boca habló:

—Pero me debo al compro…

Su amigo, impaciente, lo interrumpió:

—¡Pues cásate! ¿Qué problema hay si te vas a pasar la vida embarcado? Para unos días que tengas que aguantar la comedia familiar tienes a cambio, toda una existencia de libertad y libertinaje allende los mares…

Lord Gleastard apartó las manos dejando paso a un rostro

repentinamente iluminado por la esperanza.

—Mi gratitud eterna, Owen. Has conseguido desatascarme. Ya sé lo que haré. ¿Te vienes esta noche a la cena de Crawford? Le mandaré recado.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó el rostro del teniente Brandon.

Cuando Katie Bassey llamó con los nudillos de forma suave sobre la puerta de la habitación de la señorita Mackenzie Burton, se encontró que esta se abría de modo estrepitoso con la salida precipitada y airada de la señorita Spooner, llevaba la mujer un mechón colgando despeinado de su antipático moño, y el broche reloj agarrado con la mano, como si alguien lo hubiera arrancado de su pecho. De hecho, del pecho de su negro vestido colgaba una pequeña lengüeta de tejido. Ambas mujeres se miraron sorprendidas, una al salir y la otra al entrar. Katie, perfectamente uniformada como doncella de Willwood Towers, buscó con la mirada a la señora, pero solo alcanzó a ver una pierna desnuda descansando sobre el lecho. Decidió aguardar junto a la puerta y carraspear. La habían enviado a conocer y vestir a la señora, pero la señora no parecía muy dispuesta a colaborar. Katie Bassey era una muchacha muy joven, de cabello castaño, mejillas salpicadas por un universo de pecas y dientes delanteros algo prominentes y torcidos. Al ver que nada se movía volvió a carraspear:

—¿Señora? —la llamó con voz muy suave.

Entonces, de la cama asomó una maraña de pelo y tras ser apartado por unas manos de largos dedos, una cara interesante y soñolienta.

—¿Quién eres? —preguntó con una especie de gruñido de su voz contralto.

—Soy Bassey, señora —siguió el hilito de voz.

—¡¿Bassey?!

Ahora la señora saltó de la cama y se plantó ante ella en paños menores, la cogió de la mano y la arrastró hasta la cómoda, se sentó, se señaló el desmelenado cabello con ambos índices y le habló a través del espejo:

—¿Tiene arreglo?

—Veamos —respondió Katie, con una reclinación.

Mackenzie le dedicó un explícito gesto de fastidio, mientras Katie le repasaba las hebras rojizas.

—Muchacha, ahórrate toda esa parafernalia conmigo, hablemos claro entre nosotras, que así es como me ayudarás mejor.

—Sí, señora —respondió la joven, obediente.

Mackenzie la observó un momento.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Dieciséis, señora, pero el próximo mes cumplo los diecisiete.

Mackenzie prosiguió el escrutinio con una ceja cínica levantada y cara de pocos amigos.

—¿Y qué sabes tú de vestir y peinar gente de alto copete? —le preguntó desdeñosa.

—He practicado el oficio en casas nobles de los alrededores. Aunque esta es la primera vez que voy a ser interna, solía ayudar a mi madre. Por eso me ha llamado la baronesa.

—¿Pero no sois lecheros? ¿En qué quedamos?

—También, esa es la ocupación familiar, en efecto.

—Vale, bien, no me hacen falta más explicaciones. Entonces, ¿qué? ¿Qué se puede hacer con esto?

—Señora, ¿puedo ser sincera?

—Pues claro, pero llámame, señorita o Mack, directamente.

—Sí, señora.

—Pero ¿quién te ha enseñado a ser de piedra a ti?

—Oh, no, no. Soy muy blandita, señora.

Mackenzie soltó un resoplido.

—Veo que no vas a cambiar, como ninguno de esta casa. Vale, vamos, ¿qué se hace con esto?

—¿Qué ha ocurrido, señora?

—Me he caído en un recodo del estanque, pero resulta que era un lodazal, ¿satisfecha? ¿Y ahora qué?

—Mandaré que preparen un baño.

—Ya me he bañado —respondió áspera.

—Sí, pero yo le haré un lavado de cabello con camomila para desenredarlo y dejarlo brillante, y pétalos de violeta y aceite de bergamota para perfumarlo. Sobre la piel le pasaré jabón de sándalo… Esto es algo que ningún hombre puede resistir… —Y rio por lo bajines.

—Intuyo la siniestra mano de la baronesa por aquí, ¿verdad?

La joven doncella lejos de negarlo inclinó la cabeza a modo de asentimiento. Mackenzie se desplomó sobre la silla.

—Me rindo —aceptó desfallecida—. No hay quien pueda con esa mujer. Hágase su voluntad.

—Pero ¿a usted no le gusta su prometido? —saltó sin poder contenerse, Katie—. Y perdón por la pregunta, señora.

—Pero a ti, ¿quién te ha puesto al día?

—Aparte de la señora Barrows, es la cocinera, el mayordomo, es

decir, señor Byrne, o la señora Parson, el ama de llaves ya sabe y demás miembros del servicio… Es la comidilla del pueblo, señora. Y yo estaba deseando empezar aquí para conocerla.

—¿En serio? —Mackenzie se había quedado estupefacta—. ¿Cómo te llamas?

—Bessey, señora.

—Eso ya lo sé, el nombre de pila.

—Katie, señora, pero…

—No hay peros, tú y yo somos de la misma especie, así que…

—¿Cómo puede decir eso, señora?

—Katie, por Dios, no me hagas perder la paciencia. ¿Qué me pongo para esa maldita fiesta?

—¿Le han traído ya todo el vestuario?

—No falta nada, mira tú misma.

Katie examinó el armario con ojo experto, y encontró lo que buscaba, tiró del bajo de un vestido de organdí y seda de un blanco marfil ligeramente salpicado de diminuta y brillante pedrería.

—Señora, ¿desea impresionar al conde y de paso al salón entero?

—¿Estás de broma? Ya va siendo hora de que sepas que, dentro de mí habita una princesa.

—Eso me parece de lo más adecuado, señora.

Al cabo de un momento, Katie Bassey volvió a preguntar:

—Señora, ¿puedo hacerle otra pregunta? Esta es de naturaleza…, en fin, no quiero parecer una entrometida, pero la mujer que ha salido antes es la institutriz, ¿verdad? ¿Qué le ha ocurrido?

—¿Quién? ¿*Miss* Spooner? Se ha metido donde no le llamaban y la he zarandeado un poco… Por el moño, y por la pechera…

Katie se tapó la boca con las manos.

—No te espantes, no soy ningún ogro. Pero esa mujer me saca de quicio y ella se lo ha buscado.

Mackenzie desabrochó su blusa y dejó que se deslizara hasta la cintura y entonces fue cuando Katie observó la mancha carmesí en forma de corazón justo en el centro del omoplato izquierdo.

—¿Puedes tapar eso de alguna manera? Si no, no voy a poder ponerme ningún vestido elegante.

—Podemos añadirle un volantito de muselina que caiga con gracia sobre la espalda y así se disimulará perfectamente. Además, se puede ocultar con ungüento, cera y polvos. Poco más se puede hacer señora. A menos que se corte ese trozo de espalda…

La princesa de Whitechapel le lanzó una mirada de aprobación,

eran de la misma pasta y se iban a entender, arrancó a reír complacida.

—Como se lo digas a alguien te mataré —y hablaba en serio.

La señorita Spooner y *lady* Danford se hallaban reunidas en la biblioteca, ambas de pie junto a una enorme bola terráquea. La baronesa aún sostenía entre sus manos un ejemplar de historia épica sobre la vida del gran guerrero Cú Chulainn mientras escuchaba las atropelladas explicaciones de la mujer, que a duras penas podía sostener una respiración regular a causa de la indignación.

—*Lady* Danford, por todo lo expuesto, me he visto obligada a tomar una drástica decisión. —Tomó aire de modo aparatoso—. Me temo que no podrán contar con mis servicios en adelante.

La baronesa dejó el libro y replicó preocupada e inquieta:

—Pero, *miss* Spooner, ¿no podría reconsiderar su postura? ¿Qué ha podido ocurrir para que se rinda de esta manera?

—*Lady* Danford, yo no me rindo jamás. Pero *miss* Burton es un caso perdido, ya se lo advertí al principio. No es solo porque me haya maltratado al no entender mis enseñanzas, o que no acepte la severidad de los preceptos, es que es un potro salvaje que está por domar. Y yo no soy domadora de fieras. Tendrán que buscar a otro especialista. Les deseo suerte, la van a necesitar. Buenos días.

La institutriz abandonó la estancia, tiesa como si hubiese sido almidonada junto con su ropa, dejando a *lady* Danford perpleja.

Capítulo X

La baronesa encontró a su pupila en la habitación del baño, zambullida dentro de una humeante y espumosa bañera. Su doncella le lavaba y masajeaba el cabello.

—Querida, necesito una explicación ahora mismo —irrumpió algo alterada.

Mackenzie la miró un segundo antes de sumergirse hasta el fondo.

—No eludas mi interrogatorio, jovencita. Vas a aclararlo todo en este preciso instante —exigió enfurruñada.

Se arremangó y ella misma tiró para arriba de la joven, Mackenzie se agarró a los bordes de la bañera y *lady* Danford descubrió fuertes rojeces que le rasgaban la piel en ambas muñecas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Nada —respondió arisca la aludida, y escondió rápidamente los brazos bajo el agua.

—Son arañazos, señora —aclaró Katie.

—Silencio, Bassey —la amonestó *lady* Danford.

Y entonces se quedó pensando y cayó en la cuenta de algo.

—¿Esto te lo ha hecho *miss* Spooner?

Mackenzie la miró a los ojos, pero no despegó los labios.

—Está bien. Más tarde hablaremos. Ahora debes concentrarte en prepararte para impresionar a todo el mundo esta noche.

Tras estas palabras la baronesa abandonó la estancia.

Katie corrió tras ella y la alcanzó en el corredor, ante la puerta.

—Perdón, *lady* Danford, hable de esto con la señora Parson, o con el señor Byrne, incluso la señora Barrows… Hable con cualquiera de ellos.

Y sin esperar respuesta se escabulló al interior de la habitación para proseguir con su tarea.

A *lady* Danford no le cupo la menor duda de que algo grave había sucedido entre la señorita Spooner y Mackenzie. Con las mejillas encendidas por la indignación apretó los puños y con paso decidido se dirigió a la parte de abajo de la mansión.

Cullen sujetaba un caballo canela dentro del cercado, el animal daba vueltas pacífico mientras Trevor los observaba apoyado desde el otro lado de la valla. Owen Brandon y *sir* George Kelly aparecieron por detrás, y se situaron uno a cada lado del conde.

—Buen muchacho. —Cullen palmeó al caballo en el flanco—. Lo recojo ya, lord Gleastard. Este va a disputar buenas carreras, señor, le digo que es especial. Y ganará muchos premios.

—Más os vale a los dos que así sea, si no se acabará vuestro trabajo y el mío.

Cullen meneó la cabeza en sentido negativo mientras se alejaba a los establos con el dócil animal de la mano.

—Vas a ampliar la yeguada, he oído —comentó Owen.

—Ya está ampliada. —*Sir* George, mientras, prendía fuego a su pipa—. Son sesenta cabezas entre sementales, yeguas y potrillos.

—Quiero superar esa cifra con los vástagos.

—¿Y de dónde te viene a ti esa afición por lo caballar? —se interesó Owen.

—Tal vez porque me crie en una granja caballar, esos animales y yo nos entendemos, y es un buen negocio para salir de penurias económicas.

—¿Mejor que las bodas? —lo picó Owen.

—Cerdo.

Sir George sonreía mientras aspiraba su pipa mediante pequeñas bocanadas.

—El caballo es un noble animal —comentó afable—, suele acompañar fielmente en cuerpo y espíritu al guerrero que lo monta.

—Yo creo que se trata de una experiencia del todo recomendable, sobre todo para tratar con alguna que otra potrilla salvaje que corretea por los pasillos de Wildwood Towers, últimamente. —Owen soltó una carcajada sin miramientos.

Pero Trevor se ofendió:

—Owen, te ruego que te refieras a la futura *lady* Gleastard como un caballero.

Sir George no disimuló su agrado al escucharle.

—Me temo que mi entusiasmo por la joven me ha llevado a la grosería, siento mi exceso de confianza —rectificó el teniente Brandon.

Escrutó el rostro de su amigo y se hizo la luz en su mente.

—¿De modo que habrá boda en Wildwood Towers dentro de ocho meses cuando regresemos? —se entusiasmó.

—No —respondió Trevor—. Antes.

—¿Cuándo? —Abrió la boca por completo su amigo—. Si partimos de hoy en siete días.

—El viernes.

—Y nos vamos al siguiente domingo —parecía objetar su amigo —. Solo tendrás un día y medio para el amor.

—Suficiente —zanjó Trevor.

Sir George observaba al conde Gleastard con los ojos entornados mientras el humo de su pipa ascendía en volutas ensortijadas y le obligaba a estrechar aún más los párpados. Pensaba que el hombre lo tenía todo calculado para pasar el menor tiempo posible atado a ese enlace impuesto.

—Una acertada decisión, lord Gleastard —aprobó.

—En efecto, *lady* Danford. Todos hemos sido testigos de los malos modos empleados por *miss* Spooner contra Miss Burton. Y todos pensamos que no son maneras de tratar a una persona enferma.

Le contaba la señora Parson apenada a *lady* Danford.

—No es que *miss* Burton sea exactamente una enferma. Sufrió un grave accidente, eso es todo. Lamento mucho saber esto, y le agradezco mucho que haya despejado mis dudas.

—*Miss* Burton es aplicada y aprende rápido, nadie entiende qué quejas puede tener esa grulla retorcida y arrugada.

—Señora Parson —fingió escandalizarse *lady* Danford.

—El incidente de esta mañana fue presenciado por Anny cuando limpiaba el polvo del corredor junto a los aposentos de *miss* Burton, la puerta estaba abierta… —la señora Parson fue bajando la voz porque dudaba en seguir dando detalles.

—Continúe —le pidió la baronesa muy atenta.

El ama de llaves se animó, estiró el cuello, tomó aire y prosiguió:

—*Miss* Burton no sostuvo bien los libros en la cabeza y se le cayeron con estrépito. Pero es que llevaba un montón de paseíllos perfectos, que a la vieja Spooner no le parecían bien. Debía estar desfallecida, la pobre. Entonces *miss* Spooner en vez de colocárselos con presteza, ya no digo afecto, le dio un golpe con el primero sobre la testa y colocó los demás con brutalidad, no contenta con eso, le llamó calamidad y parásito e impedida. Entonces *miss* Burton le propinó una sonora bofetada que la tambaleó. Momento en el que *miss* Spooner perdió los estribos, la agarró por las muñecas y le clavó las uñas a lo largo de los antebrazos, a lo que *miss* Burton respondió y la dejó como ya sabe.

Lady Danford se llevó una mano a la frente, estaba consternada.

—Lo pagará caro. Yo haré que lo pague muy caro. No se encuentra en Wildwood Towers ya, ¿verdad?

—No, señora.

—No importa, ya le llegará su momento.

Unas horas después, los caballeros, de rigurosa etiqueta, aguardaban a las damas en el vestíbulo, junto a la entrada del salón, entre chistes y conversaciones intrascendentes. La primera en aparecer fue *lady* Danford, vestida de chifón y brocado en un azul noche profunda que le favorecía en modo indiscutible. Se había permitido carmín en sus finos labios y el laborioso recogido de su cabello rematado con una pluma de pavo real de azules y turquesas iridiscentes. Unos guantes de ópera satinados del mismo color del vestido, a juego con el lapislázuli de orejas y cuello le otorgaban un aura de sublime elegancia. Al momento le llovieron los elogios:

—Insuperable, mi distinguida y querida baronesa —exclamó admirado *sir* George al besar su mano.

—Señora, es usted la expresión de la elegancia y la distinción —la lisonjeó el teniente Brandon con una inclinación de cabeza.

—Resplandeciente, querida tía —algo más parco, Trevor también la alabó.

—Agradezco sus halagos, caballeros, pero harían mejor en reservarlos para la dama que vendrá a continuación.

—No puedo creer que todavía no haya sido presentado a la futura *lady* Gleastard —expresó con su característico entusiasmo, el teniente Brandon.

—¿Futura *lady* Gleastard? —repitió *lady* Danford con una ceja arqueada dirigida a su sobrino.

Trevor lanzó una mirada reprobatoria a su amigo.

—Quiero decir, a la posible futura condesa —carraspeó este—, probable...

Sir George, divertido y compadecido, intervino con ánimo reparador:

—Es culpa mía, soy yo quien insiste en mencionar a *miss* Burton como la futura *lady* Gleastard ante mis jóvenes amigos.

—*Sir* George, me recuerda usted a un paciente y tenaz cantero —replicó la dama.

—Ese es el único modo de hacer caer la roca. Y así es como siempre se alcanza el éxito, mi querida señora.

Lady Danford se disponía a añadir algo cuando unos pasos provenientes del corredor de arriba la detuvieron, a ella y a todos. Trevor miró a lo alto de la escalera distraído y tuvo que volver la cabeza de nuevo para comprender lo que había visto. Cuando vio descender el primer escalón a la hermosa dama como si flotara ingrávida en vez de andar, tragó saliva. A su amigo Owen se le abrió la boca y *sir* George sonrió complacido. Por su parte, la

baronesa, que había esperado tales reacciones, se irguió orgullosa.

Mackenzie, envuelta en la vaporosa organza, desprendía destellos por sí misma, más allá del resplandor de los diminutos brillantes repartidos por todo el vestido. Los hombros descubiertos realzaban su esbelta figura de cintura de avispa y busto generoso. Cuántas batallas le había costado a la baronesa que la joven aceptara asfixiarse, como ella decía, dentro del corsé. Pero el resultado estaba ahí, deslumbrante y cegador. Guantes de ópera de seda del mismo y delicado blanco marfil cubrían sus casi famélicos brazos, y también el estropicio provocado por la indeseable institutriz. Su rojo cabello recogido mediante mechones ensortijados y bucles que pendían graciosos del cogote, bajo una discreta tiara de plata con brillantes engastados. También brillantes pendían de sus orejas, y el cuello rodeado por perlas, se había empeñado la princesa en engalanarse con perlas prestadas, como las demás joyas por la satisfecha lady Danford.

Proseguía el suave descenso su alteza por las escaleras de la gloria ante la mirada alelada del conde Gleastard, no era el único, y sus ojos de tigresa fulguraron al saberse admirada por todos. Allí estaba, majestuosa e inalcanzable, con sus pocos modales aprendidos pero suficientes para no ponerse en evidencia. Sin embargo, seguía siendo ella, más viva y fiera que nunca, la princesa de Whitechapel.

En cuanto dejó el último escalón, Trevor, circunspecto, se adelantó, besó su mano con severidad castrense, y aunque no dejaba traslucir ninguna emoción sus ojos verde miel relampagueaban mostrando cómo se sentía. Además, fue alcanzado por la suave fragancia a bergamota y sándalo que se desprendía de aquella piel sedosa y todo se alborotó en su interior. Sin soltar el brazo de la mujer gato, la acercó al grupo, y la presentó a Owen:

—El teniente Brandon. Se alojará unos días con nosotros. Ella es, la señorita Mackenzie Burton.

Owen besó su mano con la mirada encendida.

—Estoy realmente encantado de conocerla, señorita Burton. Mucho más que encantado, fascinado porque… —Se volvió a Trevor —. No sabía que fuera ella el tesoro escondido de Wildwood Towers.

Sir George carraspeó:

—Que no salga de aquí el secreto mejor guardado desde el principio de los tiempos —dijo.

Aunque Mackenzie no comentó nada su rostro reflejaba la pregunta con claridad: «¿un tesoro?».

—Sí, querida, como lo oyes. Wildwood Towers encierra en alguna de sus paredes un tesoro y un fantasma. Ya te contaré la historia en otro momento, es bien triste, como todas las historias con un irlandés y un castillo, o una mansión como protagonistas. Y esta no iba a ser menos. Desde el mismo instante que salimos del vientre de nuestras madres, los Coverdale escuchamos la triste historia del primer conde Gleastard muerto por amor.

Mackenzie abrió la boca con la intención de pedir que se la contaran en aquel mismo instante, pero lo pensó mejor y la volvió a cerrar. Ahora ya sabía que tenía razón al presentir el acoso de un espectro entre aquellas tétricas paredes.

—Bassey, las capas, por favor —le pidió la baronesa a Katie.

La muchacha había esperado con ellas discretamente apartada. Le colocó una de terciopelo azul a la baronesa y para Mackenzie una de satén del mismo tono que el vestido, ribeteada en plata y pedrería. Les dio también unos preciosos abanicos a juego con sus tonos y plumas de marabú.

—Suerte, señora —le susurró a Mackenzie.

Ella le sonrió. Se sentía algo insegura y nerviosa porque aquel no era su elemento natural, pero también se sentía encantada porque le agradaba vestirse de tales galas, le agradaba pasar por una *lady*, y también se sentía excitada ante lo desconocido, era aventurera y estaba acostumbrada a enfrentarse a lo inesperado a diario, así que lo previsible la aburría soberanamente.

Trevor también estaba nervioso. Se palpó el bolsillo interior de su jaqué para cerciorarse por enésima vez de que allí seguía algo que solo él sabía.

—No me habías dicho que fuese tan hermosa, capitán. Tienes que estar loco para dudar de esa manera. Si la rechazas te pediré permiso para el abordaje —le susurró Owen mientras salían.

Trevor y Owen ayudaron a las señoras a subir en su carruaje y luego ellos hicieron lo propio en el siguiente. Los caballos se alejaron al trote y la pequeña avenida quedó sola, apenas bañada por el sol mortecino de última hora de la tarde.

—Querida, estás realmente preciosa. Nadie se te podría igualar. Tu madre estaría orgullosa como lo estoy yo —le decía con el máximo orgullo el señor Crawford a su hija.

Jo Ellen sonreía mientras se volvía a contemplar de medio lado en el espejo. Un vestido de seda con cola de un celeste casi traslúcido se deslizaba por su esbelta silueta ajustándose a cada forma y recodo del cuerpo a la perfección. Sobrepuesta, una

muselina hacía lo propio con la función de destacar un bordado en hilo de oro, que bordeaba después falda y cola. Detrás, un trío de lazos ajustaba la falda desde el polisón. Delante, el escote amplio que mostraba las gracias de su busto. Alrededor del cuello, tres vueltas de perlas rematadas en una gran amatista, de las orejas pendían largas perlas y había peinado su largo cabello azabache con bucles sin ningún recogido, lo que le otorgaba un favorecedor aire juvenil y acentuaba sus enormes ojos violeta, de espesas y largas pestañas tan negras como su cabello. Cubría la piel de porcelana de sus brazos con guantes de gala a tono con el vestido y alrededor de sus muñecas, sendos brazaletes también de amatistas engarzadas en brillantes.

—No voy demasiado recargada, ¿verdad, papá?

—Simplemente perfecta.

Ella se miraba con aprobación, pero insistía:

—¿El color es apropiado, papá? ¿No resulta demasiado chillón? Tal vez hubiera debido ir de blanco.

—Todas irán de blanco, y por eso tú destacarás por tu elegancia y por tu luz. Tú serás la luz que nos ilumine a todos nosotros.

—¡Oh, querido papá! Me dices unas cosas tan bonitas. Te quiero tanto. —Se abrazó a él como una niña pequeña a la que le regalan un juguete—. ¡Ojalá sea verdad! —Alzó la mirada hacia el rostro paterno con un mohín de preocupación—. ¿Tú crees que le gustaré al conde Gleastard?

—¿Cómo no vas a gustarle? Tendría que estar ciego para que no le deslumbraras.

—Pero ¿cómo voy a superar a las otras jóvenes, papaíto?

—Porque ninguna se te puede comparar, mi amor.

—¿Ni siquiera esa *miss* Burton?

Jefferson Crawford se puso muy serio, cogió a su hija por los hombros para infundirle seguridad y la miró los ojos sin pestañear.

—Ni siquiera ella, querida mía.

—Pero…, va a casarse con él…

—No, si yo puedo impedirlo. Y… tú te encargarás de que pueda impedirlo, ¿no es así, pequeña?

Los enormes ojos violeta de la joven refulgieron con la intensidad de un carámbano de hielo.

Los Crawford recibían a todos sus invitados con la misma sonrisa *americana* según definición de *lady* Danford.

—¿Qué es una sonrisa americana, tía? —le preguntó divertido lord Gleastard entrando con ella del brazo.

—Tú que has estado allí, deberías saberlo mejor que yo. No hay quien se fíe de ellos, querido —respondió ella totalmente segura de sí misma.

Trevor soltó una leve carcajada:

—Aunque no se lo crea, jamás he hecho pie sobre esa tierra.

Lady Danford se dio aire con el abanico y el conde lanzó una mirada de soslayo a la anfitriona, que le observaba atentamente. Mackenzie desfilaba ante ella en ese momento, junto a *sir* George. Jefferson Crawford deslizó alguna palabra al oído de su hija, que reforzó la sonrisa dedicada a su invitada. Ambas mujeres se midieron. Una vez cumplimentadas las cortesías, mientras descendían las escalinatas hasta el salón, *sir* George se fijó en la cara de pocos amigos de su joven acompañante.

—¿Se encuentra bien, señorita Burton?

Ella asintió con un leve movimiento de la cabeza y le sonrió. Pero la realidad era que se sentía enormemente mal, la hermosura de aquella Crawford le había mordido en lo más profundo de sus entrañas, y peor aún, le había llenado el alma de bichos roedores. Lo único que quería era marcharse corriendo, y lo peor era sentir la impotencia de no poder hacerlo. Muy a su pesar, las palabras de *lady* Danford describiéndola, azotaban su cabeza de lado a lado: «Tiene una hija perfecta. Una auténtica belleza sureña». «Y de pedigrí inigualable. Refinada, culta, educada desde su más tierna infancia para el único menester de cazar al mejor partido posible. Y por si todo esto fuera poco, heredera única de una fortuna infinita, por supuesto superior a la tuya. Para colmo más joven y hermosa que tú y con un padre dispuesto a arrancarle el corazón a quien sea con tal de que su hijita se lleve al conde».

Vio cómo *lady* Danford, Trevor, *sir* George y el teniente Brandon, que había entrado tras ellos, eran rodeados por un alegre grupo que iniciaba una entusiasta conversación, se sintió excluida y abatida se sentó en una de las sillas en el rincón más alejado que fue capaz de encontrar. Solo de pensar en la elegancia de la vestimenta y las joyas de aquella Crawford se le revolvía el estómago. Lo bien que le sentaba hasta el aire que respiraba… La gracia celestial y diamantina de su sonrisa de dientes perfectos… Ella jamás conseguiría sonreír de ese modo… Quiso probarlo y ensayó la sonrisa y comprendió que solo había conseguido una mueca. ¡La Crawford era tan odiosa! Y esos brazos, con esos brazaletes… Brazaletes… Se miró ella y palideció… Ella había sido la princesa hasta que apareció la Crawford, una reina.

—Quién iba a decir que alguien iba a poder competir con tu

atuendo, y derrotarte, ¿verdad? Y lo peor es que no se me ocurre nada que pueda mejorarlo. —La contemplaba realmente desolada *lady* Danford—. Pero no te preocupes, ella es solo envoltura, esa joven no vale nada. ¿Por qué llevará tanto escote estando tan plana?

La baronesa no sonó demasiado convincente en aquellas apreciaciones.

—Sáqueme de aquí, *lady* Danford —casi gritó desesperada, Mackenzie.

El teniente Brandon se había acercado por detrás justo a tiempo de escucharlo todo, se adelantó para relevar a la baronesa en la silla, que ella abandonó para ir a saludar a unos marqueses ancianos, según comentó.

—Lo que le ha dicho *lady* Danford ha sonado peor de lo que en realidad ha querido decir —la animó.

—Supongo que sí —respondió Mackenzie.

El teniente no perdió el tiempo:

—Ahora que escucho su voz aún pienso, con permiso, que la baronesa está completamente ciega si no es capaz de apreciar su esplendor. Créame cuando le digo, que ninguna dama de este salón puede ni siquiera comparársele… Ni siquiera en la punta del meñique, usted las eclipsa a todas, *miss* Burton.

Mackenzie soltó una leve risa sarcástica.

—Buen intento —respondió—. Se lo agradezco mucho, teniente Brandon, pero no soy ninguna acomplejada. Sé muy bien quién soy y quiénes son las demás, ¿y sabe una cosa? Me gusto. Me gusto mucho.

Owen quedó confundido y sin respuesta. Soltó un leve silbido para cambiar de tema sin cambiar de intención:

—¿Por qué la ha abandonado el capitán Coverdale?

Mackenzie lo pensó un poco porque no estaba familiarizada con aquel nombre para el conde, cuando cayó en la cuenta permitió que respondiera la arrogante princesa de Whitechapel:

—No lo tenga tan seguro, puedo haber sido yo quien lo abandonara a él.

—Si es así, mi señora, se lo tiene bien merecido.

Mackenzie le miró sonriente desde los ojos de tigresa.

—¿Me concederá el honor de un baile, o ya tiene el carné lleno? —le pidió galante.

Mackenzie rompió el carné, lo hizo pedazos.

—No daré un solo paso, ni con usted ni con nadie.

Entonces sonó un gong que acalló todos los murmullos.

—Damas y caballeros, pueden pasar al comedor, la cena está servida —anunció un mayordomo de espeso cabello y patillas jengibre.

El teniente Owen Brandon mostró su perfecta hilera de dientes al sonreírle a la dama y le ofreció su brazo.

Capítulo XI

La cena en el lujoso comedor de los Crawford resultó indigesta para Mackenzie. Ella creyó que la sentarían junto a su clan, pero fuera de toda lógica, no fue así. Su lugar estaba en el otro extremo de la interminable mesa. Al ver la cara de *lady* Danford y su discreta indicación de aceptar la situación, la finura de mantelerías, cuberterías, cristalerías, porcelanas y centros de flores se le antojó horrible. El más cercano a ella era el teniente Brandon, enfrente, dos cabezas más allá. No conocía a nadie de quienes la rodeaban y todos eran ancianos de espléndidos bigotes níveos y señoras que no cabían en sus vestidos. Se sintió morir cuando descubrió interminables cubiertos a lado y lado de su plato… ¿Realmente era necesario? ¿Quién se había vuelto tan loco? Empezaba a sentir una rabia incontrolable y sintió sus mejillas arder. El teniente Brandon la miraba, se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa, ella se la devolvió con resignación. Entonces el caballero de su derecha le preguntó que quién era, y ella a punto estuvo de responderle que la princesa de Whitechapel. Se contuvo, miró a lo lejos, hasta la cabecera de la mesa donde estaba la gente interesante, los anfitriones Crawford, el conde departiendo animadamente con la perfecta y maldita Crawford esa, cuya perenne sonrisa forzada resultaba de puñetazo en toda la boca, y si nunca podía cerrar la boca ni que estuviese de entierro… La maldijo, así te quedes así por los siglos. Vio a *lady* Danford tan animada como su sobrino, dedicada en exclusiva al prepotente americano. «¿Qué haces aquí?» se preguntó por enésima vez. «¿Cómo has podido permitir que te traigan cuando podías haberte quedado tranquilamente en Wildwood Towers junto a Katie, el señor Byrne, la señora Parson y la señora Barrows?».

—¿De Wildwood Towers, dice? —El vetusto caballero la devolvió de modo abrupto a la realidad, empeñado en convertirla en su abnegada oyente—. No conozco ninguna señorita Burton de Wildwood Towers. Sin embargo, de ese viejo caserón conozco bien a lord Gleastard, pero no lo he visto por aquí, ¿por qué no ha venido el bueno de Hogan? ¿Acaso está indispuesto?

—Querido —intervino una dama tan pintada que parecía un cuadro—. ¿Has olvidado que el conde Gleastard murió? Fuiste a su entierro, tienes que acordarte. Al nuevo conde lo tienes allí con su tía, la baronesa Danford, junto a los anfitriones.

—Oh —se sorprendió el anciano—. Debo ir a presentarle mis

respetos, después de la cena, claro, después de la cena.

El caballero, abatido, se sumió en el silencio para alivio de Mackenzie. Pero pronto dio comienzo otro tormento. El incesable ir y venir de bandejas repletas de comida, rica, de apetitosos aromas capaces de levantar el ánimo a un muerto. Mackenzie no sabía qué hacer, y muerta de hambre veía que para cuando se decidía los camareros ya le habían retirado el plato y puesto otro nuevo en su lugar.

—Estas jóvenes londinenses no comen nada —dijo desdeñosa una mujer mientras se llevaba a la boca una enorme porción de rosbif.

Se reía la dama oronda de su propia gracia creyendo haber sido discreta, pero Mackenzie la había oído. Se fijó en la boca tan llena que tenía aquella boba. Llena de comida y de dientes salidos. ¿Cómo podía hablar, tragar y reír al mismo tiempo? «Así te atragantes y te quedes morada», maldijo, y se llevó una copa de agua a los labios. De pronto, la mujer paró de reír y de masticar, se llevó ambas manos a la garganta y empezó a toser compulsivamente. Cuanto más tosía más enrojecía y no era capaz de parar. Mackenzie no se atrevió a retirar la copa con la que bebía de delante de su rostro, y diríase que lo vio todo a través del cristal de Bohemia. Todo concluyó felizmente cuando el teniente Brandon se levantó y dio un golpe seco en la espalda a la mujer, ella vomitó el trozo de rosbif atragantado y abandonó el comedor entre dos doncellas y el esposo que las seguía.

—Pobre mujer, a veces el rosbif puede resultar de lo más inoportuno —comentó el anciano de su lado.

—Igual que algunas conversaciones, ¿no es cierto? —dijo con intención la dama que le habló antes.

Mackenzie salió de detrás de la copa, iba a replicar, pero la mayoría de los comensales había decidido vitorear al héroe de la velada, el atractivo oficial de la Marina Real, Owen Brandon y fue inútil intentarlo siquiera. En la parte alta de la mesa no se habían enterado de nada hasta que esto sucedió y fue así como tuvieron conocimiento y como se unieron con mayor estruendo a la ovación. La gente se sentía feliz, con los estómagos deliciosamente llenos y los cerebros maravillosamente embotados, cualquier pretexto servía para hacerse escuchar por encima de los demás. Sin embargo, la voz de la Crawford esa sí que logró imponerse cuando anunció tras unos graciosos toques de cucharilla en copa y esa sonrisa permanente e insoportable:

—Caballeros, pueden fumar.

Abandonó el comedor, rodeada de buena parte de la concurrencia femenina, las rezagadas también salieron y Mackenzie fue la última en abandonar la estancia, altiva y antipática. Ni siquiera atendió al saludo que lord Gleastard trató de dedicarle.

En el amplio corredor se vio un poco perdida, no sabía dónde habían ido ni dónde buscarlas, dio unas cuantas vueltas y cuando por fin escuchó el griterío y las risillas estúpidas, se dirigió hacia allí. Cuando llegó al salón donde estaban las damas, comprobó que algunas ya tomaban el té, otras la miraron de arriba abajo como diciendo: «No será verdad que piensa entrar aquí». La Crawford esa, desde el extremo opuesto de la estancia la contemplaba sin invitarla a entrar, y por primera vez pudo ver su rostro sin sonrisa y su alma helada a través de la frialdad de aquellos ojos violeta. La baronesa estaba distraída con otras damas de alcurnia, y no fue testigo de cómo una de las damiselas complacientes y lisonjeras de la Crawford se acercó a Mackenzie para ahuyentarla:

—¿Busca a alguien? —le preguntó.

Mackenzie pensaba deprisa, ¿qué significaba: «¿Busca a alguien?», ¿No sería mejor un: «pase, querida»? Sintió una angustia que jamás había sentido y escapó corriendo. La damisela regresó al grupo.

—Se ha ido, no sé por qué —dijo con pose de extrañeza.

Todas rieron.

Mackenzie se dirigió al lugar donde aguardaban los cocheros y habló con el que las había llevado, le pidió regresar a Wildwood Towers, pero el hombre se excusó con cortesía arguyendo que debía atender las órdenes de lord Gleastard.

Frustrada, siguió una senda que conducía al jardín principal. Mientras caminaba, pateaba las piedrecillas que salían disparadas hacia uno y otro margen en la danza más amarga. Antes de alcanzar su destino, fue interceptada por el teniente Brandon, que le salió al paso.

—Me había parecido divisar un hada del bosque perdida en mitad de la noche, y estaba en lo cierto.

A pesar de recibir una sonrisa como respuesta, el teniente pudo comprobar la profunda tristeza que velaba aquellos grandes ojos atigrados. Y deseó devolverle la alegría a cualquier precio, a costa de lo que fuere o quien fuere. Siguieron la senda uno junto al otro.

—¿Por qué rehúye la compañía del mundo? Ya ha empezado el baile y me prometió el primero.

Ella le miró espantada.

—No señor, yo no le prometí bailar.

Él rio.

—Veo que no podré engañarla, habré de resignarme.

Ella sonrió aliviada. No se fijaron en la figura que les observaba desde la balaustrada. Era lord Gleastard, también había salido en busca de Mackenzie y ahora comprobaba contrariado que había llegado tarde. Los vio hablar y reír a carcajadas, parecían llevarse muy bien. Entonces, una intensa oleada de celos le hizo enrojecer hasta el punto de hacerle creer que se fundiría allí mismo. No sabía cómo actuar, si ir corriendo hacia ellos y partirle la cara a Owen de un puñetazo, o tirar de Mackenzie hasta arrancarla de sus garras, o ambas cosas. Fue Jo Ellen Crawford quien lo sacó de aquel estado al aparecer para reclamarle el baile solicitado. Cogida al brazo de Trevor le dedicó aquella detestable sonrisa de mil bofetones, así los sorprendió Mackenzie cuando se le ocurrió alzar la vista, los vio entrar al interior de la mansión sonrientes como tortolitos, y los celos la devoraron.

—Quiero volver dentro, teniente Brandon.

—¿A bailar?

—No. A esperar tranquilamente sentada que esta estupidez se acabe y podamos regresar a casa.

—¿Cómo puede ser eso, señorita Burton? ¿Acaso renuncia a la diversión?

—No se equivoque, teniente Brandon. Creo que ahora es cuando voy a divertirme de lo lindo.

Con solo entrar al salón donde tenía lugar el baile, Mackenzie ya pudo comprobar lo bien que se lo estaba pasando lord Gleastard bailando a ritmo de vals con la insufrible Crawford, quien no apartaba su melosa sonrisa de la mirada de Trevor. Cuanta más vueltas daban más le parecía a Mackenzie que no acabarían nunca. «¿Por qué no tropiezan y dan el espectáculo delante de todo el mundo?». Deseó con fuerza, tanta, que le pareció ver cómo ella daba un leve traspiés que él solucionaba con un leve tirón… Y encima se reían.

Lady Danford golpeó con el abanico la silla de al lado para que se sentara junto a ella, cosa que hizo encantada. El teniente Brandon permaneció de pie tras ellas.

—¿No baila, teniente? —trató de animarle la baronesa.

—Me temo que he sido rechazado cruelmente, debo reponerme, *milady*.

La baronesa rio. Con el abanico abierto ante los labios le habló a

su pupila:

—¿Cómo lo pasas, querida? No te he visto en toda la noche.

—Me divierto, descuide. Me cautiva la inagotable capacidad de algunas personas estúpidas para seguir pareciendo más estúpidas.

Esta respuesta complugo a *lady* Danford.

—Querida, sabía que eras inteligente además de intrépida. Aprendes muy deprisa a comportarte en sociedad. Al final triunfarás.

—¿Está usted segura? —la desafió la princesa de Whitechapel con los ojos chispeantes—. ¿Aunque jamás consiga deslumbrar más que otras? Porque, *quién iba a decir que alguien iba a poder competir con mi atuendo, y derrotarme, ¿verdad? Y lo peor es que no haya nada que pueda hacer para mejorarlo. Pero, no debo preocuparme porque, las demás son solo envoltura…* ¿no?

Lady Danford parpadeó varias veces, confundida ante el descarado reproche de su pupila, luego optó por cambiar de tema:

—El conde te ha buscado varias veces, parece desesperado por comentarte algo.

—Pues yo le veo muy a gusto con la Crawford.

Para sorpresa de Mackenzie, la baronesa lejos de reprenderla se sumó al despiece:

—Sí, esa arpía lo tiene bien agarrado con sus repugnantes tentáculos, pero él escapará. No te preocupes, lo sé.

Entonces se produjo un cambio de parejas y la popularísima Jo Ellen Crawford imploró un descanso al siguiente pretendiente, tomó una copa del refrescante *champagne* de la bandeja de un camarero y fue directa hacia *lady* Danford y sus acompañantes. Lord Gleastard quedó atrapado por otra dama para seguir danzando, pero sus ojos no se apartaban de Mackenzie a pesar de las vueltas.

Jo Ellen se sentó en la silla libre junto a Mackenzie.

—¿Me presta su abanico, querida? Lo necesito más que usted, me temo —tuvo la grosería de pedir.

Mackenzie se lo pasó del revés, como si de un arma se tratase.

—¡Gracias! ¡La adoro! Olvidé el mío por ahí. Es que, como no he parado de bailar… ¿No baila usted? Es extraño, una joven y hermosa mujer, marchitándose aquí —bajó su voz como si fuese su cómplice—, como una vulgar solterona —y remató su infame discurso con unas finas carcajaditas también infames.

Mackenzie se revolvió en la silla, con un montón de frases atropellándose en su interior, ninguna adecuada, pero fue *lady* Danford quien intervino con eficacia:

—Me temo que *miss* Burton no va a poder bailar esta temporada,

ni siquiera el día de su boda. Cayó del caballo y se lastimó el tobillo. Una terrible experiencia. ¿La ha tirado alguna vez un caballo a usted, *miss* Crawford?

Ahora quien se revolvió en su silla contrariada fue la Crawford.

—Por supuesto que no, soy una gran amazona —respondió engreída.

—Eso es magnífico, querida —continuó a la carga la baronesa—. Deberíamos quedar algún día para una carrera, *miss* Burton posee un alto palmarés, es imbatible.

Los ojos de Mackenzie se abrían como platos y contemplaba a la baronesa incrédula cuando su estupor aumentó contra todo pronóstico al escuchar cómo la Crawford aceptaba el desafío, cosa que la dejaba a ella en una terrible y nada envidiable posición.

—Por supuesto, algún día nos batiremos en una carrera, o como sea, lo estoy deseando, ¿y usted, *miss* Burton?

—Yo también, *miss* Crawford —respondió con sequedad, Mackenzie—. Ni se imagina cuánto.

Jo Ellen Crawford perdió los nervios y la estúpida sonrisa permanente, apretó los puños y se despidió de sus invitadas sin observar demasiados modales:

—Señoras, voy al tocador. Dispénsenme.

Por los andares, Mackenzie vio complacida cómo la Crawford se alejaba contrariada y nerviosa, a pesar de ello, no se privó de darle una buena reprimenda a la baronesa:

—Que yo monto a caballo, que tengo un gran palmarés, una carrera… Pero ¿está usted en sus cabales, *lady* Danford?

Satisfecha ante el uso correcto del trato, la baronesa sonrió, sí, aprendía deprisa y todo iba a salir a pedir de boca:

—Querida, tú misma me has contado que montas bien a caballo…

—Pero a mi manera, a horcajadas, aprendí en las calles, siempre para escapar… ¡Por Dios!

—Llevas toda tu vida escapando, ¿no sería hora de que te plantes?

A Mackenzie se le puso aquella expresión ceñuda de toro, se levantó y se fue dejándola con la palabra en la boca. Se cruzó con *sir* George que iba a pedirle un baile a *lady* Danford. Cuando la pareja se alejó apareció lord Gleastard que miró incrédulo las sillas vacías y luego en todas direcciones.

—Pareces buscar a alguien —le interpeló su amigo Owen.

—No puede ser verdad —respondió enfadado—. Estaba aquí hace un momento, la he visto mientras bailaba con…

—¿Con todas menos con ella? —le picó Owen.

Trevor le miró mal:

—¿Quizá porque con cada intento comprobaba cómo otro la mantenía ocupada?

—Déjame adivinar, ¿te refieres a mí?

—Es posible.

—Solo trataba de que no se sintiese sola.

—Tendrás que aclararme por qué me hablas así. Te lo exijo.

—Para, Trevor. Detente, soy yo, Owen. Estoy de tu lado, aunque no debería.

Trevor se relajó de inmediato.

—He sido ridículo. Toda la noche llevo siéndolo —se lamentó.

—Mi consejo es que para dejar de serlo no te muevas de aquí. ¿De acuerdo? Ella volverá.

Owen palmeó a su amigo en la espalda y se dirigió a un grupito de damas que aguardaban impacientes ser solicitadas, se fue del brazo con una morena de linda sonrisa e intenso rubor.

Mackenzie entró en el tocador de señoras con el ánimo de arrancarle los tirabuzones a la Crawford. La halló frente al espejo como una efigie egipcia, se aplicaba pequeños toques de sus polvos en la nariz. Los guantes y los brazaletes permanecían sobre la delicada superficie de jade porque se había refrescado las sienes en el aguamanil. Se situó en el extremo opuesto del espejo y sacó su propia polvera para darse también en la nariz, mientras la miraba de través. Y comprobó, complacida, que la suya era más pequeña, recta y respingona, y se regocijó en lo más profundo de su ser.

—No hacía falta irse tan lejos como si estuviese yo apestada —la saludó la Crawford con acritud.

¿Dónde estaba la sempiterna y abofeteable sonrisa postiza, ahora?

Mackenzie se volvió un poco para mirarla de hito en hito. Estaba segura de que el desprecio que sentía por ella se traslucía a través de su mirada, pero no le importó lo más mínimo, se volvió de nuevo al espejo y dijo:

—No se preocupe por mí, estoy bien aquí. Soy de extremos. —Y se aplicó bálsamo carmín en los labios con el meñique.

Entonces entró un grupito de tres damiselas que lo alborotaron todo contándose lo bien que habían bailado, quién era más apuesto, naturalmente destacaba lord Gleastard, y le seguía los talones el teniente Brandon. De nuevo sintió cómo se complacían en hacerle notar que estaba fuera de la conversación y de su mundo. Y

Mackenzie se chinchó y mucho. Se agarró al borde del jade para contener su ira mientras veía cómo las jóvenes dejaban sus guantes y pulseras en revoltijo sobre las piezas de la propia Crawford, todas se peleaban por echarse agua sobre las sienes. Y ese fue el momento. La princesa de Whitechapel se llevó uno de los brazaletes al pasar junto a ese magnífico montón de joyas revueltas. Silenciosa como un animal nocturno, sus dedos apresaron el objeto codiciado con precisión y exactitud, sin que nada se notara ni se viera. Cuando de nuevo las damas se enguantaron sus famélicos brazos desnudos, ni siquiera se dieron cuenta de que la joven ya no estaba.

—Sonríe, hombre, que vas a asustar a tus admiradoras.

Le recomendó Owen a su amigo al acercarse de nuevo a él. Trevor le devolvió una mirada hastiada y no respondió.

—Creo que te hace falta un trago bajo las estrellas, capitán. Vayamos.

Cogió al vuelo dos copas del *champagne* portado por uno de los camareros, le tendió una a su amigo y con una palmada en el hombro se lo llevó fuera.

Pasearon por uno de los pedregosos senderos y al llegar junto a un sauce se detuvieron:

—Permiso para hablar, señor —le espetó Owen.

Trevor alzó la mirada, se sentía tan malhumorado que era incapaz de sonreír.

—Percibo un abatimiento nada conveniente para un líder de la tropa.

Ante el silencio de lord Gleastard, los ecos de la fiesta hablaron por él, como una burla mortificante.

—Ella me atraviesa cada vez que la veo —pronunció al fin con voz ronca.

—Pero eso es bueno, ¿no? —le animó Owen.

Trevor prosiguió ensimismado, como si no le hubiese escuchado:

—Me atraviesa cada vez que la veo, aunque no me mire, aunque no sepa que la veo. Me atraviesa, aunque no esté. Si ella ocupaba una silla, se levanta y se va, el vacío que deja me abofetea cuando entro yo en la estancia. Sí, amigo, así de fuerte es. —Se golpeó el corazón—. Ya no es mío.

Al escucharle, Owen perdió el habla. Había albergado locas esperanzas de llegar a un romance con Mackenzie, ¿de dónde demonios se había sacado que podría tener una oportunidad? De alguna manera el responsable era Trevor, le había dejado creer que no tenía interés por ella y ahora cambiaba de opinión como un

adolescente caprichoso. Esas cosas no estaban bien. Nada bien.

Sin embargo, le dijo:

—Dicho con todo el respeto, es el tipo de mujer que acaba por volverte loco. Ahora sí, ahora no. Ahora te quiero, ahora no te hablo. ¿Quién entiende a las mujeres?

—No me gusta que nadie dirija mi vida, no entraba en mis planes un matrimonio, pero…

—Por supuesto, un matrimonio no deseado es la peor prisión del mundo.

Trevor miró a su amigo algo estupefacto.

—Pero esta vez parece que la vida ha pensado por mí… —continuó—. Y me ha puesto en mi lugar. Y ahora que tengo claros mis sentimientos veo cómo el destino me castiga porque es ella quién me ignora.

—Eso tiene fácil arreglo, declárate —le empujó Owen.

—Pensaba hacerlo hoy, pero… A cada ocasión que se presentaba, ella se ha ido esfumando…

—Bueno, pues, ¿sabes qué? Ignórala tú también. Que sufra. Ya llegará el momento propicio, y entonces… ¡Caerá!

Trevor no respondió nada, tan solo miró a su amigo con el impenetrable rostro del capitán en el alcázar.

Los dos hombres se volvieron a la fiesta sin demasiadas prisas, solo entonces, Jo Ellen abandonó su escondrijo tras el seto de rosas y se dirigió con paso firme a una entrada lateral de la casa para aparecer justo a tiempo ante el abrumado lord Gleastard.

Alguien la siguió con la mirada mientras encendía su pipa con parsimonia y una media sonrisa. Apagó el fósforo con el plácido vaivén de su mano y expelió una larga columna de humo, sus ojos brillaban en la noche como los de una rapaz nocturna. *Sir* George había tomado buena nota de todo.

Capítulo XII

Lady Danford salió al paso en el salón, e interceptó de paso, a la Crawford, cuyo rostro y puños apretados no pudieron resultar más expresivos. Su padre, pendiente de ella, se la llevó para evitar que se pusiera en evidencia. *Sir* George, complacido, se retiró a hablar con unas simpáticas damas de edad.

—Permítame, teniente Brandon, que le robe un momento a mi querido sobrino.

—Sus deseos son órdenes para mí, mi querida baronesa —respondió galante Owen con un beso en la mano de la dama.

Se alejó en círculos hasta encontrar al grupito de lánguidas y suspirantes damiselas a quienes atendió con una insinuante sonrisa.

—Sobrino, voy a hablarte en calidad de tía, y por tanto como si fuera tu propia madre. Yo… soy directa y no tengo reservas con… los míos. En fin, soy así y ya no cambiaré… Por tanto, me escucharás —le espetó la baronesa tapando medio rostro con el abanico como si alguien pudiera leer sus labios.

Trevor acentuó la intensidad de su mirada verde miel, escuchaba.

—*Sir* George me ha contado cierta conversación entre dos amigos en el jardín. No era su intención escuchar, simplemente andaba cerca cuando ellos irrumpieron y conversaron sin discreción. La conclusión de *sir* George es que uno de los dos amigos, no lo es.

Trevor la interrumpió:

—Perdóneme, pero no la comprendo. ¿Qué trata de decirme?

Lady Danford le traspasó con la mirada y le agarró la muñeca.

—Debes seguir los designios de tu corazón, hijo mío, nada más. Porque nada ni nadie debe perturbar esos designios. Son los únicos verdaderos, porque el corazón jamás se equivoca. No permitas que nadie te aparte de ese camino.

—No pensaba hacerlo, lady Danford, descuide. Pero debe saber que Owen es mi mejor amigo y jamás me traicionaría.

Lady Danford guardó silencio un breve instante a la búsqueda de la frase perfecta y de pronto, una idea perfecta iluminó su rostro y sus ojos, entonces dijo:

—A propósito, querido. Esta noche mantengo cierta controversia con *sir* George y el teniente Brandon al respecto de la *Eneida*, ambos unos eruditos y excelentes conversadores, pero desconocen todo acerca de su verdadero origen. Así que desearía regresar con ellos

en el coche para proseguir con la discusión, si te parece. A ti no quiero aburrirte, ¿crees que podría arreglarse?

Lord Gleastard tragó saliva de modo imperceptible, tanto como las pequeñas gotas de sudor que perlaron sus sienes.

—Eso nos deja solos a la señorita Burton y a mí en el otro coche…

—Eso me temo, ¿hay algo de malo? —Alzó una ceja la baronesa.

—No, nada. Seguro que nos dormiremos en el trayecto.

—Naturalmente, mi querido lord Gleastard —respondió *lady* Danford sin bajar la ceja y alejándose hacia atrás a la par que se abanicaba, hasta quedar alegremente engullida por el grupo en el que se encontraba *sir* George.

Trevor dio una vuelta sobre sí mismo hasta topar de bruces con Mackenzie, cuando ella se dirigía a un asiento. Él la cogió al vuelo:

—Baila conmigo, Mack.

Sorprendida, Mackenzie solo fue capaz de balbucear:

—No puedo bailar, tengo una torcedura de tobillo, fue al caer del caballo, fue…

—Pero ¿cuándo te ha ocurrido eso? ¿Por qué no me he enterado?

—No sé, un día, es igual.

—Bailemos y arreglemos nuestro enfado, sea el que sea, te lo ruego —insistió él.

Mackenzie le miró y el poder de sus enormes ojos de tigre lo dejaron noqueado.

—No pienses que estoy enfadada, guardabosques. Solo es que…

Entonces llegó la Crawford. Jo Ellen, grosera y dispuesta a todo con tal de vencer a su rival se situó en medio y logró separar el abrazo de baile de la pareja.

—Oh, no puede bailar, querida… Cuánto lo siento. Permítame, está prohibido desaprovechar a un bailarín. O debería estarlo, ja, ja, ja…

Y arrastró al contrariado lord Gleastard hasta el centro del salón donde se mezclaron a ritmo de vals con las otras parejas. Él, lanzó una mirada cómplice a su amada, pero ella se sintió horriblemente mal cuando, tras el giro del vals, también tuvo que soportar la de la Crawford, con el brillo del triunfo y la satisfacción. Se sentó en una silla cualquiera, todas estaban libres, miró a los que bailaban y los que se tambaleaban de pie, porque la mayoría estaba bastante ebria y abrió el bolso para sacar un pañuelo, quería sonarse la nariz y le daba igual quedar mal, las lágrimas se agolpaban en sus ojos y le dolía la garganta, estallaría de un momento a otro. Entonces se le

cayó el brazalete de amatistas y quedaron expuestos él y ella a todas las miradas. Horrorizada, Mackenzie actuó con velocidad y precisión felina, lo cazó con el pie y lo llevó bajo su falda. Ahora no podría levantarse, confiaba en hacerlo la última. Y eso era mucho confiar.

Llegó *lady* Danford, seguida por *sir* George. Cansada, se sentó junto a ella y se dio aire con el abanico. Fue como una señal para que, de pronto, el centro de la sala se vaciase y toda la concurrencia buscase el reposo de los asientos, ¡parecían haberse agotado todos a la vez! Mackenzie empezó a sentirse presa de la inquietud, e irritable por ello.

—Estoy exhausta. Cómo se nota que ya no tengo quince años, querida. Toda la noche bailando, soy una imprudente —le confesó a la joven.

—Podemos retirarnos cuando guste, *lady* Danford —ofreció *sir* George.

—Oh, sí, no veo el momento de liberar mis pobres pies de estos terribles zapatos, ¿tendría la bondad de ir a avisar a los jóvenes caballeros, *sir* George?

Cuando *sir* George, lord Gleastard y el teniente Brandon regresaron junto a la señorita Burton y *lady* Danford, también los acompañaba Jo Ellen Crawford sin rastro de su estúpida sonrisa. Al poco, tenía detrás a su corte de damiselas, que brotaron de pronto cual botones de oro en primavera. Todas miraban de modo severo a Mackenzie. *Sir* George se alejó un breve instante y volvió con un bastón de empuñadura de plata, que tomó prestado de otro asiento, se sentó detrás como quien no quiere la cosa y sin que nadie se hubiese apercibido de sus movimientos. Con su acostumbrada expresión amable observó al grupo mientras hacía girar el bastón sobre el suelo por la empuñadura. Su mirada astuta mostraba que estaba en guardia.

—Mi querida señorita Crawford —empezó la baronesa—, quiero agradecerle su hospitalidad de esta noche y empezar a pensar en marcharnos. Ha sido todo maravilloso.

Lord Gleastard y el teniente Brandon inclinaron sus cabezas en señal de despedida y se situaron junto a Mackenzie y *lady* Danford respectivamente, a esperar que se levantaran.

—El placer ha sido todo nuestro, mi querida *lady* Danford. Y la velada hubiese resultado maravillosa, sin duda, de no ser por la pérdida de uno de mis valiosísimos e irremplazables brazaletes de amatistas. —Les mostró el brazo enguantado sin brazalete—. Por casualidad no lo habrán visto, ¿verdad?

La furia irlandesa surgió por los ojos llameantes de la baronesa. Se puso en pie con energía y el movimiento de sus telas levantó más que aire un huracán. *Sir* George, en un movimiento más veloz y preciso que el de un rapaz al cazar a un pequeño roedor, deslizó el bastón bajo las faldas de Mackenzie, pescó el brazalete y en otro movimiento más veloz que el anterior, lo llevó de su mano a su bolsillo. Nadie vio nada excepto el teniente Brandon. La baronesa le habló a la señorita Crawford en un tono helado y amenazante:

—¿No estará insinuando que podamos saber algo, señorita?

La Crawford palideció y buscó con la mirada a su padre para que la sacara del apuro, pero el virginiano se encontraba enfrascado en una animada conversación y podía enterarse del asunto. A la anfitriona no le quedó más remedio que redoblar sus arrestos y continuar sola:

—No insinúo nada, *lady* Danford, solo digo que, si lo encuentran o se enteran de algo, me lo devuelvan o me lo digan.

Trevor y Owen se irguieron ofendidos, *lady* Danford se irguió aún más, sus ojos ya no llameaban porque el fuego se había helado en su interior, jamás le perdonaría a la Crawford aquella horrible e indecente ofensa, y además haría que todo el mundo se enterara. Ninguna puerta se abriría para los Crawford ni en Irlanda ni en Inglaterra. Sus ojos se agrandaron en modo diabólico y su rostro se contrajo como el de una vieja bruja arrugada, murmuró una maldición en *irish* que aún provocó mayor palidez en el rostro de Jo Ellen, y el rumoreo de sus adeptas. Pero quien estaba más pálida, sin duda, era Mackenzie, la sangre había abandonado su rostro y su cuerpo entero, ni siquiera era capaz de escuchar los latidos de su propio corazón.

Mientras esto ocurría, *sir* George Kelly, a quien nadie tenía en cuenta, devolvió el bastón a su lugar, y luego merodeó por detrás del grupo de damitas hasta encontrar el bolsito propicio de una, toda ella vestida de un rosa demasiado caramelo. El administrador deslizó la joya en el interior del bolso, poniendo sumo cuidado en dejar un extremo colgando por fuera. Con total impunidad y sosiego, regresó a su sitio, y se unió a la escena como si no hubiese ocurrido nada.

Lady Danford levantó la cabeza a modo de saludo indignado y se dio la vuelta con la clara intención de dar por concluida su asistencia a la fiesta. *Sir* George se unió a ella, pero antes, trató de avisar a Mackenzie sin éxito. Trevor le ofreció el brazo, pero ella, clavada a la silla, ni se inmutó. Él, extrañado, permaneció a su lado. También Owen, permaneció junto a Mackenzie sin moverse.

Ante aquella actitud, el brillo arrogante de la victoria volvió a los ojos de la Crawford, y más altiva que nadie observó la parálisis de su enemiga.

—¿Se queda usted, señorita Burton?

Mackenzie quería tirarse a su yugular y arrancarle los tirabuzones uno a uno o todos a la vez, pero no podía moverse. *Lady* Danford y *sir* George solo volvieron la cabeza, incrédulos. Trevor no entendía nada. Por el contrario, Owen sí empezaba a tenerlo claro.

Trevor volvió a ofrecerle el brazo a Mackenzie:

—¿Vamos, querida?

Mackenzie clavada a su silla, ni le respondió ni le miró. *Sir* George, intervino:

—La fiesta se acabó, *miss* Burton, debemos regresar a casa antes del amanecer. Ningún peligro nos acechará si nos marchamos ahora.

Mackenzie le miró como comprendiendo, movió su pie por debajo de la falda para verificar que allí debajo seguía o no seguía el dichoso brazalete, mientras *sir* George intervenía de nuevo:

—Un auténtico placer, señorita Crawford. Deseo fervientemente que encuentre su brazalete, infórmenos cuando lo haga. Y no pierda la esperanza, tal vez alguna de sus amigas le haya gastado una broma.

Todas se miraron horripiladas, con aspavientos ofendidos trataban de mostrar su inocencia e indignación, de pronto una gritó y las demás se abrieron en abanico dejando una insólita y terrible escena al descubierto: una de ellas se tapaba la boca con una mano mientras que con la otra señalaba a la joven de rosa caramelo. Ella, paralizada, incrédula y aterrorizada, miraba de hito en hito, su bolso abierto con el brazalete colgando de él y su amiga, Jo Ellen, cuya expresión no vaticinaba nada bueno. Se dirigió a ella, con una mano recuperó el brazalete y con la otra la abofeteó. *Sir* George, con una cara increíblemente satisfecha miró a la atónita lady Danford y tiró de ella para salir de allí.

Por su parte, Mackenzie aturdida y tan atónita como la baronesa, se decidió a levantarse mientras pensaba en qué diablos había pasado allí ante sus propias narices. Tomó el brazo de Trevor, aún temblaba como una hoja en el viento.

—¿Tiemblas, Mack?

Se preocupó él.

—De rabia, quiero matarla —respondió con un hilo de voz y el estómago encogido.

—Vayámonos de aquí.

Salieron cogidos del brazo y sin mirar atrás, seguidos de un Owen de lo más taciturno.

Lady Danford cumplió con lo propuesto y distribuyó los pasajes y los coches según lo convenido. Así, ella, *sir* George y el teniente Brandon subieron al primero y el segundo sería para Mackenzie y Trevor.

—Espero que lo aproveches bien —le susurró la baronesa a su sobrino antes de alejarse con una sonrisa maliciosa.

Una vez a solas, Trevor cogió la mano de Mackenzie y la apretó con fuerza, luego depositó un suave beso.

—Lo siento, Mack.

—A qué viene eso. No has parecido muy preocupado por mí durante toda la noche…

—Es verdad, me han secuestrado, y he sido un insensible al no haberme escapado más. ¿Me perdonas?

—No estoy enfadada.

—Te veo triste y estoy muy enfadado. No sé qué motivos han podido llevar a esa —se mordió las palabras y se las tragó, no quería ser grosero— mujer, a querer humillarte de ese modo.

Mackenzie pensó deprisa, no iba a mentirle o al menos no demasiado, le miró a los ojos y le soltó:

—No quiero mentirte, guardabosques…

—Llámame Trevor, por favor.

—No me interrumpas, Trevor. Esto es serio. Aunque la Crawford ni ninguna de sus amigas me viera… Dos y dos son cuatro, ¿sabes? Yo robé el brazalete.

Trevor, estupefacto, balbuceó algunos interrogantes hasta que fue capaz de pronunciar una frase más o menos con significado:

—Pero ¿cómo? ¿Por qué razón? No te imagino haciendo algo así, no puede ser…

—Pues deberías, porque no es la primera vez… —se arrepintió en ese mismo instante y cerró la boca,

—¿No es la primera vez que qué? ¿Que robas? —preguntó Trevor en el colmo de la sorpresa.

—No, estúpido. No es la primera vez que me dan ganas de llevarme algo… Para castigar a quien me ofende —y empezó a fabular—. A mis compañeras de internado les quitaba sus objetos más preciados cuando me hacían enfadar, los escondía un tiempo y

luego se los devolvía. Siempre en secreto. Un castigo.

—Pero ya no estás en el internado —la reprobó con afecto.

—Es cierto, pero se lo iba a devolver antes de abandonar la fiesta.

—¿Tienes alguna idea de lo que pudo ocurrir para que apareciera en el bolso de esa joven? —la interrogó con una ceja arqueada y mirada penetrante.

—Te aseguro que no. Solo sé que se me cayó al suelo y lo llevé bajo mi falda hasta saber qué hacer. De cómo salió de allí y llegó al bolso de esa chica, dama, quiero decir… No sé qué decir porque no lo entiendo, y estoy como se decía en mi calle, *alelá*, alelada, o sea…

—¿En tu… calle?

—Bueno, en el patio de mi escuela.

Trevor se rascó la frente, pensativo. Por peor golpe que Mackenzie se hubiera dado en la cabeza, aquella manera de hablar le sonaba a jerga de la marinería proveniente de los barrios bajos. Aunque también podía tratarse de lo normal en un desorden mental como sostenía su tía. Sin embargo, a él no le parecía que Mackenzie sufriese los efectos de ningún desorden mental, al contrario, demostraba estar en sus cabales y poseer una inteligencia despierta y brillante. Todo era extraño, pero se había enamorado perdidamente y solo quería declararse sin importarle nada más.

—Averiguaré a quién debo tamaño favor, y sospecho que no tardaré mucho en saberlo. Por ahora lo que puedo asegurarte es que tu revelación jamás saldrá de aquí. En cuanto a los Crawford, deberán darnos una satisfacción por semejante incidente.

—¿Te batirás en duelo con el padre? —Abrió enormemente los ojos, Mackenzie.

Trevor soltó unas carcajadas.

—No dudes de que lo hubiese hecho si la señorita Crawford hubiese sido un señor Crawford. Pero en vez de eso, deben presentarnos sus excusas, aunque ello no les evitará caer en desgracia. Mi tía se encargará y nosotros nos ocuparemos de nuestros propios asuntos.

—Vale.

Trevor la miró encandilado, entre la tenue luz de las lámparas del coche y las sombras de la noche, aparecía tan misteriosa como hermosa, le cogió la barbilla con afecto y le sonrió:

—«De acuerdo», es preferible —la corrigió.

—¿Es mejor «de acuerdo»? —Se encogió de hombros—. Vale.

Trevor soltó una carcajada.

—Me rindo.

Palpó el bolsillo y rebuscó en él, cuando sacó la mano llevaba una cajita de terciopelo azul. La ocultó en el puño y tomó aire para armarse de valor. El coche traqueteó en un recodo del camino y fueron a parar el uno sobre el otro. El instinto le empujó a sujetar a Mackenzie por los hombros, y con ello, la cajita cayó sobre el asiento, pero Trevor no fue consciente. Atraído por los ojos de la mujer tigre, como la llamaba, casi la besó, pero otro vaivén les sacudió y él volvió en sí. La cogió por ambas manos, se puso serio, la miró a los ojos, y carraspeó:

—Mackenzie Burton, ¿quieres casarte conmigo? —soltó sin respirar.

Un relámpago surgido de los ojos de tigre rompió la noche, Mackenzie pensaba muchas cosas a la vez y se quedó atascada, Trevor pensó que era por la falta del anillo. Desesperado, buscó la caja. La encontró aliviado, abrió el estuche y ante la apabullada joven apareció un precioso anillo de Claddagh de oro blanco. El corazón era una esmeralda circunvalada por pequeños diamantes, la corona estaba formada por tres hileras de diamantes de mayor tamaño encastados en el metal precioso. A Trevor se le iba a salir el corazón por la boca, pero la dama pretendida no respondía.

—¿Qué ocurre, Mack? Dime algo, por Dios.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —acertó a balbucear tras unos segundos insoportables.

La voz de Trevor no titubeó al responder, su aterciopelada cadencia envolvió tanto a la noche como al corazón de la joven con el gran amor que desprendía. Tan solo, un ligero temblor, delató la enorme emoción que lo embargaba.

—Porque desde que has entrado en mi vida no puedo sacarte. —Se tocó el corazón—. Estás aquí, de día y de noche. Te me has metido tan adentro que te respiro, veo y escucho todo el tiempo, aunque no estés. Mi aire eres tú, mi paisaje eres tú, y mi música eres tú. Todo mi ser, eres tú. Te amo, Mackenzie, con todo mi corazón… Acéptame.

Las lágrimas rodaron libremente por las mejillas de la dura princesa, aquel noble y atractivo hombre la quería… Aquella ternura que sentía estrujarle el corazón, ¿era amor? ¿Amor por él? Si se moría de ganas por decirle que sí, ¿por qué no se lo decía?

—Sí —dijo en un susurro.

Trevor, nervioso, le puso el anillo en el dedo anular de la mano izquierda con el corazón hacia fuera. Henchido por el amor, la abrazó porque necesitaba sentirse uno con ella, y la besó con

dulzura porque necesitaba llenarse de la calidez de sus labios, pero pronto el deseo se abrió paso y el instinto animal se desbordó en un beso sensual, Mackenzie respondía con calor a ese deseo encendiendo su lujuria. Casi le rompió el vestido cuando bajó la tela de sus hombros y hundió el rostro en el suave y palpitante pecho de la anhelante mujer. Ella lo deseaba, él la deseaba, y se entregaron el uno al otro en una fusión de arrumacos sin límite, sin llegar a poseerse, pero consumidos por el fuego de la pasión.

Capítulo XIII

Trevor apareció de nuevo en los aposentos de Mackenzie, tras irrumpir de modo intrépido por el balcón. Encontró a su prometida en bata ante la cómoda, Katie Bassey le había cepillado el cabello y ahora ella trataba de hacer lo mismo sin demasiada maña, se peleaba con un mechón enredado, y así mismo la encontró él, embrujadora y salvaje. Le habló a través del espejo:

—¿Por qué no entras por la puerta, como una persona y no volando como un pajarraco?

—Porque vengo con malas intenciones.

Posado tras ella, metió sus manos por entre la suave seda de la bata, y las deslizó a través de sus pechos. Al contacto con la tersura y calidez de la piel y la erección de los pezones, su cuerpo respondió con una tremenda excitación. Besó el nacimiento de aquel cuello de cisne mientras hablaba con voz entrecortada:

—Acabemos lo que hemos empezado antes…

Aunque se moría de ganas, ella se revolvió y se apartó, le sacudió una bofetada en la cara y lo plantó en la puerta.

—Respétame. —Y ante sus narices, enarboló el dedo anular con el anillo de prometida—. Soy una mujer prometida, ¿recuerdas?

Y le cerró la puerta en los morros. La mitad de la frase de protesta del casadero lord Gleastard se oyó desde fuera:

—Pero Mack, no puedes echarme… ¿Mack?

Ella aguardó con la espalda pegada a la puerta y una sonrisa hasta que dejó de oírlo, de un salto cerró las cristaleras y de otro se lanzó sobre la cama. Esa misma sonrisa no la abandonó en ningún momento hasta dormirse con ella en los labios.

El almuerzo del día siguiente resultó sorprendente, festivo, divertido y excitante. Reunidos todos alrededor de la mesa, Trevor tomó de la mano a Mackenzie y las alzó ambas juntas para anunciar:

—Querida tía, *sir* George, Owen… Por fin hay boda. Lo he dispuesto todo en San Kilian para el próximo viernes.

Makenzie, orgullosa, mostró el dedo y la mesa prorrumpió en vítores, incluso el hierático señor Byrne se permitió una sonrisa y una felicitación sin interrumpir sus funciones.

—¡Dios mío! ¡Es el anillo de tu madre! ¡Oh, Trevor! —se emocionó la baronesa.

Y estrechó a su sobrino en un abrazo maternal, luego se volvió a la que ya iba a ser su sobrina y la colmó de besos.

—¡Qué alegría enorme acaba de recibir esta anciana! —canturreó regresando a su asiento.

Sir George la contempló como hombre, sin entender por qué se empeñaba en envejecer una mujer que no pasaría de los cuarenta y cinco años, y cuya belleza aún no había languidecido. Hizo extensiva su felicitación a los novios:

—Me alegro de verdad, ¡enhorabuena! Son el uno para el otro, si me lo permiten.

A Owen le costó más, pero también pronunció sus buenos deseos para la pareja:

—¡Felicidades, Trevor! ¡Felicidades, futura *lady* Gleastard! Solo lamento tenerme que llevar al capitán conmigo el domingo, pero al menos podrán celebrar sus esponsales.

Lord Gleastard, sorprendido ante la revelación que solo a él pertenecía hacer, se enfadó. Miró a Mackenzie con ojos suplicantes. Ella respondió con sequedad:

—¿A qué esperabas para decirme que voy a ser una recién casada abandonada?

Lanzó la servilleta sobre la mesa e hizo el amago de levantarse, Trevor posó la mano sobre su muñeca y la frenó:

—Déjame explicarte…

—¿Por cuánto tiempo?

Quiso saber, sus ojos llameaban, el enfado iba en aumento.

—Entre ocho y diez meses —respondió el teniente Brandon.

Todos lo escucharon sin poder impedirle abrir la boca, porque de buena gana se la habrían cerrado de un tortazo. Mackenzie se deshizo de la sujeción de Trevor y los dejó a todos plantados. Él, se volvió furioso a Owen y perdió la compostura:

—¡¿Por qué has tenido que abrir la boca?! —le gritó.

El teniente Brandon le respondió sin alterar una sola pestaña:

—A veces hay que darte un pequeño empujoncito, en tema de mujeres.

La baronesa, siempre dispuesta a ponerle remedio a todo, animó a su sobrino:

—Iría yo a consolarla, pero es deber del novio en esta ocasión.

—Vaya, lord Gleastard, corra y vuele —le espoleó *sir* George.

Trevor se apresuró, y en el corredor aún pudo escuchar la voz alborozada de su tía:

—¡Señor Byrne, ordene que preparen el ganso!

Sonrió divertido ante la idea de tener que comerse un ganso

aquella noche para cumplir con la tradición, y corrió tras la estela de su chica.

La atrapó arriba, ante la puerta de su estancia, a punto de entrar. Él se puso en medio:

—No seas niña y hablemos.

—No, gracias. Mañana, ahora estoy demasiado furiosa. —Le apartó para poder entrar.

Él, tozudo, recuperó su posición entre la puerta y Mackenzie.

—Mackenzie, por favor, tienes que entenderlo. No puedo creer que no estés de acuerdo en que debo cumplir con mis órdenes. No te comportes como una caprichosa, aprovechemos el tiempo que nos queda y seamos felices.

—¡Malcriada, ¿yo?!

Intentó darle con la puerta en las narices, pero de nuevo, él lo impidió.

—Mack…

—Puedo entender muchas cosas menos que tú me hayas mentido.

—Yo no te he mentido.

—Entonces, ¿a qué esperabas para contármelo? ¿A la misma noche de bodas?

Volvió a apartarlo para tratar de entrar, y de nuevo él, con mayor obstinación, se interpuso.

—Te lo iba a contar, pero no me das la oportunidad de hacerlo.

—¡Aparta! —Trató de entrar por la fuerza, tanto si Trevor se apartaba como si no.

—No seas terca y escúchame.

—No seas animal tú. Déjame entrar en mi cuarto o si no…

—O si no, ¿qué?

Trevor la agarró por los brazos y la sujetó con fuerza contra él, pero ella era una experta escapista y se debatió y retorció entre sus manos hasta conseguir liberarse. Una de las mangas de su vestido rojo se rasgó en el forcejeo con lo que un hombro quedó desnudo. Así huyó de él a lo largo del corredor hasta alcanzar la escalera que conducía a las buhardillas del servicio. Casi había puesto el pie en el primer escalón cuando se sintió atrapada por la cintura por unos fuertes brazos, resbaló y cayó de espaldas sobre la escalera, y sobre ella Trevor. Él pareció enloquecer con el solo contacto. La penetró con la mirada, la besó y le metió la lengua hasta el fondo de la garganta y arrancó la tela del pecho con un *rasss* que dejó su lencería al descubierto, la apartó, acarició sus senos y los saboreó

hasta que ella consiguió hincarle la rodilla en las costillas y lo echó a un lado.

—¿Por qué me haces esto? —gimió él con la respiración entrecortada debido a la dolorosa sensación.

—¿Por qué me lo haces tú? —le reprochó Mackenzie ofendida—. Creía que los caballeros actuabais de otra manera, pero todos sois iguales.

—¿Qué ocurre? ¿No te gusto?

—Sí, me gustas. Pero también tú me recuerdas a un caballo rijoso. Quiero decir, que pareces una bestia ansiada por copular, y no un hombre que quiere dar y recibir placer.

—¿Qué sabes tú del placer? —Se incorporó asombrado, Trevor.

—Mucho, y lo paladearás.

Mackenzie se levantó, con una mano intentaba recomponer sobre el pecho la poca tela que quedaba entera.

—¿Has conocido a otros hombres? —sonó detestable y altamente celoso.

—Sí, y no me avergüenzo. Rompe el compromiso si quieres. ¿No has estado tú con otras mujeres? —La princesa de Whitechapel estaba allí mismo, con su cabeza erguida y mirada desafiante.

—No es lo mismo —respondió Trevor en pleno ataque de cuernos.

—De acuerdo, para ti no lo será, pero para mí, te aseguro que sí lo es.

—¿Cuántos?

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa. ¿Cuántos?

Mackenzie sentía que su enfado aumentaba hasta alcanzar niveles peligrosos, los pulgares emblanquecidos por la fuerza se frotaban contra los propios puños en la pulsión por reprimir las ganas de empezar una buena pelea. Su voz grave se volvió átona al responder:

—Pues si tanto te importa, escucha bien. Tuve un prometido, estábamos bien juntos, nos hubiésemos casado, pero murió. Fin de la historia.

Trevor la miró desolado, avergonzado y arrepentido. Ni siquiera se atrevía a hablar, pero debía decir algo:

—Lo siento mucho, no lo sabía. Debió ser duro para ti.

Mackenzie se dio la vuelta y se encogió de hombros, Trevor se acercó por detrás y la abrazó, ofreciéndole todo el calor de su corazón enamorado.

—Trevor, he tratado varias veces de contarte algo, pero tú me

interrumpes y no te interesas. Por favor, quiero contártelo antes de nuestra boda.

—Está bien, ahora me lo cuentas, pero primero quiero prometerte algo.

La besó en el cuello, luego en la clavícula, luego bajó al omoplato y besó la mancha en forma de corazón. Le dio la vuelta para que pudiesen verse las caras sin dejar de abrazarla. Con un brazo abarcaba su cintura y con el otro sus omoplatos. Se le habían saltado unos cuantos botones de la camisa y Mackenzie observó el tentador vello de su pecho, quería acariciarlo, arrancarle la camisa entera, morder sus pectorales con el hambre insaciable de él que la acuciaba desde que lo conocía.

—Te prometo —continuó—, ser tierno y delicado cuando hagamos el amor, y hacerte gozar. Porque te deseo tanto que jamás saciaré mi sed de ti.

Y la besó con la boca abierta hasta comérsela casi, y la apretó contra sí de tal manera que parecía que su duro miembro viril sería capaz de agujerear toda la ropa.

—Te necesito —le susurró al oído empujándola contra la pared.

Le levantó los brazos y los sujetó con una mano, mientras con la otra levantaba las faldas a lo loco. Mackenzie ardía, se sentía mojada, sus músculos pélvicos se contraían sin tener en cuenta su voluntad.

—¿Qué haces? —le musitó al oído.

Él también le susurró al oído:

—Te deseo con la furia de un volcán desde que te vi aquel día en el lago.

—Nos van a ver —gimió tras morderle el lóbulo.

—Nooo —musitó él—. Están ocupados abajo, no subirán hasta la noche.

—¿Esto no es inmoral…?

—A quién le importa la moral teniendo amor…

—¿De verdad vamos a hacerlo? —se quejó Mackenzie, en un hilo de voz entrecortado sin dejar de apretarse a él.

—¿No lo deseas…?

—No… —suspiró ella.

Trevor la empotró contra la pared, Mackenzie enroscó las piernas alrededor de sus caderas y sintió la penetración en todo su vigor. Él empujó de nuevo y ella sintió los pálpitos incontrolados en el centro de su sexo, otro empujón y se aferró más a él, con los ojos cerrados lo aspiró, a la vez que se recreaba en el estallido de todas sus terminaciones nerviosas. Otro empujón, y otro y otro, y se le

escapó un chillido, que se unió a otro grito proveniente del corredor. Era un grito apurado de mujer. Trevor se interrumpió y se separó, Mackenzie resbaló suavemente hasta quedar de pie. Se arreglaron la ropa con precipitación, y salieron al corredor cogidos de la mano para ver quién les había sorprendido. Solo vieron las faldas grises de Annie, quien huía despavorida.

Ambos se miraron y rompieron en carcajadas.

—¿Qué hemos hecho, lord Gleastard?

—Solo empezar lo que vamos a acabar en tus aposentos, *milady*.

—De eso nada, muy señor mío —le sermoneó con pequeños toques del dedo índice sobre su nariz—. Usted se serenará y yo iré a cambiarme de ropa.

—Otra mañana y falta una menos para el día más feliz de tu vida, muchacho. Permíteme llamarte muchacho —comentó *sir* George mientras sacudía las páginas de la gaceta para enderezarlas.

Tomó un sorbo del humeante café y volvió a dejar la taza junto a la rebosante bandeja de deliciosos bollos de mantequilla.

—¿Siempre toma café en el desayuno, *sir* George? —se interesó *lady* Danford—. ¿No le resulta demasiado fuerte?

—No, en absoluto. Adopté esta costumbre cuando viví en España en mis tiempos de tratante de jerez, y ya no la he podido dejar.

—¡Oh! Qué interesante tuvo que ser ese período, *sir* George.

—Sin duda, mi querida baronesa. El sol de España, las guitarras, las castañuelas y los claveles en los rizos de las mujeres morenas…

—¿Siente añoranza? ¿Le gustaría que volviese el pasado? —Quiso saber la baronesa.

Trevor sonrió mientras se servía una taza de té y un emparedado de crema de salmón y lo llevaba a la mesa. Owen pasó junto a él y le deslizó unas palabras fugaces al oído:

—Tenemos que hablar, es importante.

Tomó asiento mientras el administrador le respondía a la baronesa:

—En absoluto.

—Acéptelo, *sir* George, el pasado siempre vuelve —rezongó el teniente Brandon.

—En efecto, mi querido amigo —respondió el administrador—. El pasado vuelve, pero nunca como nos gustaría.

Y un destello se escapó de sus inteligentes ojos azules mientras atusaba la punta de su bigote.

—A mí el pasado no me interesa —concluyó *lady* Danford apurando su taza de té.

—Ni a mí —la apoyó su sobrino alegremente, mientras devoraba un bollito.

Lady Danford le observó por encima del borde de la taza de fina porcelana. Comprendió, quizás más de cuanto había ocurrido en realidad, pero le gustó y le alegró el día, y muy contenta le comentó sus planes.

—Hoy pasaré por las casas de los arrendatarios para participarles la gran noticia e invitarles a que vengan a la fiesta. Porque la fiesta la daremos aquí, en Wildwood Towers. *Sir* George vendrá conmigo, ¿verdad?

El hombre asentía complacido.

—También —prosiguió la baronesa—, hablaremos con los gaiteros de San Kilian. Con la señora Barrows ya hablé anoche, y con la señora Parson esta mañana. Estoy segura de que va a salir todo a la perfección.

—Naturalmente, querida tía —la animó Trevor.

Se había levantado y le dio un pequeño apretón en el brazo para infundirle su confianza. Estaba encantado de ver cómo ella se divertía organizándolo todo. Le dio un inesperado beso en la mejilla. Aquella muestra de afecto ablandó a su tía ya del todo. Jamás podría nadie tocarle un pelo a su sobrino.

—¿Te vas, querido?

—Sí, voy a ver qué hace Cullen con los caballos. ¿Vienes, Owen?

En los establos, Trevor y Owen mantuvieron su conversación pendiente y también hablaron de algo más.

—Sé que ahora mismo me odias, Trevor. Pero pronto me lo agradecerás. Te llevas a la mujer más increíble del planeta, los engaños no pueden enturbiar eso.

Trevor pensó en Mackenzie contra la pared, y de inmediato el ardor obnubiló sus entrañas, su cuerpo y su mente. Owen observó su sonrisa bobalicona y prosiguió:

—Tal vez ya ha surtido efecto mi buen hacer…

—Te odié para siempre en aquel instante, pero luego todo se arregló. Da gracias por ello.

Lo empujó con el hombro para pasar de largo hacia uno de los caballos, sin hostilidad. Estaba contento.

Owen se giró y le habló por la espalda:

—Por eso mismo deberías saber una cosa tú también.

Trevor se volvió despacio. Cara a cara, se hablaron en la distancia:

—¿Qué, cosa?

—El brazalete de la señorita Crawford. Vi cómo tu administrador lo sacaba de debajo de las faldas de tu prometida. Con un bastón.

Trevor no lo pensó:

—Te confundes, Owen, porque es imposible. Sería otra cosa. El brazalete lo tenía una amiga de la señorita Crawford.

El teniente Brandon guardó silencio un instante, tras el cual, insistió:

—Yo vi que era un brazalete de amatistas… Lo que *sir* George arrastraba con el bastón. Pregúntale.

Ahora quien guardó silencio fue Trevor. Estaba tan enfadado que no era capaz de hablar sereno. Se dedicó a cepillar al caballo.

—No puedo creer que no te importe —le pinchó de nuevo, Owen.

—¿Quieres saber lo que me importa, Owen? Que ya no sé si quiero que seas mi padrino de boda. Vete, estoy ocupado.

Se dedicó al caballo e ignoró a su amigo.

—De acuerdo, me voy. Yo tampoco sé si quiero serlo.

Owen lo dejó allí solo, tan enfadado como él. Se cruzó al salir con *sir* George, a quien casi no saludó.

—¿Qué le ocurre al teniente?

—Nada. Un ataque de imbecilidad.

—Espero que no sea demasiado grave. Yo venía porque Cullen me ha pedido una brida de…

—Sí, debía llevársela yo. Gracias. ¿Todavía está en el cercado?

Cogió una de las bridas colgadas de un poste y se la dio al administrador.

—Sí, monta al joven negro, parece que es el que más trabajo le da, por ahora.

Trevor palmeó la quijada del caballo con cariño y se dispuso a salir del recinto:

—Vayamos a verlo —dijo, sin dejar de andar.

Sir George caminó a su lado.

De pronto, Trevor se detuvo y se volvió hacia él:

—Gracias, *sir* George.

El hombre le miró sorprendido sin decir nada.

—Gracias por ir más allá del deber en sus encomiendas.

Sir George alzó ambas cejas:

—Me siento honrado, pero me temo que no le comprendo, lord Gleastard.

—Creo que sí me comprende. Desde que he llegado a Wildwood Towers he encontrado mucho más que un amigo en usted, he

encontrado un aliado. Partiré tranquilo, dejándole al cuidado de todo. Está la casa del muro, puede ocuparla.

—Sí, en esa casa nací, precisamente. Ya la ocupaban mi familia. Mi padre sirvió al 4.º conde. Su abuelo. Lo consideraré. Sería un honor para mí.

—Su lealtad es encomiable, *sir* George. No sé puede decir de mucha gente en nuestros días.

—Nuestros días son tiempos hipócritas, lord Gleastard. Bajo la moral y el recato reinan la barbarie y la crueldad.

—Y los rebeldes irlandeses. —Y sus ojos verde miel centellearon heridos por el sol.

—Y los rebeldes irlandeses —celebró *sir* George retorciendo la punta de su bigote.

Capítulo XIV

Trevor y Mackenzie no se vieron el día anterior a la boda. Fue a instancias de *lady* Danford, naturalmente, que no podía consentirlo. Daba mala suerte verse antes de la boda, por tanto, la novia comió y pasó la mayor parte del tiempo abajo, con el servicio, porque se sentía muy a gusto con ellos y lo prefirió. Se habían hecho buenos amigos. Por detrás de las formas hablaban el mismo idioma, y las formas se las enseñaron ellos. Ella era buena y avispada alumna y lo aprendió todo en tiempo récord, su espontaneidad, naturalidad, su buen humor, incluso, sus aires de grandeza, los conquistaron.

—Cuando *lady* Danford encargó el ganso, aquí nos bebimos una botella de vino bueno que tenía guardado bajo llave para una ocasión gorda —confesó la señora Barrows orgullosa.

—Lo que no saben, es que cuando lo serví arriba y dije: «su ganso está cocido», me puse de cara a la pared y me bebí una copita del vino de la cena, para que todos quedemos bendecidos y tengamos suerte por este enlace —confesó a su vez el señor Byrne.

Todos rieron.

—Dios le bendiga, señor Byrne —aprobó la señora Parson.

—Hacía tanto tiempo que necesitábamos una boda en este lugar. Ahora sí que florecerá —comentó muy satisfecho el señor Byrne.

—Yo no cené ese día, ¿dónde estaba yo? —preguntó Mackenzie divertida.

—Conmigo —dijo Katie—, le estaba metiendo la cintura del vestido de novia. ¿Se acuerda? Está usted tan delgada.

Annie fregaba platos, escuchaba sin decir nada mientras fantaseaba con que también ella algún día pasaría por el altar con un fastuoso vestido.

—¿Has cosido todas las perlas que se le cayeron? —se alarmó Mackenzie.

—Sí, señora. Está mejor ahora que como lo trajo la modista. ¿No ha pasado por su habitación? Va a estar usted preciosa.

—Es que yo sin mis perlas no puedo vivir, porque me gustan y me traen suerte.

Katie sonrió.

—Todo será perfecto y va a parecer usted una princesa.

Los ojos de tigre centellearon y la princesa de Whitechapel sonrió orgullosa.

—Tengo algo que compartir con ustedes, si quieren escucharlo —anunció la señora Parson.

—Entonces les dejo, subiré a mi habitación a contemplar el aire —dijo Mackenzie.

—No es necesario si no quiere, le atañe a usted —la detuvo el ama de llaves.

—¿A mí? —Mackenzie se sentó en el banco de la mesa.

—Esta mañana la baronesa ha recibido al americano. Estaban los dos muy estirados, según pude apreciar al servirles el té. Él ni lo ha tocado, el muy grosero. Le ha presentado sus excusas formales, todo se debió a una mala broma de las amigas de la señorita Crawford. Pero lo gordo ha venido cuando le ha rogado encarecidamente que la familia asista a una comida de desagravio. Es decir, los condes de Gleastard, la baronesa y *sir* George.

A Mackenzie se le abrió la boca por el estupor.

—No será verdad que yo vuelva a pisar nunca jamás esa casa —dijo con agrio berrinche.

El ama de llaves la miró con cierta compasión.

—Recuerde no mostrar nunca sus sentimientos en público —le advirtió.

—Ya, las normas —rezongó Mackenzie.

—Las normas y que no sirve de nada. Tan solo para poner de manifiesto su debilidad. Usted pierde fuerza y la ganan sus enemigos. Nadie debe saber jamás lo que piensa.

Mackenzie asintió conforme. Era lo mismo en la calle, solo se respetaba a quien no se veía venir.

—De todas maneras —prosiguió la señora Parson—, la baronesa no ha aceptado, por supuesto. Aunque, ha emplazado la cita «para más adelante». Entonces es cuando me he quedado alelada.

—¿Por qué? —preguntó Katie.

—Eso, ¿por qué? —preguntó el señor Byrne.

—Porque el señor Crawford le ha pedido la mano a la baronesa.

—¿En serio? —casi gritó Mackenzie.

—¿En serio? —repitió pasmada, Katie.

A Annie se le cayó un cacharro en la fregadera con estrépito. El señor Byrne se tapó la cara con la mano y a la señora Barrows se le pusieron ojos como platos.

La señora Parson se rio divertida.

—Tranquilos —los serenó—. Que la baronesa es mucha baronesa. Lo rechazó y lo despachó.

—Qué cara más dura, habrase visto —rezongó la señora Barrows.

—Hablando de eso, ¿qué tal cara llevaba el tipo al irse? —Quiso saber Mackenzie.

—Malísima —se regocijó la señora Parson—. Ni modales ni nada. Parecía un gato pulgoso al que le han pisado la cola.

Todos rieron con estridencia y muchas ganas, hasta que Mackenzie tomó la palabra de nuevo:

—Yo digo que, *Lady* Danford y *sir* George hacen muy buena pareja.

—¡Señorita! —fingió escandalizarse el ama de llaves.

La señora Barrows intervino:

—No se asuste tanto, señora Parson, que nosotros llevamos diciéndolo desde hace mucho tiempo.

—Basta de discusiones —terció el señor Byrne, afable—. En menos de una hora tendremos aquí los refuerzos. Será mejor que descansen, nos espera un arduo trabajo para preparar la mejor de las fiestas. —Se volvió a Mackenzie—: Señorita, dispénseme. Es mejor que no la vean aquí.

La aludida sacudió la cabeza en señal de asentimiento, se llevó una manzana sin pedir permiso y se fue.

El teniente Brandon sentado demasiado relajado en un butacón de la biblioteca, degustaba una copa de coñac. Se la sirvió él mismo cuando entró a esperar a Trevor. Varias ideas daban vueltas en su cabeza, desde hacía unos días las maduraba a la espera del momento más propicio para llevarlas a cabo. Trevor Coverdale, ahora flamante lord Gleastard, era un hombre a quien la suerte le sonreía siempre. No como él, que había tenido que luchar lo indecible desde la cuna para procurársela. Por una vez que perdiera algo no iba a ser el fin del mundo. Unas horas antes le había dejado una nota a su anfitrión para encontrarse al atardecer en la biblioteca. En cuanto a él, había estado buena parte del día ausente.

Cuando escuchó los pasos de Trevor al acercarse recobró la compostura y relajó la dura expresión de su rostro.

—¿Por qué tanto misterio, Owen? —le espetó con solo abrir la puerta.

Pasó como una exhalación y se sentó en el sillón detrás de la mesa.

—Vas a casarte, eres mi amigo y quiero disculparme. Además, nos espera una dura expedición por el Pacífico Sur. No quiero que pasemos ni un segundo más enfadados. He sido un bocazas y un idiota. Lo sé. Perdón.

Trevor le escuchó y reflexionó, apoyó la barbilla sobre las manos enlazadas.

—Owen, pesan más la eternidad de años que llevamos juntos sin

un solo roce, que tu estúpido comportamiento de estas últimas horas. En honor a ello estoy dispuesto a olvidarlo. Serviremos juntos la última batalla y luego no quiero volver a verte. Pide el traslado a otro buque.

De cuantas respuestas había previsto aquella fue la única que no pasó por su cabeza. Le sentó mal, y se enfadó mucho, se enfadó de modo irremediable.

—¿Es tu última palabra? —preguntó con la voz hueca.

—Lo es.

—Entiendo entonces, que tu padrino pueda ser *sir* George Kelly, ¿por ejemplo?

—Podría ser él, o podría ser cualquiera de mis amigos, tengo bastantes de verdad por aquí.

Owen se levantó y en posición de firmes saludó:

—De acuerdo, señor.

Abandonó la estancia con paso ligero. Tras el golpe de la puerta al cerrarse. Trevor descargó un puñetazo sobre la mesa.

El teniente Brandon abandonó Wildwood Towers sin despedirse de nadie. Su figura se internaba en la oscuridad, confundida entre los espectros de la maleza y los árboles. Mientras el mar embravecido se lanzaba contra el acantilado una y otra vez como si quisiese arrancarlo y arrastrarlo con él. Y ese sonido violento y poético a la vez, llenaba los oídos y el corazón sediento de venganza del caminante solitario. Pronto quedó mezclado entre las sombras de la noche como una más y el camino solitario y silencioso se perdió en el horizonte vacío.

El viento parecía querer arrancar las contraventanas, y los mismísimos muros de Wildwood Towers, se colaba por las chimeneas en golpes que aspiraban el fuego hasta arrancarlo del hogar y apagarlo, y chillaba por sus cuellos como reclamando la atención de algún espíritu largo tiempo anclado a sus paredes. Sus chillidos queriendo atravesar la piedra de los corredores envolvían y atemorizaban a quien los transitara. Mackenzie encerrada en su habitación estaba nerviosa y parecía una fiera enjaulada. Sobre la cama y tapada hasta los ojos abiertos por completo, sabía que iba a ser la noche más larga. Odiaba no poder dormir. Dio una vuelta, se tapó hasta la cabeza, dio otra, se destapó. Dio otra, se tapó con la almohada. Nada, no servía. Allí estaba el viento rompiéndolo todo fuera, y el océano entero queriendo entrar por su ventana. Era

imposible. Aquello no sería una mala señal, ¿verdad?

Desvelada por completo, se levantó y encendió una lámpara. Se acercó al vestido expuesto en el busto. Era una barbaridad de precioso. Sí que era de princesa. De tul blanco, escote de corazón, perlas cosidas alrededor, y formando dibujos en el cuerpo, velo para las mangas que dejaban los hombros al descubierto y un tul, también con múltiples perlas cosidas, recubría el cuerpo hasta el cuello. Ni siquiera se atrevió a tocarlo.

Lady Danford abrazó a su sobrino tras la cena y se le escaparon unas lágrimas. Trevor se las secó con su propio pañuelo.

—No llore, tía. La cena estaba muy buena.

Ella le golpeó el pecho a modo de reprimenda:

—Tonto. Jamás creí que acompañaría a un hijo al altar y mañana. —Los hipidos la ahogaron.

Trevor le alzó la barbilla:

—Mi querida tía. Mañana solo habrá felicidad por aquí.

Ella se apartó de él y lo echó como si fuese un chico malo.

—Pues entonces, vete. Vete a descansar de una vez, que mañana hay que levantarse con el sol y no volveremos a dormir hasta que no vuelva a salir. Vamos, vete ya.

—A sus órdenes, tía. Buenas noches, *sir* George.

—Buenas noches, lord Gleastard.

Trevor se fue como si llevara alas en los pies. Cuando ya no estaba, *sir* George rio:

—Ay, las alas del amor.

—A veces me parece que es usted un truhan, *sir* George.

Él soltó una carcajada amable y *lady* Danford le sonrió.

—¿Sabe usted por qué el teniente Brandon se ha marchado, y sin despedirse siquiera?

El administrador soltó aire antes de hablar:

—*Lady* Danford, olvídese de él. Ha traicionado a su sobrino, y el dolor que él siente ahora solo va a poder apaciguarlo su amada.

—Mi pobre Trevor… Ha sido por ella, ¿verdad? Pretendía lo que no podía tener, ¿no es así?

Sir George bajó la mirada y soltó un chasquido de desagrado con la lengua.

—Ya veo que acierto, es que me lo temía. Claro, tanto titubeo al principio… En fin. Mejor así, si albergaba esos sentimientos, nada bueno les iba a deparar el futuro.

—Cierto, mi querida baronesa. Sin embargo, me preocupa que todavía esté bajo sus órdenes.

—Sí. Será incómodo para ambos.

—Infernal.

De pronto el viento se coló por la chimenea y en su torbellino echó chispas y llamas fuera. Cayeron sobre la alfombra, pero por fortuna, *Sir* George intervino rápido y las sofocó.

—Mandaré poner unos sombreretes sobre las chimeneas, aquí el viento señorea. Es el dueño.

—Esta casa no puede permitirse prescindir de usted, desde luego que no.

Trevor llamó a la puerta de Mackenzie. Insistió varias veces. Ella, dentro se lo imaginó por la manera de llamar y porque sabía que era él, podía sentirlo a través de su cuerpo que la empujaba a abrir. Corrió el telón que separaba el dormitorio del vestidor donde aguardaba el vestido de novia y corrió a la puerta. Abrió solo un resquicio, y allí apareció la nariz de Trevor, tratando de entrar.

—Déjame pasar.

—No, ¿estás loco?

—Solo quiero hablar.

—Ya hablaremos mañana.

—Por favor, es importante.

Consiguió meter el pie por la rendija e hizo palanca para que el resto del cuerpo entrara sin esfuerzo. Mackenzie suspiró:

—¿Cómo es que no has utilizado el balcón hoy?

—¿Acaso quieres que me mate, mujer tigre? ¿Has visto el temporal?

—Bueno, va, qué has venido a decirme. Suéltalo y vete.

La cogió y la llevó hasta la cama, la echó y la atrapó entre sus musculosos brazos.

—Ahora que te tengo entre mis brazos se me ocurre que podríamos acabar lo que empezamos el otro día. —Trató de besarla, pero ella lo apartó con las manos.

—Ni hablar.

—Prometo ser delicado, sabes que lo seré.

Intentó abalanzarse sobre ella otra vez, pero Mackenzie se zafó rodando hacia el extremo de la cama.

—¿No puedes esperar hasta mañana?

Trevor saltó sobre ella y de nuevo la atrapó entre sus brazos:

—Mañana estaré demasiado borracho para hacer nada en condiciones.

A pesar de sentirse excitada, Mackenzie no quiso ponérselo tan fácil. Le gustaba verle sufrir y agonizar de deseo.

—¿Qué clase de animal lujurioso eres?

—Solo un hombre que ama a una mujer.

Se inclinó sobre sus labios y los atrapó en un pellizco, entonces ella le mordió, primero con suavidad y después con un poco más de fuerza. Él se apartó soltando un quejido.

—Jamás sabré si eres una gata salvaje o una mujer tigre. Te comportas como ambas.

—No creo que haya demasiada diferencia.

—¿Por qué eres tan orgullosa?

—Porque soy la princesa de Whitechapel, y tú solo eres un guardabosques.

Trevor rio con ganas.

—¿Por qué Whitechapel? Pero, me gusta la idea.

La miró de modo enigmático y acabó por sentarse en el borde de la cama, guardó silencio y al cabo de un momento, estaba cabizbajo. Cuando Mackenzie se dio cuenta de que algo lo abrumaba, se acercó a él:

—¿Qué ocurre, Trevor? ¿Te arrepientes de la boda?

Se volvió hacia ella con celeridad.

—Nooo, por Dios. No. Es Owen.

—Qué ocurre con él.

—Nada. Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Cómo que se ha ido? ¿Y no estará mañana?

—No.

—¿Habéis discutido?

—Sí.

—Y… ¿Tiene remedio?

—No.

Mackenzie acarició su cabello con la mayor delicadeza.

—¿Quieres hablar de ello?

Trevor movió la cabeza en sentido negativo.

—Está bien.

Le dijo con una dulzura inusitada. Lo abrazó por detrás y le transmitió toda su calidez. Piel con piel, ambos sentían que pertenecían al otro. Mackenzie notaba cómo estar así, le gustaba mucho. Él se agarró a sus manos y aliviado, reposó la cabeza en el suave hombro femenino. Entonces ella lo besó en los labios con mucha ternura, y él se dejó hacer, porque aquel beso lo consolaba y llenaba de vida.

—Eres tan sensual —murmuró.

—Y tú… un… bruto….

La cogió por los hombros, la tumbó y se echó encima.

—¿Quieres ver lo que puede hacerte este bruto?

—No… —susurró—. Sí…

Y fue ella quien lo besó de nuevo. Trevor sentía su amor por Mackenzie por encima de todas las cosas y su corazón rebosante de ese calor, solo deseaba darse a ella por completo. Aquel beso era el único pacto necesario para querer estar con ella por siempre y para siempre, sin condiciones, solo quería amarla. Y su mujer, porque ya lo era, lo traspasó con aquel beso interminable. El deseo lo dominó, se desprendió de la ropa y luego se la quitó a ella. La besó, acarició sus pechos con premura, y sin desviar la mirada de sus ojos de tigre, la penetró. Ella gritó de placer, y aquel grito le llevó a devorarla una y otra vez.

—Te tengo dentro de mí, y ya no saldrás. Eres mío.

Le dijo Mackenzie con su voz poderosa, luego le dio la vuelta, se puso sobre él y lo cabalgó. A la vez, acariciaba su musculoso tórax, su tableteado abdomen, mordisqueaba sus pezones. Trevor, sometido a su furia y al placer, veía su cuerpo blanco y desnudo, iluminado por la luna asomada a la ventana, como el de una diosa poderosa. Una diosa bajo el influjo de Venus. Y se dio aún más al amor.

El estrépito de un golpe de viento los despertó en mitad de la noche, Yacían desnudos y abrazados.

—¿Qué hora es? —se alarmó Mackenzie.

—Mmmm, qué importa —rezongó él apretándose más.

—Debes irte.

Trevor se removió y se aferró a ella.

—Mañana —masculló soñoliento.

—Ya es mañana —lo espoleó ella, intentando echarlo de su lado.

Pero Trevor no se movió.

—No me moveré nunca de tu lado —masculló de nuevo con la placidez de un niño.

—Que van a venir los criados… Señor, ¿qué hago? ¿Le echo un jarrón de agua?

Zarandeó con fuerza el cuerpo adormilado de Trevor. Él, lejos de despertarse, aún se acomodó y durmió más. Mackenzie imprimió mayor fuerza a la sacudida y Trevor rodó hasta el otro extremo de la cama, lo rebasó y cayó al suelo. Con el golpetazo se despertó de repente.

—Santo Dios, ¿por qué estoy en el suelo? —exclamó frotándose el chichón.

—Porque va a amanecer y te vas a tu habitación.

—Noooo…

—Síííí…

Y lo empujó hasta la puerta, la abrió y la cerró en sus narices. Le oyó bromear frases ininteligibles de despecho a lo largo del corredor hasta que debió dar la vuelta. Sonriendo fue a la ventana. Amanecía y las primeras luces del alba, se abrían paso, empujando a las brumas de la noche detrás de las colinas. El viento había amainado y el mar ya no golpeaba el acantilado, solo se besaba con él. Mackenzie no pudo evitar estremecerse al recordar su primera noche de amor con Trevor, abrió el ventanal, se abrazó y aspiró el aire fresco de la mañana. La brisa acarició su rostro y le trajo notas de salitre y le gustaba tanto como le gustaba Trevor. Le gustaba y le quería. Quería al maldito conde guardabosques. Su corazón lo amaba. Y le gustaba como esa caricia del mar y el verde de las colinas. Lo había hecho suyo y no sería de nadie más. Aspiró una nueva bocanada de aire, y le permitió dulcificar su maltrecho espíritu. Y por primera vez sintió lo que era ser feliz. Era feliz.

Capítulo XV

Mackenzie cerró el ventanal, pero descuidó asegurarlo, y una de las hojas se abrió de nuevo, solo un poco. Y como quiera que incluso la mayor felicidad es efímera, una idea perturbadora la llevó al tablón suelto de debajo de la mesita. Lo desajustó y ante ella apareció la pequeña caja de plata. La abrió y contempló hipnotizada su contenido. Cogió el colgante y lo sostuvo entre sus dedos. La realidad volvió de repente para golpearla con dureza. ¿Cuándo había dejado de ser aquella desdichada chica del pasado? No había transcurrido tanto tiempo y, sin embargo, le parecía que eran siglos lo que la separaba de aquella otra vida, una vida que ya no era la suya.

Aun desoyendo las advertencias de *lady* Danford, tres veces había tratado de contarle a Trevor la verdad, pero él mismo se lo había impedido las tres veces. Y la verdad… ¿Qué era ya la verdad? Sintió la fuerza de Trevor dentro de sí, su fuego abrasador atravesar todo su cuerpo. Se quedó la caja, ajustó de nuevo el tablón y se acercó a la chimenea. Tiró el contenido al fuego y también la caja. Lo vio abrasarse, fundirse, consumirse, retorcerse, deshacerse, y desaparecer…

A continuación, descorrió el telón y contempló incrédula el maravilloso vestido de novia. Era demasiado perfecto para ser verdad. Se pellizcó, y sí, sintió el pellizco, por tanto, no soñaba. Todo era real. Cogió una candela y se acercó para admirar los detalles de la espalda: una hilera de perlas abotonaba el corsé desde los omoplatos hasta la cintura. Lo contemplaba tan satisfecha como extasiada.

De pronto, una inoportuna racha de viento se coló por la ventana entreabierta, empujó la vidriera contra la pared y serpenteó por toda la habitación. Casi aspiró la llama de la candela sostenida por la novia, removió papeles y levantó los tules del vestido, y fue en esa danza cuando la llama de la candela se besó con el tul, la llama prendió y ante la incredulidad e impotencia de Mackenzie, devoró el vestido en cuestión de segundos. Aunque ella actuó rápido y lo sofocó echando encima la pesada alfombra, al momento de retirarla comprobó que no había rastro de fuego, pero tampoco del precioso vestido, tan solo jirones de tul y harapos de seda tiznados.

No soñaba. Todo era real.

Cuando entró Katie a llevarle el desayuno, la encontró en estado de *shock*. Al ver el desastre, la muchacha se asustó, pero enseguida se sobrepuso para infundir ánimo a su señora.

—He hecho una picia de las gordas.

Se lamentó Mackenzie, y le contó cómo había ocurrido todo. Katie abrió el ventanal para que se fuera el olor a quemado y le habló a la desolada novia con mucho afecto:

—Usted no tiene la culpa de nada, señora. Es este temible viento de Wildwood Towers que siempre nos atormenta. Cómase todo lo que le he traído. No debe desfallecer en un día como hoy.

Mackenzie no respondió, solo miraba las cenizas del vestido.

—Encontraremos una solución. Voy en busca de *lady* Danford.

La joven salió a la carrera. Al cabo de un momento regresaba precedida por la baronesa, todavía en bata de seda y con su cofia, repleta de tirabuzones y lacitos. Nada más ver el estropicio se tapó la boca con ambas manos y ahogó un grito. Se desplomó abatida sobre la butaca y se lamentó:

—¿Qué hacemos ahora? Es imposible reaccionar, no hay tiempo.

—Es una señal, o un castigo… —sollozó Mackenzie que se sentía muy impotente.

La baronesa alzó la cabeza:

—¿Por qué dices eso?

—Porque he renegado de mi pasado y él ha vuelto a mí para recordarme quién soy en realidad. No se puede ser quien no se es.

—Qué estupidez estás diciendo ahora mismo.

La baronesa recordó las sabias palabras de *sir* George y las hizo suyas:

—Cuando el pasado vuelve nunca lo hace como nos gustaría. Pero si ha vuelto, el fuego lo ha aniquilado sin dejar ni rastro. Siempre somos lo que somos, solo aquí y ahora. No lo olvides.

Se levantó con energía y sentó a Mackenzie ante el desayuno intacto.

—Come —ordenó.

Inspeccionó los andrajos dando una vuelta alrededor.

—Bassey, llévate esto y tíralo a la basura. Y… Mackenzie Burton, ¡arriba ese ánimo! De nada sirve lamentarse, ya. He tenido una buena idea. —Miró a la doncella—. Cuando acabes, ven a mis aposentos.

El sol por fin se había adueñado de la mañana y todo refulgía, cada planta, cada piedra, y cada persona. Un nutrido grupo entre

arrendatarios, amigos y simpatizantes se había presentado en San Kilian para ver al 6.º conde Gleastard con el lazo en la muñeca. También los primos Fergus, del clan materno de la montaña. Cullen y su familia a la cabeza, junto al servicio de Wildwood Towers, aguardaban el momento de la llegada del conde. Y cuando lo hizo, a caballo, junto a su padrino, *sir* George Kelly, la concurrencia contuvo la respiración. Lo divisaron desde lejos, ataviado con el kilt verde, y de esa manera, recibieron la honda impresión de que uno de sus antiguos reyes celtas se acercaba para tomarlos bajo su protección. Como buen descendiente, el porte lo tenía, sin duda.

En cuanto a la indumentaria de *sir* George, también se componía del kilt, pero de un verde marengo, para no destacar. Bajaron del caballo y avanzaron saludando sonrientes a todo el mundo. La gente quería tocar al conde y él sonreía y les daba la mano, contento de hacerlo. La expectación subió de nivel cuando vieron aparecer el coche engalanado con velos y flores y de él descendió la flamante *lady* Winifred Danford. Vestía de terciopelo rojo, mantellina negra y gracioso tocado de media copa y plumas de faisán.

Trevor le sonrió feliz y le tendió el brazo; ella, lo tomó orgullosa y avanzaron solemnes, con *sir* George detrás. Cuando entraron, los gaiteros y tamborileros los acompañaron al ritmo de marcha. Solo entonces, la concurrencia entró. Al verlos aparecer, el párroco oficiante les regaló una gran sonrisa. Cullen miró ufano a la izquierda del altar, donde sus cuatro hijas vestidas de celeste y coronadas con guirnaldas de flores, ejercían como damas de honor.

Trevor se descubrió, enrolló el *caubeen* y lo guardó en el *sporran*. Su camisa de anchos puños de encaje y su largo chaleco negro de 21 botones, le conferían un aire definitivamente regio. No había nadie entre la concurrencia que, a esas alturas, no se creyese ante uno de los mismísimos reyes de la colina de Tara.

Trevor vio a su tía tomar asiento y sonrió nervioso a *sir* George cuando se situó a la derecha. Se entendieron con la mirada y el hombre regresó a la entrada del templo con discreción. El conde, cruzó las manos, soltó aire y se dispuso a esperar.

Apenas una hora antes, otra escena muy diferente había tenido lugar en Wildwood Towers. Katie Bassey aguardaba instrucciones en la habitación de Mackenzie, pero no podía verla. La novia se hallaba tras el telón y recibía las últimas atenciones por parte de la baronesa. Desde su posición, la doncella solo veía medio cuerpo de la baronesa.

—Recuerda que *sir* George te esperará a la entrada de San

Kilian. Pobre hombre, acabará loco con los dobletes de hoy. En fin, las ligas azules te quedan a la perfección, son de seda. ¿Te he puesto mi pulsera de perlas? Sí, eso es lo prestado… A ver, date la vuelta. ¿Te ves? ¿No estás preciosa? Este es el traje con el que yo misma me casé, y te sienta como un guante. No pude permitirme otra cosa, pero siempre tuve buen gusto. En fin, estás… Oh, querida, abrázame.

—*Lady* Danford, siempre voy a estar en deuda con usted. Haga lo que haga y haré. No lo dude. Haré.

—Hijita, vamos a ser familia, no es necesario que hagas nada, la familia se ayuda y ya está. Aquí somos clanes. Bueno, ¡qué falta! ¡Dios mío! ¡La herradura de porcelana!

De una bolsa de organdí rojo sacó un colgante de plata con una pequeña herradura de fina porcelana blanca, con un brillante en forma de trébol de cuatro hojas en el centro. Volvió a ocultarse en el telón para ponérselo y volvió a salir hacia atrás para contemplar gozosa su obra.

—¡Ahora ya está! —exclamó alegre y satisfecha—. ¡Ahora ya puedo irme! *Ádh mór leat inniu agus i gcónaí, Fear aon rud, bhanprionsa milis*.

Y se fue con paso apresurado.

—¿Qué ha dicho? —gritó desde el otro lado del telón la princesa de Whitechapel.

—Algo así como, «la suerte esté contigo hoy y siempre. Nada temas, dulce princesa».

El silencio más profundo se hizo en la habitación, y a Katie le pareció que alguien sollozaba, y no supo si era un espíritu encerrado entre los muros, o su joven señora.

—Señora —anunció—, la dejo en el coche y me voy corriendo porque debo estar antes en la iglesia. El cochero ya sabe cuándo debe salir para llevarla a usted. No se preocupe, está todo organizado.

Cuando su coche llegó a la iglesia, Mackenzie vio al auténtico *sir* George Kelly, el irlandés que la aguardaba como un padre en la puerta de San Kilian. Le vio a través de su velo de encaje, sujeto a una corona de flores azules y rosas, con hojas verdes, como si de un hada del bosque se tratase. Su larga melena roja ensortijada en suaves ondas, con dos trenzas nacidas en las sienes y recogidas por la nuca. El ramo de las mismas florecillas que la corona, tembló en sus manos, no reconocía que su corazón latía acelerado.

Y por fin se abrió la puerta de San Kevin y esta vez fueron

flautas, violines, arpas y tambores quienes acompañaron los pasos del padrino y la novia, con *el anillo del hada*. Avanzaron ante la mirada feliz de los presentes. Pero sin duda, quien estaba emocionado al verlos avanzar era Trevor. Contemplaba a la novia que iba a serle entregada con una suerte de ternura, orgullo y pasión, todo junto. No podía creer que en un momento aquella mujer única, sería su esposa. Venía bajo el velo, ataviada como una elegante dama de la antigüedad. Con blusa de fino hilo de Holanda color hueso, y mangas de encaje. Corpiño verde aceituna con lazos de seda, falda de seda del mismo color. En las manos, mitones de encaje y aquel bello ramo de flores silvestres. Apreció el temblor con el que lo sostenían. Avanzaba bajo el breve velo de encaje que cubría su rostro, seria, sin mirar más que hacia delante, rígida, pero sin arrogancia, estaba muerta de miedo, y su corazón se agitó enternecido. Necesitaba abrazarla y protegerla. Ella también le contemplaba, aquel enorme hombretón irlandés que aguardaba conteniendo la emoción… Impresionada por cómo le sentaba el kilt, también ella creyó hallarse ante la presencia de un rey guerrero celta y su orgullo y amor por él fluyeron desde todos los rincones de su ser. Llegaron al fin, junto al conde Gleastard. Y *sir* George entregó a la princesa prometida al impaciente novio. Entre el público hubo quien suspiró.

—¿Quién entrega a la novia? —preguntó solemne el oficiante.

—Yo, *sir* George Kelly, administrador de Wildwood Towers, y padrino del contrayente.

Saludó y se situó en su lugar a la derecha del novio. *Lady* Danford se enjugó unas lágrimas traidoras, aquella escena había sido la cosa más tierna y emocionante que jamás había vivido. Estos pensamientos la despistaron de la charla del sacerdote. Sin dejar de hablar hizo una señal a las damas que ataron fuerte las manos de los novios con un trozo de seda verde. Ahora Mackenzie sonrió por primera vez y lanzó una mirada de reojo a Trevor, que también la miraba. Las puntas de los dedos de sus manos anudadas se tocaron y les embargó una sensación cómplice y maravillosa. Estaban juntos en esto, y al parecer lo estarían en todo siempre. El sacerdote siguió bendiciendo a los novios y su unión, y llegó el momento de los votos:

—Trevor Coverdale, conde de Gleastard, ¿aceptas a esta mujer, la noble Mackenzie Burton como legítima esposa, para cuidarla, honrarla y respetarla hasta que la muerte os separe?

Trevor respondió sin dudarlo:

—Sí, acepto, porque… —se giró hacia Mackenzie— Mack, tú

eres la estrella que guía mis pasos desde que apareciste en mi solitario cosmos. Eres mi luz y mi fuerza y te amo ahora y te amaré siempre.

Las manos anudadas no le impidieron alzar la de Mackenzie y cambiar el anillo de Claddagh de posición. Ahora el corazón miraba hacia dentro.

La fuerza en sus miradas resultaba aturdidora. Y el sacerdote que asentía complacido, tomó de nuevo la palabra:

—¿Y tú, noble Mackenzie Burton? ¿Aceptas a este hombre, Trevor Coverdale, conde de Gleastard como legítimo esposo, para cuidarlo, honrarlo y respetarlo hasta que la muerte os separe?

Mackenzie no despegó los labios. Su silencio cayó a plomo sobre todos los presentes. *Lady* Danford se dio aire con la mano, nerviosa. Un velo de preocupación empañó los ojos del circunspecto *sir* George. Las damas, desconcertadas, no sabían si debían llevar el anillo o no. Cullen y su esposa se miraron sorprendidos. Nadie sabía qué hacer. El sacerdote animaba con un leve gesto de la mano sin éxito, y algunos murmullos empezaron a elevarse desde los últimos bancos. Las pupilas de los ojos de tigre estaban dilatadas al máximo y no podían expresar mayor pánico. Trevor le susurró unas palabras que la serenaron en el acto.

—Puedes hacerlo, Mack. Solo sé tú misma. Hoy eres tú misma. La Mack que yo amo.

Mackenzie le cogió de la otra mano y su voz pudo oírse al fin:

—Sí, acepto. Porque… —le apretó la mano— podría decir que eres… El sol de mi amanecer…

La baronesa cerró los ojos aliviada y se llevó las manos al corazón. *Sir* George la observó satisfecho y volvió a centrarse en los novios con su discreta sonrisa de aprobación. Mackenzie continuaba:

—El aire que respiro, mi linterna en la noche… Que tus palabras cuando suenan son música en mis oídos. Eso eres, pero eres algo más. Eres la mitad que me faltaba, el que ha llenado mi soledad y me ha devuelto la alegría. Eres quien me ha dado la vida, porque antes de ti, no la tenía. Antes de ti, era un fantasma ni vivo ni muerto que vagaba sin rumbo entre dos mundos. Tú me has enseñado que debo seguir a la estrella polar. Aún diré más, tú eres mi estrella polar, y me has enseñado quién soy. Por eso te amo por encima de mí misma y de todo, y así habrá de ser por siempre… —tomó aire—, hasta más allá de los tiempos.

No es exagerado señalar que todo el mundo soltó una lágrima, ante aquella hermosa declaración, incluido el sacerdote. Mackenzie

recogió del cojín portado por las damas una alianza de oro con un pequeño rubí incrustado. Temblorosa lo cogió y temblorosa lo deslizó en el dedo anular de su amado. Él, la vio hacer embargado por la emoción, mientras dos pequeñas lágrimas en las comisuras de sus ojos lo delataban.

El sacerdote, también muy emocionado, elevó la voz para enunciar la fórmula de aviso:

—Si alguien tiene algo en contra que hable ahora o calle para siempre.

El silencio sepulcral en la iglesia permitió escuchar los latidos de los corazones de los novios, en un galopar desbocado. Ahora fue *sir* George quien cerró los ojos feliz y aliviado, y recibió como recompensa, una afectuosa mirada de *lady* Danford.

El sacerdote, feliz y satisfecho, proclamó:

—Entonces, por el poder que me ha sido otorgado, lord y *lady* Gleastard, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Trevor miró a Mackenzie muy emocionado, alzó el velo, le acarició con los dedos la mejilla, inclinó la cabeza y la besó con la mayor dulzura. Ambos creyeron sentir que les explotaría el pecho de amor y felicidad. Mientras la tripa de una gaita empezaba a inflarse y soltaba el inicio de su quejido y las demás se unían para ofrecer la marcha de salida. Los asistentes no se reprimieron y lanzaron sus vítores al aire con energía. Y así, hasta los cimientos del templo se tambalearon ante semejante algarabía.

Capítulo XVI

Una silueta de caballo con dos jinetes ascendía por el promontorio hasta alcanzar la cima del acantilado. El océano por delante herido por la argentina estela del sol, por detrás San Kevin, Wildwood Towers, el condado de Clare, Irlanda, el mundo. El viento levantaba sus ropas y revolvía sus cabellos.

Trevor mantenía abrazada a Mackenzie sentada delante.

—Estás ante la cima sagrada de los dominios del señor de esta parte del mundo. Cuenta la leyenda que era marino y jamás regresó tras el último viaje. Así que su amada se presentaba en la playa a cada amanecer con una linterna con la esperanza de que le vería aparecer, pero esto no ocurría y ella insistió hasta que un golpe de mar se la llevó.

»Al cabo de pocos días, el marino y señor de las tierras se presentó y al tener noticia del fatal destino de su amada, vino a este acantilado y se tiró en su busca.

»Y dicen que no tardaron en encontrarse en las profundidades del océano y que su alegría fue tan inmensa que se abrazaron y ya no se separaron más. Con el tiempo, las rocas desprendidas del acantilado se fueron reuniendo en torno a ellos hasta dejarlos dentro y el mar se encargó de rodearlos con sus aguas para guarecerlos de modo que nadie los perturbe.

»En las noches de luna llena, dicen, se pueden escuchar sus arrullos de amor. ¿Ves? Están ahí.

Y señaló hacia delante. Mackenzie pudo ver una roca puntiaguda sola en medio del mar.

—Qué historia tan triste y bella al mismo tiempo —reflexionó conmovida.

Trevor estrechó el abrazo.

—Por eso, este es un lugar sagrado. Quería mostrártelo porque aquí es donde vendremos a bendecir a nuestros hijos, uno detrás de otro.

—¿Uno detrás de otro? ¿Cuántos quieres tener?

—Diez, ¿no? Es un buen número.

Mackenzie le tomó en serio y le miró con el ceño fruncido.

—Escúchame bien, guardabosques. Concebiré, pariré y amamantaré a tus hijos, pero ve olvidándote de que sean diez. Uno a lo sumo, dos si me engañas y tres si me despisto. Ni uno más.

Él soltó unas carcajadas complacido, descabalgó, la tomó de la cintura y la bajó. Caminaron hasta el límite cogidos de la mano.

Una vez allí, él se plantó como si estuviese en el alcázar de una nave. Y ella se sentó sobre la hierba.

Primero contempló el mar, cerró los ojos, aspiró la sal, sintió el poder del viento sobre su espíritu y su piel. Y luego se volvió hacia Trevor. Él miraba al infinito, y soportaba el embate del viento sin tambalearse. Su kilt volaba, su cabello volaba, las cintas de su *caubeen* volaban, pero él no se doblegaba. Se incorporó y se abrazó a él y en respuesta, él la abarcó con su poderoso brazo. Miraron juntos en la misma dirección un buen rato. Entonces, Trevor le habló de los votos:

—Me dejaste noqueado, creí morir de amor y de orgullo.

—Nadie me explicó que debía pronunciar unos votos y no sabía qué decir. Así que abrí mi corazón y dije la verdad.

—Esa es la Mackenzie que me ha robado el corazón y la única a la que yo amo.

La estrechó contra sí con fuerza, como si temiera que el mar fuese a arrebatársela.

—¿Por qué te hiciste marino? —le preguntó Mackenzie realmente interesada. Quería entenderle.

—Esa, mujer gato, es una grandísima pregunta… Para la que no sé si tengo respuesta. Desde niño siempre soñé con surcar el mar sin que nada me atase a la tierra y…

Guardó silencio y la contempló. Mackenzie vio la duda dibujada claramente en sus ojos. Él le apartó un mechón de la cara.

—¿Y? —le animó a seguir, ella.

Él se volvió al mar.

—Pues… ahora… tengo a dónde volver y… por esa razón, no sé si quiero marcharme. Porque no quiero volver a donde quiero quedarme.

Mackenzie sonrió al horizonte.

—Sé que siempre estarás donde debas estar —le animó.

El silencio se llenó con el bateo del mar y los gritos eufóricos de las aves durante unos momentos detenidos en el tiempo. Al final fue la voz de Mackenzie quien los devolvió al presente:

—Deberíamos volver con tu gente.

Trevor se volvió a mirarla y de repente la tomó en sus brazos y la alzó.

—Ahora también es tu gente, *lady* Gleastard.

Le dijo alegre de camino al caballo. La colocó, montó detrás y trotaron en dirección a Wildwood Towers, donde les esperaba la fiesta de su boda.

Una gran celebración se había preparado fuera y dentro de los muros de Wildwood Towers. Toda la gente de los alrededores había acudido a transmitir sus buenos deseos a los condes. Para agasajarlos, no faltaban los barriles de cerveza negra y la carne sazonada. La gente comía, bebía y bailaba feliz, y pronto se vieron rodeados del afecto y simpatía de todo el mundo. Ellos se mezclaban felices entre la gente, y pronto se vieron sujetando sendas jarras de cerveza con ambas manos, todos querían beber a su lado.

Cuando consiguieron traspasar la puerta de entrada, Cullen se hizo cargo del caballo y se encontraron con la fiesta más privada. Los músicos tocaban alegres piezas y los novios fueron separados en el acto sin miramientos.

Lady Danford se llevó a Mackenzie al interior de la mansión, mientras que Trevor fue interceptado por sus primos Fergus, los cuatro gigantes de la montaña. Lo esperaban con otra jarra de cerveza.

—Hagamos un hombre de ti, primo —bramó John Fergus, el mayor—. ¡Bebamos!

Y sus tremendas risas se mezclaron con la música.

Lady Danford condujo a Mackenzie hasta el salón principal, y una vez allí se detuvo en la pared del fondo, junto a la chimenea. Descorrió un tapiz y descubrió una puerta.

—Esta noche, el tapiz permanecerá así.

Mackenzie no comprendió. La baronesa abrió una de las hojas.

—Pasa, querida.

—¿Qué es? ¿Una habitación secreta? ¿O un pasadizo?

—Algo así. Entra, quiero saber si está todo a tu gusto.

La cara de la joven *lady* Gleastard era de desconcierto total. Al entrar, se le abrió la boca por la sorpresa. Se encontró con una *suite* nupcial donde no faltaba nada. Cama con dosel, sedas, terciopelos, ropa de cama para ambos, almohadones por doquier, una otomana, un tocador, cortinajes de damasco. Todo decorado con sumo gusto y donde dominaba toda la gama de rojos. Mackenzie miró a la baronesa, seguía con la boca abierta.

—Es la costumbre —añadió ella con simpático encogimiento de hombros.

—¿Este va a ser nuestro…?

—Solo por esta noche, querida. Esta, normalmente, es la sala de baile, que se abre si se ofrece una fiesta de sociedad. Pero esta noche es vuestra. Se comerá y se bailará en el salón, en el corredor,

y en el jardín. Cenaremos formalmente en el salón, y luego vosotros… os retiraréis… para… la consumación.

Mackenzie la entendía sin entenderla. ¿Por qué se complicaban tanto?

—Hazme quedar bien, ¿eh? —Le guiñó un ojo la mujer.

Salió soltando pícaras carcajadas, y fue al quedarse sola cuando Mackenzie comprendió. Y enrojeció hasta detrás de las orejas, y se tapó la cara con la mano. Era inútil resistirse u oponerse. Todo sería como debía ser. Y entonces se rio divertida, porque era divertido. Mucho.

Y el día transcurrió feliz, entre chismes, chistes, comida y bebida, sobre todo bebida. Mackenzie conoció a todo el mundo a quien debía conocer. Intimó con Molly Cullen, la dama a quien le cayó el ramo encima cuando salieron de la iglesia. Y conspiró para que bailara con Barry Fergus, el menor de los gigantes Fergus y comprobó satisfecha que no se separaron en toda la fiesta. Conversó con los vizcondes de Carryck. Con damas nobles e influyentes, todas la querían en su círculo, con parlamentarios, con *sir* George, con todo el mundo. Se desenvolvió sin complejos y a la perfección, pero sobre todo conversó con sus fieles amigos, e inflados por el orgullo, el señor Byrne, la señora Parson, la señora Barrows, Katie y Annie.

—Recuerde, señora —le advirtió Katie—. Debe cogerle así. —Y se cogió al aire con la manera correcta para que ella no lo olvidara —. Y tres pasos para delante, dos para atrás, derecha, y vuelta a empezar.

Mackenzie abrazó a Katie.

—Sí —le dijo y se fue corriendo.

Antes de la cena, Trevor ya estaba borracho como una cuba, aunque todavía era capaz de hablar con un mínimo de coherencia y entender lo que le decían. Desde luego ella también lo prefería así, y no al estirado de frac que tuvo que soportar en aquella triste fiesta de la Crawford. Lo prefería así mil veces e infinitas más. Se lanzó sobre él y bailaron una polka sin dejar de reír. El servicio aplaudió, todo el mundo lo hizo, y para la siguiente, muchas parejas se les habían unido. Luego el tambor se impuso por encima de los otros instrumentos y un violín lo acompañó, y la cosa acabó convertida en un céilí con los bailarines abrazados a los novios en el centro, aunque Mackenzie no sabía lo que debía hacer se dejó llevar, porque era muy feliz.

Nadie escuchó el gong anunciando la cena, pero en cuanto se acercó el primer huésped a la mesa todos lo siguieron como una bandada de pájaros hambrientos o una manada de lobos más hambrientos que los pájaros.

—Prima Gleastard —gritó John—. Te llevas a un hombre bueno, pero si te cansa, aquí estoy yo.

Sus risas y las de los demás atronaron la sala y ensordecieron aún más a los presentes. Todos hablaban a gritos y allí se habían perdido las formas como en una taberna.

El primo John Fergus dio un codazo a Trevor, y le llenó otra jarra de cerveza:

—Me pregunto dónde está nuestra moralidad —atronó entre carcajadas.

—En el fondo de esta jarra —respondió Trevor vaciándola de un solo trago en su garganta. Y eructó.

—Y en la otra isla —atronó John Fergus de nuevo—. ¡Quién la necesita, diablos! —Y eructó a su vez.

La música sonaba sin parar y la alegría era constante, todo el mundo estaba tan feliz y entretenido que hacía rato que se había perdido la noción del tiempo. De pronto, el reloj de pared tocó alguna hora larga, había anochecido desde ni se habían dado cuenta cuándo. Y el primo John Fergus se detuvo para escucharlo, su boca de dentadura no demasiado perfecta se abrió como una enorme cueva y su voz gritó:

—Lord Gleastard… —Le hizo una seña para que mirara el reloj.

Trevor lo miró, se levantó, saludó a los invitados con una solemne inclinación de cabeza. Hacía tiempo que había perdido el chaleco por algún lugar, y los faldones de su camisa asomaban por fuera del kilt, se tambaleó un poco, pero logró guardar las apariencias y tendió la mano hacia su esposa. Ella se inclinó ante *lady* Danford con una tímida sonrisa, después ante *sir* George, y finalmente ante los invitados.

—*Dia dhaoib* —dijo alguien, y todos lo repitieron.

—¿Qué dicen? —le preguntó Mackenzie a Trevor mientras se dirigían a la habitación nupcial.

—Que dios nos bendiga —tradujo con la lengua un poco enganchada.

—Dios mío, sí que estás borracho —se burló ella.

Él abrió la estancia, la cogió en brazos y así entraron, con el ruido de las copas chocando entre sí en brindis incesantes. Cerró la puerta con el tacón de la bota.

La sala enmudeció, mientras algunos se daban codazos y otros

echaban chispas por los ojos.

En el interior de la habitación, Trevor se sentó en el borde de la cama.

—Detén las paredes, por favor, dan más vueltas que un tiovivo —le pidió a Mackenzie.

Ella, comprensiva, se dirigió al jarrón de agua, echó un poco en la jofaina y mojó un paño. Lo puso sobre la frente de su esposo, y lo acomodó entre cojines.

—Si vas a cuidarme siempre así de bien, quiero estar siempre enfermo.

—Vaya plan llevas. ¿Y ahora qué hacemos?

—Dormir…

—Antes de dormir, esos quieren escuchar…

Trevor se incorporó con la misma cara de un niño travieso.

—Entonces, démosles lo que quieren.

En la sala, las conversaciones se habían retomado de modo más discreto. Aunque nadie iba a reconocerlo, todo el mundo estaba pendiente de lo que ocurría en la habitación.

Cuando el sonido de muelles fue más que evidente, el primo John Fergus mandó callar a la concurrencia, se aseguró, dejó que todo el mundo escuchara bien, y entonces y solo entonces, lanzó un grito de victoria que todos siguieron. *Lady* Danford, contenta y radiante, se tapó la cara para quedar bien, y *sir* George le volvió a llenar la copa con oporto.

Dentro de la habitación, al oír el griterío de fuera, los novios detuvieron los saltos sobre la cama. Bajaron al suelo y se taparon la boca con la mano el uno al otro porque se estaban partiendo de risa.

—Ha colado —celebró Mackenzie.

—Sí —celebró Trevor doblando el brazo con el puño apretado.

—¿Dormimos? —preguntó Mackenzie.

—Dormimos —se animó Trevor.

Lady Gleastard pegó la oreja a la puerta:

—No se escucha nada —susurró.

Trevor de nuevo se subió de pie a la cama.

—Creo que hay que darles otro asalto.

Mackenzie elevó los ojos al cielo, se encogió de hombros y alegremente resignada, se puso de nuevo en pie sobre la cama.

Ambos se entendieron con la mirada:

—¿Ya? —preguntó ella.

—Ya —confirmó él.

Saltaron y no solo los muelles se quejaron, también movieron la cama de sitio y la cabecera empezó a golpear contra la pared con violencia.

En la sala, la escena anterior se repitió de nuevo, solo que esta vez fue *sir* George quien abrió fuego. Levantó dos dedos de la mano y desafió a John Fergus con el brillo de su mirada. Fergus se picó de inmediato y le respondió con señas que no habría tres. *Sir* George ladeó la cabeza como diciendo, «yo no apostaría». Y de inmediato se montó la apuesta. Los billetes corrieron por la mesa en riada, como el *whisky*.

Dentro de la habitación los novios jadeantes bajaron de nuevo al suelo.

—Parece que la claridad ha regresado a tu cerebro —observó Mackenzie.

—Ya no sois dos contra uno, por desgracia.

—¿Qué insinúas, bandido?

Y avanzó hacia él de modo amenazante, Trevor caminaba hacia atrás hasta topar contra la pared. Ella siguió avanzando hasta topar contra él. Le miró como una auténtica tigresa y con decisión le levantó los brazos por encima de la cabeza, los sujetó, y lo empotró. Eso a él lo excitó sobremanera. Le abrió la camisa y contempló su torso desnudo, cubierto de pelo, lo acarició, lo mordisqueó y le clavó sus pechos. Buscó su boca y él tuvo que resbalar un poco para que llegara. Sin soltarle le dijo:

—Te quiero, conde.

Volvió a besarle, pero esta vez también metió la mano dentro del kilt. Entonces él la agarró, le dio la vuelta, y fue ella quien quedó atrapada entre la pared y él.

—¡Vaya! ¿Y cuándo he subido de categoría? —le preguntó apretándose para que notara la enorme dureza de su virilidad.

Ella lo miraba desafiante mientras también se apretaba a él:

—Desde que eres mío.

Se besaron de nuevo y así la colocó de través sobre la cama, le desabrocho el corsé, le bajó la blusa hasta la cintura, le subió la falda y las enaguas, contempló las medias con los lacitos azules y tal y como estaban se echó encima.

—Espera —le pidió Mackenzie—. Dime algo en irlandés.

Él no necesitó pensar demasiado:

—*Is breá liom tú, bean tíogair*.

—Traduce —le pidió en un susurro.

—Te amo, mujer tigre.

Entonces entró en ella con fuerza y *lady* Gleastard no reprimió un grito.

Al escucharlos de nuevo en el salón, *sir* George se atusó el bigote con aire flemático y triunfal. John Fergus, le soltó la pasta de mala gana, pero luego vitoreó a los novios y los demás lo siguieron con la consiguiente juerga y alboroto. La música sonó más rápido y fuerte y mientras unos bailaban, otros cantaban borrachos y otros se entretenían con juegos de cartas. Fuera, la luna echó su manto brillante sobre la noche.

Capítulo XVII

Los dos días restantes hasta la partida de Trevor los vivieron exprimiendo cada segundo como si no hubiese un mañana. La habitación de los condes se instaló en la que ocupara Mackenzie por expreso deseo de ella misma. Y la realidad es que no salieron de ella, salvo por las noches para pasear bajo las estrellas y asomarse al acantilado para contemplar el mar.

Cuando llegó el fatídico momento de la separación, ninguno de los dos estaba preparado. Su abrazo resultó desgarrador. Desolados y desconsolados, se aferraban más el uno al otro en vez de separarse. El coche aguardaba para llevarse tan lejos a Trevor, el día era gris y las nubes amenazaban lluvia. *Lady* Danford no pudo soportarlo y con el corazón roto huyó al interior de la casa.

—Quién iba a decir que entre los muros de este viejo caserón brotaría el amor —sollozó.

—Es mucho más de lo esperado, ¿verdad, *lady* Danford? —comentó *sir* George.

—Así es, mi querido amigo. Y mucho más de lo que merezco, al menos yo.

—¿Por qué dice eso, baronesa?

—Usted lo sabe bien, *sir* George. Me porté mal con ese chico al principio. Es un gran hombre y…

—Baronesa, no se atormente. Lo único real es lo que sucede ahora, en este preciso instante. Lo demás, bueno o malo… se evapora, como los espectros en la noche.

La baronesa se secó las lágrimas con su pañuelo de encaje y le miró asombrada.

—Yo no creo eso. Somos el cúmulo de lo que vivimos. Nos podemos enderezar o torcer como el tallo tierno de un árbol… Y cuando crece con su tronco, lo hace recto o torcido.

—No somos árboles, mi querida baronesa. Nuestro paso por la Tierra es efímero, en cambio ellos pueden permanecer centenares o miles de años en el mismo lugar.

Fuera, la lluvia arreciaba. Trevor y Mackenzie, mojados, se separaron al fin.

—Piensa en lo mucho que te amo y en que te escribiré —gritó él saltando al interior del coche.

Ella alzó la mano cuando lo vio partir, y entonces, en vez de volver a casa, lo siguió por el camino. Con paso rápido primero y a la carrera después. Él, con expresión de impotencia, la veía por el

ventanuco jadear por el esfuerzo, mojarse más y más, porque la lluvia seguía cada vez con mayor fuerza y cuando no lo pudo soportar más, golpeó y gritó:

—¡Pare!

El coche se detuvo y corrió a su encuentro, la abrazó, la besó, y se empapó con ella bajo la lluvia.

—Vuelve a casa, amor mío. No lo hagamos más complicado, te lo suplico.

—Si tan solo pudiese retenerte un único instante, uno que durara para siempre. —Se rompió en llanto al fin, Mackenzie.

Trevor la estrechó más fuerte y le dijo con la voz rota:

—Me ahogo solo con pensar que no estarás a mi lado cuando me despierte cada mañana.

—Te esperaré cada atardecer en la playa con una linterna.

—Volveré, vida mía.

Mackenzie se deshizo del abrazo en modo brusco, le dio un empellón y le gritó:

—¡Vete! ¡Vete ya!

Trevor hizo el amago de adelantar un paso hacia ella, pero ella caminó varios pasos hacia atrás, con rabia, con ira, con desesperación.

—¡Vete! ¡Vete de una vez, maldita sea!

Y corrió en dirección a Wildwood Towers. Trevor, destrozado, volvió al coche y este partió definitivamente. Solo entonces, Mackenzie se detuvo para verlo marchar hasta que sus ojos no alcanzaron a distinguirlo más.

Dio la vuelta y caminó sin prisas hacia la mansión, como si regresase de un paseo. Sin importarle la cortina de lluvia que le caía encima. La idea de que su vida ya no tenía demasiado sentido, la pinchaba.

Entró en el caserón con la mente en blanco y se fue directa abajo. El servicio tomaba el té y enseguida la señora Barrows le sirvió una taza.

—Tome un poco de té, *milady*.

Ella asintió al sentarse.

—Lord Gleastard ha tenido muy buenas palabras para con nosotros cuando ha venido a despedirse. Su esposo es un gran hombre, *milady*.

El señor Byrne trató de ser amable para ofrecer consuelo a su señora, pero consiguió todo lo contrario. Mackenzie se derrumbó y lloró desconsolada sobre la mesa ante la aflicción de los presentes. Katie trató de estrecharla en sus brazos, pero a un gesto de la

señora Parson, se contuvo.

—Solo son nervios —dijo la señora Barrows con calidez—. Se ha puesto nerviosa. Déjenla. Tome el té, *lady* Mackenzie. Se sentirá mejor.

Y empujó la taza con suma delicadeza hacia la joven, que la cogió con las yemas de los dedos sin levantar la cabeza.

En el alcázar del HMS Phantom el capitán, lord Gleastard, dirigía las maniobras para zarpar. Por su parte, su primero, el teniente Brandon se ocupaba de las órdenes. No se habían dirigido la palabra salvo para cuestiones técnicas, tampoco se habían mirado a la cara, y la tripulación notaba la tensión entre ambos. Las voces se repetían entre la marinería: «Levad ancla, largad las amarras».

Quien no parecía darse cuenta, era el profesor Mordekay Aniston, cartógrafo y jefe científico. Caminaba por la cubierta, arriba y abajo, consultando su enorme mapa, sin preocuparse por si entorpecía las maniobras. Era un hombre alto, de unos cuarenta años, con el pelo largo, encrespado y calvo en la cocorota, usaba quevedos que se ponía y quitaba constantemente y un traje a cuadros una talla más grande. Solo vivía por y para la ciencia. Y ocurrió lo inevitable. Cuando el capitán Gleastard lo vio desde el alcázar con su semblante circunspecto, necesitó emplearse a fondo para controlar las carcajadas. No podía hacerlo, y tampoco tenía ganas, pero aquello le devolvió el buen humor. El buen Mordekay colgaba de un tobillo, lazado por un cabo pidiendo a gritos su mapa. Este, revoloteaba por encima de la borda rumbo al mar de modo inevitable.

Algunos marineros le gritaron que se aguantase porque allí se quedaría un buen rato por capullo. Otros pasaron a su lado, zarandeándolo. Al final, el capitán le ordenó al primer oficial mientras abandonaba el alcázar que lo bajaran.

En su camarote se dedicó a consultar mapas, notas y a escribir la bitácora. Incapaz de concentrarse, se volvió a mirar por la ventana donde solo se veía mar, sus pensamientos pronto volaron muy lejos de allí como un ave marina libre.

—Señora —dijo el ama de llaves ante *lady* Danford y *sir* George —. Tampoco hoy ha probado bocado. Sugiero avisar al doctor Stone, podría recetarle algún vitamínico…

—Descuide, señora Parson, avisaremos al doctor de inmediato. Gracias por su preocupación.

El ama de llaves se retiró al mismo tiempo que *sir* George chasqueaba la lengua con disgusto.

—Lo mandaré llamar —dijo.

Se levantó y se fue.

Habían transcurrido varias semanas desde que lord Gleastard abandonara Wildwood Towers, en las que Mackenzie apenas era más que otro espectro de aquellos muros, según ella misma admitía. No había manera de entretenerla, ni con paseos, ni con visitas. Apenas salía si no era para bajar a la playa, o pasear alrededor del lago. Se había aficionado a la lectura y pasaba tantas horas como podía a solas con un libro entre las manos. Se había encerrado en sí misma y no hablaba mucho y comía muy poco, estaba en los huesos y su color era pálido y de lo más preocupante.

El doctor Stone la examinó un día que la vizcondesa de Carryck había ido a visitarlas.

—Está bien —diagnosticó el médico en una estancia aparte—. Pero está aquejada de una fuerte melancolía.

—Y ¿qué se puede hacer, doctor? —se inquietó la baronesa.

—Me temo que muy poco. Es ella quien debe poner de su parte, porque si no, languidecerá poco a poco hasta perder la salud de modo irremediable.

—Pero esa es una terrible sentencia, doctor Stone.

—Prueben a sacarla de estas cuatro paredes. Llévenla a tomar las aguas, a Bath, por ejemplo. Seguro que allí recupera la salud y el ánimo.

El brillo de la esperanza penetró en la mirada de la dama. Cuando regresó a la sala donde tomaba el té con *lady* Margaret de Carryck, esta se entusiasmó con una propuesta.

—Nosotros teníamos pensado acudir a finales de semana. Disponemos de una casita cerca de la abadía y pueden considerarse nuestros invitados. Pasaremos un buen tiempo juntos y conseguiremos que la joven *lady* Gleastard vuelva a sonreír. Además, será una buena influencia para nuestras hijas, no es mucho mayor que ellas.

La baronesa aceptó encantada.

—Lo dispondré todo, querida *lady* Margaret. —Le cogió las manos con sumo afecto.

Aunque Mackenzie podía leer bastante bien y su comprensión de los textos era eficaz, escribir le costaba más. Su trazo era inseguro,

y por supuesto, los errores gramaticales y ortográficos estaban presentes. Esto no le impidió acercarse al despacho de su esposo con una idea fijada en su mente obstinada.

Se había decidido por la mañana, mientras contemplaba el jardín desde la ventana de su habitación, y esperaba estúpidamente que apareciera Trevor de un salto, abriendo las contraventanas de par en par. De debajo de la almohada sacó una de sus camisas y la aspiró con ansia para llenarse el alma de su olor. Tras volverla a dejar en el mismo lugar, en sus ojos de tigre había aparecido la determinación. Sabía que, si lo hacía, no habría marcha atrás ni podría repararlo de ninguna manera. Porque de alguna manera remota intuía que si se marchaban a Bath al día siguiente como había *dispuesto* y *ordenado* su protectora y tía… «Llámame tía Winifred», le había insistido *lady* Danford, hasta que se dio por vencida. Intuía, que su hechizo de amor eterno se rompería y jamás podría regresar a él. Trevor había sido tan bueno y leal, que merecía saber la verdad y ya que no había podido ser de sus labios, que fuese de su puño y letra, al menos.

Por la tarde subió al promontorio desde donde contemplaran juntos el lugar infinito en el que el cielo y el mar se unen, el día que ellos también unieron sus vidas.

Cuando entró en la casa, *lady* Danford subió con ella las escaleras hablándole de algo, a lo que ella respondió que «sí» y que «no», sin haber escuchado una sola palabra. Se encerró en su habitación, se sentó ante el buró, cogió su papel malva, pluma, tintero e hizo un borrón con la primera gota de tinta. Le dio igual y siguió adelante:

«Mi amado Trevor:

Mi verdadero nombre es Jane Red. Soy de Londres y siempre he vivido en Whitechapel…».

Escribió varias hojas con su detallada confesión, en la que expuso los hechos al detalle, sin justificar su comportamiento, sin victimizarse, sin culpar a *lady* Danford. Solo expuso los hechos tal y como habían sucedido y ella los sabía contar.

Guardó para el final un:

«Pase lo que pase y hagas lo que hagas cuando leas esto, yo habré de amarte siempre, estemos juntos o separados, porque mi vida te pertenece. Me la diste cuando me diste tu amor.

Mackenzie Gleastard».

Emocionada y aliviada, esperó el secado de la tinta, tras lo cual, introdujo las cuartillas en un sobre del mismo color, anotó el

nombre de «Trevor», y lo lacró por el dorso tras haber añadido «Mack».

Salió al corredor y se dirigió al despacho de Trevor. Era un lugar sin alma en su ausencia, repleto de objetos inertes, porque parecía lleno de él y al mismo tiempo tan vacío. Tomó asiento en la mesa, toqueteó la lámpara, los diferentes objetos de escritorio, penó una fracción de segundo con la cabeza apoyada sobre la mano y abrió el primer cajón. Allí encontró un cuaderno con la caligrafía de Trevor, le pareció armoniosa y bella. No se demoró más, introdujo el sobre tras la primera hoja, cerró el cajón y abandonó la estancia.

—Querida. —Oyó la voz de *lady* Danford al llamarla cuando estaba a punto de bajar la escalera—. Te he buscado por todas partes —gritó a la vez que esgrimía dos sobres—. Noticias de Trevor.

A Mackenzie casi se le detuvo el corazón debido a la ilusión, aguardó a tía Winifred y juntas bajaron los escalones de dos en dos como colegialas, y de igual modo corrieron hasta el saloncito del té.

Sir George las vio desaparecer por las escaleras desde el otro extremo del corredor. Con sigilo se introdujo en el despacho de Trevor, lo observó todo sin saber qué buscaba exactamente y se encaminó hacia la mesa. Cerró la llave de la bujía de la lámpara encendida por Mackenzie un momento antes y sonrió por debajo del bigote. No fue difícil decidir abrir los cajones, lo hizo con el primero y vio el cuaderno con un sobre malva que sobresalía… «¡Eureka!». Celebró para sus adentros. Cogió el cuaderno, sacó el sobre, lo miró de un lado y de otro, y lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Parece que está bien, ¿verdad? —comentaba entusiasmada la baronesa—. La ha escrito desde Gran Canaria, pero dice que la leeremos cuando estén bastante lejos de allí. —Soltó unas risillas—. Ayyy, ¿dónde estarán?

—En mitad del océano es más que seguro —respondió de modo ácido, Mackenzie.

Lady Danford siguió con su tono dicharachero:

—¿No abres la tuya?

—Después.

—Por supuesto, querida, es lo natural. Acabo de recordar que hoy está el jardinero y necesito que me aclare cuándo va a empezar con el invernadero. ¿Te importa? ¿O prefieres decírselo tú?

—No, qué va, tía Winifred. Usted sabe lo que hay que decir.

Ni loca quería Mackenzie meterse en cosas de jardinería. La

baronesa, complacida y con el buche tan hinchado como el de un pichón, sonrió y se fue. En cuanto estuvo sola, clavó la nariz en el sobre y lo aspiró. Intuyó el olor de Trevor en su imaginación, porque el sobre olía a papel y a algún aroma más no identificable. Lo rasgó y leyó:

«Mi amada Mack:

Hace muchos días que zarpamos y mire donde mire, solo veo mar y nubes sobre él. A veces tienen formas caprichosas que me recuerdan a ti. Te veo en todas partes y te añoro más cada día que pasa.

No sé si voy a sobrevivir a este viaje porque me mata el aburrimiento. La tripulación es agradable, tienen sus cosas de marineros, pero son manejables, y cuando beben su ron se les pasa todo. En cambio, la delegación de asesores de la corona que llevo a bordo está formada por unos auténticos cebollinos, ni imaginas el trabajo que dan con sus constantes injerencias y meteduras de pata. Ayer encerré a uno en su camarote.

Por lo que hace a los cartógrafos son otra cosa. Son respetuosos, aunque terriblemente despistados, casi se nos cae uno por la borda, pero he trabado buena amistad con él, se trata del profesor Mordekay Aniston, un tipo peculiar, es el jefe del equipo.

¿Sabes? Tus ojos de tigresa no han dejado de perseguirme durante toda la redacción de esta carta. ¿Qué has hecho conmigo que me has embrujado así?

Suelo preguntárselo por las noches a la estrella polar y me responde que la mires tú también, cada noche, porque así la estaremos viendo juntos. Susúrrale la respuesta y ella la traerá a mi corazón. ¿Lo harás?

Dentro de un rato me voy a dormir. Mi último pensamiento cuando cierro los ojos es para ti, y el primero cuando los abro también.

Te ruego que te cuides mucho, porque pronto volveremos a estar juntos para disfrutar de la vida y cuando regrese quiero verte con toda esa poderosa luz tuya que es mi guía.

Is breá liom tú, bean tíogair.

Trevor».

Al final de la lectura lloraba a lágrima viva. Se limpió los ojos furiosa consigo misma. «¿Qué me ocurre, maldita sea, si yo nunca he sido tan floja?». Entonces recordó las reconfortantes palabras que le dedicó Katie el día de la partida de su amado:

—No lloro, es que me duele el estómago. Mucho —se excusó en la cocina ante todos.

—No pasa nada por llorar cuando duele el estómago o cualquier otra cosa. No es de débiles, sino de fuertes. Porque es la única manera de alejar el mal. Sea del estómago, del corazón… O del pie.

«Qué sabia es Katie», pensó Mackenzie.

Como ya había anochecido, paseó por el jardín hasta llegar al mismo lugar donde Trevor le enseñó las estrellas y se dieron el primer beso. Alzó la mirada y su corazón dio un vuelco cuando distinguió a Venus.

—Quiero que vuelvan los días en que Trevor y yo podamos estar juntos y que nada ni nadie nos vuelva a separar. Aunque tenga que pagar con algo por ello.

Cerró los ojos con fuerza y se lo pidió a Venus, su planeta estrella protectora, y ella no lo vio, pero Venus titiló y le lanzó un

destello. Luego buscó la estrella polar y también ¡la encontró! La miró con fijeza mientras la voz de Trevor repetía en su cabeza: «¿Qué has hecho conmigo que me has embrujado así?». Y de inmediato su corazón respondió: «Darte solo una parte del inmenso amor que me das tú a mí».

Capítulo XVIII

—Informe de descubierta —pidió el capitán al primero.

-—Despejado, pero con alguna formación de nubes tormentosas a 50° SE, señor —respondió el teniente Brandon.

El capitán Gleastard dejó el sextante y el compás sobre la carta y subió a cubierta. Miró en lontananza con el ceño fruncido. La derrota hacia el Cabo de Hornos lo mantenía tenso. El plan de navegación descartó el paso por el Estrecho de Magallanes porque no contaba con un solo faro ni baliza a lo largo de sus 305 millas. Solo quería que ya fuese el día siguiente, cuando ya se hallarían en el Pacífico. Recalarían en Valparaíso donde desembarcarían los cartógrafos, y se aprovisionarían de víveres y agua, y la tripulación podría pasar unos días de recreo. Tras lo cual, pondrían rumbo a su destino, las Islas Cook. Esas nubes, demasiado grises y panzudas, no le gustaban nada en absoluto.

—¿Preocupado por los cumulonimbus, capitán? —le asaltó por detrás, Mordekay Aniston.

—Buenas tardes, profesor. Esperemos que una buena ráfaga de noroeste los empuje a tierra.

—Seguramente. Querría comentarle una cosa, capitán. Con su permiso.

—Lo tiene, adelante.

—Por ahora es solo un proyecto, pero estamos trabajando duro para que se convierta en realidad. Amparados por la Real Sociedad de Londres, estamos planificando una expedición al Ártico, cuyo objetivo sería encontrar la situación exacta del Polo Norte. Podríamos ser los primeros, ¿sabe? Deberíamos ser los primeros. Sí.

Trevor se pasó los dedos por la frente, imaginaba por dónde seguiría el bueno de Aniston. Y siguió:

—Quisiera contar con sus servicios, esta nave reúne las condiciones requeridas, y usted es el hombre que necesito.

Los ojos de Trevor centellearon ante la idea. Le gustaba, le gustaba mucho, demasiado. Alejó tales pensamientos de su mente.

—Es más que probable que este sea mi último viaje, señor Aniston. Cuando regresemos a Gran Bretaña recalaré definitivamente en tierra firme, me temo.

—¡Oh, qué gran pérdida para la navegación!

—La navegación cuenta con grandes hombres, no tendrá problemas para encontrar al suyo.

—Esperemos que así sea.

—Le espero en la cena, profesor Aniston —le saludó y se fue.

Mordekay Aniston le vio alejarse hacia la escotilla. Sus ojos avellana reflejaban la ebullición de ideas que tenía lugar en su imparable mente.

Mackenzie había hecho muy buenas migas con *lady* Eirin y *lady* Nora Carryck. Tal y como habían previsto *lady* Carryck y *lady* Danford. Ambas se parecían a su padre, el vizconde. Altas, cobrizas y alegres.

—Sois igualitas que vuestro padre, solo que, sin barba y bigote, y bastante más guapas, aunque él no esté nada mal —les decía, Mackenzie.

Y ellas reían encantadas. Se hicieron inseparables. Juntas tomaban las aguas, recibían masajes y curas, paseaban, cotilleaban de unos y otros, clasificaban a los solteros según el nivel de atractivo, inteligencia y solvencia, y detestaban agria, implacable y cruelmente a las competidoras. Contaban chistes, y se permitían alguno morboso cuando estaban las tres solas. Las hermanas, insaciables de saber le pedían información a su amiga de «todo» lo concerniente a su matrimonio. Y Mackenzie les contaba detalles sabrosos que las dejaban sin respiración, pero solo hasta donde consideraba que debían conocer. Así fue como lograron que la joven condesa se olvidara de su aflicción buena parte del día.

—Desde luego, su sobrina ha recuperado el color, *lady* Danford. Algo completamente natural teniendo en cuenta que mis chicas, la tienen por completo atormentada con su incesante parloteo, pobre criatura. Si ni siquiera esperan a que conteste.

Lady Danford rio contenta.

—Dios bendiga a esas jovencitas. Son las criaturas más encantadoras que conozco, querida vizcondesa.

—Encantadoras sí, pero no sabe las insoportables ganas que tengo de casarlas. Este año, no quisiera abandonar Bath sin encontrarles marido. Han venido buenos partidos esta temporada, ¿no cree? A ver si nos acompaña la suerte, no sería tanto pedir, ¿verdad?

Las mujeres se llevaron sus tazas de té a los labios entre risitas cómplices.

—Vamos a salir, mamá. —Se acercó *lady* Erin para pedir permiso.

—Por supuesto, hija. ¿Dónde vais?

—Iremos a mirar *souvenirs*, a tomar un helado y a curiosear por ahí. —Se encogió de hombros—. Esas cosas, ya sabes.

—Ya sé, ya sé… Ayyyy, sí que sé, sí.

Todas rieron y *lady* Nora enrojeció como un campo de amapolas. Mackenzie le envió una mirada a su tía y la baronesa supo que habría un caballero implicado.

—Cuida de ellas, querida —le recomendó.

La puerta se cerró con las tres jóvenes corriendo. En el jardín, el vizconde y *sir* George se distraían con una partida de *croquet*. Las mujeres siguieron tomando su té y charlando animadamente.

En el HMS Phantom tenía lugar la cena en las estancias del capitán. Alrededor de la mesa se habían reunido los oficiales, el oficial médico, el profesor Mordekay Aniston, junto a otro miembro de su equipo, y los cuatro funcionarios de la delegación de asesores. En aquel momento tenía lugar la sobremesa, degustaban licores, «digestivos eficaces», según afirmaba el doctor Clarence algo abotargado, y también tenía lugar una discusión sobre política europea y la inquietante insatisfacción obrera que iba a ser sofocada sin demasiado esfuerzo, según afirmaba el sector de funcionarios de la corona, encabezados por su máximo responsable, Grey Reashart, quien no dudaba de sí mismo y sí de todos los demás. No lo veían de tal modo, Aniston ni su colaborador. El capitán aplacó el fuego cruzado:

—Caballeros, por fortuna, disponemos de una cuidada y excelente variedad de cigarros habanos que harán las delicias de su digestión.

Él mismo se levantó y regresó a la mesa con una bella caja de madera, elevó la tapa y ofreció el contenido a sus invitados. De inmediato, las voces se aplacaron y fueron sustituidas por murmullos de agrado y glotonería. La lumbre de los fósforos y el sonido de la polvorilla al rascar la lija, protagonizaron el momento, pronto reinó la humareda y la escena quedó envuelta en un tupido y místico velo.

El teniente Brandon pretextó un ingobernable dolor de cabeza para excusarse de continuar con su presencia en la tertulia. Abandonó las estancias del capitán y subió a la cubierta principal. Miró a la cofa de mayor.

—¿Novedades, Roberts? —le voceó.

—Sin novedad, señor —respondió también a voces, Roberts.

Caminó hasta popa y allí le salió al paso un marinero rudo. Le faltaba una oreja, y parte del labio superior, hablaba con la boca

torcida y los ojos entrecerrados, no era demasiado alto, pero sí corpulento.

—He cumplido, señor.

Se pegó a él con la palma levantada hacia arriba. Olía mal. El teniente depositó en esa mano abierta, una pequeña bolsa repleta de monedas.

—¿Qué has hecho? —Quiso saber el teniente Brandon, apartándose del tipo. Este también disimuló faenando con unos cabos.

—Mire en los obenques y las burdas del trinquete y de mesana, señor.

—Buen trabajo, Smith.

El teniente Brandon no observó nada especial en la mesana, con paso tranquilo regresó a proa. Inspeccionó las sujeciones del trinquete, tal como le había señalado Smith. No distinguió los daños, porque el trabajo había sido muy fino. Le bastaba con saber que algunos cabos del obenque estarían sueltos, suficiente para que ni las velas ni el trinquete soportaran a los «cuarenta rugientes» si se los encontraban furibundos. Como mínimo esperaba, que la buena reputación del capitán Gleastard se fuera al mismísimo infierno junto a los temibles vientos del cabo.

La diversión en Bath se acabó de modo abrupto para Mackenzie en el mismísimo instante que vio aparecer en el balneario a la ridícula Crawford y su nuevo séquito, porque había renovado su grupo de amistades igual que su armario. Se encontraron cara a cara en el vestíbulo, y no se saludaron. Jo Ellen le dedicó un mohín de desagrado cuando pasó a su lado, y el grupo de cuatro damitas bobas que portaba su invisible cola de pavo real, se burló de ellas con frases cursis y risitas estúpidas.

—Quieren guerra, pues la van a tener —proclamó *lady* Eirin muy enfadada.

—Tranquila, hermana, que se te estropea la piel con los enfados, te salen arrugas, se te tiñe de rojo, *deacs*… —trató de calmarla, *lady* Nora.

—Suerte que nos vamos mañana a Grecia, si no creo que acabaría con sus estúpidos pelos en mis manos, y entonces mamá me mataría.

—¿Qué ocurre, *lady* Mackenzie? —le preguntaron ambas a la vez, la veían demasiado pensativa. Avanzaban lentamente hacia el invernadero, donde querían tomar un té y comer pastelillos de mantequilla. Estaba demasiado lleno de gente para su gusto, pero

lograron encontrar un lugar agradable.

—Os he pedido mil veces que me llaméis Mack —les dijo al tomar asiento.

—Es verdad, ¿y estás taciturna por eso? —respondió Eirin—. Pues nos apeamos del tratamiento y ya está. Yo encantada.

—De acuerdo, pero en público no, ¿eh? —se preocupó Nora.

Se acercó una camarera que les sirvió el té y los pastelillos. Nora se metió uno entero en la boca, y su hermana la reconvino:

—¿Qué haces?

—Es pequeño —se justificó la joven.

—Mack, no los has probado.

—No tengo apetito.

—Cuando vuelva tu capitán te va a encontrar en los huesos y no va a tener donde agarrarse —la sermoneó Nora.

Mackenzie le sonrió y bebió té.

—Mmmmmm —suspiró ensoñadora, Eirin—. Es tan guapoooo. —Miró a su amiga—. Moriría por un hombre como él.

—Nunca mueras por alguien, mejor mata —respondió Mackenzie.

Eirin se echó a reír.

—Casi me atraganto por tu culpa. —Y volvió a suspirar—. Sí, definitivamente quiero un hombre así en mi vida.

Mackenzie le guiñó el ojo.

—¿Como ese que viene por ahí?

Eirin quedó presa de los nervios, y sus acompañantes aún la pusieron más con sus achispados comentarios en voz baja. Venía directo hacia ellas nada más ni menos que el imponente lord Glencoe, un auténtico *highlander*, inabarcablemente alto y fuerte, de cabello rubio oscuro, ojos azul lago y mentón prominente. Aunque vestía traje negro, las tres lo fantaseaban dentro de un kilt rojo. Parecía muy interesado por *lady* Eirin. Las saludó con suma corrección, reservando sus mayores atenciones para Eirin. Lo invitaron a tomar el té con ellas, pero rehusó debido a otro compromiso. Sin embargo, las tres damas fueron invitadas a asistir a la fiesta que daría por la noche en su casa.

Cuando se fue saltaron chispas en aquella mesa, palmadas, gritos y risas. Hacía semanas que Mackenzie, siendo la seria del grupo, se había dejado llevar por el humor y amaneramiento de sus amigas, y también soltaba algún que otro grito, aunque con matices cáusticos.

—Le interesas —sentenció.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó ansiosa Eirin.

—Lo dice todo su cuerpo. Aprende a observar. Si observas todo

te habla —respondió convencida, Mackenzie.

—¿Y tú puedes escucharlo? ¿Cómo puede ser? —preguntó Nora muy sorprendida.

—Todo en este mundo y en el otro tiene una historia que contar… Solo hay que escucharlos para que te la cuenten… Las piedras, las personas, los animales, los fantasmas…

—Qué miedo —se impresionó Nora.

—A mí me parece sabiduría —opinó Eirin—. Qué sabia eres, Mack.

—No soy sabia, es que tengo mucha calle.

—Ay —resopló Nora—, cuando dices esas cosas te imagino como a una de esas mujeres de… —bajó la voz a tono de susurro—. Del pecado. Ya me entiendes.

—No seas tan pueril, pareces una monja —la reprendió su hermana—. Lo que ella quiere decir es que tiene mucho mundo, no como nosotras, encerraditas toda la vida en nuestra jaula de oro.

—Ah —respondió Nora asintiendo con la cabeza.

—No puedo creer que nos haya invitado a su fiesta —continuó a lo suyo, Eirin—. ¿Qué puedo hacer, Mack? ¿Cómo puedo conseguir que venga a verme a Dublín?

Mackenzie la miró con afecto, no solía regalar esa mirada muy a menudo.

—Primero juega al gato y al ratón toda la noche. Debes marearlo con estilo. Ahora le pides que te traiga una copa, luego lo ignoras en un corrillo, te ríes con otros, le lanzas una caída de ojos desde un rincón alejado mientras bebes un sorbo de tu copa y procuras que te vea, luego sales al jardín, resbalas en el momento adecuado en sus brazos… Y cuando nos vayamos le invitas a pasar unos días en tu casa. A él y a más gente, claro. Le dices que vas a celebrar tú… algo.

—Mamá me matará. —Miraba a su hermana pidiendo que le dijese que mamá aceptaría.

Sin embargo, fue Mackenzie Gleastard quien lo dijo:

—Tu madre no te matará, querida. Al contrario.

—Veamos. Nos vamos de gira por Europa todo el verano… Esto no podría ser hasta octubre, cuando regresemos a Dublín…. Mmmmm… ¿Y qué podría pretextar para organizar una reunión de diez días con mis amigos en mi casa de Merrion Square el próximo octubre?

—¡Eirin, tu cumpleaños! —se entusiasmó Nora.

Eirin se cogió las manos.

—Es verdad… Ooooh. ¿Y si no acepta la invitación?

—Primero díselo a él, y si acepta, invitas a los demás. Solo por si acaso —la animó Mackenzie.

—Pero, me gustaría verle este verano, allí donde yo esté…

Mackenzie elevó la mirada a los techos por unos segundos, como pensando «es que hay que decírselo todo».

—Solo tienes que hacer que se entere de dónde vas a ir… Se lo cuentas a alguien cuando esté cerca, a mí, por ejemplo. Juro sorprenderme como si no me lo hubieses recordado un millón de veces.

—Ayyy, Mack, qué haría yo sin ti.

—Y yo sin vosotras.

Se agarraron las tres y juntaron las cabezas.

—Mirad qué monas las irlandesitas…

Oyeron perfectamente la provocación lanzada por alguien al pasar junto a ellas. Al mirar en aquella dirección comprobaron que no había sido otra que la Crawford, rodeada de su corte de pavas.

—Esa quiere guerra —gruñó Eirin.

—Y la tendrá —sentenció Mackenzie sin apartar la mirada de su archienemiga.

—Escuché mencionar a mamá —informó Nora—, que han tomado residencia fija en Dublín, por asuntos del padre.

—¿En serio? —Mackenzie no estaba asombrada, sí indignada—. Debemos impedir que se meta en vuestro mundo. Lo arruinaría. Es mala.

—No se lo permitiremos, no —corroboró Eirin.

Al cabo de un momento, la joven volvió a tomar la palabra:

—Mack, voy a necesitarte. ¿Quieres venirte de viaje con nosotras y luego a Dublín, un tiempo?

—No sé, supongo que mi deber está en Wildwood Towers —dudaba Mackenzie.

—Por favor, di que sí, di que sí —imploró Nora.

—¿Y qué deber es ese? —objetó Eirin—. ¿Esperar a tu marinerito mientras languideces entre las cuatro paredes?

—No te enfades, Eirin, pero es lo que me pide el cuerpo.

—Pues no lo escuches.

—No es marinero, es oficial —rectificó Nora a su hermana.

Esta la miró exasperada:

—Crees que no lo sé, lo sabe todo el mundo. No puedo comprender cómo puedes llegar a ser tan elemental.

—No discutáis más, me prometisteis no hacerlo.

—Di que vendrás, vamos. ¿Cuánto le queda a tu —miró a su hermana— oficial para volver?

Mackenzie se encogió de hombros.

—Tres meses, tal vez cuatro. Tal vez ni siquiera vuelva. Yo qué sé.

—No digas eso, claro que va a volver —la animó Eirin.

—A veces pienso que no es real, que jamás ha existido, que solo es una fantasía de mi cabeza —confesó la joven condesa, desmoralizada.

—Volverá, ya lo verás. Está enamorado, por eso volverá —afirmó convencida, Nora.

Mackenzie la miró desesperanzada.

—¿Tú crees? Creo que se quedará con una de esas polinesias… Ya se me empieza a olvidar su cara, su voz… Y eso me tortura.

—No, Mack, querida. Eso no es verdad —la serenó Eirin—. Y tú sabes que no es verdad. Lo que ocurre es que estás muerta de miedo por si es él quien se olvida de ti. Pero debes confiar en tu esposo y en lo que tenéis juntos, porque créeme, no he visto a nadie más enamorado en mi vida. Eso no se extingue tan fácilmente. ¿Por qué te crees que te tengo tanta envidia, maldita arpía?

Mackenzie arrancó a reír a mandíbula batiente, sus amigas se unieron y las tres acabaron derramando lagrimones de pura hilaridad.

—Entonces… Vienes…

Eirin le ofreció ambos brazos por encima de la mesa y Makenzie los cogió con energía.

Capítulo XIX

La fiesta en casa de lord Glencoe empezó muy bien y acabó muy mal, sobre todo para *lady* Gleastard. Ella ya se dio cuenta desde el mismo momento de aparecer cómo se convertía a cada paso y totalmente en contra de su voluntad, en el centro de atención. Esto elevó los rumores en torno a su persona, a favor y en contra. Pero cuando Jo Ellen Crawford salió a escena, todo se vino abajo para las tres amigas.

Lord Glencoe las recibió con la mayor cordialidad y galantería. Hablaron de modo cortés y agradable durante bastante tiempo hasta que tuvo que atender a otros invitados, conocieron gente y resultó un tiempo divertido a pesar de los comentarios por lo bajo y las miraditas detrás de los abanicos.

Eirin, alumna aplicada y brillante de Mackenzie, cumplió a la perfección con su cometido y se pudo asegurar que volvió loco de placer al pobre lord Glencoe. Su corazón bonachón le hacía seguirla a todas partes, a tal punto que ella creía hallarse ya en posesión del título de la victoria. Hasta que la Crawford posó sus temibles ojos violeta sobre él, y lanzó sus armas de mujer, que eran más sofisticadas.

Con aquella sonrisa abominable le llevó la primera copa, luego a una otomana, le infló la imaginación con sus archi ajadas historias de medio penique sobre bandidos y pistoleros del Lejano Oeste, que muchas de ellas habían sido protagonizadas por ella misma, mentira, pero lord Glencoe se lo creía. Le rozó la mano sin querer, perdió el pañuelo de encaje sin darse cuenta junto a él, salió al jardín, él fue a devolvérselo, la noche estrellada iluminó sus ojos anhelantes cuando le dio las gracias…

—Parece que lord Glencoe empieza a estar demasiado pendiente de esa víbora —comentó Mackenzie reprimiendo la rabia. Eirin estalló:

—No importa, déjalo, Mack, si quiere ir con ella que se lo quede. Si se deja cautivar por esa bruja no es digno de que yo siga interesada en él.

—No te lo quitará, estando yo aquí, eso te lo garantizo —dijo furiosa.

—No pasa nada, Eirin, solo están hablando —trató de animarla, Nora.

Eirin y Mackenzie se lanzaron una mirada de entendimiento y suspiraron a la vez.

—Claro, querida, qué hay de malo en hablar —le respondió Mackenzie—. Hablemos con ellos.

Con un gesto de apremio se las llevó al jardín con ella y formaron un alegre coro con la pareja.

—Venimos a despedirnos, lord Glencoe —dijo alegre, Mackenzie—. Perdón por la interrupción, señorita Crawford —le comentó altiva y con una sonrisa postiza.

La Crawford asintió en conformidad, con arrogancia y sin apenas mirarla.

—Lord Glencoe, debo pedirle un favor, ¿puede acompañarme dentro un momento?

—Por supuesto, *lady* Gleastard. No faltaría más. —Se volvió a Jo Ellen—. Si me disculpa…

Los cuatro entraron al salón y la Crawford se quedó plantada y enrabiada. Solo le consoló pensar que le daría una buena lección a esa cretina en cuanto se le presentase la ocasión.

Mackenzie se quitó el broche de rosas de oro y lo guardó en su puño.

—He perdido mi broche de oro, es pequeño, y representa un círculo de rosas. Cuando lo encuentre, ¿tendrá la bondad de dárselo a mi amiga, *lady* Eirin? Ella me lo hará llegar.

—Le doy mi palabra, *lady* Gleastard. Pero si quiere, mando que lo busquen ahora mismo.

—No, por favor, no interrumpa la fiesta por mí. Sé que lo encontrarán. Ahora debo irme, pero quede con mi amiga. —Miró con intención a las jóvenes—. Nos vemos luego, queridas.

—Pero ¿cómo? ¿No se van juntas?

—Naturalmente que sí, pero quiero despedirme de unos amigos. Nos vemos fuera. Gracias por todo, lord Glencoe, una fiesta magnífica.

—Buenas noches, *lady* Gleastard. He disfrutado mucho en su compañía.

Lady Gleastard dejó a los tres charlando y se fue muy contenta por el triunfo de su estratagema. Lanzó el broche bajo un mueble y salió.

Bajó los escalones con calma y con calma anduvo hasta la verja, sus amigas no tardarían mucho en abandonar la fiesta.

Entonces alguien llamó a Jane, en un susurro. La llamó varias veces, era alguien que estaba a su espalda y cada vez se acercaba más. Al final se volvió a mirar en un acto reflejo. Y se quedó paralizada. Ante ella estaba uno de los muchachos de Whitechapel, Clive Olson, seguía rubio, y desdentado como la última vez que lo

vio. Ahora la agarró por el brazo como si le perteneciese. «El pasado siempre vuelve, pero nunca en la forma que nos gustaría», aquellas palabras azotaron su mente de un modo terrible. Le ignoró y se sacudió de la garra sin lograr desasirse, él aún apretó más fuerte.

—Eres tú, sí que eres tú, por todos los diablos. ¿Qué haces aquí como una señorona?

—No le conozco, suélteme o llamo a la guardia.

—Mírala, qué finolis se nos ha vuelto nuestra princesita. ¿Qué pasa? —La cogió por los hombros y la sacudió—. ¿Te disfrazas de señora para pispar mejor? ¿O eres la querida de un señorón?

Mackenzie se sintió horrorizada, tenía que actuar rápido. Sacudió los hombros. Clive la soltó, ella se levantó las faldas y le clavó un rodillazo y corrió al vestíbulo de la casa.

Tan solo unos momentos después, entraba otra persona a la casa. Lo había presenciado todo y su rostro reflejaba una enorme satisfacción. Se trataba de Jo Ellen Crawford.

Fue una noche en Florencia. Mackenzie dormía en su habitación con vistas a la plaza de la *Signoría*. Cuando miró a la plaza antes de acostarse, le pareció que las estatuas del pórtico la vigilaban y la amenazaban con contar sus secretos a gritos si no se metía en la cama inmediatamente. Cerró ventanas, contraventanas, echó las pesadas cortinas y se metió en la cama de un salto. Llevaban un mes viajando por Grecia e Italia, y la última parada era Florencia. Después, a Francia, Normandía, pero ese sería un paso fugaz para regresar a casa.

En cuanto a lord Glencoe y *lady* Eirin, todo había salido según el plan establecido. Es decir, a pedir de boca. Se encontraron en Santorini, a donde él acudió con solo un día de diferencia. Se unió al grupo de turistas británicos en el que se hallaban las tres amigas y para cuando dejaron Grecia ya se habían prometido. Eirin no pudo esperar y le envió un cable a su madre con la noticia. Nora estaba muy ilusionada, tanto como una niña pequeña, y le confesó en secreto a Mackenzie, que ella no se casaría jamás y que permanecería siempre junto a sus padres. A Nora le asustaba el mundo adulto y se negaba a crecer.

En mitad de aquella última noche en Italia, Mackenzie se despertó asustada y desorientada. Las cortinas flotaban como las velas de un buque impelidas por el viento. Las contraventanas y la propia ventana se habían abierto a causa de un golpe de ese viento, entró en la habitación y levantó papeles y ropajes, y dejó su fría estela en el cuerpo de la joven. Al principio no sabía dónde estaba,

y solo la visión de las cortinas volantes la mantenía hipnotizada. Poco a poco esos cortinajes fueron tomando la forma de las velas de un navío, y poco a poco también, esas velas se fueron desgarrando hasta soltarse de los mástiles. Empezó a llover…

… La tempestad azotaba rostros y cuerpos de los marineros del HMS Phantom en una lucha denodada contra los «sesenta aulladores». La furia de los elementos contra aquellos hombres sitiados en el borde del fin del mundo no daba tregua. La nave escoraba a estribor y parecía que el mar se los tragaría. A babor, imperturbable vigía, el peñón del cabo más maldito de cuantos haya, el de Hornos. Capitaneaba Gleastard tan imperturbable como el peñón, clavado en el alcázar como un mascarón a su proa. No le asaltaba ni la más mínima duda en cuanto a las maniobras.

—Todo a babor —le gritó al timonel. Siguió para el primer oficial—: ¡Corred el trinquete a dos puños!

—¡Corred el trinquete! —repitió el teniente Brandon.

—¡A dos puños! —se hizo eco Hughes, segundo oficial y añadió —: ¡Aceite por la borda!

—¡Cargad mayor y mesana! —ordenó el capitán Gleastard.

Siguieron las voces de los oficiales:

—¡Cargad mayor!

—¡Cargad mesana!

Parecía que la fragata HMS Phantom se enderezaba y recobraba el poderío, pero olas como montañas la llevaban de nuevo a lado y lado, y una y otra vez topaba con agua convertida en roca, el casco se astillaba y los calafates no podían hacer nada para repararlo desde el interior. El agua entraba por todas partes y barría la cubierta de proa a popa y de babor a estribor, como una monstruosa lengua hambrienta.

De pronto, Trevor vio cómo se desgarraban los aparejos del trinquete y el mastelero del trinquete se partía, lanzando a parte de la tripulación contra las bordas a babor y estribor.

—¡Hombre al agua! —Se escuchó.

—¡Hombre al agua! —gritó otra voz.

De alguna parte y del todo inoportuno, surgió Grey Reashart, el jefe de la delegación de asesores. Cuando Trevor lo vio, dio orden inmediata de «¡encerrar a ese cretino!». Sin embargo, el mar decidió llevárselo consigo antes. El capitán Gleastard, en un esfuerzo titánico, se mantuvo impertérrito y desafiante ante los «sesenta aulladores», pero estos, dispuestos a no perder la batalla arreciaban su hostigamiento sobre la fragata. La cangreja se desprendió de la

botavara y azotó los mástiles hasta que solo quedaron jirones. Aun así, consiguió doblar el cabo contra todo pronóstico. Y… de repente fue como si el infierno hubiese cerrado sus fauces. A pesar de la tremenda hazaña, fue como ir a morir a la orilla después de haber atravesado los confines del océano, porque la mesana se soltó y bajo el control de los vientos osciló violentamente cual palo de ciego. Trevor saltó a cubierta y corrió hacia su segundo oficial al ver que iba a ser golpeado. ¿Dónde diablos estaba Brandon?

—¡Cuidado! —Lo apartó.

Saltó para regresar al alcázar, pero entonces el mástil de mesana se partió y les dio de lleno a ambos. Quedaron tendidos sobre cubierta, heridos e inconscientes.

En Dublín recibieron la terrible noticia con estupor, después de atravesar el Cabo de Hornos el HMS Phantom había zozobrado en una bahía del Chile austral. No había más noticia del estado de la tripulación ni del pasaje. Otras noticias eran aún peores, corría el rumor de que el capitán Gleastard iba a ser llevado ante un tribunal disciplinario por la pérdida del buque. Además, debido a una denuncia de los funcionarios de la corona se añadía una durísima acusación en su contra, el homicidio del señor Grey Reashart.

Todo el mundo creyó que Mackenzie había enloquecido, pretendía coger el primer barco y llegar hasta allí para buscar a Trevor. Nadie era capaz de hacerla entrar en razón. Un doctor le recetó gotas sedantes que resultaron incapaces de contener su angustia. Finalmente, fue el templado *sir* George quien logró volverla en sí:

—Me voy a Londres. Acudiré al almirantazgo en calidad de representante legal de lord Gleastard, y obtendré de primera mano las debidas confirmaciones. *Lady* Mackenzie, confíe en mí. Lo devolverán a casa sano y salvo y todo se aclarará.

—Iré con usted, *sir* George. No podrá impedirlo.

Con tal determinación e intransigencia, *lady* Gleastard consiguió que los tres se mudaran a Bloomsbury. Allí alquilaron una casa para poder instalarse con el servicio, que los había acompañado todo este tiempo.

Lady Danford se sobreponía de su propia angustia ante ellos porque detestaba ser motivo de compasión y porque confiaba plenamente en *sir* George.

Cierto día, Mackenzie les sorprendió con las manos enlazadas. No quiso perturbarlos y desapareció con una sonrisa bajo la nariz antes de ser vista. Por otra parte, en tan duros momentos descubrió

algo más del valioso y discreto *sir* George. Contaba con muchas y buenas amistades entre los parlamentarios y mantuvo varias reuniones para recabar apoyos. Mackenzie no sabía por qué, pero cada vez que *sir* George actuaba, ella sentía el mayor de los sosiegos.

La mañana que cambió todos los días fue la del día en que todo empezó mal y continuó peor.

A Mackenzie le llegó una carta de Eirin en la que entre otros chismes le contó con una advertencia previa: «no te enfades». Solo con leerla se puso en guardia.

«… Los Crawford han decidido mudarse a Londres. Tengo entendido que se van renegando de Irlanda, y ahora pretenden hacerse con la sociedad londinense. A buen seguro, pretenden cazar un parlamentario. Te digo que me recuerdan a ciertos parásitos, medran, chupan la sangre y no aportan nada…».

Por el contrario de lo que pudiera parecer, Mackenzie no se molestó. En su mente no había lugar para la estúpida Crawford, en esos momentos. Solo le interesaban las noticias que pudiese traer *sir* George. Y *sir* George apareció muy enfadado. Era la primera vez que recordaba haberle visto aquella expresión desde que lo conocía, tampoco *lady* Danford recordaba haberlo visto jamás así.

—¿Qué ocurre, *sir* George? —le preguntó con la voz entrecortada por la ansiedad.

Mackenzie no preguntó, solo le miró con el magnetismo de sus inmensos ojos de tigre:

—Tranquilas —dijo. Y les pidió que tomaran asiento.

—Ese «tranquilas» no ha sonado demasiado bien, George.

A *lady* Danford se le escapó el trato familiar, pero no le importó. Mackenzie tragó saliva.

—Más vale que hable, *sir* George —el tono de *lady* Danford resultó amenazante como el de una esposa al esposo pillado en falta.

Si la situación hubiese sido otra, Mackenzie se hubiese reído, pero nada más lejos de eso. Estaba pálida, demacrada y le costaba respirar.

—Queridas, me temo que se abre un duro capítulo para lord Gleastard. En el almirantazgo no es que no me den información, es que me la ocultan. Hay algo opaco, demasiadas evasivas. No me facilitan documentos, bajo pretextos fútiles.

Las mujeres no fueron capaces de decir nada, solo escuchaban. *Sir* George, prosiguió:

—No me cabe la menor duda de que van a por él. Ignoro la razón. Debido a ello, la defensa la vamos a llevar juntamente con el

despacho de Brown y Wickford. Son expertos en legislación naval y los mejores. Vengo de hablar con ellos y ya se han puesto a trabajar.

—Nunca he sentido tan fuertemente como hoy, que eres nuestro protector, querido George —admitió *lady* Danford, emocionada.

Mackenzie se preocupó aún más de lo que ya estaba.

—Dios mío —murmuró.

Y se levantó para apoyarse en una de las ventanas. Del resto de la conversación, solo escuchó sonidos como quien oye llover.

Por la tarde se fue ella sola a la sombrerería. Lo hizo aconsejada por *lady* Danford que no podía acompañarla por tener visitas «aburridas» que aguantar como ella misma dijo. «Encarga tres o cuatro, distráete querida». Y así fue, compró dos que le sentaban magníficamente, dio la dirección de entrega y encargó otros dos. Cuando salió a la calle, Clive Olson salió tras ella desde una esquina.

—Últimamente nos vemos mucho, tú —le espetó—. ¿Es que quieres algo conmigo?

—Déjame en paz —se encaró esta vez, Mackenzie—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero? ¿Joyas? Te lo doy.

Él echó un ojo lascivo al anillo de Claddagh.

—*Quiá*, dinero dice. Tengo todo el que me pillé con mi socio en —hizo burla— Baaaath. ¿Qué hiciste con el anillo de Dylan?

—Era mío y no te importa.

—Dame ese anillo y no me verás más. Ni le diré a nadie que te he visto. Para mí será como si no existieras. —Se tocó los labios con las yemas de los dedos en señal de palabra.

La princesa de Whitechapel se impacientó.

—Mira. Puedo darte otra cosa mejor.

—¿Cómo qué? —Adoptó una postura de desfachatez.

—Una enorme tiara de plata repleta de brillantes, unos pendientes de brillantes que llegan hasta los hombros, y un collar de perlas que te puedes dar seis vueltas. Ven a mi casa y sé discreto.

Sacó una tarjeta para darle la dirección, pero cuando él estaba a punto de cogerla, cambió de idea, y la escondió antes de que el hombre les pusiese los dedos encima.

—Comprende esto que te diré, Clive.

Lo llevó al callejón donde no podían ser vistos, con una mano presionó la garganta y con la otra los genitales.

Alguien estaba pendiente de la maniobra al otro lado de la calle. Jo Ellen Crawford, con una de sus damas bobas, presenciaron el fatídico encuentro.

—No puedo creer en mi buena suerte, Laury —celebró fuera de sí—. Tiene un amante de baja estofa.

—Porque puede que ella también lo sea, ¿no es cierto? —aplaudió la pusilánime, Laury.

—Ha sido un buen día para venir a comprarme un gorro nuevo. Si tu hermano no tardase en venir a reunirse con nosotras podríamos pedirle que le siga, y averigüe más cosas.

—Sabes que Richard está loco por ti. Hará lo que le pidamos. —Rieron—. Sí, mira. Por ahí viene.

Laury agitó la mano y Richard llegó a ellas sonriente.

En el interior del callejón, Clive Olson, sujeto por Mackenzie, estaba rojo por la asfixia, la tensión y el dolor.

—Nos veremos a las siete en San Pablo. Dentro. Allí te daré las joyas. Una vez las tengas, respeta nuestro acuerdo. Más te valdrá, porque de no ser así, te mataré con mis propias manos. ¡Júralo!

Él se esforzó en que se oyera su consentimiento:

—Lo juro, lo juro… Suéltame ya…

Ella lo echó a un lado del callejón y salió a la avenida como si nada. Cuando se perdió de vista, Richard seguía apostado en la otra acera, y vio cómo Clive salía del callejón y esperaba frente a la entrada de servicio del establecimiento de sombreros. Al cabo de un momento, salió un mozo con unos paquetes, el hombre le dijo algo, le dio unas monedas y se quedó con los paquetes. El chaval se fue saltando acera abajo, y el hombre acera arriba. Richard, lo siguió.

Cuando Mackenzie llegó a casa vio a alguien que la esperaba agazapado entre los setos. Reconoció las botas y los pantalones de Clive y se enfadó mucho. Decidida se plantó ante él. Clive Olson le tendió las cajas de los sombreros con una sonrisa angelical y caída de ojos.

—¿No habíamos quedado esta tarde en la iglesia? —le abroncó.

—Mi lema es: «no dejes para esta tarde lo que puedas hacer esta mañana».

—Está bien. Ve a la parte de atrás sin que te vean.

Mackenzie entró en casa con las cajas, puso especial cuidado en no ser vista y subió las escaleras. Del mismo modo obró Clive, que la esperó en la parte trasera. Igual que el empeñoso Richard, quien se cubrió tras un frondoso seto de azaleas y se clavó a la verja donde lo podía ver todo.

Mackenzie entró en el despacho, abrió la caja fuerte, cogió las

joyas, dejó en el mismo lugar los estuches vacíos, cerró la caja fuerte y colocó el cuadro delante. Sacó uno de los sombreros de su embalaje, y colocó las joyas en su lugar. Lo cerró y se coló por la parte trasera de la casa hasta encontrarse de nuevo con Clive.

—Aquí está —le entregó el paquete con firmeza—. Dile a la sombrerera que no me tome por idiota.

Clive abrió unos milímetros el envoltorio, miró el interior con codicia y satisfacción, volvió a cerrar y se llevó los dedos índice y corazón a la cabeza. Se fue diligentemente.

Richard abandonó el seto de azaleas y fue tras él.

—¿Y es de los bajos fondos? ¿Seguro? —Se escandalizó feliz en el salón de su lujosa casa, la Crawford.

—Segurísimo. Lo he seguido hasta Thrawl Street y me ha parecido suficiente.

—Has hecho bien, Richard, querido. —Jo Ellen le premió con un acercamiento y un roce de su barbilla en el cuello—. Con las noticias que traen los periódicos de ese horrible lugar, Whitechapel… Mejor no poner los pies ahí.

Richard, orgulloso comentó:

—Creo que ya poseéis una valiosísima información. Aunque no comprenda cómo la vais a utilizar.

—No te preocupes, hermanito, te enterarás pronto —le respondió Laury.

—No os preocupéis, voy a hablar con papá. Él sabrá lo que hay que hacer para dar con ese tipo.

Capítulo XX

Pocos días después, a la hora del té la tranquilidad en la casa de Bloomsbury se acabó para Mackenzie. Katie fue a buscarla al jardín donde la encontró en su rincón favorito, junto a las rosas. Leía un libro a solas con su té. *Lady* Danford y *sir* George se hallaban de visita en casa de un antiguo compañero de estudios en Oxford, de *sir* George. Un veterano coronel del Séptimo Regimiento de Lanceros.

—Un hombre la espera en la puerta de servicio, *lady* Gleastard. Dice que trae… Trae un recado para usted.

Mackenzie no quiso saber demasiado.

—¿Y por qué no lo coges tú? —le preguntó con fastidio.

—Insiste en que quiere hablar con usted en persona y en que no se irá hasta que la vea. No sabía si hacerle pasar o avisarla a usted. Lo he dejado en la puerta.

Mackenzie cerró el libro. Pensó un momento.

—¿Y por eso estás tan nervioso? —Se temía lo peor—. ¿Cómo es ese hombre?

—No sabría decirle, señora.

—¿Va bien o mal vestido?

—No sabría decirle, señora.

Mackenzie resopló.

—¿De qué color es su cabello, rubio?

Katie enrojeció.

—No me he fijado bien, señora. Dispense. Dice tener un recado para usted, y que no se irá hasta habérselo dado. Lo he dejado en la puerta de servicio, no sabía si…

Mackenzie resopló de nuevo, con más fuerza.

—De acuerdo. Iré. No es necesario que me acompañes ni aguardes. Ve a tus cosas.

—Pero…

—No hay «pero» que valga. A lo tuyo.

Katie Bassey se inclinó y se fue a toda prisa.

Mackenzie acudió a la parte trasera de la casa. Se ocuparía ella misma de la puerta de servicio. Respiró hondo, preparó la artillería y abrió. Al ver al hombre que aguardaba al otro lado palideció, se le cortó la respiración y el corazón se detuvo en su pecho. Se llevó ambas manos a la boca y los ojos de tigre se abrieron al máximo.

Ante ella, vestido con el uniforme de la Marina Real, el capitán Gleastard la miraba embargado por la emoción. Estaba imponente.

—Trevor —sollozó en estado de *shock*.

—Amor mío…

Soltó el petate y la envolvió en sus brazos, ella también se lanzó hacia su cuello. Se fundieron en un beso con lágrimas. Así entraron de nuevo a la casa y Trevor se encargó de cerrar la puerta con el tacón de su bota.

—¡Dios mío! ¡Lord Gleastard está aquí! ¡Está aquí! —informó Katie a sus compañeros con auténticos hipidos de emoción.

Nadie se reprimió, allí todos se emocionaron.

Solo al pie de las escaleras, Mackenzie se apartó para hablarle a Trevor, y entonces se fijó. Llevó la mano a su mejilla izquierda y la tocó con delicadeza. Una cicatriz iba de la oreja al pómulo del rostro de su hombre.

—Dios mío, te hirieron.

Trevor cogió la mano que lo acariciaba y la besó.

—Nada importante…

Ella así lo llevó, de la mano escaleras arriba.

—Pediré que te preparen un baño caliente, estás helado.

—Estoy hambriento.

—Primero el baño y luego la barriga…

Sollozó al pronunciar «barriga». Avanzaban por el corredor para llegar a la última habitación, la suya, y Mackenzie observó que cojeaba de la pierna izquierda.

—¿Qué te ha ocurrido, lord Gleastard?

—Nada importante, me pondré bien.

Mackenzie en persona se ocupó del baño. Cuando lo tuvo dentro de la bañera le pasó una esponja por la espalda, también magullada, y por el pecho, y por el hombro, con otra cicatriz, esta más profunda. Él, simplemente, se dejaba hacer, rendido a ella, adormilado, con los ojos cerrados.

—No pedía nada, solo poder regresar a tu lado…, y morir en tus brazos.

—Shisst. Aquí estoy. A tu lado. No pienso moverme.

Sentada al borde de la bañera, entonó una estrofa, mientras le pasaba la esponja de nuevo por la espalda. No pudo resistir la tentación y se inclinó para besarle el nacimiento del cuello,

entonces, Trevor la agarró por sorpresa y tiró de ella hasta sumergirla en la bañera delante de él. De nada sirvieron los gritos y protestas de la condesa. Él se le echó encima e hicieron el amor allí mismo. La dulzura y la pasión los llevaron a entregarse como la primera vez, y con la misma intensidad de la primera vez se amaron y gozaron el uno del otro.

Las risas entrecortadas que surgían de la blanca puerta cerrada se escuchaban en el corredor. Katie y Annie abandonaron el lugar ruborizadas y bajaron las escaleras a todo correr entre risitas cómplices.

Amanecieron desnudos, juntos y abrazados en el lecho. Y aunque se lo habían contado todo mientras Trevor devoraba un pavo asado entero, ahora Trevor, necesitaba seguir hablando.

—Le Roche nos encontró encorados en el arrecife…

—¿Qué es un arrecife?

—Rocas. Habíamos llegado a la bahía casi por inercia, como los ahogados agarrados a una tabla que el mar escupe a la playa.

Omitió relatarle que cuando despertó tras el golpe, siguió adelante con el gobierno de la nave, herido, sangrando y aturdido. Pero logró llevarla a aguas tranquilas y salvar la vida de sus ocupantes.

—Le Roche es el capitán de la Paradis, una corbeta francesa. Patrulla por las aguas de Tahití. Solíamos jugar al gato y al ratón cuando nos encontrábamos. La primera vez creyó que iba a abordarle, y yo no le saqué de su error.

La imaginación de Mackenzie se desataba más y más mientras escuchaba las palabras de su esposo. Deseó poder navegar junto a él. Algo imposible, pero ¿por qué no soñar con ello?

—Ahora le debo la vida —proseguía Trevor.

Mackenzie echó fuera de su mente los sueños y se centró en lo que le angustiaba, se estrechó contra él.

—¿Qué va a ocurrir ahora?

Trevor la contempló, no se cansaba de hacerlo. Le revolvió los larguísimos mechones rojos, era tan bonita…

—No debes preocuparte, mi amor. Todo va a arreglarse. Solo es el procedimiento, rutina.

—Sé que mientes para que me tranquilice, pero resulta que mientes fatal.

—Mi gata salvaje, deja de atosigarme —le decía perezoso, indolente, estaba tan a gusto apretado contra ella, tocándola—… Ya nos ocuparemos de todo eso mañana.

—¿Qué haces…?

Musitó ella rendida a una oleada de intenso placer. Él de nuevo se había librado al amor sin oponer resistencia, estaba dentro de ella, empujaba con dulzura, le decía palabras al oído con la respiración entrecortada:

—Tú me provocas y yo respondo…

—¿Yo?

—Sí, túúúú, *mo bhean tíogair*… *Is aoinbheann liom*… Mi mujer tigre… Te amo tanto…

Una fiera salvaje y sensual brotaba de las entrañas de Mackenzie cada vez que su hombre le hablaba en irlandés y así, lo llevó a la cumbre del placer. Y así fue cómo los encontró *lady* Danford cuando estaban en pleno orgasmo y a punto de estallar. Irrumpió la baronesa en la habitación, tal vez llamara, tal vez no, para preguntar entusiasmada y emocionada por su sobrino. Y aulló al huir sobrecogida por su propia imprudencia mientras corría y soltaba palabras atropelladas tras de sí: «ya veo que sí, ya veo que sí».

La jornada que siguió fue intensa y agotadora para Trevor. Lo contó todo de nuevo a su tía y a *sir* George. Mantuvo una reunión con él para aclararle todos los detalles, y finalmente con Brown y Wickford, que le animaron bastante. Lord Gleastard estaba desorientado en cuanto a una denuncia que no comprendía, y en su interior, destrozado por ello. Le había entregado su vida entera al mar, había servido a su país con valor y honor, y ahora dudaban de él y ponían en entredicho su reputación. Para un hombre honesto y leal como él, resultaba incomprensible.

—Sé que ha sido una sorpresa desagradable para usted, lord Gleastard, pero jamás hemos perdido un solo juicio —le aseguró Wickford muy serio—. *Sir* George ha obrado bien al acudir a nosotros.

Salió de aquella reunión sintiéndose algo más reconfortado, aunque no mucho.

Lady Danford había aceptado una invitación en casa de lord Caversham para celebrar la fiesta de cumpleaños de *lady* Caversham. Llegaron temprano y fueron muy bien recibidos, todo era tan alegre y perfecto, que incluso Trevor logró desplazar la angustia de la incertidumbre y los negros pensamientos. Desde luego los condes irlandeses eran la pareja del año, todo el mundo tenía algo que decirles, todo el mundo encontraba graciosos sus chistes. *Lady* Danford no ocultaba su orgullo. Todo era perfecto.

Demasiado.

De pronto irrumpió otra pareja del año, Jo Ellen Crawford y su padre. Ella vestida de plata y pieles de zorro ártico. Se contoneaba como una serpiente complacida al ver la cara de sus presas mientras se enrosca alrededor de ellas. Enjoyada de manera espectacular con perlas y brillantes, destacaba su preciosa diadema también de brillantes. La concurrencia elevó sus murmullos de admiración al verla, pero Mackenzie se quedó helada. Llevaba puestas las joyas que le había dado a Clive. Las joyas de *lady* Danford. La baronesa también las reconoció al punto.

—Espero que tengas una buena explicación para eso —le dijo a escondidas.

Mackenzie iba a replicar algo, pero la dama la acalló:

—Me lo contarás después, ahora procura disfrutar de la fiesta.

Era imposible. El comportamiento de la Crawford resultaba simplemente nauseabundo e insufrible, más cuanto le procuraba un éxito y popularidad extraordinarios. Sin duda era la triunfadora allá donde se presentaba. Solo le hacía falta chasquear los dedos y ya se montaba un corrillo a su alrededor. Pero es que nadie veía que era una serpiente maligna, pensaba Mackenzie en el colmo de la frustración. ¿Por qué era tan tonto el mundo?

Y de la manera más tonta fue cómo explotó el drama. Trevor también reconoció las joyas y se sintió molesto.

—¿Por qué lleva tus joyas esa mujer, Mack? —le preguntó.

—Bueno, serían las de tu tía. Yo no tengo demasiadas —salió por la tangente Mackenzie.

—No desvíes el tema y respóndeme. —Se puso muy serio él.

Mackenzie titubeó:

—No lo sé, yo no creo que sean las mismas, son parecidas…

—También mientes fatal, ¿lo sabías?

Molesto, se alejó unos pasos para unirse a un grupo próximo. Mackenzie aún estaba aturdida cuando Jo Ellen se arrimó a ella y la interpeló:

—¿Qué ocurre, querida? ¿Una riña de enamorados?

Mackenzie la miró a los ojos con un arrebato de odio, precisamente lo que la Crawford se había propuesto:

—¿Ya la ha pillado con su amante? —la provocó con un *sottovoce* que en realidad era una voz alta camuflada para llamar la atención de todo el mundo.

Y la llamó. El grupo de Trevor calló al momento y escuchó atentamente, él también. *Lady* Danford y *sir* George se acercaron en alerta. El resto de los invitados junto a sus anfitriones también

acabó por olvidar sus conversaciones para contemplar la escena con la máxima atención.

—¿Qué amante? —replicó Mackenzie echando fuego.

—El suyo, querida. Nos enteramos por pura casualidad, cuando mi padre me compró estas joyas, ¿verdad, papá?

Enrolló el dedo índice entre las perlas, mientras el señor Crawford llegaba junto a su hija.

—Vamos, querida —le dijo—, es mejor que lo dejes.

Pero ella no se movió. Mackenzie, en un descuido funesto, perdió el control.

—¿Compradas? ¡Ja! Esas joyas son robadas.

El brillo de la victoria relumbró en los malvados ojos violeta de Jo Ellen, ¡ya la tenía!

Alzó la voz triunfal:

—¿Y cómo sabe usted eso, querida? ¿Nos lo contará?

Los nudillos de Mackenzie emblanquecieron de tanto como apretó los puños, por más que pensaba deprisa no daba con una salida adecuada, estaba atrapada en un laberinto. Pero la Crawford no iba a retroceder sobre el terreno ganado, continuó:

—¿Confesará alguna vez que no es usted quien dice ser, sino una impostora?

Mackenzie palideció, sus ojos se habían agrandado, sus pupilas dilatado, parecía al borde del desmayo. *Lady* Danford también estaba blanca. *Sir* George en guardia. Trevor se acercó a Mackenzie para apoyarla, no le dio tiempo a zanjar el enfrentamiento porque la Crawford continuó implacable e imparable:

—La princesa de Whitechapel, ¿le suena? Jane Red, una rea que escapó del cadalso por criminal.

«La princesa de Whitechapel», recordó Trevor. ¿Qué demonios ocurría? Su ceño se frunció. *Lady* Danford sintió que le faltaba el aire, *sir* George le infundió valor apretando su brazo.

—Su amigo especial, Clive Olson, nos lo reveló todo. Y ahora sabemos quién es usted de verdad y por qué se entiende con él.

—Eso no son más que patrañas —se hartó Trevor—. Calumnia a mi esposa por despecho, cualquiera lo sabe. Pero todo tiene un límite. Nos veremos en los juzgados.

—Ah, ¿sí? Me pondré a la cola, porque a usted se le acumulan los pleitos.

La gente ya murmuraba, estaban sobrecogidos, no sabían qué creer.

—Pruebe lo que dice, o cállese —escupió Trevor.

La Crawford se encogió de hombros.

—Está bien, como quiera —dijo—. Esa princesa callejera de ese horrendo lugar, la princesa de Whitechapel, tiene una marca de nacimiento en el omoplato izquierdo, un corazoncito. ¿Estoy en lo cierto, querida, o no?

Trevor, completamente hundido, cerró los ojos, había visto y besado tantas veces ese pequeño corazón. La Crawford arrebató la estola de Mackenzie de un tirón y dejó a la vista de todos, su espalda desnuda de piel blanca como la porcelana de una muñeca. Ambos omoplatos bien visibles y sin rastro de marca de nacimiento alguna. A la Crawford se le agrandaron los ojos debido al estupor y se le borró la risa de repente. Su padre no consiguió arreglarlo, la gente le dio la espalda. *Sir* George intervino:

—Ayer mismo denuncié un robo en nuestra casa de Bloomsbury. Sustrajeron joyas de mi querida amiga, *lady* Winifred Danford. La policía investiga el caso.

Algunas damas trataron de consolar a Mackenzie, pero entre *lady* Caversham y *lady* Danford la sacaron de allí llorando. Esperó a Trevor en el coche. En cuanto estuvo dentro, las lágrimas cesaron. Era teatro. Aunque sabía muy bien que por más que hiciera su imagen ya estaba dañada y la gente poco a poco les iría dando de lado. Solo les quedaba regresar a Irlanda, a su refugio de Wildwood Towers donde nadie podría dañarlos, cuando todo acabara.

—Espero una rectificación —le dijo lord Caversham al señor Crawford, que no fue capaz de sostenerle la mirada.

Unos segundos después interceptó a Trevor cuando este se disponía a abandonar la residencia.

—Lamento este bochornoso espectáculo, lord Gleastard.

—Yo también, lord Caversham. Yo también.

Se dieron la mano.

—Suerte, amigo —le deseó lord Caversham como despedida.

Por la manera violenta de subir al coche, Mackenzie ya comprobó que Trevor estaba muy enfadado. Indicó al cochero que arrancara con dos golpes sin abrir la boca.

De repente se impacientó, agarró el brazo de su mujer, le quitó la estola, y con el pañuelo frotó el omoplato a la altura de la mancha, sin importarle sus protestas e improperios. El corazón no tardó en aparecer. Entonces la soltó.

—¿Por qué has hecho eso? —gimoteó Mackenzie de pura indignación.

—Mientes fatal, ¿lo sabías? ¡De pena! —la increpó.

—No me grites.

—¿Por qué no habría de hacerlo? No sé por qué no detengo el coche y te dejo en mitad de la calle.

—¿Serías capaz? —le dijo bajando la voz, ahogada por el dolor.

—No sé de lo que sería capaz ahora mismo —se aplacó Trevor—. Vengo después de tanto tiempo y las desgracias pasadas con el único propósito de encontrarme con la luz de mis días y mi consuelo, y me encuentro con que todo es una mentira. ¿Cómo quieres que me sienta?

—No es ninguna mentira.

—Ah, ¿no? ¿Me obligarás a repetir que mientes fatal?

—No. No te miento. Te amo con todo mi ser. Y —sollozó de verdad—, te necesito a mi lado.

Trevor ya no gritaba, también él sentía un dolor inmenso en su corazón.

—¿Y por qué habría de creerte, Mackenzie? Si es que de verdad te llamas así. Ahora todo tiene sentido…

Procuraba mantenerse alejado de ella en el extremo del coche, ni siquiera la miraba. Mackenzie quiso tocarle el brazo y él la rechazó de malos modos.

—¿Podrías escucharme, por favor? Te lo contaré todo.

—¿Para qué? ¿Para escuchar más mentiras? No, gracias, mantente callada y alejada de mí. Lo más lejos que puedas, no quiero verte más.

Mackenzie se tragó las lágrimas y la pena que anudaba su garganta.

—Eso es como romper, ¿no?

—En efecto.

Mackenzie se quedó un momento inmóvil, luego procesó aquellas duras palabras mientras asentía con un gesto mudo de la cabeza. Suspiró con gran pesar y se deslizó hasta el extremo opuesto del coche.

Capítulo XXI

—George, sería una tragedia que se separaran —se lamentaba la baronesa—. Ambos serían muy desdichados, y perjudicaría desastrosamente el funcionamiento de Wildwood Towers y…

—Es solo un enfado de enamorados, querida. Se arreglarán.

La mujer le miró ceñuda antes de insistir:

—Sabes que es mucho peor y definitivo. Mi sobrino me ha dicho que no quiere saber nada de ella, que le busquemos un hogar, que piensa divorciarse. No veo que tenga arreglo. Y encima en estos momentos en que tanto la necesita.

—¿Y cómo está ella?

—Mal, encerrada en su habitación desde que él no ha vuelto a entrar. Me ha dicho que se va a un hotel. Estará lo que dure el juicio y luego se irá. Que no piensa esperar a que la eche.

Sir George expulsó aire con pesar y sacudió la cabeza.

—Hice mis comprobaciones y todo me pareció correcto.

—¿Qué quieres decir?

Sir George la miró con franqueza.

—Lo sospeché desde el principio, ¿sabes?

Depositó la fotografía de una mujer en la mesita, ante la mirada aterrorizada de *lady* Danford. Era la fotografía de la auténtica señorita Burton, de largo olvidada por la baronesa.

—El anterior conde, tu hermano, me la mostró. Pero no te asustes, comprendo por qué se ha hecho. Un día fue un medallón derretido en el fuego, me lo mostró Katie, sin picardía. Otro día fue el brazalete de la americana. Y otro día fue la carta que la propia *lady* Gleastard le escribió a su marido ausente, donde se lo confesaba todo y lo que aún, es más, le contaba que había tratado de decírselo hasta en tres ocasiones, pero que él no le había prestado suficiente atención… Su amor por él está fuera de toda duda.

Lady Danford tragó saliva.

—¿Apruebas o desapruebas lo que hice? Sé sincero, por Dios —imploró *lady* Danford.

—Ni apruebo ni desapruebo ni juzgo. No soy nadie para hacerlo. Las cosas son como son y cada cual las vive como mejor puede.

—Entonces…

—Yo hago lo que debo hacer. Y lo que debo hacer es proteger a los míos. *Lady* Mackenzie Gleastard es de los míos, tanto como tú misma y lord Gleastard.

Lady Danford respiró aliviada y sus ojos empezaron a brillar bañados en lágrimas de gratitud.

—Todo es correcto. Esa pobre muchacha, Jane Red, permanece enterrada en San James bridge, cerca de Anfield. Así lo certifica y rubrica su reverendo. Fin de la difamación —zanjó el administrador.

Lady Danford agarró las manos de *sir* George.

—De acuerdo, querido. Todo es correcto para nosotros, pero… ¿Y para el cabezota de Trevor?

—De ese testarudo me encargo yo, no te preocupes.

Sir George le regaló una suave carantoña en la mejilla, con una reconfortante sonrisa.

Mackenzie cogió una de las camisas de Trevor, la dobló con cuidado y la puso sobre la cómoda. Luego, se quitó el anillo y lo dejó sobre la camisa. Resultaba de una belleza dramática, incluso tristemente poética. Una pequeña maleta aguardaba sobre el lecho, era todo su equipaje. La cogió y salió. Solo se despidió de sus amigos, la señora Parson, la señora Barrows, el señor Byrne, Katie y Annie. Les rogó que la encubrieran, especialmente a Katie, para que la creyeran encerrada en su habitación. Ellos le desearon la mejor de las suertes con el corazón completamente roto. Katie no pudo reprimir las lágrimas, adoraba a su señora, y nada iba a ser igual sin ella. Se lo dijo. Mackenzie la estrechó en sus brazos como si fuese su hermana. Y se marchó de aquella casa, sin volver la vista atrás.

En el estudio, junto a la caja fuerte, *lady* Danford contemplaba apesadumbrada los estuches vacíos. Recordó el inmenso dolor reflejado en el rostro de Mackenzie mientras le contaba todo, absolutamente todo, lo referente al terrible episodio vivido con Clive Olson. Y ella misma ahora sentía ese mismo dolor como propio en su estómago, clavado, sin que nada pudiese aliviarlo. La joven le prometió que cuando pudiera arreglar las cosas, esas joyas volverían a ocupar su lugar en los estuches. Y aunque *lady* Danford trató de reconfortarla, e impedir que sintiese culpa, no lo consiguió.

Tras la cena, *sir* George se quedó a solas con Trevor. Encendió su pipa con parsimonia y boqueó el humo con mayor parsimonia aún. Ese fue el momento en que *lady* Danford se disculpó para ir a acostarse. Antes de abandonar el comedor plantó un beso en la mejilla de su sobrino y le apretó el brazo infundiéndole el calor del

cariño. Cuando se hubo ido, *sir* George le comentó:

—Lord Gleastard, he redactado unos documentos para su tranquilidad, solo por si fueran necesarios. De no serlo, los destruiré.

—Mi patrimonio podría quedar comprometido en caso de… —Ladeó la cabeza—. ¿No es eso?

Sir George le miraba a través de la columna de humo que lo envolvía:

—Solo para estar prevenidos.

—De acuerdo.

Se hizo un silencio que *sir* George decidió interrumpir. Fue directo al grano:

—¿Cómo van las cosas entre *lady* Mackenzie y tú?

—Estoy considerando pedir el divorcio. Pero primero prefiero centrarme en el juicio.

Sir George quedó impactado, pero no lo demostró:

—¿Se acabó el amor?

Trevor, incómodo, se levantó de la mesa y se refugió en la chimenea, le dio la espalda.

—Todavía sientes algo por ella —fue la conclusión en voz alta de *sir* George.

El administrador pudo observar la agitación que sacudía las espaldas del conde.

—Solo siento rabia y dolor —le confesó amargado.

—Rabia y dolor, son las auténticas corazas del amor —siguió con sus reflexiones el sabio caballero.

Trevor se volvió, iba a decir algo, pero acabó callado. Apretó el puño y lo llevó a la barbilla con fuerza.

—No habrás creído que tu esposa tiene un amante.

—Por Dios, qué disparate.

—Ah. Entonces no entiendo demasiado bien lo que…

—Me ha engañado.

—¿Engañado?

Trevor no respondió. *Sir* George continuó con su ofensiva:

—Ya veo. ¿Ella no te ama?

—No lo sé…

—¿No lo sabes? —El administrador arqueó las cejas.

—Supongo…

—¿Supones? —se alteró por primera vez *sir* George.

También él se levantó de la mesa.

—Ven conmigo al estudio. Quiero mostrarte algo.

Se dirigieron a él a paso casi marcial. Dentro, *sir* George fue

directo a la mesa, abrió el cajón y sacó el cuaderno de notas de Trevor. Lo blandió ante él.

—¿Reconoces esto?

—Parece mi cuaderno de notas, pero yo lo dejé en Wildwood Towers.

—¡Exacto! ¿Y sabes por qué está aquí? Porque *lady* Makenzie Gleastard te ha guardado las ausencias hasta la mayor preocupación para nosotros. Me pidió personalmente que me ocupara de traer algunas cosas tuyas. Entre ellas, esto. —Tiró el cuaderno a sus manos.

Trevor lo hojeó sin entender y volvió a dejarlo sobre la mesa.

—¿Y qué? —preguntó.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre? Me pregunto de qué estáis hechos los hombres jóvenes de hoy.

—No le comprendo, *sir* George, de veras.

—En este cuaderno ella guardó una carta para ti. De considerable longitud. Quería que la leyeras en cuanto volvieses. ¿Comprendes?

Trevor miró a *sir* George como si se acabase de encender una enorme vela en una habitación oscura.

—En esa carta te lo cuenta todo, absolutamente todo, sin omitir ningún detalle. Pero lo mejor es su final. Te lo voy a leer.

Entonces, ante el asombro de Trevor, el administrador extrajo un sobre malva. El lacre había sido roto. Levantó la punta de algunas de las hojas y encontró lo que buscaba. Lanzó una breve mirada de reojo a su interlocutor.

—Evidentemente lo sé porque intercepté la carta y la leí. No me hubiese hecho falta, en realidad. Tenía conocimiento de todo el asunto. Dice en el renglón final:

«Pase lo que pase y hagas lo que hagas cuando leas esto, yo habré de amarte siempre, estemos juntos o separados, porque mi vida te pertenece. Me la diste cuando me diste tu amor.

Mackenzie Gleastard».

Sir George se complugo en guardar silencio y observar el descolorido semblante de Trevor. Su nuez se movió arriba y abajo, tragaba saliva, dolor y temor. Temor por haber perdido a la mujer de su vida.

—¿Quieres —volvió a blandir la carta delante de sus narices— conocer todo su contenido? ¿Para saber una verdad que ya sabes? ¿La única que debería importarte?

Trevor le arrancó la carta de las manos.

—¡No! —rugió.

Y lanzó al fuego el sobre con sus cuartillas dentro.

—No necesito leer nada para saber lo que ya sé.

Ambos hombres vieron cómo la carta se consumía en el hogar hasta que no quedó de ella ni las cenizas. Luego Trevor miró a *sir* George con gratitud y se marchó apresurado.

Corrió hasta la habitación de Mackenzie, y llamó. Esperó. No obtuvo respuesta. Impaciente por verla, abrió con cautela y cuando entró, la decepción se reflejó en su rostro. Ella no estaba, y el vacío que había dejado le abofeteó en la cara varias veces. Supo que se había ido porque faltaban cosas, la maleta, el monedero, alguna ropa. Muy poca, había dejado la mayoría de las piezas. Se animó, tal vez solo había querido ausentarse unos días para serenarse. Iría a buscarla. Eso haría. Entonces fue a mirar los cajones de la cómoda, faltaban cosas, demasiadas, y cuando levantó la vista lo vio. El anillo de Claddagh, sobre una camisa… Supo que la había perdido sin remedio y su corazón quedó devastado. Golpeó en el borde del mueble con los nudillos, no le importó el dolor, solo sentía el de su corazón, y ni siquiera fue consciente de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

El primer día de juicio no fue bien. La acusación era seria, y la pena, severa, expediente, degradación y expulsión de la Marina Real, además de pena de cárcel. El juicio a puerta cerrada porque era corte naval, mantenía a *lady* Danford consumida en un banco.

—¿Se sabe algo? —le preguntó Mackenzie acercándose.

Vestía un traje masculino de riguroso negro, el cabello recogido en una *hattera* calada hasta las orejas. Parecía un mozuelo y no se la reconocía.

La baronesa se regocijó al verla.

—¡Estás aquí, querida! Pero ¿dónde te habías metido? Nos tenías muy preocupados.

—Estoy aquí, ¿no? Y no me voy a mover —dijo sentándose junto a ella.

—¿Qué vestimentas son esas?

—Yo sé mis cosas…

Lady Danford sacó el pañuelo y lloriqueó.

—También os habéis ido a enfadar en un momento, que… Hace solo un instante ha salido George, con mal semblante. Me ha dicho que van a por él. Que les encanta dar ejemplo de disciplina férrea.

A Mackenzie se le encogió el estómago debido a la

preocupación, pero trató de animar a la baronesa.

—Querida tía, no se preocupe. Sé cómo enterarme de todo. Voy a la tribuna de la prensa, ni siquiera notarán que estoy allí.

Le mostró un bloc de notas y un carboncillo, y echó a correr. Más le hubiera valido no ir. No llevaba ni una hora y ya sentía la enorme necesidad de vomitar debido a la alta injusticia que presenciaba. Era intolerable. Se cortaban los argumentos de la defensa continuamente, el fiscal se burlaba de ellos, varios marinos mintieron con descaro, pero el peor fue el teniente Owen Brandon. Dijo que el capitán abandonó el alcázar, que no logró localizarlo y que tuvo que ser él quien gobernara la nave, que el accidente mortal del señor Grey Reashart, hubiera podido evitarse si el capitán hubiese ordenado encerrar al pasaje bajo llave, cosa que no hizo.

Le preguntaron si el segundo oficial había sobrevivido y respondió que no. Que murió aplastado por el trinquete. Cuando le preguntaron si el trinquete también había golpeado al capitán Gleastard, respondió que no podía saberlo porque el capitán no estaba en su puesto de mando. E insistió mucho en este aspecto. Trevor quería saltar a su cuello, pero los abogados lo aplacaron. Tras dos largas horas más, se dio por acabada la primera sesión y se emplazó al tribunal para el día siguiente.

Mackenzie regresó junto a *lady* Danford. Esperó junto a ella de pie, con una pierna apoyada en la pared. Por fin, tras una larga espera, llegaron los hombres ante ellas. La joven condesa continuaba pensando que el capitán Gleastard estaba imponente con el uniforme.

—El testimonio de su primer oficial es vacilante y lleno de contradicciones e imprecisiones, pero conseguiremos desmontarlo con el nuestro de Le Roche —aclaró Brown.

Wickford parecía más taciturno.

—Wickford, puede decir con franqueza qué le preocupa —le empujó a hablar, Trevor.

—Seré claro, sin el testimonio del profesor Mordekay Aniston, la cosa está un poco en la cuerda floja.

—Los investigadores no han conseguido dar con él, aunque podría ser que en las próximas horas lo logren. De todos modos, no va a llegar a tiempo para prestar su testimonio —aclaró *sir* George.

—Nos esforzaremos en agrandar lo que tenemos. Le sacaremos al capitán Le Roche un gran testimonio —le animó Wickford.

—Juro que no recuerdo que Hughes, el segundo oficial muriese. Lo recuerdo muy malherido a mi lado, hasta que el doctor Clarence

se lo llevó —se reafirmó Trevor.

—No desespere, capitán Gleastard. Lo seguiremos buscando hasta que lo encontremos a él o el certificado de su muerte —le aseguró Brown.

Los abogados le dieron más ánimos y le recomendaron que confiara en ellos. Se despidieron cortésmente y se fueron. *Sir* George, tras un par de miradas furtivas, reconoció a Mackenzie.

—Hasta mañana —dijo ella.

Se despidió y se fue como quien era, la princesa vestida de hombre, más tiesa y arrogante del mundo.

Tarde reaccionó Trevor, miró a *sir* George, y corrió tras ella.

—Corre —le gritó el administrador.

—¿Crees que la alcanzará? —se angustió la baronesa.

—Más le vale.

Sir George le ofreció el brazo.

—Te invito a comer en el Palace, querida mía. ¿Vamos?

Trevor casi alcanzó a Mackenzie antes de llegar al Puente de la Torre. Ella, al ser consciente, redobló la velocidad de las zancadas y serpenteó por las callejuelas, hasta que llegaron a Popplar. Allí se metió en una pensión de mala muerte, con las paredes desconchadas y olores desagradables. Trevor consiguió acceder. Ella siguió corriendo escaleras arriba y él, detrás. Ambos jadeaban por el esfuerzo, pero seguían corriendo. En el descansillo, Trevor consiguió acortar distancias, pero una mujer con apariencia de prostituta se interpuso y Mackenzie consiguió llegar a su habitación, entrar y cerrar la puerta a cal y canto. Trevor se pegó a la puerta y llamó insistentemente. Salió la vecina de enfrente, una mujer con el moño mal puesto.

—¡Déjalo entrar ya! ¡Maldita sea, no quiero oír más escándalo! —Y dio un portazo que hizo retumbar todas las paredes, incluso que cayeran pedazos de pintura reseca.

—Por favor, Mack. Ábreme.

—¡Vete! —gritó ella desde el otro lado de la puerta.

—Sabes que no lo haré —insistió él.

—¡Qué tengo que hacer para que te vayas! —gritó furiosa Mackenzie.

—Abrir la puerta —respondió él en el colmo de la desfachatez.

Durante un momento no se oyó nada, hasta que Mackenzie habló de nuevo sin gritar.

—Vete, Trevor, por favor. Te lo suplico.

—Olvídalo, no voy a dejarte aquí sola. Además, he corrido por ti

con una pierna lisiada, merezco que me abras. Me tomo un té y me voy.

De nuevo el silencio. Esta vez lo interrumpió el sonido de la llave al dar la vuelta en la cerradura. La puerta se abrió.

Recibió un tortazo de bienvenida.

—Un té y te vas —dijo a regañadientes.

Él entró con la mano en la cara. Vestida de hombre le resultó fascinante. Obnubilado por su visión intentó acercarse, pero ella lo rechazó con varios pasos hacia atrás.

—Si grito vendrá el forzudo de la habitación de al lado y te machacará.

La habitación era pobre, cochambrosa y triste.

—¿Por qué has venido aquí? —Se sentó en el borde de la cama.

—Porque aquí nadie te encuentra si no quieres.

Trevor balanceó la cabeza comprendiendo.

Mackenzie se quitó la *hattera* y su cabello rojo cayó en cascada sobre sus hombros. Preparó el té de modo rudimentario. Solo tenía una tetera de hojalata y un infiernillo. Se lo sirvió en una taza rota.

—Vuelve conmigo, Mack. Este no es tu lugar —le pidió abrumado por la tristeza.

—Te equivocas tanto. Este es mi único lugar —respondió.

—No —objetó él con suavidad y firmeza. Se levantó, dejó el té sobre una mesita y la abrazó con toda su alma—. No —repitió—. Perdóname.

No la soltaba. Pero ella se deshizo del abrazo, sin violencia, pero se deshizo.

—Vete, Trevor —le pidió intransigente.

—No puedes echarme de tu lado. Te necesito. Lo he perdido todo, no puedo también perderte a ti. No puedo.

Abatido, se sentó sobre la cama, se tapó la cara con los brazos y sollozó. Fue muy duro para Mackenzie verle llorar, un hombre duro y valeroso como él, un guerrero de otros tiempos. Se debatía en ir o no a ofrecerle consuelo, y al final no lo soportó y se sentó junto a él. Solo se sentó.

—Todo va a ir bien, Trevor. No te desesperes.

Le apartó los brazos de la cara y trató de secarle las lágrimas. Él de nuevo la estrechó entre sus brazos, aspiró su aroma, la cubrió de besos.

—Me he equivocado tanto. Necesito tu perdón —imploró.

Ella lo apartó. Le miró muy seria.

—Tengo que hablarte de algo y después decides si sigues queriendo mi perdón.

Trevor cogió las manos de Mackenzie entre las suyas.

—Escúchame tú a mí. He tenido el sobre malva en mis manos…

—¿Y has leído su contenido?

—Lo he quemado. Sé todo cuanto necesito saber de ti. Y no quiero volver a tener una conversación al respecto jamás. Te amo con toda mi alma y me falta el aire si tú no estás. Perdóname, Mack. Nunca debí dudar de ti.

Mackenzie apretó sus manos. Estaba visiblemente emocionada. Así le habló:

—Hasta ahora, he vivido en tu mundo y he procurado hacerlo lo mejor posible. A partir de ahora vivirás tú en el mío. Tal vez no sea fácil para ti. Pero es la única manera de reconquistar a la princesa de Whitechapel, y recuperar su amor.

—Se avecinan tiempos duros —se lamentó Trevor.

—Aquí la dureza se vive de otro modo, ya lo verás.

Se levantó y cogió el pomo de la puerta.

—Ahora vete, arregla tus cosas y descansa.

Trevor se acomodó en la cama.

—No voy a irme, Mack. Reconquistaré tu corazón, recuperaré tu amor. Y no voy a irme de tu lado.

Se dio la vuelta y se durmió. Mackenzie, resignada, lo cubrió con una manta, apagó la candela y se tumbó junto a él. Lo amaba por encima de todas las cosas, y con ese pensamiento, también se durmió.

Epílogo

Scott Thomson se hallaba en el muelle descargando fardos de un vapor, ignorante de que lo vigilaban. Un tipejo vestido de negro, tocado con una *hattera* calada hasta las cejas no le quitaba el ojo de encima, agazapado entre tinglados. Cuando acabó y se fue directo al *pub*, el individuo lo siguió. Entraron uno detrás del otro en el *pub*. Scott pidió una pinta, y el tipo otra. Lo invitó y Scott, sorprendido y desconfiado lo agarró por las solapas y lo llevó al rincón más oscuro.

—¿Qué es lo que quieres?

—Hola, Scott. ¿Ya no reconoces a los amigos?

Los ojos de tigresa relampaguearon bajo las sombras.

—Que me cuelguen por los pulgares, ¡Jane!

—Shiiiist, calma. Ahora soy Mack.

—¿Mack? Te juro que iba a darte una tunda.

—No me hubiera dejado.

—Lo sé.

Rieron.

—Pero si has venido hasta aquí no es para que te dé una tunda. ¿Para qué?

—Scott, necesito tu ayuda.

—La tienes de antemano, ¿en qué lío te has metido? Cuéntame.

—Verás. Te vas a tener que pellizcar…

En cuanto al juicio contra el capitán Gleastard, seguía su curso de modo demencial para Mackenzie. Volvió a colarse en la tribuna de la prensa y le pareció que Trevor estaba condenado de antemano, y no solo a ella, también los gaceteros abominaban de la extrema dureza empleada contra Gleastard, más parecía una venganza que justicia. Y a pesar de que el testimonio del capitán Le Roche, resultó apasionante y conmovedor, no sirvió de mucho porque el juez parecía tener tomada su determinación.

Le Roche contó con todo lujo de detalles cómo siguió a distancia a la fragata de Trevor cuando la vio avanzar hacia la bahía a pesar de faltarle el trinquete y la mesana. En el momento de verla zozobrar en el arrecife, ordenó fondear su corbeta, y envió las lanchas de salvamento. Él mismo subió a bordo de una, para la inspección de primera mano. Al reconocer al HMS Phantom, también supo quién era su oficial al mando y no le extrañó

encontrárselo socorriendo al pasaje y la tripulación, a pesar de hallarse exhausto y muy malherido.

El capitán Le Roche expresó su admiración por el capitán Gleastard a quien todos habían conocido siempre como capitán Coverdale, un hombre muy respetado entre los navegantes que lo habían tratado, y entre los que no, dadas sus numerosas hazañas. Hizo hincapié en que no podía creer de ninguna de las maneras, que Gleastard no hubiera advertido a los pasajeros, e incluso, asegurado las cabinas del pasaje antes de pasar el Cabo de Hornos.

Llegados a este punto, el fiscal preguntó por qué habría ordenado al segundo trazar la derrota por el Cabo de Hornos en vez del Estrecho de Magallanes.

A lo que el capitán Le Roche respondió con rotundidad, que era preferible cruzar al Pacífico por el Cabo de Hornos antes que por el Estrecho de Magallanes porque no había una sola señalización en ninguna de sus puntas, ni faros, y esto podía provocar que se encallasen los barcos, o dañar gravemente los cascos. Asunto del que el tribunal era sobradamente conocedor.

El fiscal añadió como colofón que tal cuestión solo atañía al capitán y al segundo oficial del HMS Phantom, y que nunca lo sabrían dado que Hughes, el segundo oficial, responsable de dicha derrota, no aparecía ni aparecería porque yacía en el fondo del mar, junto al señor Grey Reashart.

Mackenzie quedó muy conmovida ante este testimonio. Ya le suponía la bravura, ya sabía cómo era, pero descubrir esta entereza y fortaleza en el hombre que tan tierno se mostraba con ella, la emocionó profundamente, y la acercó mucho más a él de lo que ya estaba. Realmente era un mítico guerrero celta. Cú Chulainn.

En un descanso vio que el capitán Le Roche les daba un cuaderno a los abogados. Se trataba de la bitácora, según les dijo. La rescató por Trevor, cuando este cayó extenuado. Esa bitácora explicaría muchas cosas que el tribunal se negaba a escuchar.

Cuando se reemprendió la sesión ocurrió algo que dejó al juez y al fiscal con muy mala cara. Un ujier entró a la carrera con un cable para Brown y Wickford, abogados. Estos lo leyeron, lo mostraron a *sir* George y a lord Gleastard y se lo llevaron al juez. Cuando el juez lo leyó, elevó su mirada a la sala, se quitó las lentes, se las volvió a poner y se pronunció:

—Obra en mi poder, la palabra de un caballero, el profesor Mordekay Aniston, cartógrafo al servicio de su Majestad, desde la Patagonia austral. Asegura poner su testimonio a disposición de este tribunal en cuanto le sea requerido. Asimismo, asegura conocer el

paradero del segundo oficial del HMS Phantom.

El juez devolvió el telegrama a los abogados y dispuso desestimar tal alegación por no hallarse el declarante en Inglaterra. Para poder ser tomado en cuenta, debería personarse ante el tribunal. Cuando el magistrado se retiró antes de dictar sentencia, una corriente de nerviosismo se apoderó de los abogados, y de *sir* George. No así Trevor, que permanecía impasible. Aun así, era perceptible su desmoralización, estaba roto por dentro ante el enorme daño que le causaba aquella vil injusticia.

De buena gana Mackenzie se hubiese tirado a clavar sus afilados colmillos en el cuello de todos ellos. El fuego de la ira y de la impotencia la sacudía desde las entrañas hasta el cerebro y le producía temblores en las manos.

Media hora después todo había acabado. El tribunal sentenció al capitán Gleastard a ser expulsado de la Marina Real con degradación, cuatro años de prisión, indemnizar a la familia de la víctima y a la Armada por la pérdida de la nave, con una suma inabarcable, a cubrir con su dinero, bienes y patrimonio, que serían embargados a tal efecto, de ser preciso.

La prensa se hizo especial eco de la extraordinaria dureza de aquella sentencia, pero resaltaron también que Grey Reashart pertenecía a una poderosa familia que se había ganado la vida pleiteando por todo. Auténticos chupasangres. Las gacetas tenían carnaza para mucho tiempo.

A Brown y Wickford les afectó especialmente perder el juicio. Le dieron palabra a Trevor de no abandonarlo, de que apelarían y de que jamás dejarían este caso como cerrado hasta haberle dado la vuelta. Recurrirían a todas las instancias e investigarían a fondo, y sobre el terreno si fuese preciso. No dejarían títere con cabeza hasta demostrar la verdad y restituir su honor. Se sentían incrédulos, indignados y abochornados, porque sabían que todo se había basado en una vil y monumental calumnia.

A pesar de la templanza, los ojos azules de *sir* George despidieron auténticas lenguas de fuego cuando el magistrado ordenó: «Llévenlo preso».

Cuando se llevaron a Trevor esposado, Mackenzie lo vio partir altiva desde la tribuna, no derramó una sola lágrima. Abandonó el lugar en cuanto lo sacaron de la sala. Por el pasillo se cruzó con el teniente Owen Brandon, a quien acompañaba un marinero deformado. Se acercó a él y le cortó el paso.

—Te arrepentirás toda tu puta vida de esto, teniente Brandon.

Lo golpeó con el hombro al pasar *a través* de él para seguir su

camino en línea recta.

—¿Mackenzie?

Exclamó Owen, pasmado. El marinero Smith tomó buena nota de lo que acababa de presenciar.

En la calle, Mackenzie le cogió la gaceta a un chaval a cambio de unos peniques. En primera página venía el macabro hallazgo de un cadáver flotando en un margen del Támesis, había sido identificado como un tal Clive Olson, de veintidós años y sin profesión conocida. Un golpe en la cabeza parecía la causa más probable de la muerte.

—Scott —murmuró.

Trevor no llegó a la cárcel. El coche policial que lo transportaba fue asaltado por un grupo de delincuentes de gorra calada y rostros tapados con pañuelos. Lo hicieron con rapidez, osadía y habilidad, cuando aguardaba su turno para cruzar el puente. Desengancharon los caballos, y los soltaron en la calzada y los espolearon para crear el caos. A los policías los noquearon con golpes expertos. Todo a plena luz del día, y delante de los atónitos transeúntes. Se llevaron a Trevor encapuchado, como si perpetrasen un secuestro.

Y se perdió todo rastro de él. Otro expediente más, a engrosar las pilas amontonadas en un despacho policial.

Cuando le quitaron la capucha se encontró con Mackenzie en mitad de un granero, rodeado de balas de paja y útiles de granjero. Y a un tipo alto y desgarbado que les decía adiós.

—Sabía que estabas detrás de esto, mujer tigre… —dijo exultante.

—Volveremos a vernos cuando me necesitéis. A más ver.

Trevor no entendía el *cockney*.

—¿Qué ha dicho?

—Que ya nos veremos —aclaró Mackenzie, que seguía vestida de chico.

—Oh.

—No eres el único que puede hablar raro —se burló de él.

Trevor le dedicó una mueca y Mackenzie saltó a abrazar a Scott.

—Adiós, hermano, nos volveremos a ver, no lo dudes.

—Disimulad un poco, que estoy yo aquí. Pero ¿qué diablos le has dicho, Mack?

—Me cae bien tu hombre, por eso no le parto la cara —

respondió Scott en perfecto inglés.

—Eso sí lo he entendido —le tendió la mano—, así que tú eres el famoso Scott Thomson.

—Y tú el famoso conde, que sepas que te la dejo porque está enamorada de ti, porque si no, te las verías conmigo, chico.

Se abrazaron y palmearon la espalda, y entonces Scott se fue.

—¿Dónde estamos? —preguntó Trevor.

—En una granja abandonada a una milla de Plymouth.

—¡¿Plymouth?! —se sorprendió vivamente, Trevor.

—Sí, tengo dos pasajes de segunda clase para el Viking, rumbo a Boston.

—No me digas —exclamó Trevor pasmado.

—A nombre del señor y la señora O'Leary, ¿qué te parece?

—¿Por qué de segunda clase?

—Ahora no somos lores…

—¿Y a qué nos dedicamos?

—No lo sé todavía, lo pensaremos durante el viaje.

—Estoy aturdido.

—Yo también.

—Me hubiera gustado despedirme de tía Winifred y *sir* George.

—No te preocupes, los veremos mañana en el muelle. Vendrán a despedirnos.

Trevor tomó a Mackenzie en brazos y la llevó hasta un montón de paja.

—Solo puedo pensar en amarte.

—No sé si voy a dejarte.

—Espera.

Sacó de un bolsillo el anillo de Claddargh de Mackenzie.

Lo movió ante ella.

—¿Querrías aceptar a este hombre arruinado que no tiene nada que ofrecerte?

—Me conformo con que me ame —respondió Mackenzie.

—Entonces… ¿Quieres que te lo ponga?

Ella asintió con la cabeza y dispuso el dedo.

—¿Estás segura? —la torturó un poco más.

Ella movió el dedo con impaciencia.

—¿Seguro que quieres ser mi mujer?

Ella amenazó con darle un rodillazo. Sonriente, le deslizó el anillo en el dedo con el corazón hacia dentro.

—Gracias, mi amor —dijo Trevor—, por quererme tanto.

—*Is aoibheann liom* —le sorprendió Mackenzie—. Te amo.

—*Mo bean tíoghair, mo ghrá…*

Hicieron el amor hasta el amanecer. Y se durmieron abrazados dulce, plácida y profundamente. Nada ni nadie iba a separarlos ya, ni siquiera los primeros rayos de sol que empezaban a juguetear con sus rostros.

Su gran amor, verdadero y fuerte había vencido todas las barreras, incluidas las que habían levantado ellos mismos.

El Viking, un buque de pasaje a vela y motor, aguardaba en el caladero el inminente momento de zarpar. Allí tenía lugar una dura despedida.

—Conseguiste salirte con la tuya, mi querida niña cabezota. Te vas a América… Cuida bien de tu hombre, ellos siempre son niños que se hacen los valientes —le decía la baronesa a una Mackenzie afligida.

—Un día, volveremos a estar todos juntos —respondió la joven y la estrechó contra sí.

—Cuide bien de ella, *sir* George —le pidió Trevor al leal administrador y amigo imprescindible, en referencia a su tía que, abrazada a Mackenzie, no dejaba de llorar.

—Descuida hijo, te lo garantizo.

Lady Danford, deshecha en llanto, no soltaba a Mackenzie.

—¿Sirven todos los papeles que firmé? —se preocupó Trevor.

—Lord Basildon y el notario certificaron los documentos y los inscribieron. Todo es legal. Todo está a nombre de *lady* Winifred Danford. Excepto el título de conde Gleastard que sigue perteneciendo a Trevor Coverdale. Aunque esté en paradero desconocido.

—¿Se lo ha contado?

—No, ella aún no lo sabe, se lo contaré cuando regresemos a Wildwodd Towers.

Trevor le apretó las manos para transmitirle su inolvidable gratitud.

—Gracias, *sir* George.

—Llevas suficiente dinero, pero contarás, además, con asignaciones periódicas, que te llegarán sin problemas. Trabajo con bancos americanos. Bueno, creo que eso es todo cuanto debía decirte. —Le abrazó con la fuerza de un padre—. Hasta que nos volvamos a ver, mi buen lord Gleastard.

—Hasta que nos volvamos a ver, mi buen *sir* George. Cuide bien de mis caballos.

Asintió *sir* George, que no podía soltar demasiadas palabras más. Entonces la baronesa se abrazó a su sobrino.

—Cuida bien de tu esposa, hijo mío, y no olvidéis ser muy felices. Y no sufras por tus cosas, tu propiedad está a salvo conmigo, me tragaré las llaves si es preciso, pero nadie tocará ni un guijarro. Puedes estar tranquilo. —Lloró a moco tendido.

—Querida tía, no podría haber mejores manos que las suyas para guardar Wildwood Towers. A ese respecto, me voy muy tranquilo. —La estrechó de nuevo entre sus enormes brazos.

Sir George y Mackenzie también se habían abrazado con fuerza.

—Cuídemelo bien, *lady* Mackenzie, es como un hijo para mí.

—Lo sé, *sir* George. Le prometo escribirle con frecuencia, aunque tengo una pésima caligrafía, pero le mantendré informado de todo.

—Gracias, *milady*. Yo le prometo que las cosas no quedarán así. Trabajaremos para restituir su honor.

—Cuento con ello, *sir* George.

La sirena del Viking soltó su aviso ronco y la chimenea lanzó una impaciente humareda. Debido a ello, la brisa se encargó de repartir hollín por todas las superficies, manchar hombros y sombreros y entrar en algunos ojos, que lagrimeaban por la irritación, como los de *sir* George, según dijo, «es el hollín».

«Pasajeros», «pasajeros». Se escucharon las incesantes y fatídicas llamadas de los sobrecargos.

—Es la hora, muchacho —dijo *sir* George con el corazón roto.

Los vieron subir, y poco después decirles adiós con la mano desde cubierta. Y luego el buque viró y vieron la popa alejarse, hasta que el Viking solo fue un punto pequeño que se confundió con el horizonte.

Y el atardecer cubrió de rojo, anaranjado y amarillo el azul del cielo y el mar, como un telón de fuego tenue que se posara en el alma al mirar.

Fin

Referencias a las canciones

Canción: *Carrickfergus*. (P) 2005 ZYX Records. Interpretada por The Dubliners. Álbum: *Dubliners Live*.